

Historia del Primero de Mayo

"Mientras exista una clase inferior, perteneceré a ella.
Mientras haya un elemento criminal, estaré hecho de él.
Mientras permanezca un alma en prisión, no seré libre."

Agradecemos a la Editorial Quimantú por autorizarnos el uso del texto sobre el 1º de Mayo en Argentina y las imágenes publicadas en el libro: "Los orígenes libertarios del Primero de Mayo: de Chicago a América Latina (1886 - 1930)". Descontamos además la autorización del compañero Fernando Lopez Trujillo por el uso del texto de su autoría.

ANTOLOGÍA
Milstein, Dommanget, Mella,
López Trujillo, Ingenieros

HISTORIA DEL PRIMERO DE MAYO



Historia del primero de Mayo / Gustave Dommanget ... [et.al.].
1a ed. - Buenos Aires : Terramar, 2011.
280 p. ; 20x12,5 cm.

ISBN 978-987-617-134-2

1. Historia Política. 2. Anarquismo. I. Dommanget, Gustave
CDD 320.5

©Terramar Ediciones
Av. de Mayo 1110
1085, Buenos Aires
Tel: (54–11) 4382–3592
www.terramarediciones.com.ar

©Libros de Anarres
Corrientes 4790
Bs. As. / Argentina
Tel: 4857–1248

Armado y diseño gráfico: Daniel Bouix
Correción: Raúl Blanco

ISBN: 978–987–617–134-2

La reproducción de este libro, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias está permitida y es alentada por los editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Índice

Prefacio

Oscar Milstein
EL MALESTAR DEL ESTADO DE BIENESTAR

¿Qué conclusiones podemos sacar acá y hoy de esta historia? Es una historia cuyo final es la consolidación de ese imperio. En primer término habíamos dicho que a nosotros –y a otros países por cierto– nos han enchufado y endosado un modelo desarrollado en los EE.UU., en Francia, en Inglaterra, en Alemania. Y nos han dicho: ése es vuestro modelo, fíjense qué bien que se vive, fíjense qué bien integrada que está la nación –ésta es una de las cosas que nos están repitiendo todos los días–, qué democracia firme que tienen, qué desarrollo tecnológico industrial, qué lindo modo de vida cotidiana –cada uno tiene asegurada la salud, la casa–, qué forma de lucha sindical más leal que tienen –los sindicatos van, negocian y si el gobierno no puede hacer llegar un acuerdo se llega, en última instancia, a la huelga. La huelga es un paso final, un paso último pero siempre organizado, salvo en casos excepcionales como en 1968 en Francia que se los desarmó, o en Polonia, pero en general el mecanismo de la lucha sindical es un mecanismo civilizado, así como la forma de lucha política. Hoy gobiernan los socialistas y después dejan el gobierno de un país capitalista, que lo era antes y después de su gobierno (uno se pregunta para qué "carajo" pasaron). Después se van los socialistas y, cuando vuelven los conservadores, sigue siendo el mismo país como si no hubiese pasado nada. Tienen una vida política civilizada.

Eso es lo que acá estamos buscando, como dijo ayer Alfonsín. Hasta nos dan por modelo la forma y, la libertad de creación artística, la cantidad enorme de posibilidades que abre esta supuesta democracia para la liberación argentina. Y nosotros, o por lo menos muchos de nosotros, consciente o inconscientemente, casi todos conscientemente, creemos que queremos ese modelo, en realidad lo queremos, nos lo transmiten además muy idealizado y no nos cuentan cuál fue el precio que pagaron para llegar a él, se olvidan. Nos dicen, "fíjense Alemania después de la guerra, ¡lo que pudo hacer!" Lo que se olvidan de decirnos es que la cosa es al revés, que primero fue la guerra y después se hicieron las cosas que se hicieron, con una cantidad de falencias que tienen y que los alemanes conocen porque las viven. Nos dicen lo mismo de Francia. Y con respecto a EE.UU., ya hemos hecho esa acotación referida a cómo se desarrolló un país que venía con mucho retraso tecnológico e industrial respecto de Europa hasta pasarlo por encima de la forma en que lo hizo. Ése fue el mecanismo por el cual

las guerras civiles empezaron a aparecer en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia junto con la guerra de secesión en EE.UU. que tomamos como dato.

El modelo tiene todo eso, es admirable cómo funcionan los semáforos en todos esos países, es admirable cómo funciona la salud en muchos de ellos, en otros no tanto, es admirable cómo todo el mundo tiene viviendas decentes, o casi todo el mundo menos algunos marginales que no cuentan en la estadística. Todo eso se lo otorgó una clase dirigente inteligente, por cierto, mucho más que la nuestra, y un Estado que necesita, que requiere a la porción por sí o sí, necesitan tranquilidad interna, cuando no pueden brindarla. Baste recordar una simple anécdota política muy fugaz: cuando el general De Gaulle –uno de los líderes más importantes de Europa y el más importante de Francia sin duda en este siglo– se demostró a sí mismo y demostró a la clase dirigente que no podía mantener la tranquilidad de los franceses, se tuvo que ir. Es decir, la tranquilidad para seguir haciendo negocio, para seguir explotando a los de afuera, por lo menos en una medida muy grande. Ahora, ése es el modelo que nos muestran y nos quieren vender; el modelo en que el fruto de la paz social es el bienestar y en realidad ellos tienen bienestar porque necesitan paz social. Ese modelo nos lo venden, nos venden todo. ¡Qué chiste es éste que, además de vendernos el pulóver, nos venden la publicidad para que lo compremos! Además de vendernos el modelo nos venden películas, cassettes, grandes cantores que vienen acá y se les paga, libros, música, todo eso nos venden, y todo eso lleva implícito un modelo de vida, lo que realmente nos querían vender. Lo otro es la manera de vendernos el modelo de vida.

Es la historia del 1° de mayo la que nos muestra que el bienestar no es fruto de la paz social, sino que la paz social es el fruto necesario del bienestar. Ellos llegaron al bienestar a través de la guerra, después por el bienestar consiguieron la paz social y acá pretenden vendernos el modelo que si nos quedamos quietos y dejamos que nos dirijan los dirigentes y que vayan aprendiendo y vayan a la escuela –la docencia de la democracia continúa a lo largo de 50 o 60 años– entonces vamos a tener dirigentes honestos. Nos están vendiendo una ilusión, en realidad nos están vendiendo una utopía, pero no una utopía realizable, y nosotros también queremos que la gente adhiera a una utopía, pensamos que la utopía nuestra es realizable. Ellos nos venden una utopía que está suplantando al reino de los cielos que le vendían a los miserables en la Edad Media, es decir, algo que no existe, la posibilidad de que países periféricos puedan llegar al bienestar y a no ser, por lo tanto, explotados, porque la condición para que los países centrales puedan vivir es que sigan pudiendo explotar. Si nosotros le propusiéramos, o se les hubiera propuesto a los norteamericanos en su momento, cuál era el precio que iban a tener que pagar para ser una potencia, un modelo, para que sus nietos tuvieran automóviles, y les hubieran dicho que el precio era la guerra, la explotación, la autoexplotación, la explotación hacia afuera, la represión, la injusticia legalizada, la mentira (eso que significa que el gobierno es del pueblo pero a través de los representantes, y que el gobierno es de los representantes), la corrupción en el grado más alto, del gran manejo del Estado (la corrupción significa que los poderes políticos estén subordinados a los poderes económicos corruptos), la manipulación de la población, el haber puesto al dólar en la cúspide de la escala de valores de la sociedad norteamericana, desde ya hace más de cien años. Todo eso es el precio que tuvieron que pagar hasta ahora, porque no sufrieron las guerras, por ser una gran potencia. Cuando tuvieron que pagar un pequeño precio, como fue Vietnam con algún par de miles de muertos, fue suficiente para que en EE.UU. se armara la podrida, si hubieran sabido el precio que tendrían que pagar por esto no lo habrían aceptado. Si supieran el precio que están pagando y que van a pagar en el futuro tampoco lo aceptarían, pero ahora tampoco tienen armas para evitarlo.

Argentina: tiempos y espacios de la historia

Podríamos hacer una especie de juego, dejar volar nuestra imaginación e imaginarnos a la Argentina a partir del 1° de mayo, una guerra civil, en que las clases dirigentes argentinas dirimen, en serio esta vez, el privilegio de seguir siendo clase dirigente, pero única.

Los hechos que dan origen a la memoración suceden en Chicago en 1886 hasta 1887, en un lugar y en un momento. Hoy estamos acá, en otro lugar y en otro momento, y ése es un poco el juego. No vamos a hablar exhaustivamente de la cronología de los hechos sino fugazmente, porque nuestra intención es ubicarnos donde estamos sentados. Los hechos del 1° de mayo de 1886 generaron, a lo largo de estos cien años que llevan de sucedido, un fenómeno de memoración anual constante por parte del movimiento obrero internacional a partir de 1890 y eso lo convirtió en uno de los grandes mitos de la clase obrera.

Para la clase obrera organizada el 1º de mayo es una frase hecha, es

un mito, es casi independiente del origen que le dio lugar. Para nosotros en particular, y para el movimiento obrero revolucionario de todos los tiempos, ese mito tiene un contenido que no ha variado. Es el contenido de protesta, reclamo, y posición solidaria de toda la clase obrera frente a una sociedad opresora. Para otros sectores, otros grupos ideológicos que conforman el espectro de las luchas obreras, el significado se ha ido transformando, en otros casos diluyendo, en otros se ha puesto patas para arriba. Y cuando presuntamente el socialismo había triunfado en Rusia (a través de la Revolución Rusa) o donde algunos movimientos laboristas –como el peronismo– habían triunfado como acá, se lo quiso convertir en la fiesta del trabajo, realmente no cuajó y terminó en la indiferencia por el 1° de mayo. Pero nosotros vamos a cumplir, de todos modos, con esto que es un verdadero rito, y no sé por qué no se puede cumplir con los ritos, es decir, no es obligatorio tal vez pero no me parece mal que cumplamos con el rito: a la memoración. Y vamos a cumplir con el rito de la memoración no por lo que valga, como culto a los muertos, o alguna cosa por el estilo, sino recordando o refrescando la forma y el contenido de la reivindicación que dio origen al 1° de mayo. En general se suelen repetir las historias sobre cómo fue el 1° de mayo, se pone mucho el acento en el juicio, en la bomba, en ese tipo de cosas más espectaculares y se ha dejado un poco caer en el olvido algo que es bastante importante, que fue la forma en que se desarrollaron los hechos y el contenido que tenía la reivindicación.

Vamos a recordar profundamente el hecho histórico del 1° de mayo para ver, si podemos en 1985, como decíamos, y en Buenos Aires, qué mensaje traen para nosotros, qué conclusiones podemos sacar como valederas, como valiosas, como importantes para la acción, para la ideología, para nuestra posición actual y mediata y, tal vez, para la futura, de los hechos históricos que concretamente ocurrieron en ese período, en esos días. Son cien años, vale la pena hacer una acotación al margen. Tanto el tiempo como el espacio pueden medirse objetivamente, el espacio con un metro, el tiempo con la rotación desde la tierra una vuelta cada 24 horas, son medidas objetivas, todos los tiempos de 24 horas son todos iguales. En un trabajo de Max Neef –un economista chileno– se plantea que en cierto sentido la economía está cometiendo un grave error al considerar el tiempo y el espacio objetivamente. El tiempo no es objetivo, no son iguales estos cien años a otros cien años anteriores, han sucedido muchas más cosas, subjetivamente. Si un hombre muerto 80 años atrás tuviera oportunidad de encontrarse de golpe con lo que pasó, no podría entender absolutamente nada, eso no hubiera pasado en la Edad Media cuando a lo largo de cien años pasaban muchas menos cosas, y la gente podía entender la sociedad en que vivía cien años después. Nuestra sociedad sería absolutamente incomprensible para aquel que ha vivido cien años antes. También pasa lo mismo con el espacio, los cambios en la sociedad, incluso en la geografía, son enormes y se han producido en muy poco tiempo. Algunos sugieren que el 90% de todos los cambios que se han sucedido en la humanidad sucedieron en los últimos cien años, y el 10% restante en los anteriores millones de años. Ese enorme cambio en la sociedad encierra probablemente un peligro importante.

Hay un dicho popular que dice: hay que tener cuidado que los árboles no nos impidan ver el bosque. Ahora creo que el cambio ha sido tal que tenemos que dar vuelta el dicho popular y decir que tenemos que tener cuidado de que el bosque no nos deje ver los árboles. Es tan frondoso, tan grande, tan inasible lo que ha ocurrido que se nos escapan las pequeñas cosas que han ido ocurriendo y los lugares donde han ocurrido porque no en todo el mundo ha ocurrido todo igual. Se me ocurría recién que es bastante razonable que haya que dar vuelta el dicho, hace cien años la gente caminaba por el bosque y en todo caso iba en carro o a caballo y veía los árboles, lo que no veía era el bosque, entonces había que prevenirla para que se diera cuenta y tomara conciencia que estaba en un bosque, que era un conjunto. Hoy la gente pasa a 100 o 110 km/h con un coche o a 10.000 m de altura con un avión y más bien hay que prevenirla para que no se le escape que ese bosque contiene árboles, grupos de árboles que son diferentes entre sí. Por eso digo que hay un riesgo cuando miramos como conjunto los grandes cambios que han habido en la sociedad: tecnológicos, de organización social, de vida familiar, climáticos y geográficos. Estos cambios fueron muy desparejos. Es un gran bosque, pero hay sectores que han sufrido unos cambios, otros que han sufrido otros cambios; algunos, pocos cambios; otros, ninguno, y existen sectores con enormes cambios. Por ejemplo, en las sociedades desarrolladas los cambios han sido de tal magnitud, de tal naturaleza, que probablemente ahí sea cierto lo que decíamos hace un rato, una persona que vuelve a una ciudad o a un país de alto desarrollo, que volviera después de 80 o 100 años, se encontraría con una ciudad que no conoce, pero no solamente porque no la conoce físicamente, sino también porque no puede andar a la velocidad que está acostumbrado, porque no entiende absolutamente nada,

porque el lenguaje está cambiado. Éste se ha sintetizado, se ha llenado de una jerga de palabras técnicas o semitécnicas que son incomprensibles para el que no las ha utilizado. Esas sociedades han cambiado, ellas sí, probablemente, han sufrido un cambio que equivale al 90% del cambio total que ha sufrido la vida humana en todo su transcurso. Pero en el otro extremo, en algunas de las sociedades llamadas –a veces peyorativamente– primitivas, no ha cambiado prácticamente nada.

Hay sociedades que presentan los antropólogos como "curiosidades" en las cuales las formas de organización social, los medios de vida, la relación interpersonal, la vida personal no ha cambiado prácticamente nada desde hace centenares de años. Generalmente son grupitos sociales muy pequeños, protegidos –digámoslo así– de la contaminación que nosotros le podemos producir por el océano, por las montañas o por algún otro tipo de razón exterior. Nosotros no los entendemos, hasta casi no nos cabe en la cabeza del todo, porque claro, nos hemos acostumbrado a que el cambio se acelere cada vez más, se ha vuelto medio enloquecedor. Y uno de pronto, si se detiene un momentito, por ejemplo, para escribir el guión para una charla, se pregunta qué es lo que ha cambiado, porque todo lo que cambió hasta ahora desde hace cien años cambió para que no cambie nada. Es decir, para que básicamente sigamos igual pero mucho más neuróticos.

Pero de todos modos y dejando los dos extremos del cambio absoluto, del cambio, enorme, total y el no cambio hay dos terceras partes de la población de la humanidad que fueron empujadas a cambios desiguales, parciales, otras veces contradictorios, son todas las sociedades que han cambiado empujadas, que han cambiado llevadas por el dominio de imperios. Se han sucedido dos imperios importantes, y uno en los últimos tiempos. Han sido empujadas a los cambios en beneficio de los imperios, por lo tanto los cambios no han sido reales, profundos y comprensivos para la sociedad en su conjunto que se dividió por sectores. Por ejemplo, la Argentina tiene ferrocarriles desde mucho antes que cualquier otro país de América Latina, pero los ferrocarriles no hicieron cambiar mucho la vida del interior. Lo que cambió mucho fue la vida de los sectores del recorrido del ferrocarril, de una pequeña franja. Los cambios han sido por sectores, por ámbitos, por rubros, por grupos sociales, pero no han sido cambios generales que hayan comprendido a toda la sociedad. En estos cien años, para estas sociedades que no han sido productoras de sus propios cambios, estos cambios han generado expectativas, han generado necesidades, por lo menos psicológicas, pero no han generado posibilidades de satisfacer esas expectativas y eso ha creado fuentes de grandes tensiones sociales. Eso sucedió y sucede fundamentalmente en el tercer mundo, donde la tendencia es a buscar como modelo de desarrollo, como modelo de vida coherente con esas expectativas, la vida de los países centrales.

Ese es el caso nuestro, el de una sociedad periférica, el de una sociedad de economía tributaria, hoy en 1985. Nuestras necesidades y nuestras expectativas son comparables a las de las necesidades y expectativas de los habitantes de una sociedad desarrollada, pero el medio en que nos movemos es absolutamente incapaz de satisfacerlas, por las razones que sean.

La acción directa. Llamando a las cosas por su nombre

Ahora que ya nos hemos ubicado en las transformaciones históricas de este siglo, quiero volver a invitarnos a reflexionar sobre nuestra realidad en relación con este hecho, el hecho de que nosotros somos una sociedad que se ha transformado pero no tanto, que no vive ni ha vivido en las condiciones en que se desarrollaron los hechos de Chicago, y que por lo tanto si podemos sacar conclusiones tenemos que sacarlas con todo el cuidado posible de no trasponer situaciones y fenómenos en un lugar donde son inexistentes. De modo que vamos a empezar por hacer una muy rápida refrescada de los hechos, centrándonos en esa parte que es menos conocida porque es menos espectacular.

En EE.UU. hacia la década de 1880 la orden de los caballeros del trabajo (que hoy entendemos como sindicato, pero que era una agrupación de productores que rehuían a los que no eran productores –consideraban productores a muchos sectores artesanales, de clase media, que en aquel tiempo eran muy importantes y asimilables a obreros asalariados– que se proponía sin distinción casi de clases sociales cosas positivas para la producción) decidió iniciar una campaña por las 8 horas de trabajo. Esa campaña fue una sucesión de mitines, protestas, reclamos de todo tipo y se prolongó durante varios años con resultados bastante magros por cierto. En 1886, cuando ya estaba fundada la Federación Americana de Trabajo, la AFL, decidieron trabajar 8 horas a partir del día 1 de mayo y no le preguntaron más a nadie, no pidieron ningún convenio, no pidieron ninguna legislación, no discutieron con los patrones si correspondían ocho, diez o catorce. Decidieron que "desde mañana nosotros vamos a estar ocho horas, si entramos a las

seis de la mañana, a las catorce nos vamos a retirar". Este es uno de los hechos, uno de los contenidos más importantes a rescatar precisamente, porque eso da la medida de la acción directa. Eso es acción directa. No es necesariamente poner una bomba en cualquier acto, acción directa es simplemente hacer las cosas si hay que hacerlas. Si nos compete a nosotros, las hacemos. Eso es lo que se refiere a la forma.

En cuanto al contenido, en cuanto al fondo del asunto, es muy claro en algún manifiesto, en algunas comunicaciones que se han conservado, que alguien reprodujo. La razón por la cual ellos querían trabajar ocho horas era que trabajar más resultaba insalubre porque no les permitía hacer vida familiar, porque era inhumano, porque hasta los chicos tenían que trabajar catorce, dieciséis horas. Inclusive, en aquel tiempo era muy grave que las mujeres trabajaran tanto como los hombres, ahora creo que sería un planteo injustificable. Pero de todos modos ellos no admitían que otro decidiera cuántas horas trabajaban. Es decir, mi tiempo es mío, el tiempo de los trabajadores es de los trabajadores. Podrá asumirse y aceptarse que los trabajadores asociados decidan cuánto tiempo trabajan todos y todos acepten por un problema de ordenamiento trabajar en el mismo tiempo. Lo que no es razonable es que la patronal o el Estado les imponga la jornada de trabajo, y eso era lo cuestionado.

Pienso que esos dos son hechos, no espectaculares, pero sí históricos y válidos, que le dan al 1° de mayo un contenido particularmente interesante para nosotros, para los que reivindicamos la acción directa en todos los órdenes, tanto en cuanto a lo que hay que hacer como en cuanto a las decisiones que se deben tomar. Esto significa que cada uno participa de la decisión, no con un simple voto a favor de una cosa o de la otra, o con una simple opción, sino determinando cada uno, cada grupo de personas, cada grupo de productores, lo que ellos quieren hacer con su tiempo y lo que quieren hacer con su trabajo.

Volviendo un poco ya a la historia más conocida, el 1° de mayo los obreros efectivamente dejaron de trabajar a las 8 horas de haber comenzado la tarea. A la salida de la fábrica McCormick trataron de hacer una pequeña reunión, fueron baleados por la policía, siguieron haciendo mitines. El día 3 nuevamente hicieron un mitin en las puertas de la fábrica McCormick en Chicago, fueron baleados por la policía, esta vez tuvieron varios muertos y heridos. El 5 de mayo fue el día en que se programó un mitin en el que tenían que hablar varios de los orientadores de todo este movimiento. La policía cargó sobre la

reunión, y en algún momento alguien, no se sabe quién, pudo haberse sentido agredido por la policía y le pareció razonable responder.

El hecho es que tiró una bomba contra la policía, y por supuesto disolvieron la reunión. Detuvieron y les hicieron un juicio a varios de los integrantes de los caballeros del trabajo, y en definitiva ahorcaron o mandaron a trabajos forzados durante toda la vida a Spies, Parsons, Fischer, Engel, Fielden y Schwab, que los nombramos como un homenaje y como algo que no se puede dejar de recordar. Por cierto que en el juicio, que duró un año, no se probó absolutamente nada jurídicamente válido; no se les hizo juicio, que yo sepa, que nadie sepa, a los policías que cargaron sobre las manifestaciones del 1, 3 y 5. Y peor aún, sí se les hizo un juicio muy duro, muy drástico –con las penas máximas que permitía la Ley– a los siete compañeros anarquistas que habían cuestionado de esa manera el derecho de los patrones a establecer la jornada de trabajo, y ninguno de ellos había arrojado la bomba. Queda la incógnita, quizás haya sido un provocador, después de las cosas que han pasado no se me ocurre que sea la hipótesis más difícil. El hecho es que se los mató a todos, se los aniquiló. Se los aniquiló como a enemigos.

En realidad era justo, ellos sabían, los compañeros, y nosotros también sabemos que esto es una guerra. Entonces el adversario no es adversario, sino enemigo, y cuando alguien lo mata, es doloroso, lamentable, injusto, pero el hecho de que le apliquen mejor o peor las pruebas jurídicas y todo ese tipo de cosas, no sé si es tan importante. A toda esta gente la mataron y se terminó.

Esto nos podría llevar a una pequeña digresión porque estamos viviendo un largo proceso, que tendría que ser mucho más largo todavía. Me refiero a un grupo de señores que hicieron matar, ellos sin juicio por su simple condición de que eran terroristas, matar, torturar, desaparecer, tirar al río y todo tipo de salvajadas, a gente de la cual ellos tenían la convicción de que eran subversivos, terroristas, que estaban en contra del régimen establecido. Ahora nos encontramos con esos señores que procedieron de esa manera, en eso que ellos llamaron una guerra, y que ellos supongo que perdieron, porque ellos no vinieron para entregar el gobierno de esa manera; ahora resulta que se los está juzgando, con dos mil y tantos de testigos, que van a ir creciendo seguramente en el tiempo, con una promesa de un juicio oral de varios meses en el cual nos vamos a aburrir. Hasta las piedras de las calles van a estar aburridas.

Es decir, que a los que querían cambiar el sistema honradamente y por considerarlo injusto se los mató y muertos están; a los que los mandaron matar, sin cumplir con los requisitos (defensa legal en juicio, etc.) que ellos omitieron cumplir, se les orquesta cuidadosamente un juicio que veremos en qué termina.

Oscar Milstein
27 de abril de 1985

Maurice Dommanget

HISTORIA DEL PRIMERO DE MAYO

¡Ocho horas de trabajo!
¡Ocho horas de reposo!
¡Ocho horas de educación!

A.I.T.

I

Las ocho horas,
desde sus orígenes lejanos a la comuna

En Inglaterra: del rey Alfred a Tomás Moro

La limitación del tiempo de trabajo, más precisamente la jornada de ocho horas y el principio de los tres ochos –ocho horas de trabajo, ocho de descanso, ocho de sueño– están en el origen de la demostración del 1° de mayo, primero bajo su forma nacional, luego bajo su forma internacional.

Buscar las fuentes lejanas y primitivas, hacer en cierto modo la génesis o, si se quiere, la prehistoria del 1° de Mayo, es pues comenzar desde su nacimiento y seguir el lento camino de la realización de las ocho horas en diferentes pueblos, de la concepción de las ocho horas en los utopistas, de la reivindicación de las ocho horas en la clase obrera. Por este esquema debemos comenzar, limitándonos a las cosas esenciales y características.

El primero que tuvo la idea de los tres ochos fue el monarca británico Alfred, el más ilustre de los reyes sajones de Inglaterra, hermano y sucesor de Ethelred I.

Reinó del 871 al 900, venció a los daneses, reconquistó Londres y no se distinguía menos en el gobierno civil, la protección de las ciencias y la vida privada que en el arte de la guerra. En el año 898, "en la flor de la edad y en el pináculo de su gloria, hizo votos de repartir las veinticuatro horas del día en tres partes: ocho horas para los ejercicios de piedad, ocho para el sueño, el estudio y la recreación, y ocho para los negocios públicos". Cumplió exactamente su voto y, como no se usaban relojes en esa época en Inglaterra, se servía, para medir el tiempo, de antorchas que ardían ocho horas cada una.

Lo malo es que al repartir así la jornada, no la ordenaba más que para sí y no pensaba en absoluto en sus súbditos. No por eso merece menos figurar entre los precursores, y gracias a él la fórmula de los tres ochos resulta ser más que milenaria, ya que hace exactamente 1.055 años que ha sido enunciada y aun puesta en práctica en el plano individual.

Pero ¿qué móvil impulsaba al rey Alfred a esta división ternaria de la jornada? No es posible establecerlo. Sin embargo, se puede suponer que las alternancias que encaraba resultaban de las condiciones fisiológicas de su existencia. Y al regular así su vida, que desde el punto de vista

físico no difería esencialmente de la de sus súbditos, había encontrado en suma que los "tres ochos" se imponían individual y socialmente, ya que todo hombre necesita trabajar, dormir y descansar o recrearse.

Igualmente en Inglaterra encontramos en gran escala la jornada de ocho horas como duración del trabajo. El historiador Thorold Rogers estima que era la regla entre los artesanos de los siglos XIV y XV. Es verdad que los magistrados, en virtud de los estatutos de Isabel, fijaban a menudo la jornada de trabajo, en sus distritos, en catorce horas por día, y aun a menudo en una cifra más elevada. Pero, según T. Rogers, sus decisiones no eran tenidas en cuenta ordinariamente.

Según Fuller, fueron las breves jornadas de trabajo, así como la mejor alimentación, lo que habría decidido a los tejedores flamencos a establecerse en Inglaterra a instancias de Eduardo III. En Francia, en la Edad Media, la duración del trabajo cotidiano efectivo oscilaba entre dieciséis horas en verano y siete y media en invierno, en razón de las ordenanzas que imponían que el trabajo no podía comenzar antes de la salida del sol ni prolongarse más allá de su puesta. Por otra parte, se sabe que vistas las múltiples fiestas de guardar y la usanza del reposo dominical, la relación de los días feriados a los días laborables era aproximadamente de uno a tres.

En el siglo VII los trabajos rurales en Gran Bretaña tenían una duración ininterrumpida de siete u ocho horas. Comenzaban a las siete y terminaban a las dos o tres de la tarde. A mediados del siglo XVIII los mineros escoceses trabajaban en dos equipos de siete u ocho horas cada uno, y los mineros de Newcastle, en dos equipos de seis o siete horas. En su libro sobre la Riqueza de las Naciones, Adam Smith habla de la jornada de ocho horas como duración ordinaria del trabajo entre los mineros. Los tejedores, por su parte, nunca trabajaron más de diez horas por día, cinco días por semana. En 1787, la mayoría de los carreteros británicos trabajaban ocho horas y en ciertos condados la jornada de trabajo era aún más corta. Sin duda, en las antiguas industrias domésticas y en los oficios que gozaban de gran autonomía sucedía que algunos obreros hicieran largas jornadas de trabajo, pero era para tomarse media semana de descanso. Así, antes de la Revolución Industrial, durante siglos, Gran Bretaña fue el país por excelencia de las cortas jornadas de trabajo, unidas a la práctica del descanso.

¿Cómo asombrarse, en estas condiciones, de las audaces anticipaciones del gran canciller de Inglaterra en tiempo del demasiado célebre Henry VIII? En efecto, la idea de reducir la jornada de trabajo a seis

horas está formulada en la Utopía, aparecida en 1516. Tomás Moro repartió incluso las horas de la jornada completa en su "mejor de las repúblicas" encarando un sueño de ocho horas, lo que representa –si se tienen en cuenta las dos horas de tregua que separan el tiempo de trabajo– una especie de comienzo de los "tres ochos". Un poco más lejos, mediante toda una argumentación, Tomás Moro justifica la duración del trabajo de seis horas "como más que suficiente para procurar los recursos necesarios a las necesidades y placeres de la existencia".

De Phillip II a Veiras de Alès

Con fecha 10 de enero de 1579, el rey de España y de los Países Bajos, Phillip II, que tenía autoridad sobre el condado de Borgoña, fijaba en ocho horas la jornada de trabajo de los mineros, por un edicto en debida forma. Este edicto, registrado en el Parlamento de Dôle, expresaba así:

> Queremos y ordenamos que los obreros de las minas trabajen ocho horas por día, en dos turnos de cuatro horas cada uno.
> Si la obra requiere aceleración, se hará por cuatro obreros que trabajarán seis horas cada uno, unos tras otros en forma continuada, poniendo cada obrero después de haber trabajado sus seis horas sus herramientas en manos de otro y teniendo así dieciocho horas de reposo cada veinticuatro.

Algunos años más tarde, el 20 de diciembre de 1593, Phillip II, en sus instrucciones al Virrey de las Indias, Cap. 14, fijaba de nuevo en ocho horas la duración de la jornada de trabajo:

> Todos los obreros de las fortificaciones y de las fábricas trabajarán ocho horas por día, cuatro a la mañana y cuatro a la tarde; las horas serán repartidas por los ingenieros según el tiempo más conveniente, para evitar a los obreros el ardor del sol y permitirles velar por su salud y su conservación sin faltar a sus deberes.

Pero, hasta qué punto las instrucciones de Phillip II se tradujeron en los hechos, es lo que un estudio especial podría quizá enseñarnos. Todo lo que podemos decir es que de 1610 a 1768 en la comunidad de los Jesuítas del Paraguay, dependiente de la corona de España, los Guaraníes, según el último historiador de las reducciones, no habrían trabajado más de seis horas por día.

En el ducado de Lorena, como en el condado de Borgoña, la jornada de ocho horas era la normal en las minas, efectuándose la extracción para cada pozo con ayuda de tres equipos. Esto es lo que resulta de la legislación revisada y coordinada en 1721 por orden del duque de Lorena.

Más de medio siglo antes de esta legislación, audaz para la época, el gran pedagogo Comenius (1592–1671), que formaba parte de la secta de los "Hermanos Moravos", había insistido sobre la necesidad de limitar el trabajo a ocho horas a fin de que quede bastante tiempo a cada individuo para cultivarse desde el punto de vista intelectual y estético.

El verdadero padre de la fórmula social de los "tres ochos" es Denis Veiras, nacido en Alès entre 1635 y 1638 de una familia protestante. Es un personaje harto curioso que, después de hacer estudios de Derecho en el Mediodía y permanecer dos años en París, se hizo diplomático, preceptor y conferencista, viviendo alternativamente en Inglaterra, Holanda y de nuevo en París. Es el autor de la *Historia de los Sévarambes*, una de las novelas sociales más importantes y más atrevidas de fines del siglo XVII, cuya primera edición en lengua francesa apareció en 1677.[*]

En esta utopía, que exalta el comunismo autoritario, todos los ciudadanos deben contribuir al bienestar general por la obligación de un "trabajo útil y moderado". La jornada esta dividida por la constitución debido al sabin Sevarias "en tres partes iguales": la primera destinada al trabajo, "la segunda al placer y la tercera al reposo":

Quiso que todos los que hubieran llegado a cierta edad y a quienes las enfermedades, la vejez y otros accidentes no pudieran eximir justamente de la obligación de las Leyes, trabajaran cada unas ocho horas por día y emplearan el resto del tiempo o en las diversiones honestas y permitidas o en el sueño y el reposo. Así la vida se pesa con mucha dulzura, los cuerpos son ejercitados por un trabajo mediano y no se desgastan por una inmoderada fatiga. Los espíritus están agradablemente ocupados por un ejercicio razonable sin hallarse abrumados por los cuidados, los disgustos y las inquietudes. Las diversiones y los placeres que suceden al trabajo recrean y reaniman el cuerpo y el espíritu, y en seguida, el reposo los refresca y alivia. Estando así los hombres ocupados en el bien, no tienen tiempo de pensar en el mal y no caen casi en los vicios a que los llevaría la ociosidad, si no la rechazaran por medio de ocupaciones honestas.

[*] El título exacto de esta edición es: *Historia de Los Sevarambes; pueblos que habitan una parte del tercer continente comúnmente llamado la tierra austral*. Contiene un informe exacto del gobierno, las costumbres, la religión y el lenguaje de esta Nación, hasta hoy desconocida por los Pueblos de Europa.

No hay necesidad de subrayar el valor excepcional en tiempos de Luis XIV de tal alegato en favor de los "tres ochos", por más que el orador, dotado de una facultad profética apenas creíble, haya sostenido que "el hombre más sabio e ilustrado del mundo no podría penetrar mucho en el porvenir". Se debe notar, además, que en otros dos pasajes de su utopía, Veiras de Alés se afirma una vez más partidario de un trabajo diario de ocho horas, "ejercicio moderado" que da "descanso al cuerpo y al espíritu" y evita "atormentar el cuerpo y el alma por un trabajo duro y abrumador". Obliga también a los jóvenes, después de salir de la escuela pública, a ocho horas de ocupación: trabajo manual y revisión de la enseñanza general. Era, pues, en él una idea bien afirmada y verdaderamente extraordinaria. Es tanto más notable cuanto que Campanella –que ha podido servirle de modelo– fijaba para los Solarios no en ocho, sino en cuatro horas el máximo de la jornada de trabajo. El célebre monje calabrés estimaba que este tiempo era suficiente en la sociedad comunista de sus sueños, "teniendo todos una tarea cualquiera que cumplir". El resto de la jornada la pasaba "estudiando, leyendo, escribiendo, contando historias, discutiendo amigablemente, paseando; en una palabra, ejercitando alternativamente el cuerpo y la inteligencia sin aburrirse un momento".

Utopistas y reformadores del siglo XVIII

En la utopía comunista de Claude Gilbert (1652–1720), *Historia de la Isla de Cale java*, aparecida en 1700, se fijan en cinco las horas de trabajo. El dichoso pueblo de los Avaítas –comprendidos los magistrados pero excluidos los médicos– no trabaja más que dos horas y media a la mañana y dos horas y media a la tarde en el cultivo de la tierra o en un oficio manual. Luego, cada trabajador es libre de entregarse a sus ocupaciones preferidas.

Entre los grandes filósofos del siglo XVIII debe contarse a Helvetius entre los precursores de la jornada de ocho horas. En *Del Hombre*, obra compuesta entre 1759 y 1769, escribe estas líneas significativas:

En la mayoría de los reinos no hay más que dos clases de ciudadanos: una a la que le falta lo necesario, otra que rebosa de bienes superfluos. La primera no puede proveer a sus necesidades más que por un trabajo excesivo. Este trabajo es para todos un mal físico; para algunos un suplicio. La segunda clase vive en la abundancia, pero también en las angustias del aburrimiento. Ahora bien, el aburrimiento es un mal casi tan tremendo como la indigencia. Por lo

tanto, la mayoría de los imperios deben estar poblados sólo por infortunados. ¿Cómo hacer para devolverles la felicidad? Disminuir la riqueza de los unos y aumentar la de los otros; poner al pobre en condiciones tales que con un trabajo de siete u ocho horas puede subvenir abundantemente a sus necesidades y las de su familia. Entonces llega a ser casi tan feliz como puede serlo.

Ahora sabemos que la jornada de trabajo deseada por Helvetius no hace al obrero "tan feliz como puede serlo" el anarquismo y el socialismo han imaginado medios más radicales para procurar el bienestar de todos. No por eso es menos digno de mención el espíritu generoso de Helvetius.

Desde fines del siglo XVIII, cuando apenas nacía el vapor, otro filósofo, del otro lado del Atlántico, Benjamín Franklin, afirmaba que no ya con siete u ocho horas, sino con cuatro horas trabajadas por cada uno bastaría para satisfacer ampliamente las necesidades de todos.

Sylvain Maréchal, el apologista de Helvetius y de Franklin, no ha dejado de denunciar en sus obras tanto la ociosidad como el exceso de trabajo. Se subleva contra la situación del desdichado asalariado, "atado a la rueda del trabajo desde el alba hasta el crepúsculo" y a quien "una faena esclavizante y monótona" reduce el cerebro. Pero, al igual que su compañero de lucha Babeuf, Maréchal no nos ha dejado el menor texto relativo a la duración del trabajo en la comunidad.

Su contemporáneo, el poeta Wieland, llamado "el Voltaire de Alemania", también se rebeló contra el trabajo excesivo. En 1798 enuncia que la naturaleza reclama del hombre, en bien de su salud, un trabajo proporcionado a sus fuerzas, y que la mitad de su tiempo debe estar consagrada a la producción de su subsistencia y la mitad al placer y a la alegría.

Robert Owen y su catecismo

Once años antes, en agosto de 1817, el industrial socialista inglés Robert Owen había fijado en ocho horas la jornada de trabajo en el sistema comunitario que proponía. En 1833 lo vemos pronunciarse nuevamente por la misma duración del trabajo cotidiano y resumir las razones que cuentan en su favor.

En su *Catecismo para el uso de los trabajadores*, Owen responde así a la decimocuarta pregunta de por qué hay que adoptar la jornada de ocho horas:

1° Porque es la duración más larga de trabajo que la especie humana –teniendo en cuenta el vigor medio y concediendo el derecho a la existencia a los débiles tanto tomo a los fuertes– puede soportar manteniéndose en buena salud, inteligente y feliz;

2° Porque los modernos descubrimientos químicos y mecánicos suprimen la necesidad de demandar un esfuerzo físico más largo;

3° Porque ocho horas de trabajo y una buena organización del mismo pueden crear una superabundancia de riqueza para todos;

4° Porque nadie tiene el derecho de exigir de sus semejantes un trabajo más largo de lo que en general es necesario para la sociedad, simplemente con el fin de enriquecerse empobreciendo a otros;

5° Porque el verdadero interés de cada uno reside en que todos los seres humanos sean sanos, inteligentes y ricos, y estén contentos.

Por lo demás, en su fábrica de New Lanark, Robert Owen había anticipado de 1816 a 1828 lo que se llamará luego "legislación obrera", reduciendo a diez horas y media la duración de la jornada de trabajo y protegiendo a la infancia, prematuramente arrojada al taller. Todo esto, notémoslo bien, sobresaliendo en su competencia con sus rivales y realizando igualmente grandes beneficios.

A sus asociados, que se quejaban de tales innovaciones, Owen les respondió con estas palabras llenas de buen sentido:

“La experiencia le ha enseñado, por cierto, la diferencia que hay entre una máquina limpia, reluciente, siempre en buen estado, y la que se halla sucia, desordenada, llena de rozamientos inútiles y desgastándose poco a poco. Por tanto, si el cuidado que conceden a motores inanimados puede dar resultados tan ventajosos, ¿qué no se podría esperar de los mismos cuidados prodigados a estos motores animados, a estos instrumentos vivientes cuya estructura es mucho más admirable?”

Era plantear en términos muy simples, no sólo el gran problema de la disminución del tiempo de trabajo, sino también el problema inmenso del mejoramiento de la condición de la clase productora en el interés de la producción misma.

Con el objeto de comprender bien el alcance de su intervención, hay que tener presente en el espíritu que, sobre la base de la Revolución Industrial de fines del siglo XVIII, la explotación del trabajo, particularmente en lo que respecta a los niños, se había intensificado a tal punto que la justicia había debido castigarla. La primera sentencia sobre la limitación de las horas de trabajo para los niños, pronunciada por los magistrados de Manchester, parece remontarse a 1784. Precede al acta del 22 de junio de 1802, que prohíbe el trabajo nocturno de los aprendices y limita a doce horas su trabajo diurno.

Robert Owen, aunque aplaudía estas medidas, las encontraba insuficientes. No contento con actuar directamente en New Lanark, intentó influir en los parlamentarios y participó en los trabajos de las comisiones oficiales a fin de obtener la abolición de las escandalosas jornadas de trabajo de catorce, quince, dieciséis y aun –cosa increíble– dieciocho horas. A los industriales egoístas e inhumanos que defendían los intereses de sus establecimientos les mostró, sobre todo, que la reducción de las horas de trabajo se compensaría rápidamente con un acrecentamiento de la productividad. A pesar de todos los esfuerzos de Robert Owen, aún más allá del terreno nacional, el bill de 1819, aplicable sólo a la industria del algodón y de la lana, se limita a fijar en doce horas la jornada de trabajo de los niños admitidos en las fábricas desde los nueve años.

Desanimado al obtener tan poco de los patrones y del Estado, y alentado por otra parte por los resultados obtenidos en New Lanark, Robert Owen intentó en los Estados Unidos la experiencia de New Harmony, que se frustró. Entonces, en noviembre de 1833 fundó la Sociedad para la regeneración humana, que difunde el Catecismo arriba citado, gana para la causa a las personalidades más diversas y organiza conferencias y grupos de Manchester a Londres.

La agitación británica de 1833 a 1847

Apenas lanzada, la fórmula favorable a las ocho horas encuentra eco, cosa notable, en cierto número de patrones, sobre todo gracias a los esfuerzos de John Fielden –"el honrado John", como lo llaman familiarmente los obreros–, gran fabricante de algodón en Totmorden y miembro del parlamento por la villa de Oldham. Obtiene de sus asociados la introducción de la jornada de ocho horas en determinada fecha, innovación de importancia, plena de perspectivas; logra la misma promesa de manufactureros de Manchester y el entusiasta apoyo de Condy, redactor en jefe del periódico radical *Manchester Advertiser*, así como de William Coblett, director del *Political Register*, también diputado por Oldham. Hasta se llegó a encontrar un gran manufacturero de Bradford, John Wood, de ardiente celo, para aplicar en sus fábricas la jornada de ocho horas con un salario igual a la remuneración de once horas, reducción ya otorgada.

No hace falta decir que el mundo del trabajo encontró un estímulo en estas iniciativas. Ya muy al comienzo del siglo XVIII los sastres de Londres y Westminster habían intentado obtener una disminución de las horas de trabajo, y hacia el fin del siglo, en 1786, los encuadernadores de Londres habían ido a la huelga para obtener las once horas. Ahora, gracias al movimiento cartista y al impulso trade–unionista, las ocho horas, junto con el derecho del sufragio, se convierten en la gran reivindicación de la clase obrera. Al lado de Fielden, los nombres de Richard Oasler, Doherty y Bronterre O'Brien se deben asociar al de Robert Owen en las numerosas huelgas en masa motivadas por lo que se llamó la "reducción de las horas" que sostenían, junto con "la unión general de clases productoras", especie de G.G.T. de entonces, cientos de comités especiales constituidos en todo el país. Los patrones, furiosos, se resisten, porque bien lejos de conceder las ocho horas a los adultos, desafían al gobierno con esta amenaza:

> Si se nos impide hacer trabajar diez horas por día a los niños de cualquier edad, detenemos la fabricación.

Son los hilanderos de algodón de Nottingham los que, desde 1825, parecen haber abierto camino a las huelgas para obtener las ocho horas. A su vez, los delegados de las Trade–Unions reunidos en Manchester el 25 de noviembre de 1833 deciden no trabajar más que ocho horas y exigir al menos, por estas ocho horas, el salario íntegro de un día. Al mes siguiente, veinte mil obreros sastres de Londres entran en huelga por la reducción de las horas de trabajo. Es la época en que por primera vez los obreros, así como los patrones de buena voluntad, fijan una fecha para conseguir las ocho horas. Eligen el 1° de marzo de 1834, día en que debe entrar en vigor el bill del 20 de agosto de 1833 que fija en 48 horas el máximo semanal de trabajo para los menores de nueve a dieciséis años, con jornadas de no más de nueve horas. Es imposible no advertir una relación entre esta decisión de gran huelga par las ocho horas en determinada fecha y la propaganda por la huelga general emprendida entonces por el tabernero Benbow. La lucha por las ocho horas está ligada en forma manifiesta a la idea de huelga general en un día determinado, y la clase obrera británica se impregna de esta noción. Es un hecho de primera importancia que se cuenta entre las apasionantes etapas de la historia del 1° de Mayo.

El pronunciamiento proyectado no tuvo lugar, es cierto, pero el hecho de que semejante idea hubiera llegado a convertirse en un "plan" –según la expresión de Fielden a W. Cobett– no es menos esencial. El movimiento se postergó para el 2 de junio y después para el 1° de septiembre.

Ocasionó, no obstante, una ola de huelgas por las ocho horas que inundó toda la Gran Bretaña, llegando a las corporaciones más insospechadas. Por ejemplo, en abril de 1834 entraron en la palestra con los obreros de Oldham –que resistieron al menos una semana– las organizaciones de las "Mujeres jardineras" y de "*Vieilles Filles*".*

Como la parte patronal había encontrado el necesario apoyo del gobierno, se ejerció una despiadada represión. La Unión General de las Clases Productoras acabó por zozobrar. Sin embargo, en 1836 los mecánicos de Londres, que habían intervenido poco en el movimiento anterior, hicieron una huelga de ocho meses por la reducción de las horas de trabajo a sesenta por semana y por una tarifa más elevada por las horas suplementarias. Debían retomar su lucha por una mayor reducción de las horas de trabajo en 1844, el mismo año en que el industrial Gradner, haciendo trabajar once horas en lugar de doce en sus dos tejedurías de Preston, comprobó que el rendimiento no bajaba por ello, ya que se "llegaba al mismo quantum de productos". También en 1844 entró en vigor una nueva ley que reducía a siete horas la jornada de los niños menores de trece años, y a doce la de las mujeres mayores de dieciocho. La expresión "entrada en vigor" es por lo demás puramente formal, porque Marx estima que todos los bills de protección obrera fueron eludidos por la parte patronal. También afirma que la agitación por la reducción del tiempo de trabajo alcanzó su punto culminante en 1846–1847. Ve su coronación en el bill de las diez horas votado en el parlamento el 8 de junio de 1847. Esta ley establece para los adolescentes mayores de trece años y para todas las obreras las once horas, en espera de su reducción a diez. Ésta entró en vigor –curiosa coincidencia– el 1° de mayo de 1848, a despecho de increíbles e inútiles maniobras de los patrones. No es casual que la primera batalla reivindicativa por las ocho horas, la primera legislación que disminuye progresivamente las horas de trabajo, la primera idea de sincronizar fecha para la huelga general en favor de las ocho horas, factores todos para el 19 de Mayo, hayan nacido en Inglaterra:

> Una vez comenzada la lucha en el dominio de la industria moderna, debía por consecuencia declararse primero en la patria misma de esta industria, Inglaterra.

* La expresión "*Vieille Fille*", como su equivalente inglese "*Old–maid*", es intraducible por no tener el matiz despectivo del castellano "solterona". [N. del T.]

La lucha en Francia

De Inglaterra, era natural que la lucha pasara a Francia, el país más industrial del continente, donde los obreros trabajaban como forzados de doce a diecisiete horas diarias.

Son los hilanderos de algodón de Nottingham quienes en septiembre de 1825 hicieron quizá conocer esta reivindicación y la táctica de huelga empleada para obtenerla, a sus colegas franceses. Decidieron, en efecto, enviar copia de sus resoluciones a los comités de los hilanderos de Calais, Lille y San Quintmn. No obstante, no hay prueba de que esta copia haya llegado realmente a los interesados. De todos modos, los carpinteros de Pecq en 1832 y los de Caen en 1833 obtuvieron por la huelga la reducción de la jornada de trabajo. Por otra parte, siempre en 1833, los obreros joyeros de París reclaman una disminución de una hora, en tanto que el año siguiente el periodista Émile de Girardin, adelantándose una vez más a su época, con una de esas atrevidas afirmaciones cuyo secreto poseía, se declara partidario de la jornada de ocho horas:

> La alianza de la industria y de la agricultura puede y debe resolver este problema de la civilización planteado a los gobiernos por los pueblos: que todo hombre inteligente, moral y laborioso, con ocho horas diarias de un trabajo racional y efectivo pueda nutrir sustancialmente, alojar sanamente y vestir convenientemente a su familia, asegurando el porvenir y el presente y disfrutando de seis horas libres para instruirse útilmente y educar honorablemente a sus hijos en la profesión a que deba su bienestar.

Por lo demás, el relato de las luchas inglesas, popularizado por las hojas de vanguardia y principalmente por la Reforma, no deja de tener influencia sobre el clima espiritual que duplica la lucha reivindicadora: es el vehículo de las ocho horas como tiempo normal cotidiano de trabajo. También es esta jornada la que aparece en el plan comunitario que Girod del Ain consigna en su célebre informe a la Cámara de los Pares (10 de mayo de 1841). Es cuestión de "talleres nacionales en que los trabajadores estarían ocupados cada día un tiempo razonable, por ejemplo, ocho horas".

Los comunistas Cabet, Weitling y Dézamy iban más lejos que sus camaradas denunciados por Girod del Ain en la reducción de las horas de trabajo en el régimen socialista. Cabet en 1840 fijaba la jornada laborable en siete horas en verano y seis en invierno; Weitling en 1842

se detenía en seis horas al comienzo de la organización comunista para llegar a tres horas después de veinte años de régimen, y Dzamy planeaba el mismo año una jornada que no pasara de cinco a seis horas.

La revolución de 1848 y la reducción de las horas de trabajo

La Revolución francesa de 1848, que pone en el orden del día los problemas de la organización del trabajo, debía llevar a discusiones y huelgas por la reducción de las horas de empleo. Muchos patrones debieron rebajar a diez horas la duración de la jornada.

Se hubiera podido esperar que los Cartistas en su proclama al pueblo de París expresaran su esperanza en la conquista de las ocho horas, pero no fue así. El texto ponía el acento sobre la soberanía del pueblo. Sin embargo, el 1° de marzo, antes aun de que la Comisión del Luxemburgo hubiera verificado los poderes de los delegados, los representantes obreros reclamaron insistentemente la reducción de las horas de trabajo. Louis Blanc y Arago pudieron apenas calmar su impaciencia.

La discusión tuvo lugar al día siguiente y la misma tarde aparecía un decreto. Considerando "que un trabajo manual demasiado prolongado no sólo arruina la salud del obrero, sino que al impedirle cultivar su inteligencia ataca la dignidad del hombre", resolvía:

> Se disminuye en una hora la jornada de trabajo. En consecuencia, en París, donde era de once horas, se la reduce a diez; y en provincias, donde hasta ahora era de doce horas, se la reduce a once.

Este decreto era un hecho. Iba mucho más lejos que la anterior legislación inglesa y francesa. Proclamaba, como lo hace resaltar Ernest Labrousse:

> Algo fundamental en la historia de la legislación obrera: la afirmación –entonces única en el mundo– del derecho del Estado a proteger no solamente a los niños y a las mujeres, sino a todos los trabajadores.

El decreto fue objeto de una resistencia muy viva, por una parte, de los patrones, que llegaron a despedir a los obreros; por otra parte, de los trabajadores, que en cierto número reclamaban la jornada de ocho horas. Tanto en provincias como en París hubo huelgas. En Lyon los ovalistas[*], después de un mes de lucha, obtuvieron la jornada de diez horas.

[*] Operario que prepara la seda destinada a la fabricación de medias, tules y obras de pasamanería. [N. del E.]

A pesar de un nuevo decreto del 4 de abril, que penaba severamente a los jefes de taller que contravinieran la ley, ésta fue poco respetada. Hay que observar que la industria atravesaba una crisis. Por eso algunos patrones, con el pretexto del decreto, cerraron sus establecimientos prometiendo reabrirlos si se les concedían primas de exportación. Se vio entonces a obreros sin trabajo –que preferían las jornadas largas al hambre–, pedir la violación de las medidas legales tomadas en su favor. Se volcaron amenazadores en las calles y aun buscaron pendencia a sus hermanos favorables a los decretos del 2 de marzo y el 4 de abril. Algunos llegaron a pedir la libertad de trabajar trece o catorce horas y aún más.

De hecho, la aplicación dependía de la relación de las fuerzas entre la clase obrera y el capitalismo. En tanto que esta relación se inclinaba en favor de la patronal, la ley se convertía en letra muerta. No fue por casualidad que el economista Wolowski, diputado constituyente, pidió su abrogación al día siguiente de las jornadas de junio.

El Comité del Trabajo de la Asamblea Constituyente, ganado por la proposición, concluyó el 3 de julio de 1848 por anular todas las medidas tomadas desde febrero sobre la duración del trabajo "como nocivas a la industria nacional y al interés de los trabajadores". El informe de Pascal Duprat, depuesto en la asamblea el 5 de julio, dio lugar a importantes debates que se abrieron el 30 de agosto. Los socialistas, naturalmente, apoyaron el mantenimiento del decreto y la necesidad de la intervención estatal en materia de duración del trabajo. Pierre Leroux, su principal orador, se ciñó a mostrar que desde 1789 el salario real del obrero francés había bajado, mientras que su jornada de trabajo aumentaba. Señaló que en Ruán, en 1841, según un informe oficial, la mayoría de los obreros trabajaban de trece y media a catorce horas por día. La tesis de la abrogación fue sostenida por Wolowski, León Faucher, Buffet y sobre todo Charles Dupin, el defensor de la ley de 1841 sobre el trabajo de los niños. Todos se mostraron implacables con el decreto del 2 de marzo, responsabilizándolo de la totalidad de los males. En cuanto al gobierno, representado por el ministro Senart, sostuvo una tesis intermediaria, que prevaleció.

La ley del 9 de septiembre de 1848 abrogó el decreto del 2 de marzo, fijó en doce horas el máximo de trabajo efectivo en las manufacturas y fábricas, y por su artículo segundo abrió ampliamente la puerta a las derogaciones. Decretos y circulares posteriores terminaron de quitar toda garantía a los obreros, cuya jornada de trabajo bajo el segundo

imperio va de nueve horas, cosa completamente excepcional, a diecisiete, siendo la regla doce horas en provincias y once en París.

De la Asociación Internacional de los Trabajadores a la Comuna

Cuando se crea la Asociación Internacional de los Trabajadores –la Primera Internacional– en 1864, Karl Marx, que redacta su "Mensaje inaugural", se extiende bastante largamente sobre la cuestión de la limitación de las horas de trabajo. Hay que mencionar que este mensaje inaugural se mantiene prudentemente en generalidades en lo que respecta al tiempo de trabajo. No es cuestión de las ocho horas, y se sabe, por otra parte, que Marx y Engels no las habían indicado en la lista de las medidas que se adoptarían en ocasión de la toma del poder.

Por el contrario, la fracción blanquista de Lyon, y especialmente Gabriel, había pronunciado netamente en marzo de 1849 por el trabajo obligatorio de ocho horas. La Internacional dio un gran paso en su primer congreso de Ginebra (del 3 al 8 de septiembre de 1866) reanudando la tradición inglesa de las ocho horas como objetivo inmediato. Era la primera vez que el principio de la jornada de ocho horas se planteaba en un congreso obrero internacional. También lo era para el Consejo General de Londres, uno de cuyos mandatarios fue Eugène Dupont, representante de Karl Marx.

Eugène Dupont propuso las siguientes resoluciones:

1° El Congreso considera la reducción de las horas de trabajo como el primer paso en vista de la emancipación obrera.

2º En principio, el trabajo de ocho horas diarias debe considerarse suficiente.

3° No habrá trabajo nocturno, salvo en casos previstos por la Ley.

Odger, Presidente del Consejo General de Londres y obrero carpintero, sostuvo estas resoluciones. Apelando a la autoridad de Robert Owen, afirmó que "si cada miembro de la sociedad hiciera su parte", tres horas de trabajo bastarían. Afirmó que se podía producir en ocho horas más que antes en doce, que la jornada de ocho horas darla al obrero tiempo de cultivar su inteligencia y evitaría rivalidades entre los trabajadores de los distintos países. En nombre de la solidaridad y unión –concluye– debemos aceptar como principio ocho horas de trabajo. del principio del salario mínimo, la condenación del trabajo excesivo de los niños y de todo trabajo femenino en las fábricas.

El III Congreso de la Internacional (Bruselas, del 6 al 13 de septiembre de 1868) se refería a la resolución de Ginebra para pronunciarse unánimemente en favor de "la disminución legal de las horas de trabajo" como "condición preliminar e indispensable para todas las mejoras sociales ulteriores y en especial el desarrollo de la instrucción en la clase obrera". Pidió a las secciones afiliadas que dieran un "efecto práctico" a la resolución de Ginebra.

Hubo, en efecto, huelgas en tal sentido, por ejemplo la célebre huelga de los mineros del Loira en 1869 que, como se sabe, degeneró en masacre en La Ricamarie. Pero no se puede, sin extremar la nota, referirlas a esta resolución.

En cuanto a la Comuna de París, en 1871, era demasiado una ciudad sitiada y una "barricada" para establecer en tres meses, a pesar de su carácter social, la reforma de la jornada de trabajo a ocho horas. Ninguno de sus manifiestos oficiales u oficiosos (lo mismo, por lo demás, que los de la Asociación Internacional de los Trabajadores y del Consejo Federal de Secciones Parisienses) hace alusión a dicha reforma.

II

Agitación por las ocho horas y nacimiento del 1° de mayo en América

Primeros esfuerzos en favor de las diez y de las ocho horas

Hemos visto que en Inglaterra el movimiento por las ocho horas está ligado a la huelga general pero no a la fecha del 1º de Mayo. En los Estados Unidos, país de emigración inglesa, lo encontraremos ligado a huelgas generalizadas y esta vez a la fecha del 1º de Mayo. Así se efectuará una progresión nueva y muy seria en la génesis de la gran demostración internacional del proletariado.

Naturalmente, fueron los emigrantes ingleses los que llevaron a América y Australia el deseo de las ocho horas y el recuerdo de las luchas a que había dado lugar la reivindicación. Como en Inglaterra, la puja por las diez horas preludió la acción por las ocho horas o se libró conjuntamente, sobre la misma base económica.

La amplitud de la agitación se explica, pues, objetivamente por el desarrollo de la industria manufacturera, el perfeccionamiento del maquinismo y de las herramientas, y también subjetivamente por la propaganda de los emigrantes respondiendo al frenesí de lucro del capitalismo. Quizá también los ensayos owenistas de New Harmony, iniciados el 1º de Mayo de 1825, hayan tenido alguna influencia.

La agitación comenzó en 1827 con la huelga de los carpinteros de Filadelfia. Pronto los obreros gráficos, los vidrieros y los albañiles se unieron al movimiento y quince sindicatos entraron en la Mechanics Union of Trade Associations de Filadelfia. Este ejemplo fue seguido por una docena de ciudades. Se crearon cincuenta periódicos obreros y se realizaron mitines y congresos con miras a obtener la elección de candidatos "que representaran los intereses"de la clase obrera.

El resultado de esta lucha, que señala sin lugar a dudas el nacimiento del sindicalismo en los Estados Unidos, fue uno de los menos considerables, sobre todo en razón de la depresión de 1837. Sin embargo, los empleados federales y los trabajadores de los arsenales obtuvieron las diez horas en 1840 por orden del presidente Van Buren, y dos estados, Massachusetts y Connecticut, adoptaron en 1842 leyes que prohibían a los niños un trabajo de más de diez horas por día. El mismo año, la quincallería White, en Buffalo, introdujo en sus talleres la jornada de

diez horas, la que reemplazaría en 1875 por la de ocho.

En el primer congreso industrial de los Estados Unidos, efectuado en Nueva York en octubre de 1845, se plantea de nuevo la cuestión de la reducción legal de la jornada de trabajo a diez horas, tras lo cual estallan huelgas. New Hampshire concede la ley de diez horas. Pero la competición de la mano de obra debida al aflujo inmigratorio no es muy propicia al éxito de las reivindicaciones obreras.

Hay que llegar, en 1848, al anuncio de la conquista de las ocho horas por los obreros de una sociedad de colonización neozelandesa, y al comienzo de 1866, después de la guerra de Secesión, para ver renacer sobre la base de la acción sindical la voluntad de obtener las diez horas. Entre tanto, Ohio había adoptado la ley de diez horas para las mujeres. Los sindicatos de la construcción, que acaban de crearse, se agitan al saber que los albañiles de la colonia de Victoria, en Australia, han obtenido la jornada de ocho horas. Por otra parte, la reducción de la jornada de trabajo se convierte en una necesidad urgente por el retorno de los soldados desmovilizados y el cierre de los talleres que trabajaban para la guerra.

El Congreso de los Estados Unidos da entrada a ocho proyectos de leyes tendientes a legalizar la jornada de ocho horas, y el congreso nacional del trabajo de Baltimore –que comprende sesenta organizaciones, entre ellas una docente de Uniones Nacionales– proclama, el 16 de agosto de 1866:

> La primera y gran necesidad del presente, para liberar al trabajo de este país de la esclavitud capitalista, es la promulgación de una ley por la cual la jornada de trabajo deba componerse de ocho horas en todo el Estado de la Unión Americana. Estamos decididos a todo hasta obtener este resultado.

El mismo congreso decidió la creación de comités para estudiar la reivindicación de las ocho horas. Pero el defecto de las organizaciones es esperar de los poderes públicos el estudio y el voto de la medida reclamada.

Al año siguiente el Congreso Obrero de los Estados del Este, en Chicago, se ocupa mucho de las ocho horas. La cuestión, por lo demás, estaba planteada en la misma época en los congresos de la Internacional, según hemos visto. El hombre que simboliza esta lucha es Ira Steward, mecánico autodidacta de Chicago, a quien se llamó "el monomaníaco de la jornada de ocho horas".

Parece haber comprendido –dice R. Marjolin– cuánto poder revolucionario pueden contener las reformas más moderadas en apariencia.

Sostenía la teoría de que al acrecentar el tiempo libre se aumentarían las necesidades de los trabajadores y que, por tanto, de allí surgiría el aumento de los salarios, favorecido además por la utilización de las máquinas. Escéptico sobre la eficacia de la acción puramente corporativa, luego de los fracasos precedentes y en razón de la depresión económica que comenzaba a hacerse sentir, Steward, en ausencia de un partido político autónomo de la clase obrera se afirmó por un método siempre en uso en el movimiento sindical americano: ejercer presión sobre los partidos y no conceder votos más que a los candidatos que aceptaran hacer triunfar todo o parte del programa sindical.

La Ley Federal que instituye las ocho horas (1868)

Los esfuerzos obreros terminaron por la institución de la jornada de ocho horas en todos los establecimientos del gobierno de la República americana y para todos los trabajos directamente ejecutados o licitados por el Estado.

La ley Ingersoll del 25 de junio de 1868 establecía:

Artículo 1° – La jornada de trabajo se fija en ocho horas para todos los jornaleros u obreros y artesanos que el gobierno de los Estados Unidos o el Distrito de Columbia ocupen de hoy en adelante. Sólo se permite como excepción trabajar más de ocho horas diarias en casos absolutamente urgentes que puedan presentarse en tiempo de guerra o cuando sea necesario proteger la propiedad o la vida humana. Sin embargo, en tales casos el trabajo suplementario se pagará tomando como base el salario de la jornada de ocho horas. Éste no podrá ser jamás inferior al salario que se paga habitualmente en la región. Los jornaleros, obreros y artesanos ocupados por contratistas o subcontratistas de trabajos, por cuenta del gobierno de los Estados Unidos o del distrito de Columbia. Los funcionarios del Estado que deban efectuar pagos por cuenta del gobierno a los contratistas o subcontratistas deberán cerciorarse, antes de pagar, de que los contratistas o subcontratistas han cumplido sus obligaciones a hacia sus obreros; no obstante, el gobierno no es responsable del salario de los obreros.

Art. 2° – Todos los contratos que se concierten en adelante por el Gobierno de los Estados Unidos o por su cuenta (o por el Distrito de Columbia o por su cuenta) con cualquier corporación o persona, se basarán en la jornada de ocho horas, y todo contratista que pidiera o permitiera a sus obreros trabajar mas de ocho horas por día estaría en contravención con la ley, salvo los casos de fuerza mayor previstos en el artículo 1°.

Art. 3° – Los que contravengan a sabiendas esta prescripción serán pasibles de una multa de 50 a 1.000 dólares o hasta de seis meses de prisión, o de ambas penas conjuntamente.

Así, la jornada de ocho horas llegaba a ser legal en los Estados Unidos para los trabajos públicos, como era ya legal en Australia para los trabajos privados. Pero, en lo que respecta a estos últimos, la jornada de trabajo en general seguía siendo efectivamente en los Estados Unidos de once y doce horas.

Sin embargo, la agitación en favor de las ocho horas hacía tales progresos entre los obreros. El movimiento en pro de la jornada de ocho horas, después de numerosas vicisitudes y de éxitos legislativos que no fueron seguidos de aplicación práctica, no llegó a ningún resultado y el pueblo obrero fue afectado par una profunda desilusión.

Esta desilusión no le impidió organizar en Nueva York, el 13 de septiembre de 1871, una gran manifestación por la jornada de ocho horas que agrupó a veinte mil obreros, entre otros el conjunto de las secciones alemanas y francesas de la Internacional, ni llevar adelante huelgas de cierta importancia en el año siguiente, sobre todo la de los obreros muebleros y afines. Es la época en que un exaltado de Prince Street Council envió a los periódicos la amenaza de un incendio general si no se votaban las ocho horas. En suma, estas huelgas eran desde un principio coronadas por el éxito, pero las organizaciones fueron demasiado débiles para aprovechar la victoria, de manera que al cabo de cinco o seis meses todo se había perdido.

Los años negros (1873 a 1883)

Después de la crisis financiera de 1873 vienen años negros para los trabajadores americanos. Sin embargo, no pierden de vista la reivindicación de las ocho horas. Se forman numerosos grupos que la apoyan y los Caballeros del Trabajo, en su programa de 1874, declaran que se esforzarán en obtenerla por la negativa general a trabajar más de ocho horas. Esta importante afirmación liga otra vez la huelga general a la lucha por las ocho horas. Más tarde, en el preámbulo de su constitución estos mismos Caballeros inscribirán en la larga lista de las reformas y reivindicaciones a obtener "la reducción gradual de las horas de trabajo a ocho horas por día, a fin de gozar en alguna medida de los beneficios de la adopción de máquinas en reemplazo de la mano de obra".

El año 1874 no se señala sólo por la viril decisión de los Caballeros del Trabajo en favor de las ocho horas, sino por la fijación de diez horas como máximo legal de la jornada de las mujeres y los niños, en el Estado de Massachusetts. Sin embargo, en 1877 los ferroviarios que van a la

huelga por las ocho horas son vencidos en Pittsburg en una lucha a mano armada. En esta ciudad se constituye en noviembre de 1881 la Federación de Trade–Unions que se convertirá pronto en la American Federation of Labor (A.F.L.), o Federación Americana del Trabajo. La plataforma de este primer congreso pide que se refuerce "en el espíritu de sus autores" la ley nacional de las ocho horas para los empleados de gobierno.

El segundo congreso en Cleveland retoma esta resolución el 21 de noviembre de 1882 y la siguiente declaración, hecha en ese mismo congreso por la Asamblea sindical de Chicago, es la más típica de las resoluciones adoptadas en la época:

> Nos, la Asamblea de Sindicatos de la aglomeración de Chicago, representantes de los trabajadores organizados, declaramos que la jornada de trabajo de ocho horas permitirá dar mas trabajo por salarios aumentados. Declaramos que permitirá la posesión y el goce de más riquezas por aquellos que las crean. Esta ley aligerará el fardo de la sociedad dando trabajo a los desocupados. Disminuirá el poder del rico sobre el pobre, no porque el rico se empobrezca, sino porque el pobre se enriquecerá. Creará las condiciones necesarias para la educación y mejoramiento intelectual de las masas. Disminuirá el crimen y la intemperancia. Aumentará la posibilidad de que los obreros "controlen" sus posibilidades de vida. Aumentar las necesidades, alentar la ambición y disminuirá la negligencia de los obreros. Estimulará la producción y aumentará el consumo de bienes por las masas. Hará necesario el empleo cada vez mayor de máquinas para economizar la fuerza de trabajo. No conmoverá, molestará ni perturbará el actual sistema de remuneración del trabajo, sino que es una medida que tenderá permanentemente a acrecentar los salarios sin aumento del costo de la producción de las riquezas. Disminuir la pobreza y aumentará el bienestar de todos los asalariados, y gracias a esta ley, en algunos años desaparecerá el sistema actual de salarios para dejar lugar a un sistema de cooperación industrial en que los salarios representen ganancias y no, como al presente, el mínimo necesario al asalariado.

El Congreso de Chicago y la resolución Edmonston

Frank K. Foster, secretario del Comité legislativo, rindió cuenta de estas diligencias al IV Congreso de la A.F.L. en noviembre de 1884, en Chicago. Foster reconoció su fracaso. Por lo demás, como consecuencia de los reveses experimentados, se había producido en el espíritu de numerosos militantes obreros un cambio de frente. Se pronunciaban ahora por una acción propia del Trade–unionismo. Creían poder obtener más por presión directa sobre la parte patronal que por gestiones ante los hombres y poderes públicos.

Foster traduce tal estado de espíritu en el congreso cuando observa que es inútil contar con la legislación para obtener la jornada de ocho horas y las reivindicaciones formuladas.

Una demanda concertada y sostenida por una organización completa produciría más efecto que el voto de millares de leyes cuya vigencia dependerá siempre del humor de los políticos. El espíritu de organización esta en el aire, pero el importe de las cuotas pagadas, el partidismo y la falta de espíritu práctico representan grandes obstáculos.

Se creería oír a Adhémar Schwitzguebel sosteniendo en la Federación del Jura, en 1875, que la limitación de las horas de trabajo debe obtenerse por iniciativa directa de los obreros y no por una "ley federal que no adelanta en nada la cuestión" porque queda "en estado de letra muerta".

Esta opinión se explica mejor cuando se sabe que los únicos resultados realmente serios en el plano de las ocho horas se habían logrado en Estados Unidos, fuera de toda legislación. Así, en Nueva York, un taller de ebanistería ya bajo el régimen de las diez horas había pasado a fines de 1885 al de las ocho horas, al mismo tiempo que algunos obreros ganaban más. Un número bastante grande de establecimientos pertenecientes a las más variadas industrias no trabajaban mas que ocho horas, y en Massachusetts, si se trabajaba en general diez horas, había una serie de talleres de todos los ramos con el beneficio de las ocho horas, y la fabricación de prótesis dentales estaba ya completamente bajo este régimen.

En el curso de su intervención en el congreso de Chicago, Foster había sugerido que todos los sindicatos manifestaran su voluntad unánime, apoyados por la organización entera, haciendo una huelga general por la jornada de ocho o nueve horas. Gabriel Edmonston, que compartía estos puntos de vista, sometió entonces al congreso una resolución por la cual, a partir del 1º de mayo de 1886 la jornada normal de trabajo se fijaría en ocho horas por todas las organizaciones obreras, que se prepararían a este efecto.

Algunos días más tarde, Edmonston presentó una moción pidiendo que los Caballeros del Trabajo fueran invitados a cooperar en el movimiento general por las ocho horas. La moción fue aceptada, y en la nota que Edmonton envió se especificó bien que la jornada de ocho horas debía hacerse efectiva el 1° de mayo de 1886.

Es, pues, en el Congreso de Chicago donde apareció por primera vez la idea de hacer del 1° de mayo una jornada de reivindicación obrera en

torno a las ocho horas. Se lo debemos a Foster y a Edmonton, cuyos nombres merecen recordarse. Pero, sin disminuir el papel de Foster, hay que reconocer que Edmonston es el autor de la resolución inicial y de las mociones de aplicación. A este título conviene consagrarle algunas líneas.

Había desplegado ya gran actividad en el movimiento sindical antes de la creación de la A.F.L. Era un militante de primera línea de la Fraternidad de carpinteros y afines de América y del Distrito de Columbia. Apareció en el primer Congreso de la A.F.L., pero fuera de su propia organización. En el II Congreso representa al Distrito de Columbia, y su nombre figura en los expedientes tras la adopción de una interesante resolución sobre "el apoyo moral y financiero de los periódicos sindicalistas" en cuanto son éstos un "poderoso medio de enseñar a las masas trabajadoras sus derechos y deberes". Edmonston, que sostuvo la resolución, sugirió que también el teatro podría ser un medio de despertar al pueblo a esta noción, y se mostró dispuesto a votar un texto concediendo un premio para la mejor pieza en cinco actos del carácter indicado.

Siempre en el mismo congreso fue elegido, con Gompers y otros, miembro de este Comité Legislativo del que ya hemos hablado y cuya tarea era seguir los trabajos parlamentarios en lo que respecta a la legislación obrera. En el siguiente congreso de agosto de 1883 en Nueva York, Edmonston, que reside en Washington, es elegido lobista ante el Parlamento nacional, es decir, agente sindical encargado de "trabajar" en los corredores, de actuar por conversaciones y explicaciones sobre los representantes y senadores. La A.F.L. le asignaba entonces quince dólares para compensar la "pérdida de tiempo" que esta función ocasionaba. En tal condición introdujo por intermedio del representante Murch –ya nombrado– un proyecto de ley para la "incorporación" de las Trade–Unions, esto es, la personería jurídica. Asumió luego en la A.F.L. las funciones de presidente del Comité Resolutivo (1884), secretario del Comité Legislativo (1885) y tesorero (1886). Fue reelegido al año siguiente en este último puesto, a pesar de un "grosero e infamante" libelo impreso puesto en circulación contra él. Todos los delegados expresaron su indignación y le renovaron su confianza.

La cuestión de la fecha

Falta dilucidar un punto: ¿por qué ha sido elegida, con preferencia a cualquier otra, la fecha del 1° de mayo para generalizar un sistema de condiciones de trabajo que era aún excepcional?

No se puede dar como explicación el hecho de que el 1° de mayo de 1531 los obreros de la seda de la ciudad italiana de Lucca hubieran hecho una manifestación por un salario mínimo y otras reivindicaciones. Esta protesta, desconocida ciertamente para Edmonston, no tiene ninguna relación con el movimiento americano de las ocho horas. Es una coincidencia de fecha completamente fortuita.

He aquí la explicación de Gabriel Deville:

> El 1° de mayo de 1886, en el pensamiento de los que eligieron esta fecha, debía ser el punto de partida o del régimen de las ocho horas en los empleadores que se sometieran a la decisión de Chicago, o de la suspensión del trabajo en los que rehusaran someterse. Y si se escogió esta fecha hay que presumir, dada la disposición de ánimo de los que la eligieron, que este se debió a que existía entonces, como práctica común a diferentes sitios, el hábito de hacer comenzar y terminar el año en un día determinado por el uso en lo que respecta a locaciones, contratos y arrendamientos. Ahora bien, este día era, estoy seguro, para el Estado de Nueva York y Pennsylvania, el 1º de mayo, conocido como *Moving-day*. Aunque siempre se practica, parece que el *Moving-day* tiende a perder la importancia que tuvo y que tenía aún hace doce años.
>
> Si mi suposición es válida, como me lo hace creer la imposibilidad con que he chocado de hacerme dar un motivo cualquiera de esta elección, los delegados a la convención de Chicago, al fijar este día, han obedecido simplemente a la misma idea que al establecer una dilación bastante larga entre la época del voto de la resolución (octubre de 1884) y la de su ejecución (19 de mayo de 1886).
>
> Por esta dilación y por el término mismo de esta dilación –partiendo los compromisos del 19 de mayo, con modificaciones en los precios convenidos haste esa fecha, llegado el caso– se evitaba toda sorpresa a los capitalistas. Así no podían éstos argumentar contra la modificación reclamada por los trabajadores de sus contratos vencidos sobre la base de sus antiguas condiciones de trabajo, puesto que tenian la posibilidad de organizar sus planes de acuerdo con las nuevas condiciones para los contratos a cumplir.

Estas explicaciones son tanto más satisfactorias cuanto que nunca se las ha rechazado y jamás, que sepamos, se han intentado otras. Así, el 1º de Mayo ha sido elegido porque esta fecha correspondía en América del Norte en la práctica de las transacciones económicas y de los compromisos de trabajo al San Juan de las campiñas meridionales francesas, al San Martín de ciertas regiones, a la Navidad en otras. Tales feriados, en particular San Juan, señalan, como se sabe, el comienzo del año de trabajo para la contratación de servicios.

Agitación preliminar y primeros resultados

Metámonos bien en la cabeza la idea de que los contemporáneos no pensaban siquiera en todas las cuestiones que nosotros nos planteamos a propósito de la importante decisión de Chicago. Es que los hombres no tienen conciencia del futuro. Por eso la resolución de Edmonston, tan plena de perspectivas, pasa inadvertida en general. Tan verdad es esto que en Francia *Le Cri du Peuple*, cotidiano atento a las informaciones obreras y que rinde cuenta del movimiento en los Estados Unidos, no consagra una sola línea al congreso de Chicago. Aun en América, los que votan la resolución están seguramente lejos de prever el alcance de su gesto y sólo mucho más tarde apreciarán su significación profunda. Hay que observar también que los elementos socialistas y revolucionarios son entonces del todo extraños a esta decisión puramente corporativa que, en el espíritu de los que la votan, no reviste en modo alguno carácter socialista e internacionalista.

Sea como fuere, gracias a una intensa propaganda, la resolución de Chicago abre brecha en la clase obrera. No se descuida ningún centro. El congreso de los Caballeros del Trabajo, en Hamilton, también decide la agitación para la obtención de las ocho horas. Se crean grupos locales especialmente encargados de la propaganda, que organizan mitines y manifestaciones, reparten folletos y periódicos.

Naturalmente, las Uniones o Federaciones sindicales más activas intervienen particularmente para respaldar la acción nacional. Así la Fraternidad de los Carpinteros, desde la primavera de 1885 toma la iniciativa de un movimiento por la reducción de la jornada de trabajo en la Costa del Pacífico; luego el congreso de Washington de la A. F. L. (diciembre de 1885) renueva la decisión de Chicago. La resolución votada, emanada de los sindicatos de obreros muebleros, preconiza en cada ciudad el frente único de todas las organizaciones sindicales y la comunicación a los empleadores, antes del 19 de Mayo de 1886, del contrato–tipo preparado por el Comité Legislativo de la A. F. L. Además prohíbe reclamar aumentos de salario en compensación de la disminución de las horas de trabajo.

A medida que el 19 de Mayo de 1886 se aproxima, las organizaciones obreras trabajan animosamente. Lanzan llamados y multiplican los consejos a sus adherentes. Preparan sus baterías en vista de la obtención de las ocho horas. Por ejemplo, en Chicago el Comité de las ocho horas, de acuerdo con la Unión intercorporativa local, se pone en guardia contra las huelgas parciales que acarrean como consecuencia lock–outs que "pueden hacer abortar el movimiento". Por su parte, la Cámara sindical de los carpinteros y ebanistas de la misma ciudad fija el 3 de mayo como punto de partida de la "jornada normal" y advierte de ello a los patrones por carta certificada, en tanto que compromete a sus miembros a detener el trabajo en los talleres en que no se aplique la jornada de ocho horas.

A pesar de los consejos de prudencia de los militantes, estallaron huelgas, a veces violentas, durante todo el mes de abril de 1886. Tomaron tal extensión y la situación pareció tan grave que el presidente Cleveland consideró oportuno someter al Congreso la cuestión de las relaciones del capital y el trabajo. En esta ocasión, no temió afirmar:

> Las condiciones presentes de las relaciones del capital y el trabajo son muy poco satisfactorias, y esto en gran medida, gracias a las ávidas e inconsideradas exacciones de los empleadores.

Ante la pujanza del movimiento, un cierto número de empresas no esperó la fecha fijada para conceder las ocho horas sin disminución de salario. Se estiman en cerca de 32.000 los obreros que se beneficiaron con esta mejora en el curso de abril, en especial los mineros de Virginia.

El 1º de mayo de 1886

Por fin, el 19 de Mayo de 1886 llegó. Por todas partes se realizaron importantes manifestaciones a la voz de orden uniforme:

> ¡A partir de hoy, ningún obrero debe trabajar más de ocho horas por día!
> ¡Ocho horas de trabajo!
> ¡Ocho horas de reposo!
> ¡Ocho horas de educación!

Hubo casi 5.000 huelgas y alrededor de 340.000 huelguistas. En Nueva York se pronunciaron en los diversos mitines discursos en inglés y en alemán. Los obreros fabricantes de pianos, los ebanistas, los barnizadores y los obreros de la construcción conquistaron las ocho horas sobre la base del mismo salario. Los panaderos y cerveceros obtuvieron la jornada de diez horas con aumento de salario. En Pittsburg el éxito fue casi completo. En Baltimore, tres corporaciones ganaron las ocho horas: los ebanistas, los peltreros y los obreros en pianos-órganos. En Chicago, conquista de las ocho horas sin disminución de salarios por

los embaladores, carpinteros, cortadores, obreros de la construcción, tipógrafos, mecánicos, herreros y empleados de droguería. Se logra una conquista de las diez horas con aumento de salario en los carniceros, panaderos y cerveceros. En Newark son los sombrereros, cigarreros y obreros en máquinas de coser los que obtienen las ocho horas, en tanto que en Boston son los de la construcción; en Louisville, los obreros del tabaco; en Saint Louis, los ebanistas, y en Washington los pintores de obras. En total 125.000 obreros obtuvieron las ocho horas el día fijado. A fin de mes serían 200.000 y 250.000 un poco más tarde, al paso que un millón más veían disminuir su jornada.

No era –como lo ha observado Georges Vidalen– más que un insignificante "porcentaje", pero se había obtenido un importante resultado: agrupar a todas las fuerzas obreras para una reivindicación única y precisa, cuya realización debía perseguirse sin debilidad. Se trataba de la tome de conciencia del proletariado americano frente al capitalismo más opresivo e imperioso.

Por lo demás, un informe del secretario general de la A. F. L., aunque subrayando las divisiones vituperables que entre los trabajadores existían, sobre todo a causa de los dirigentes de los Caballeros del Trabajo, dice textualmente:

Jamás, en la historia de este país, ha habido un levantamiento tan general entre las masas industriales. El deseo de una disminución de la jornada de trabajo ha impulsado a millares de trabajadores a afiliarse a las organizaciones existentes, cuando muchos, hasta ahora, habían permanecido indiferentes a la agitación sindical.

El mismo informe, sin ocultar nada de los puntos negativos del movimiento, reconocía las "enormes ventajas" logradas.

Así, la fecha del 1º de Mayo de 1886 ha sido para la historia social de América lo que es –guardando las proporciones–, el 18 de marzo de 1871 para Francia. Como lo ha reconocido Paul Lafargue, los Estados Unidos son, "por su inmensa huelga por la jornada de ocho horas", los que "han inaugurado la serie de las manifestaciones del 10 de Mayo".

La lucha de clases en Chicago

La jornada fue sangrienta en Milwaukee. Ante la amplitud del movimiento, las autoridades enviaron refuerzos policiales; la multitud les arrojó piedras. Hubo una descarga de fusilería, tras la cual murieron nueve personas.

En Chicago, el 3 de mayo, se produjeron acontecimientos aun más trágicos, que debían asegurar al 1º de Mayo de 1886 y la fecha del 1º de Mayo en general una resonancia mundial.

Los trabajadores de Chicago, a pesar de los esfuerzos de sus organizaciones, vivían en su mayoría en las peores condiciones. Muchos trabajaban aún catorce o dieciséis horas diarias, partían al trabajo a las cuatro de la mañana y regresaban a las siete u ocho de la noche, o incluso más tarde, de manera que "jamás veían a sus mujeres y sus hijos a la luz del día". Unos se acostaban en corredores y desvanes, otros en chozas en que se hacinaban tres o cuatro familias. Muchos no tenían alojamiento; se les veía juntar restos de legumbres en los recipientes de desperdicios, como los perros, o comprar al carnicero algunos centavos de recortes. Por otra parte, la generalidad de los empleadores tenían una mentalidad de caníbales. Sus periódicos escribían que el trabajador debía curarse "de su orgullo" y ser reducido al "rol de máquina humana".

Encontraban que el plomo era "la mejor alimentación para los huelguistas". El *Chicago Times* osó decir:

La prisión y los trabajos forzados son la única solución posible de la cuestión social. Hay que esperar que su uso se generalice.

Huelga decir que sobre la base de semejante estado de cosas aumentó el espíritu de revuelta en la clase obrera, tanto más cuanto que Chicago, que fue siempre el centro más poderoso de la agitación revolucionaria en los Estados Unidos, había llegado a ser el cuartel general del movimiento anarquista de América.

El anarquismo, después de haber desdeñado en un principio la acción por las ocho horas, la había apoyado luego con todo su ardor combativo. Le aportó además el peso local de su prensa, que estaba lejos de ser despreciable. El *Arbeiter Zeitung*, en idioma alemán, se había convertido, de trisemanario y social demócrata de izquierda, en cotidiano libertario bajo la dirección de Hessois Auguste Spies, de treinta y un años de edad y residente en América desde 1872. El *Alarm*, semanario en inglés, tenía por redactor en jefe a Albert Parsons, americano, uno de cuyos antepasados había combatido junto a Washington en la guerra de la Independencia. En 1879 había declinado la candidatura a la presidencia de los Estados Unidos ofrecida por el Partido Socialista

Obrero. Lizzie M. Schwab, más tarde Lizzie M. Holmes, lo secundaba, en tanto que su marido, Michael Schwab, nacido en Mannheim en 1853, redactaba con Spies el *Vorbote* y *Die Fakel*, ambos semanarios.

En torno a estos órganos y a ocho o diez grupos que reunían casi dos mil miembros, todo un núcleo de brillantes militantes, agitadores de ideas con alma de apóstoles y temperamento fogoso, se prodigaban sin límites. Entre ellos sobresalía William Holmes, autor de diferentes folletos, propagandista tan infatigable como Albert Parsons, Lucy E. Parsons, William Snyder, Thomas Brown, Sarah E. Ames, William Patterson, el doctor James D. Taylor y todos aquellos que con Spies, Albert Parsons y Michael Schwab llegarán a ser los "mártires de Chicago": El súbdito inglés Samuel Fielden, obrero textil; Georges Engel, Louis Lingg, Adolph Fischer, los tres alemanes y Oscar Neebe, rico banquero nacido en Filadelfia en 1846, descendiente de familia holandesa. A este último se debe en gran parte la reducción de las horas de trabajo de los obreros panaderos, cerveceros, de los dependientes de especiería y de los empleados de comercio de la gran ciudad de Illinois.

Los trabajadores de Chicago, habituados a los mitines al aire libre, a las inmensas comitivas, a los pic-nics monstruosos, a los tumultos callejeros con banderas rojas y negras y el mayor despliegue de insignias y folletos de propaganda, y aun, en determinado momento, respaldados por grupos armados de autodefensa, respondieron en gran número por la huelga, de el 1° de Mayo de 1886, al llamado de las diversas organizaciones.

Se concibe que una lucha incubada durante largo tiempo y que había llegado a ser encarnizada, no podía detenerse de la noche a la mañana. La agitación y la fiebre no caen tan rápido. Los días siguientes quedaban aún de treinta y cinco a cuarenta mil huelguistas en la brecha y, por otra parte, numerosos trabajadores se encontraban frente al lockout o al despido patronal. Es lo que pasó en la gran fábrica de máquinas agrícolas Cyrus Mac-Cormick, que había despedido a 1.200 obreros, parcialmente reemplazados por carneros contratados en las ciudades vecinas. Disponía además de equipos de Pinkerton, detectives armados provistos por una agencia privada, individuos sin escrúpulos que multiplicaban las provocaciones, seguros de la complacencia policial y la impunidad judicial.

Masacre del 3 y 4 de mayo de 1886

Al terminar la tarde del 3 de mayo, de 7.000 a 8.000 huelguistas se fueron a la salida de las fábricas para escarnecer a los carneros. Chocaron

con las fuerzas policiales y las apedrearon. Siguió una refriega. A los disparos de los Pinkerton hicieron eco los de los revólveres y los de fusiles de repetición de la policía enviada en refuerzo. La multitud debió huir, dejando seis muertos y una cincuentena de heridos. Muchas otras víctimas y numerosos arrestos se agregaron a este sangriento cuadro.

La indignación de los trabajadores se tradujo por el siguiente llamado que lanzó al día siguiente el *Arbeiter Zeitung* y que recuerda por su salvaje virulencia la protesta de Blanqui en 1848 al anuncio de la masacre de Ruán.

> La guerra de clases ha comenzado. Ayer, frente a la fábrica Mac-Cormick, han fusilado a los trabajadores. ¡Su sangre pide venganza!
>
> ¡Quién podría dudar de que los tigres que nos gobiernan están ávidos de la sangre de los trabajadores!
>
> Pero los trabajadores no son carneros. Responderán al Terror Blanco con el Terror Rojo. Vale más la muerte que la miseria.
>
> Si se fusila a los trabajadores, respondamos de tal manera que nuestros amos lo recuerden por mucho tiempo.
>
> Es la necesidad la que nos hace gritar: "¡a las armas!"
>
> Ayer, las mujeres y los hijos de los pobres lloraban a sus maridos y sus padres fusilados, mientras en sus palacios los ricos llenaban sus vasos de vinos costosos y bebían a la salud de los bandidos del orden...
>
> ¡Secad vuestras lágrimas, sufrientes!
>
> ¡Tened coraje, esclavos! ¡Levantaos!

Al mismo tiempo, los grupos anarquistas convocaban al pueblo a un mitin de protesta en la plaza del mercado de heno (*Haymarket*), a las siete y media de la tarde. Al fin de la convocatoria se decía a los obreros: "Armaos y apareced en plena fuerza".

Era la confirmación del llamado a las armas del *Arbeiter Zeitung*. Pero a último momento la manifestación tomó un carácter pacífico. Se recomendó a los manifestantes que fueran al mitin sin armas, y tan poco previó el matrimonio Parsons lo que sucedería, que llevó a sus dos hijos pequeños.

Había alrededor de 15.000 personas. Desde lo alto de un carro, Spies, Albert Parsons y Fielden tomaron sucesivamente la palabra. Todo transcurrió en calma. La multitud iba a retirarse cuando la policía irrumpió en la plaza y comenzó a dispersar con violencia a los asistentes. El Comandante no había terminado de pronunciar la frase reglamentaria en tales casos, cuando una bomba cayó en las filas policiales, derribando a unos sesenta hombres. Dos murieron en el acto y seis más tarde a consecuencia de sus heridas. Fue la señal de un pánico loco y de una

batalla más terrible que la de la víspera. Los policías sobrevivientes ayudados por refuerzos abrieron nutrido fuego sobre la multitud aún presente. La masacre fue espantosa, pero es imposible establecer el doloroso balance. Un despacho de la agencia de Chicago habla de más de 50 "agitadores" heridos, muchos mortalmente. Hay allí, evidentemente, una subestimación bien comprensible.

Para completar esta sangrienta represión, Chicago fue puesta en estado de sitio y se prohibió a la población salir de noche a las calles. La tropa ocupó durante muchos días ciertos barrios y la policía llegó a vigilar estrechamente los entierros de las víctimas de la masacre, en la esperanza de descubrir entre los asistentes a los militantes escapados a las búsquedas. Se detuvo a un gran número y se procedió a indagaciones en masa. Todo el equipo del *Arbeiter Zeitung* presente en el momento del procedimiento policial fue detenido en los talleres del periódico, especialmente Lucy Parsons y la compañera de Schwab. Pero Albert Parsons, a quien la policía designó públicamente al principio como autor del lanzamiento de la bomba, logra escapar.

Según la declaración posterior de un detective, el autor del atentado sería un anarquista alemán cuyo refugio se había descubierto pero sin poder arrestarlo. Así, por una maquiavélica combinación, en un designio oscuro, el atentado se pudo trasponer del plano individual al colectivo. La instrucción terminó por procesar a los militantes de quienes querían desembarazarse a cualquier precio. Se tenía la esperanza de que haciéndolos desaparecer se acabaría con el movimiento revolucionario de Chicago. El anarquista alemán responsable ignoraba, naturalmente, este odioso plan.

El proceso de Chicago

La instrucción retuvo preventivamente a Spies, Fielden, Neebe, Fischer, Schwab, Lingg, Engel y Albert Parsons. Sólo pasadas dos semanas y media y después de un minucioso examen de 979 nombres, se constituyó un jurado, con todas las garantías para una condena ejemplar y despiadada. La prueba debían proveerla más tarde las deposiciones bajo juramento. El propio ministerio público organizó falsos testimonios. En una palabra, fue una caricatura de jurado, de instrucción, de proceso, una innoble parodia de justicia que terminó por ser un juicio de clase, en toda la extensión de la palabra.

> Es verdaderamente difícil –ha escrito Morris Hillquit, historiador del socialismo en los Estados Unidos– leer los informes sin sacar la conclusión de que fue la más monstruosa caricatura de justicia que haya sido dado ver jamás en un tribunal americano.

El procurador pidió la pena de muerte, a pesar de que resultó imposible establecer la menor participación directa de los inculpados en el atentado. La actitud de estos fue admirable. Parsons, refugiado en casa de unos amigos, en Waukesha (Wisconsin) y que tenía la mayor posibilidad de no ser descubierto, se constituyó prisionero al abrirse los debates para compartir la suerte de sus camaradas "y si era necesario –dijo– subir también al cadalso por los derechos del trabajo, la causa de la libertad y el mejoramiento de la suerte de los oprimidos".

Todos durante el proceso resistieron con firmeza y prudencia a los magistrados, y entre el veredicto y el pronunciamiento de la pena elevaron, cada uno según su temperamento, una viril requisitoria contra la sociedad capitalista.

> Fue –como lo ha escrito Robert Louzon– una magnifica afirmación de fe y coraje.

Lucy Parsons ha recogido piadosamente y publicado en su totalidad estas últimas declaraciones. No hay quizá páginas más conmovedoras en la historia del proceso de los revolucionarios proletarios, y es de lamentar que su trabajo no haya sido editado en francés.

Spies, dirigiéndose al juez, habló "como el representante de una clase al representante de otra" y trató de agente de los banqueros y los burgueses al fiscal Grinnel. Evocó a los grandes perseguidos y se declaró pronto a seguirlos.

Schwab pintó con persuasiva emoción la explotación capitalista que había vivido dolorosamente en Europa y en los Estados Unidos. Neebe relató los "crímenes" que había cometido impulsando a otros a la acción sindical. Fischer denunció al fiscal, en caso de ejecución, como "un criminal y un asesino". Engel y Fielden recordaron la miseria, la opresión y explotación de los trabajadores. Lingg se proclamó enemigo irreconciliable de la sociedad burguesa y partidario de la violencia revolucionaria. Albert Parsons mostró que el orden capitalista está basado, mantenido y perpetuado por la fuerza, y se entregó a una audaz comparación entre el rol emancipador de la pólvora de los cañones, rechazando antaño la potencia nobiliaria, y el rol liberador de la dinamita, que permite al

proletario moderno hacerse respetar por sus opresores. Spies, Neebe y Fielden no dejaron de volver sobre la cuestión de la reducción de las horas de trabajo. Formando un conjunto impresionante, todos dieron pruebas del mayor espíritu de sacrificio, reclamando abiertamente la muerte.

Spies, que solía recordar las palabras de Mirabeau: "no es con agua de rosas que se riega el campo social", exclamó:

–¡Si la muerte es la pena que corresponde a la proclamación de la verdad, entonces estaré orgulloso de pagar su precio!
–Colgadme –dijo Neebe.
–Colgadme –repitió Lingg.
–Si mi vida –dijo Fielden– debe servir a la defensa de los principios del socialismo y la anarquía, tal como yo los entiendo, y creo honestamente que son en el interés de la humanidad, declaro que me siento feliz de darla, y es un precio muy bajo por tan gran resultado.
Vista la grande y noble causa por que me apresto a morir –escribió el tipógrafo Fischer a sus camaradas de sindicato–, mi ruta al cadalso será fácil.

La sentencia, dictada el 20 de agosto de 1886, condenaba a los ocho acusados a la horca. Sin embargo, hubo gracia para Schwab y Fielden, cuya pena fue conmutada por la de prisión perpetua, y para Neebe, por la de quince años de prisión. Mientras tanto, se había apelado el 18 de marzo de 1887 y, por sentencia del 20 de septiembre, el juicio había sido confirmado. La Corte Suprema de los Estados Unidos no consintió en anular el juicio por vicio de forma.

Desenlace del drama

El día previo a la ejecución, Lingg se suicidó en su celda fumando un cigarro de fulminato, con la esperanza de salvar a sus camaradas. La víspera, en el momento de las despedidas, se desarrollaron escenas atroces, y la misma mañana de la ejecución Lucy Parsons fue a suplicar a los carceleros con "palabras que enternecerían a las fieras" que se le permitiera una vez más besar a su compañero. En vano Lucy se desvaneció con un grito trágico. Los yernos de tres de los condenados a muerte trataron igualmente en vano de verlos. Al negarse a abandonar la cárcel por la fuerza, fueron detenidos. Los carceleros se mostraron tan inflexibles como el gobernador Oglesby, que no tuvo en cuenta ninguna de las innumerables protestas y peticiones que recibió, especialmente un telegrama de los diputados del Sena y otro de los diputados de la extrema izquierda francesa. Por lo demás, uno de los jurados, fuera del tribunal, confesó cínicamente el objetivo perseguido bajo la máscara del juicio:

Los colgaremos lo mismo. Son hombres demasiado sacrificados, demasiado inteligentes y demasiado peligrosos para nuestros privilegios.

El suplicio tuvo lugar el 11 de noviembre de 1887, antes de mediodía, en el patio de la prisión, mientras en las calles los alrededores la multitud era contenida por las tropas. Los cuatro ajusticiados murieron heroicamente. Sus pies estaban ya trabados con una cuerda y sus manos atadas a la espalda. Se les anudó una tercera cuerda al cuello. Y después que las trampas hubieron cedido, los cuerpos convulsos se balancearon en el espacio, con los ojos fuera de las órbitas y la lengua pendiente:

".. Mordaza de came violácea que sellaba para siempre –escribió Sevérine– aquellos labios culpables de haber hablado de justicia y verdad."

Igualmente, en su última hora Parsons habría exclamado:

–¿Me dejaréis hablar, gentes de América? Dejadme hablar, Sheriff Matson.

Y comenzó a decir:

–¡Oh gentes de América, escuchad la voz del pueblo! Oh...

Pero la caída de la trampa lo interrumpió. En cuanto a Spies, pudo pronunciar estas palabras proféticas:

–Salud, tiempo en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces, que estrangula la muerte.

Engel y Fischer gritaron:

–¡Hurra por la Anarquía!

Y el último agregó:

–Este es el momento más feliz de mi vida.

Los cuerpos de Parsons, Fischer y Spies fueron entregados a sus

familias. Seis mil personas siguieron al cementerio los féretros embanderados de rojo.

Con estas muertes crueles, que pagaban con su sangre generosa la conquista de las ocho horas, se acababa uno de los episodios más atroces de la inexorable guerra de clases, dejando al proletariado presa de vergüenza y furor.

Hay que confesar que en el momento la clase obrera no alcanzó a darse cuenta, en su entorpecimiento, de la grandeza de lo que se había arriesgado y del sacrificio hecho. Haros Henryot, emigrado francés radicado en Norteamérica, ha contado lo que vio en Nueva York el día de la ejecución. Los grupos de obreros sollozaban como niños. Pero nadie estaba listo para vengar el crimen. Tanta indiferencia lo subleva y no cree que el obrero parisiense soportaría tal desafío. Hubiera habido barricadas –dice–. Quizá. Pero hay que reconocer en justicia que el proletariado parisiense, absorbido por sus propias luchas, no reaccionó al anuncio del crimen. Algunos pequeños grupos protestaron, y esto fue todo. Lo mismo ocurrió en casi todas partes.

Es que el espíritu de solidaridad internacional era aún muy débil y no se había concretado en organizaciones sólidas y combativas. ¡Qué diferencia con el mar de fondo que barrió al mundo en 1927 cuando el *affaire* Sacco-Vanzetti, esa nueva negación de justicia del capitalismo americano!

Sin embargo, la sangre vertida por los mártires de Chicago no fue inútil. Fecundó la idea de las ocho horas, y sin ella, quizá la fecha del 1° de Mayo no hubiera conquistado derecho de ciudadanía en el congreso internacional de 1889. Fischer había visto bien cuando en febrero de 1887 escribió: "Estoy persuadido de que nuestra ejecución ayudará al triunfo de nuestra causa".

Hecho sintomático: dos meses después del horrible drama, muchos millares de voces proclamaron el nombre de Albert Parsons para las elecciones de presidente de la República, y algunos años más tarde la burguesía americana se vio públicamente abofeteada por uno de los suyos, el nuevo gobernador de Illinois, John Altgeld, un hombre íntegro. Después de una larga investigación, se convenció de la inocencia de los condenados. En 1893 proclamó, en una serie de considerandos, todas las irregularidades e infamias del proceso y demostró que el veredicto había sido dictado cumpliendo órdenes. Tal atrocidad –dice el juicio– no tiene precedente en la historia."

En consecuencia, Fielden, Neebe y Michael Schwab quedaron en libertad incondicional, después de siete años de prisión. En cuanto a los

cinco ajusticiados, fueron públicamente rehabilitados, pero no era posible, por desgracia, devolverlos a la justa ternura de los suyos, a la fraternidad y a la lucha de sus camaradas de clase.

Persistencia de la agitación y de la elección del 19 de mayo

Después del 1º de Mayo de 1886, la atmósfera de pánico creada por la prensa en torno a los Caballeros del Trabajo hizo perder a esta asociación mucha de su influencia y acarreó la caída vertical de sus asociados. Sin embargo, a pesar de que sus miembros habían sostenido el movimiento, la organización no había sido cálida partidaria del mismo. Había llegado aún en su periódico oficial a atacar a Albert Parsons, uno de sus afiliados, a quien la asamblea local, mas valerosa, rehusó excluir.

La American Federation of Labor, constituída en diciembre de 1886 en el congreso de Columbus por la Federación de las Trade–unions y los disidentes de los Caballeros del Trabajo, retomó la lucha por las ocho horas. Esta lucha de orden nacional se libraba al mismo tiempo que diversas huelgas en los distintos planos corporativos. Así los tipógrafos de Nueva York, que en el momento de la creación de su sindicato trabajaban 16 horas diarias, entraban en la lid para conquistar las nueve horas. Llegaron a obtenerlas finalmente en 1898, a la espera de conseguir las ocho horas por su tenaz y victoriosa huelga de 1906.

En 1887 la A.F.L. contaba ya 200.000 miembros. En su congreso de Saint Louis en 1888, Samuel Gompers, presidente de la organización hasta su muerte en 1924, hizo resaltar en su informe las razones que militaban en favor de la disminución de las horas de trabajo:

> Al reducir la jornada de trabajo, no solamente daremos a los que buscan trabajo en vano el medio de encontrarlo, sino que haremos más constante nuestro empleo y nuestros salarios más estables y menos expuestos a reducciones.

El Congreso votó con entusiasmo las proposiciones de su presidente y el consejo ejecutivo recibió la orden de realizar encuestas sobre la duración del trabajo en cada oficio, sobre el número de obreros que sería directamente alcanzado por una reducción, sobre la situación financiera de las Trade–Unions, etc. El congreso preconizó discusiones amigables con los empleadores a fin de inaugurar las ocho horas en todo el país el 1° de Mayo de 1890.

Comenzó una nueva campaña que se desenvolvió rápidamente. El 22 de febrero de 1889 se realizaron mitines en 210 ciudades, el 4 de julio

en 311, en el de septiembre en 420 y el 22 de febrero de 1890 en 526. El número de organizaciones específicas pasó de 80 a 300. Se repartieron 60.000 folletos. Gompers debió atemperar el celo de algunas Uniones nacionales que querían decretar la huelga general el 19 de mayo de 1890, pero se declaró dispuesto, sin embargo, a sostener a las organizaciones que estuvieran en condiciones de obtener las ocho horas para esa fecha. El consejo ejecutivo quería evitar la díspersión de los esfuerzos. Eligió los oficios mejor preparados para lograr las ocho horas y concentró la acción sobre ellos. Así, el 14 de diciembre de 1888 aprobó la entrada en la lucha de la Fraternidad Unida de los Carpinteros. Este grupo podía contar, en efecto, con el apoyo de los otros obreros de la construcción. Creó un fondo de huelgas, impuso una contribución extraordinaria y se lanzó enérgicamente al movimiento.

El sindicato de los mineros, por su lado, hizo cesar el trabajo a sus afiliados durante cinco semanas en 1889 para obtener las ocho horas. Y cuando al año siguiente, después de una fusión se constituye un nuevo sindicato, la jornada de ocho horas estará a la cabeza de sus reivindicaciones. Finalmente, gracias a la acción sindical, un gran número de mineros, que conmemorarán en adelante esta victoria con un día feriado –el 19 de abril–, conseguirán en 1898 las ocho horas.

Las resoluciones del Congreso de Saint Louis fueron confirmadas por decisión del congreso de Boston en 1889. Así la fecha del 1º de Mayo se fijaba en las masas americanas como jornada reivindicativa en favor de la reducción de las horas de trabajo.

III

La manifestación francesa del 10 y 24 de febrero de 1889

Las ocho horas en la acción obrera después de la Comuna

Después de la Comuna el obrero francés no es sólo el asalariado del capital, sino el vencido de la reacción. La represión, que en mayo de 1871 fusiló a los soldados de la revolución, continuó encarnizándose bajo otra forma en los talleres y astilleros, en las minas y en los campos. La debilidad numérica e ideológica y la pérdida de los cuadros experimentados de las organizaciones obreros permiten que a la opresión política se agregue la opresión capitalista. Las consecuencias son la miseria en el hogar y el exceso de trabajo y el autoritarismo en el taller.

Los obreros textiles se agotan hasta el punto de que los más favorecidos trabajan quince horas. Los mecánicos y maquinistas de ferrocarril trabajan a veces hasta veinte horas de las veinticuatro, poniendo en peligro, con su fatiga, la seguridad de los pasajeros.

Los obreros franceses están tan agotados que no tienen idea ni de apelar a la protección legislativa, ni de recurrir a la huelga para escapar a las abrumadoras jornadas de trabajo. En Suiza, por el contrario –más precisamente en la Federación del Jura–, dos hombres, James Guillaume y Adhémar Schwitzguebel, en 1874 y 1875 piden a los obreros que limiten por sí mismos su tiempo de trabajo obligando a los patrones. Es sin duda en el curso de esta campaña, inspirada en una hostilidad a la intervención del Estado, cuando se han empleado por primera vez las tan expresivas fórmulas de "acción directa" e "iniciativa directa".

El primer congreso obrero francés, realizado después de la Comuna, se llevó a cabo en París, en la sala de escuelas de la calle de Arras, del 2 al 10 de octubre de 1876. Reunió a 360 delegados. Algunos pidieron la limitación legal de la jornada de trabajo para los adultos, lo que se convirtió en una resolución. Pero solamente para la mujer se formuló un voto reclamando las ocho horas. En esa época hacía ya tres años que la jornada de ocho horas se había adoptado en Tasmania y Australia del Sur, completando los grandes éxitos de los años 1855 y 1858 en el continente australiano.

El segundo congreso obrero, reunido en Lyon en enero de 1878, adoptó un voto de principio sobre las ocho horas. El tercero, celebrado en Marsella en octubre de 1879, el más importante, ya que de él data

la creación de un partido obrero en Francia, no se ocupó de las ocho horas en general. El 26 de mayo de 1879 Martin-Nadaud y Villain presentaron cada uno un proyecto de ley que reducía a diez horas la duración del trabajo de los adultos en el plano industrial. Estas proposiciones, que al principio habían sido objeto de un informe favorable de Waddington (11 de junio de 1880), fueron finalmente rechazadas al cabo de cuatro años de discusiones.

En julio de 1880, en París, el congreso regional de la Federación del Centro del Partido Obrero inscribió como reivindicaciones en su programa económico, artículo 19, la "reducción legal de la jornada de trabajo a ocho horas para los adultos" y la "reducción de la jornada de trabajo a seis horas" para los jóvenes. Este programa, publicado en *L'Égalité* del 30 de junio, había sido elaborado en Londres por Marx, Engels, Guesde y Lafargue. Revestía por ello gran importancia. Por lo demás, se convirtió en la carta constitutiva del Partido Obrero Francés (P. O. F.), y todo el movimiento obrero de raíz guesdista sostuvo desde entonces la jornada legal de ocho horas. En cuanto al programa adoptado por la alianza republicana socialista fundada por antiguos *communards** (octubre de 1880), se limitaba a pedir "la reducción legal de la duración máxima de la jornada de trabajo" entre las reformas "inmediatamente realizables".

El cuarto congreso obrero de El Havre (16–22 de noviembre de 1880) ratificó la reivindicación de las ocho horas al confirmar el programa elaborado en Londres. El sindicato de la Tipografía Parisiense, que participa de él, se había pronunciado por "la fijación de la duración de la jornada de trabajo en diez horas como máximo" y había aprobado el informe Vallet especificando que "la mujer no debe jamás, bajo ningún pretexto, trabajar más de ocho horas y con un reposo de una hora, por lo menos".

Los obreros en general se detenían entonces en las diez horas como reivindicación. Lo testimonia el voto de un proyecto de ley en este sentido por 3.000 ciudadanos reunidos en el Alcizar de Lyon, voto apoyado por la adhesión de las cámaras sindicales de numerosas ciudades obreras. Édouard Vaillant, declarándose satisfecho de ver a los obreros interesarse así por la cuestión de la disminución de las horas de trabajo, creyó deber recordarles la reivindicación del "proletariado de Europa y América".

> Esperamos –dijo– que sea la jornada de ocho horas y no la de diez la que reclamen los obreros, confiando en que comprendan que el único medio de obtenerla es tomarla.

* Asi se llamaba en Francia a los partidarios de la corona de París (1871). [N. del E.]

Merece retenerse esta parte final, que esperaba más de la virtud de la acción directa de los trabajadores que de la de los proyectos de ley para la conquista de las ocho horas. Muestra, con la intervención de Pédron en el congreso corporativo de Calais (1890) , que desde 1881 algunos militantes socialistas se orientaban ya en el sentido de la gran lucha que la C.G.T. emprenderá en 1904. Debido al rechazo del programa mínima del Partido Obrero elaborado en Londres –oposición doctrinal que se agrega a las disensiones personales entre Guesde y Brousse– se produjo durante el congreso de Reims (30 de octubre–6 de noviembre de 1881) la división virtual en el seno del Partido Obrero. Pero la reivindicación de las ocho horas no estaba en discusión. Muy al contrario. La prueba es que el congreso de Rennes (12–19 de octubre de 1884) del Partido Obrero Socialista Revolucionario (sección Broussista) se pronuncia por la limitación de la jornada de trabajo, y que el sexto congreso regional de París, de la misma organización, en 1885, en la parte económica de su programa se pronuncia por la "reducción de la jornada de trabajo a ocho horas como máximo, con fijación por cada corporación de un mínimo de salario", y por la reducción a seis horas de la jornada de trabajo para los adultos que trabajen de noche y para los jóvenes menores de 18 años. Por otra parte, el congreso nacional de Charleville (octubre de 1887), de la misma organización, adoptará la siguiente resolución:

> Considerando:
> que es de la mayor importancia combatir la desocupación ocasionada por las crisis comerciales, sobre todo por el perfeccionamiento del herramental, el desenvolvimiento del maquinismo y el trabajo excesivo, el Congreso decide:
> La jornada de trabajo será limitada a ocho horas sin disminución de salarios; éstos deberán ser fijados por las Cámaras sindicales y grupos corporativos.

La propaganda del Partido Obrero Francés

Mientras tanto, Jules Guesde y Paul Lafargue, presos entonces en Sainte–Pélagie, habían mostrado lo bien fundado de la reivindicación de las ocho horas, sobre la base de una argumentación sólida y sobria que, ampliamente difundida, popularizó esta parte del programa del Partido Obrero. Su exposición completa figura en el célebre folleto que comenta el programa y que, aparecido en octubre de 1883, se publicó aún en una sexta edición a comienzos del siglo XX.

Los dos líderes del P.O.F., después de haber relacionado la reivindicación de las ocho horas con la tradición de los congresos de la

Internacional, refutaron las críticas de los obreros inconscientes y de los burgueses temerosos, hostiles a la reforma. Los primeros pretendían que la reducción de la jornada de trabajo se traduciría por una reducción de los salarios. Guesde y Lafargue respondieron mostrando que por el contrario la reforma, al reabsorber la desocupación, impediría la baja de los salarios por parte de los desocupados que buscan colocarse a cualquier precio. En apoyo de su razonamiento citaban el ejemplo de Inglaterra. En cuanto a los burgueses que pensaban que la reforma arruinaría la industria francesa e impediría el mejoramiento de las herramientas, Guesde y Lafargue los confundían citando nuevamente el ejemplo británico. Por último, y sobre todo, los autores del folleto, seguros de las consecuencias de la experiencia inglesa y de la iniciativa tomada por la República Helvética, mostraban la necesidad de haber "de la fijación de una jornada legal de trabajo en Europa una cuestión de convención internacional".

Esta idea-fuerza debía abrir brecha poco a poco en el proletariado mundial. Fue retomada en el congreso de Roubaix del Partido Obrero Francés (29 de marzo –7 de abril de 1884), que señaló una importante etapa en la vía de la conquista internacional de las ocho horas. Este congreso no sólo confirmó el programa del partido elaborado en Londres, refirmado en El Havre y en el congreso de Roanne (26 de septiembre –1° de octubre de 1882), sino que discutió especialmente una legislación internacional del trabajo, idea que no era específicamente socialista, ya que cuarenta años después de Robert Owen –el gran precursor a este respecto– había sido retomada en 1857 por un patrón alsaciano, Daniel Legrand, y en 1881, por el consejo federal suizo, como Guesde y Lafargue lo habían recordado en el folleto arriba citado. Los dos líderes del partido obrero francés habrían podido, por sed de justicia, referirse también al gran socialista belga César de Paepe, que en el congreso de higiene y medicina pública de Bruselas en 1880 había planteado, a instancias del socialista alemán Hochberg, la cuestión de la Legislación Internacional del Trabajo, y la había desarrollado luego en el *Moniteur Industriel*, periódico de Ernest Vaughan.

El Congreso de Roanne discutió también la necesidad de reunir un congreso internacional a los efectos de promover esta legislación. Sobre estos dos puntos, de acuerdo con la *Democratic Federation* de Inglaterra, representada por Belfort–Box y Quelch, adoptó una resolución invitando a los partidos socialistas de ambos mundos a "emprender una campaña común", en especial por "la limitación del trabajo de hombres y mujeres". El parágrafo tres de esta resolución especificaba:

> La jornada de trabajo deberá fijarse en un máximo de ocho horas, pero el Congreso invita, a las organizaciones obreros lo bastante poderosas para arrancar a sus gobernantes una reducción más considerable, a actuar internacionalmente en tal sentido.

Jules Guesde afirmó que el gran mérito del congreso de Roubaix era haber "abierto el campo internacional a los proletariados de los diversos países, ya comprometidos en una primera acción común".

A su regreso, los delegados, de paso en París, rindieron cuenta de sus trabajos en una reunión en la sala Lévis. Fue Gabriel Farjat, delegado de Lyon, quien subrayó larga y enérgicamente la importancia de la moción votada "desde el punto de vista de la revolución que se prepara".

> Es necesario que el partido obrero –agregó–, para atraerse las masas, pruebe que es desde hoy el único partido que toma en cuenta sus intereses inmediatos.

Período de revueltas

Pero hay que creer que no llegó a dar esta prueba, por lo menos en Lyon, a pesar de haber puesto las bases de las federaciones Textil y del Vidrio, dos organizaciones que respondían a las necesidades de una importante parte de la clase obrera local. Porque, ¿qué vemos seis meses más tarde en la gran ciudad del Ródano? Los desocupados, reducidos a la miseria por la crisis económica que alcanzaba entonces toda su agudeza, organizan una gran reunión a la que acuden 4.000 personas. ¿Qué reclaman? No la jornada de ocho horas, con o sin convención internacional, sino la "apertura inmediata de los astilleros nacionales para todos los obreros sin trabajo, con una jornada de nueve horas y un salario mínimo de 4 francos".

¿Cómo asombrarse de tal indiferencia de los obreros respecta a la reivindicación de las ocho horas? ¿Acaso los anarquistas militantes no se levantan contra toda reducción de la jornada de trabajo, porque de uno o de otro modo no podría pagarse más que por una "nueva combinación" del patrón para recuperar su beneficio, lo que acarrearía para el trabajador una "mejora" que se vuelve contra él? Llegan incluso a sostener esta curiosa argumentación:

> La reducción de la jornada de trabajo tendrá por efecto activar el perfeccionamiento de las máquinas e impulsar al reemplazo del trabajador de carne por

el obrero mecánico, lo cual en una sociedad bien organizada sería un progreso, pero en la sociedad actual resulta una agravación de la miseria.

Sin embargo, la resolución de Roubaix no deja de ganar terreno. Camélinat, diputado socialista, presenta a la cámara un proyecto de ley sobre la legislación internacional del trabajo. Otra iniciativa que merece señalarse emana del fourierista J. B. A. Godin, el fundador del familisterio de Guise. La crisis económica se prolonga y él propone en 1886 a los industriales de aparatos de calefacción –sus colegas, en suma– el establecimiento de la jornada de diez horas, con salario mínimo, para intentar resolver las dificultades, al menos en esta rama de la industria.

Conferencia internacional corporativa de París (Agosto de 1886)

En el último semestre del año, los tribunales obreros de Lyon y de París llaman la atención de los trabajadores sobre las cuestiones de las ocho horas, de la legislación internacional del trabajo y de la acción común internacional.

La conferencia internacional corporativa se organiza en ocasión de la Exposición Internacional Obrera que se realiza en el pabellón de la ciudad de París, en el Cours la Reine. Se reúne del 24 al 27 de agosto por iniciativa del Consejo de la Exposición, cuyo secretario es J. B. Lavaud. Agrupa en la sala de la Redoute a siete delegados de las trade-unions británicas, un delegado de las trade-unions de Australia y Nueva Gales del Sud, tres de Bélgica, dos de Hungría, uno de Austria, uno de Alemania y una de Noruega, a más de un cierto número de delegados franceses que representan sesenta cámaras sindicales parisienses y quince grupos corporativos de los departamentos.

El 26 de agosto, Víctor Dalle (posibilista) presenta un informe reivindicativo en favor de las ocho horas, en nombre de los sindicatos parisienses.

El preámbulo dice:

> Los obreros de los diferentes paises intimarán a sus respectivos gobiernos para abrir negociaciones con vistas a concluir convenciones y tratados internacionales respecto a las condiciones del trabajo.

Este texto, en la línea de las resoluciones anteriores sobre la legislación internacional del trabajo y la acción común a emprender a este respecto, cuenta con el apoyo del delegado alemán, Grimpe, el austríaco Brod, algunos delegados franceses y, en nombre de los belgas, de César de Paepe y Anseele. Éste, en el curso de la discusión sobre la situación de los obreros en los distintos países había subrayado ya firmemente el abuso de las largas jornadas de trabajo, citando el caso de las muchachas belgas que entraban a la mina a las cuatro de la mañana y salían a las once de la noche, sin ganar más que un franco con ochenta y sirviendo aún "de instrumentos de placer a los capataces durante las horas de las comidas". Se extendió largamente sobre las ventajas de una legislación internacional del trabajo.

> En todas partes –dice– la necesidad de reglamentar las horas de trabajo diario se hase sentir tanto tomo la fijación de un salario mínimo, y lamento que esta cuestión, corolario de la otra, haya sido combatida en esta tribuna.

Finalmente, la resolución adoptada ratifica el informe de Dalle. En cuanto a los delegados ingleses, fueron los únicos –salvo uno– que formularon reservas sobre la cuestión tan importante de la legislación internacional del trabajo.

Esta conferencia, como etapa hacia el 19 de Mayo internacional, presenta, si se puede decir, un interés más directo en razón de la posición que toma en el plano de la acción obrera internacional.

El 27 de agosto, Anseele formula enérgicamente la idea fuerza cuyas consecuencias no han terminado de desarrollarse. Lamenta que las relaciones entre los trabajadores de todos los países no sean lo bastante continuadas porque –dice– "sin un entendimiento, sin unión internacional, fracasarán todos nuestros proyectos". Termina citando a todos los delegados presentes para la Exposición Internacional de 1889. Sería –agrega– "bien mezquino si los productores de las maravillas que allí habrá acumuladas no acudieran a tomar las medidas necesarias a la liberación de los trabajadores".

En verdad, la quinta Comisión de la conferencia había recibido numerosas sugestiones que reclamaban la celebración de un congreso internacional en el momento de la Exposición Universal. La idea estaba, pues, "en el aire". Pero Anseele le imprimió tal fuerza que muchos delegados apoyaron de inmediato su intervención, esperando la lectura del informe favorable de la comisión. Por su parte, César de Paepe hizo adoptar por unanimidad una resolución pidiendo la reconstitución de la Internacional en ocasión del proyectado congreso. Por fin, para responder al deseo general, se votó la siguiente resolución:

La conferencia decide que en 1889 tendrá lugar una Exposición colectiva obrera internacional con subvención del Estado, dejando la administratión a las cámaras sindicales obreros, que convocarán a este efecto una asamblea general de las corporaciones.

Decide también que en 1889 se llevará a cabo un congreso obrero internacional y que el Partido Obrero Socialista Francés se encargará de su organización.

Si se agrega que el 26 de agosto John Norton, delegado australiano, había hablado a la conferencia de la situación de su país, colocado –como se sabe– a la vanguardia de las ocho horas, se comprende que estas sesiones representan un notable paralelogramo de las fuerzas en dirección al 1º de Mayo. Por lo demás, Jules Guesde, deplorando el ostracismo de que habían sido objeto –a instancias de los posibilistas– los grupos socialistas, no se engañó sobre el alcance de la conferencia. Subrayó que ésta retomaba en el fondo y la forma las resoluciones reivindicativas del congreso de Roubaix y que volvía a entrar "en la vía abierta por los grandes congresos de la Asociación Internacional". La calificó de "Conferencia preparatoria del congreso de 1889", que debía conducir a la reconstitución de la Internacional. La misma abstención de los delegados británicos le parecía de buen augurio, como cortando con un poco "de vino socialista su agua clara corporativa".

En un entusiasta artículo evocador del pasado, el antiguo militante de la Corderie, Simón Dereure exclamó:

En la conferencia internacional corporativa de la Redoute se ha votado el principio de un congreso internacional para 1889. Es necesario que de este congreso salga listo el proletariado para la revolución social.

Del congreso de Lyon al congreso de Burdeos

Este artículo apareció el 21 de septiembre de 1886. Al mes siguiente, del 11 al 16 de octubre, se realizó en Lyon el congreso de sindicatos obreros, que señaló, con la derrota de los barberetistas, la fundación de la Federación Nacional de Sindicatos y Grupos Corporativos. Gabriel Farjat informó allí sobre "la limitación a ocho horas de la jornada de trabajo" y el voto del proyecto de ley Camélinat, al mismo tiempo que acerca de la abrogación de la ley sobre la Internacional. La resolución especifica en lo tocante a los dos primeros puntos:

El congreso pide que los legisladores voten una ley que fije la duración de la jornada de trabajo en ocho horas y que se aplique a todas las industrias.

Que las cámaras sindicales se encarguen de tomar medidas para facilitar la aplicación de dicha ley a los obreros de la pequeña industria.

En la votación 94 votos se pronunciaron por la jornada de ocho horas, 8 en contra y hubo 7 abstenciones. Por otra parte, se lee en el manifiesto de la comisión ejecutiva, publicado por el congreso, que la legislación sobre "las horas de trabajo" es "esperada con viva impaciencia por todos los trabajadores". El Manifiesto del congreso votado en la última sesión encontraba "humillante" para los trabajadores estar reducidos a pedir la disminución de la jornada a ocho horas. De hecho, en agosto de 1887 los desocupados de Tolosa, como los de Lyon, no ligan a sus reivindicaciones la reducción de las horas de trabajo. Y cuando, como consecuencia de su acción, el Concejo Municipal de Tolosa dicta un reglamento para el trabajo de los desocupados en los astilleros comunales, fija su jornada en diez horas en los meses de agosto y septiembre.

Los tejedores y las devanadoras huelguistas de los talleres Pellaumaji, en Cholet, consiguen al mes siguiente no las ocho horas, sino once en vez de doce, lo que no tarda en desencadenar una huelga casi general de más de diez mil tejedores. Estos nuevos huelguistas reclaman a su vez, con un aumento de salario, la jornada de once horas que, como escribía Víctor Dalle, no es "una pretensión excesiva" porque "trabajar once horas por día ya es más que suficiente". Hecho increíble: había aún viejos tejedores en el campo que hacían pañuelos trabajando hasta diecisiete y dieciocho horas por día.

La cuestión de las ocho horas está entonces en Francia tan poco en el orden del día que cuando se constituye en la Cámara el grugo socialista (16 de diciembre de 1887), la plataforma, que comprende catorce reformas u objetivos, no menciona la reducción legal de las horas de trabajo. Sin embargo, en octubre y en París veintidós cámaras sindicales de la edificación organizan un mitin para combatir la desocupación, reclamando, con la supresión de los intermediarios, la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas. Fuera de Francia, no parece que el movimiento haya progresado más. Los desocupados de Londres reclaman en sus manifestaciones callejeras la construcción de casas obreras para reabsorber la desocupación y los carpinteros huelguistas de Berna luchan por las nueve horas.

También por las nueve horas se agitan en los primeros meses de 1888 los obreros parisienses de la construcción (a pesar de su precedente afirmación de principio por las ocho horas), a fin de obtener de la ciudad de París la aplicación del voto de su Concejo, que seguía siendo

letra muerta a causa de la obstrucción de los empresarios y de la mala voluntad del prefecto. Sin embargo, en la misma época los dependientes de farmacia de París y los mineros de Saint–Étienne se pronuncian por las ocho horas con un día entero de reposo por semana. Pero estos últimos, a consecuencia de su desdichada huelga se contentarán con reclamar diez horas de presencia efectiva, entre las condiciones de su regreso al trabajo. No obstante, en la Cámara, el ex minero Basly, en el curso de la discusión del proyecto LokroyDemôle, seguirá reclamando la limitación a ocho horas para los mineros, al mismo tiempo que a nueve horas para los otros obreros. La Cámara rehusará por 375 votos contra 163 reglamentar la jornada de trabajo de los obreros adultos (14 de junio de 1888).

Edouard Vaillant y las ocho horas

El III Congreso de la Federación Nacional de Sindicatos y grupos corporativos realizado en Burdeos y Le Bouscat, del 28 de octubre al 4 de noviembre de 1888, se hizo conocer sobre todo a causa de los incidentes relativos a la bandera roja, el voto de una moción favorable a la huelga general y la ardiente participación de Sébastien Faure, entonces militante guesdista y que llegaría a ser uno de los líderes del anarquismo. Este congreso se inscribe también, y sobre todo, como una etapa importante en la historia del 1° de Mayo, porque su preparación, su desenvolvimiento, las resoluciones que adoptó y el secretario que dio a la Federación, constituyen otros tantos factores tendientes a la eclosión de la jornada internacional de reivindicación y de combate.

A pesar de no haber asistido al congreso y no pertenecer a la Federación, Édouard Vaillant, el ex miembro de la Comuna y de la Internacional, desempeñó un papel de primera línea en la orientación de las sesiones de Burdeos, especialmente en la cuestión de las ocho horas. Sería injusto, pues, manteniéndose en un punto de vista puramente formal, no tener en cuenta su acción.

Lo hemos visto ya actuando. En verdad, desde su regreso del destierro en Londres, Édouard Vaillant se preocupa por la reducción de las horas de trabajo con el espíritu revolucionario que conviene a un blanquista impregnado ya de marxismo en su misma fuente. Del 8 al 12 de diciembre de 1880 escribe en el cotidiano de *Blanqui Ni Dieu ni Maitre* cuatro sólidos artículos sobre dicho tema. Estas páginas son un excelente comentario del artículo reivindicatorio de las ocho horas en el

programa del naciente Partido Obrero, tres años antes de aparecer el folleto de Guesde y Lafargue. Tal conjunción de esfuerzos, que debía reproducirse al aproximarse el congreso de Burdeos, es verdaderamente notable y no ha dejado de recibir la aprobación del viejo Blanqui, aún entonces director del periódico.

La Cámara acababa de votar en primera lectura una modificación, aceptada por el ministerio, al artículo 1° de la ley del 9 de septiembre de 1848, a fin de que el trabajo efectivo no pudiera exceder de las diez horas. Vaillant ve en el texto votado, al aproximarse el escrutinio, una "propaganda electoral" que el Senado se encargará de rechazar. Muestra la precariedad de tales reformas, ya que los capitalistas pueden eludirlas por medio de mil artificios que las Comisiones, las excepciones y las complacencias de la ley facilitan. No obstante reconoce –y lo desarrolla con un verdadero análisis marxista– que la reducción, aun insuficiente, de las horas de trabajo, es "un golpe en el corazón del capitalismo". Ve en ella, por otra parte, un "instrumento de liberación" para el trabajador, porque "salva una parte de su came de los dientes del Shylock capitalista, que, por el exceso de trabajo, devora glotonamente su vida". Por otro lado, al disminuir el ejército de reserva del trabajo impide la baja de los salarios atenuando la desocupación. Sobre todo, intensifica, gracias al descanso, "la vida moral, intelectual y política del obrero", y Vaillant piensa que en un pueblo revolucionario como es el francés, la reforma debe traducirse finalmente por la unión de la masa a la "minoría consciente y activa", prenda de la victoria.

Vaillant apoyó también el texto votado, a pesar de sus defectos y lagunas, confiando en la voluntad obrera para sacar de él el máximo y para ir más allá en el sentido de la revolución social, porque solamente en la sociedad socialista el trabajo de todos permitirá la reducción de la jornada de cada uno "a un corto número de horas" del cual "el solo y ligero excedente" servirá para constituir para todos "el fondo de reserva de la producción social". Digamos de paso que con esta afirmación Vaillant reanuda la vieja tradición del socialismo utópico que pone muy por debajo de las ocho horas el trabajo efectivo del productor. Pero, a la espera de ello, indica Vaillant la vía práctica en que conviene moverse para dar un contenido real a la ley. Se nota, en resumidas cuentas, lo pertinente de sus objeciones y lo constructivo de sus observaciones sobre la inspección del trabajo y las precisiones que debería contener la ley, así como su evocación del ejemplo inglés.

Aunque confía sobre todo en la organización y la coordinación de las

fuerzas obreras en el terreno económico para arrancar la reducción de la jornada de trabajo, Vaillant, desde que entra al Concejo municipal de París utiliza este cargo para obtener personalmente lo que la falta de cohesión proletaria no puede dar. En discursos y artículos notables despliega la bandera bajo la cual debía hacerse la manifestación del 1º de Mayo en favor de las ocho horas. Gracias a él, sobre todo, la ciudad de París limita a nueve horas, con un día de reposo por semana, la jornada de trabajo en sus astilleros. El ministro Floquet, después de largas y penosas negociaciones terminó por aprobar la decisión. Lo hizo a escondidas, sin publicidad, con un designio bien comprensibie. Pero Vaillant, que quiere que el ejemplo sea imitado en otras ciudades y traspuesto del plano comunal al piano privado, hace conocer el resultado obtenido. Al aproximarse el congreso de Burdens, en *Le Cri du Peuple*, que dirige desde el 30 de agosto de 1888, subraya que la reducción de las horas de trabajo constituye, con el salario mínimo y la abolición de los intermediarios en el trabajo, una de las "tres condiciones cardinales del mismo", e impulsa a los delegados a darse independientemente, fuera de toda tutela, "un centro de reunión impersonal y activa aceptado por todos" –una C.G.T. sin ese nombre–, en vez de dispersar y perder sus esfuerzos.

Importante resolución del congreso de Burdeos (1888)

Tanta perseverancia y tantos juiciosos consejos no debían ser inútiles.

Gabriel Farjat no intervino en el congreso de Burdeos, porque había partido como delegado de los sindicatos franceses al Congreso internacional en. Londres, que debía tratar entre otras cosas la reducción de las horas de trabajo. Pero el futuro diputado socialista Antoine Jourde –que había comenzado su vida política apoyando la candidatura de Blanqui en Burdeos–, otro socialista bordelés, Raymond Lavigne, y el futuro alcalde de Montluçon, Jean Dormoy, intervinieron en un sentido altamente favorable al triunfo de la reivindicación de las ocho horas.

De las diez cuestiones del orden del día del congreso, dos tocantes directa o indirectamente a las ocho horas se resolvieron en sentido positivo. Delestique, informante de la cuestión relativa a los congresos internacionales, concluyó refiriéndose a la celebración del próximo congreso en 1889 en París. La resolución adoptada se transmitió en seguida. Si se piensa que el acta de nacimiento del 19 de Mayo se levantará en el congreso internacional de París en 1889, se puede medir la

importancia de esta decisión. A su vez, Raymond Lavigne informó sobre la cuestión de la reducción de la jornada de trabajo limitándola a ocho horas. La resolución adoptada:

> Considera la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas como el único paliativo aplicable que permitirá disminuir el número de víctimas del progreso moderno, dándoles los medios de ocuparse de sus intereses sociales y de establecer un aumento en el consumo, que es actualmente muy inferior a la producción.

Cuando se discute la táctica a seguir para llevar a buen fin las resoluciones del congreso, estas sesiones dan el paso más serio en la dirección del 1° de Mayo.

Se vota la moción siguiente:

> Considerando:
> que desde hace mucho tiempo las organizaciones obreras han reclamado en todas las circunstancias las siguientes reformas:
> Limitación de la jornada de trabajo a ocho horas;
> Salario mínimo;
> Prohibición de los intermediarios en el trabajo;
> Responsabilidad de los patrones en los accidentes de trabajo;
> Que la sociedad se haga cargo de los niños, los ancianos y los inválidos del trabajo;
> Supresión de las oficinas de colocaciones;
> Abrogación de la ley sobre la Internacional;
> Legislación del trabajo.
> Considerando:
> que hasta ahora los poderes públicos han pasado por alto nuestras reclamaciones aisladas, de las que se burlan, y que importa hacer pesar esta situación presentando nuestras reivindicaciones bajo una nueva forma, colectiva, general y más imponente;
> que a fin de dar mayor fuerza a este movimiento de conjunto hay que concentrar toda la acción de los sindicatos sobre las reivindicaciones más generales e importantes, sin renunciar por este a las otras, decide:
> 1º En la mañana del domingo 10 de febrero próximo, todos los sindicatos y grupos corporatives obreros de Francia deberán enviar, sea a la prefettura o subprefectura, sea a la alcaidía de su comuna, una delegación encargada de reclamar las siguientes reformas:
> a) Limitación a ocho horas de la jornada de trabajo;
> b) Fijación de un salario mínimo correspondiente al costo normal de la vida en cada localidad y por debajo del cual ningún patrón podrá hacer trabajar a sus obreras.
> 2º El domingo 24 de febrero, la misma delegación volverá a buscar la respuesta,

apoyada en lo posible por una manifestación de la población obrera.

3º Todos los delegados presentes en el congreso se comprometen, desde su regreso, a ocuparse activamente en la preparación de este movimiento de conjunto para la fecha fijada.

Los iniciadores de la resolución

Según Gabriel Deville, la iniciativa de esta moción, votada en sesión pública el 4 de noviembre, se debe a Jean Dormoy. Precisa que se la habría "adoptado en comisión el 2 de noviembre". G. Féline, corresponsal blanquista del *Cri du Peuple*, al rendir cuenta de la acción del congreso el 2 de noviembre, no habla de sesiones de comisiones ese día. Raymond Lavigne, en un artículo aparecido diez años más tarde, en que relata el papel de Jean Dormoy en el congreso, no menciona tampoco una comisión el 2 de noviembre. Sin embargo, el informe de la sesión pública del 4 de noviembre hecho por Féline especifica, después de la mención de los informes y, en último lugar, del informe Lavigne:

En una época determinada, todos los Sindicatos de la Federación harán una demanda al poder para obtener la realización de estas conclusiones; si no, se irá a la huelga general.

Por otra parte, Féline nos informa que Dormoy tomó la palabra en la reunión pública del 2 por la tarde, que reunía a tres mil personas, y que su intervención, así como los brillantes discursos de los otros oradores, fue saludada con entusiastas ovaciones. No dice, por ejemplo, de qué habló Dormoy. En su despacho del 3 a la mañana escribe:

Las sesiones de hoy estarán ocupadas por la discusión de los medios a emplear para llevar a término las resoluciones del congreso. Dormoy, Lavigne y Jourde preconizan la intimación a los poderes públicos; Maistre, la conquista de las municipalidades; Boulé, Raimond y Martinaud, todos los medios de agitación obrera y revolucionaria, así como la huelga general.

De suerte que, según Féline, Jean Dormoy, Raymond Lavigne y Antoine Jourde serían los tres delegados a quienes deberíamos la resolución adoptada. En cuanto a Raymond Lavigne, adjudica todo el mérito de la proposición a Jean Dormoy.

Era –dice– un valiente luchador en toda la fuerza del término; las agitaciones platónicas no le convenían mucho y terminaban por exasperarlo. Hacía años ya que las federaciones obreras formulaban sus reivindicaciones en congresos cuyas resoluciones se remitían periódicamente a los poderes públicos, que no menos periódicamente las tiraban al canasto sin leerlas. Este jueguito, muy cómodo y poco peligroso para las clases dirigentes, podría durar largo tiempo.

"¡No quieren oír –dice Dormoy–; hay que abrirles las orejas!"

Y Lavigne relata que después del voto de las resoluciones –se refiere a los informes–:

Dormoy declaró con firmeza que esta vez no se trataba de representar una comedia y escribir las resoluciones en una hoja de pagel, sino de hacerlas penetrar de grado o por fuerza en la cabeza de quienes tienen a su cargo las cosas sociales.

Entonces habría formulado Dormoy su proposición.

A pesar de algunas tímidas objeciones –agrega Lavigne– de los que pensaban en las dificultades de mover de tal manera a masas tan indolentes tomo las nuestras en Francia, Dormoy supo finalmente conseguir para su proposición el voto entusiasta del Congreso.

Es verdad que Dormoy desempeñó un rol predominante en el suceso. El informe de la delegación marsellesa al congreso lo confirma. Relata en estos términos la intervención de Dormoy el 4 de noviembre:

Dormoy dice que sería tiempo de intimar al gobierno para que haga algo por los trabajadores, y que para esto hay que organizar manifestaciones imponentes con fecha fija; todas las Cámaras sindicales deberán hacer estas manifestaciones.

El relato confirma asimismo que Lavigne sostuvo esta proposición y agrega que un delegado de Marsella, Martino, se declaró partidario de la manifestación apoyada en una vasta petición.

Los precedentes

Sin querer disminuir en nada la "idea maravillosa" de Jean Dormoy –para retomar la expresión de Raymond Lavigne–, hay que admitir sin embargo con Pierre Monatte que "es un poco pueril pretender que la iniciativa tomada por la Federación Nacional de Sindicatos fuera una forma de creación o de invención".

Es cierto que había todo un caldo de cultivo de la idea de "intimar" para hacer triunfar las reivindicaciones y especialmente las ocho horas.

Guesde y Vaillant se encarnizaron sobre todo en echar esta levadura en la pasta obrera, y se podría demostrar paso a paso, texto tras texto. La fórmula se remonta quizá a la crisis económica de 1884. Figura con todas sus letras en la resolución votada el 13 de enero de 1884 en la sala Lévis, en el gran mitin de los obreros sin trabajo, pero con el fin de obtener un crédito de cien millones. En Marsella, el 27 de enero Paule Minck la emplea en un orden del día paro obtener la distribución de productos de consumo a los desocupados, y Guesde el 18 de febrero en Roanne hace votar una "intimación" para obtener una legislación internacional del trabajo basada sobre las ocho horas. Desde entonces, a lo largo del año 1884 usar el término de "intimación" referente a la misma reivindicación. Y en muchas oportunidades las delegaciones obreras, concretando la idea, irán a entrevistar a los electos y a los poderes públicos.

Por otra parte, Jean Dormoy, un militante con honrosa foja de servicios y que desde hacía un año era secretario de la Federación Nacional de Sindicatos, sabía que el proletariado americano en 1886 se había levantado un día fijo por las ocho horas, ya que en su informe sobre la jornada de ocho horas al congreso nacional corporativo de Montluçon (octubre de 1887) había evocado la campaña del P.O.F. en 1880, "que ha sido luego retomada con éxito parcial por el proletariado americano". Agregaba:

> En todas partes donde, como en Inglaterra y Estados Unidos, se ha podido producir una acción proletaria, ésta se ha afirmado inmediatamente por medio de una limitación del tiempo de trabajo, demandada y arrancada al Estado, que los empleadores o patrones pueden imponer legalmente a sus asalariados.

Que estas líneas hayan sido o no inspiradas por Guesde o Lafargue, como se puede suponerlo, no quita que Dormoy estaviera al corriente de las luchas más allá del Atlántico.

Es aun posible que haya tenido conocimiento de las discusiones mantenidas entonces al aproximarse la convención de Saint Louis para recomenzar la agitación. Sin embargo, su proposición difería del 1° de Mayo americano, no solamente por la fecha, sino –como lo ha hecho observar Gabriel Deville– por "la idea de una presión ejercida por la clase obrera, no sobre los patrones, como en América, sino sobre los poderes públicos". Difería aún porque no implicaba el recurso a la huelga en caso de ser rehusada.

Otra iniciativa que data de este mismo año 1888 prueba que la idea de un movimiento nacional con fecha fija estaba verdaderamente "en el aire" en esa época. Esta iniciativa vio la luz en Suecia y se la debe al sindicato de obreros muebleros de Estocolmo. Discutió, en efecto, la posibilidad de que las corporaciones obreras suecas organizadas hicieran manifestaciones en fecha fija en todo el país a fin de reivindicar el goce de los derechos naturales y cívicos.

El Congreso de Troyes (diciembre de 1888)

Raymond Lavigne, secretario de la Federación National de Sindicatos, se encargó de aplicar la decision de Burdeos. Para hacerlo se apoyaba en el Consejo de la agrupación con sede en la ciudad de Gironde.

> Los gobernantes de esta época –dice– hicieron la asombrosa experiencia de lo que puede un puñado de militantes resueltos y abnegados cuando, seguros de ser el eco fiel de las aspiraciones de su clase, se disponen a cumplir dignamente una misión para la cual tienen mandato.

La tarea era en efecto ruda, si se piensa en la división obrera de ese tiempo que acentuaba la actitud divergente, con o sin la burguesía republicana frente al boulangismo ascendente. La Federación de Sindicatos de tendencia guesdista podía por cierto contar con el apoyo de los blanquistas y de ciertos anarquistas. Pero en la capital, en el corazón mismo del país y en algunos departamentos como las Ardenas, Vienne, Maine–et–Loire, Indre–et–Loire, donde la influencia posibilista era dominante, los sindicatos desdeñaban o combatían su acción. En el Concejo municipal de París, cuando Vaillant y Chauvière habían propuesto facilitar a las cámaras sindicales una subvention para el envío de delegados a los congresos de Burdens y de Troyes, Joffrin había exclamado: "No hay congreso en Troyes", en tanto que el viejo Chabert había calificado al congreso de Burdens de "congreso barberetista". Por otra parte, Paul Brousse, el 19 de octubre, en una reunion pública de 4.000 personas acababa de sufrir en Burdens, durante más de una hora, la contradicción de Sébastien Faure, reveladora de gran talento oratorio.

La agudeza de estas divisiones explica el carácter híbrido del congreso nacional de Troyes (23–29 de diciembre de 1888) que, convocado primitivamente por los posibilistas, se convirtió, por obra de la influencia local del Partido Obrero, en una especie de máquina de guerra contra sus iniciadores. Estaban allí representados 327 sindicatos o grupos revolucionarios.

Raymond Lavigne, invitado especialmente como secretario de la Federación Nacional de Sindicatos –lo mismo que Jean Dormoy como

ex secretario–, venció dificultades materiales y se arrancó a sus tareas urgentes para asistir por lo menos a una jornada de los debates del congreso. Representaba allí, por otra parte, a 23 cámaras sindicales y a tres grupos socialistas de Burdeos. Jean Dormoy y Paul Lafargue eran también delegados. No dejaron de contribuir al éxito de las jornadas reivindicativas decretadas por el congreso de Burdeos. Por lo demás, el congreso de Troyes los ratificó, tomó también a la resolución de celebrar en París el congreso internacional. Algunos días más tarde, G. Féline, resumiendo las resoluciones y votos del congreso, los dio al conocimiento público.

Preparación de las manifestaciones de febrero de 1889

A principios de febrero de 1889 no había ya tiempo que perder. Raymond Lavigne preparó metódicamente la acción proyectada.

Envió a las organizaciones, en nombre del Consejo nacional de la Federación, una circular explicativa en la que, después de la reproducción de la resolución de Burdeos, decía:

No hay necesidad de largas explicaciones para haceros comprender a todos la considerable importancia que tendría para la clase obrera el actuar en conjunto y solidariamente en sus reivindicaciones. Es el único medio que puede dejarnos la menor esperanza de obtener de nuestros dirigentes algunas reformas reales. En todos los tiempos los gobernantes y legisladores se han cuidado muy poco de los intereses directos de los proletarios y han permanecido sordos a las quejas de los desheredados, cuyas reclamaciones aisladas les han parecido siempre poco amenazadoras y peligrosas para su tranquilidad. Pero, en presencia de una población obrera habituada, de un extremo a otro del país, a actuar simultánea y enérgicamente ante los poderes públicos, estemos bien seguros de que esto haría reflexionar un poco y que ya no se creería suficiente responder con el desdén.

¡Cómo no concebir la fuerza imponente, imperiosa, irresistible de este pueblo de trabajadores levantándose unánimemente frente a sus amos, es decir, a los que detentan la nave de las reformas sociales, para reclamar con una sola voz inmensa sus derechos a la vida, al bienestar y las ventajas de la civilización!

Tenemos, además, como ejemplo a los grandes movimientos obreros de Inglaterra y América, donde centenares de miles de trabajadores, el mismo día y a la misma hora, realizan simultánea y exactamente tal acto previamente convenido y decidido en los congresos.

En Francia, el movimiento de conjunto del 10 de febrero será la primera tentativa que hagan los trabajadores en tal sentido. Para que esta experiencia sea imponente y concluyente es necesario que participen en ella la inmensa mayoría, si no la totalidad de las organizaciones obreras.

Queridos camaradas, que no haya entre nosotros ni desfallecimientos ni indiferencia en esta solemne circunstancia; hagamos saber a los poderosos de hoy que todos los explotados están unidos en la reivindicación de sus derechos y podremos esperar entonces que pronto se abrirá para nosotros una nueva era en que la justicia y el bienestar llegarán por fin a los que han creado y crean sin cesar todas las riquezas sociales: los trabajadores.

Tengamos siempre presente en el espíritu esta verdad, tan ineluctable en economía como en política: siempre y en todas partes los pueblos sólo han obtenido las reformas que han sabido conquistar con dura lucha.

¡Viva la emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos!

Esta circular de significación histórica, y que se refiere formalmente en su tercer párrafo a los ejemplos de Inglaterra y los Estados Unidos, iba acompañada, para facilitar la tarea de las organizaciones y llevar al máximo la cohesión del movimiento, de la siguiente formula de petición:

En el nombre de (designar aquí el sindicato o grupo que actúa)* venimos a rogaros trasmitir a quien corresponda la presente petición, por la cual reclamamos de los legisladores las siguientes reformas, que se han considerado de todo punto indispensables para atenuar la situación intolerable y dolorosa en la que la crisis económica que atraviesa el mundo arroja a la población obrera en general y a nuestra corporación en particular:

1° Que se fije legalmente un salario mínimo correspondiente al costo normal de la vida en cada localidad, por debajo del cual ningún patrón podrá hacer trabajar a sus obreros;

2° Que la duración de la jornada de trabajo se limite legalmente a ocho horas.

Los abajo firmantes volverán ante usted (señor prefecto, señor subprefecto o señor alcalde) el 24 de febrero para demandar qué curso se ha dado a la presente petición. A la espera, le presentan sus respetuosos saludos.

Por último, Raymond Lavigne daba instrucciones complementarias con claridad y precisión, tanto para guiar a los responsables de las organizaciones como para recibir informes sobre el alcance del movimiento. Para darle toda la amplitud deseable y sumar a agrupaciones no afiliadas, hizo insertar todas estas circulares en *Le Cri du Peuple*, cotidiano de gran tiraje.

Dos importantes reuniones se llevaron a cabo en la sala Leger, calle del Temple, una de los delegados del congreso de Troyes el sábado 2

* Se notará, así como al final de la fórmula–tipo, la elasticidad que permite a los grupos políticos actuar en lugar de sindicatos inexistentes o débiles.

de febrero, y la otra, de la Federación de cámaras sindicales y grupos corporativos del departamento del Sena, el 4; ambas para preparar el movimiento en París, donde los posibilistas estaban en mayoría en la Bolsa de Trabajo. En la primera reunión, después de numerosas intervenciones, en especial las de Jehová y Paul Lafargue, este último hizo ratificar por unanimidad de los presentes la decisión de Burdeos, dejando a las cámaras sindicales la organización de la jornada. Lafargue se había visto en la necesidad, frente a los anarquistas, de "recomendar la calma para asegurar el éxito". En la segunda reunión esta oposición fue más fuerte: Bodeleau, Spagnac, Porel, Louis, Luce y Malato se pronunciaron en contra de la intimación a los poderes públicos. Pero ésta, apoyada por Orion, Féline, Roussel, Combomoreil, Fauneau y Boulé, prevaleció por voto nominal de las organizaciones. Solamente la cámara sindical de peones se pronunció en contra. En sus intervenciones, Combomoreil y Boulé se habían colocado hábilmente en el mismo terreno al que los anarquistas habían llevado el debate; el primero declaró que la acción emprendida serviría para "demostrar a los indiferentes y a los inconscientes que creen todavía en los poderes públicos, que no hay nada que esperar de ellos, fuera de tiros de fusil"; el segundo sostuvo que la intimación era uno de los preliminares de la huelga general y que el rechazo de los poderes públicos permitiría presentar a los obreros la huelga general tomo "la única solución práctica para la cesación de sus miserias".

Se encontraban en pleno boulangismo. El aprendiz de dictador acababa de ser elegido en el Sena por 244.070 votos contra 162.520 del republicano Jacques. Boulé, candidato de la intransigencia revolucionaria, no había obtenido más que 16.766 votos. Por lo menos 80.000 votos socialistas se habían pronunciado por el nombre del general Boulanger. El público, incluso el obrero, y los parlamentarios aún socialistas, se interesaban sobre todo por los acontecimientos políticos. Los posibilistas y los republicanos burgueses descontaban en estas condiciones que la manifestación sería un fiasco. Los primeros pusieron en guardia a sus agrupaciones contra toda participación en una empresa calificada de "blanquista". En cuanto a los boulangistas y a los católicos sociales que seguían a Albert de Mun, trataron desdeñosamente a la manifestación y declararon quiméricas las reivindicaciones que reclamaban. Sin embargo, como lo mostró Paul Lafargue en un artículo brutal pero juicioso, la jornada de ocho horas y el salario mínimo eran reclamaciones bien modestas.

> Estas reivindicaciones de ciudadanos libres que gozan de sus derechos políticos las han obtenido las bestias de carga. Los caballos de las compañías de ómnibus, por ejemplo, trabajan de cuatro a cinco horas diarias. Están convenientemente alojados y nutridos, y cuando se enferman se cuida atentamente su preciosa salud y se los envía a pasar su convalecencia en el campo.

En editoriales aparecidos en la víspera de la manifestación, Édouard Vaillant y Paul Lafargue incitaron a los trabajadores a la acción.

El yerno de Karl Marx subrayó en estos términos la originalidad del movimiento:

> La agitación socialista entra en una fase nueva: de espontánea y aislada que era, se convierte en combinada y colectiva... Los socialistas tienen que hacerse cargo de la educación politica de las masas y de la preparación de los cerebros para la revolución que se acerca. No hay propaganda oral o escrita que cumpla mejor ese doble fin que esta marcha pacífica y legal...

Y después de haber hecho notar que en el momento en que escribía había un "ejército socialista revolucionario" ignorante de sus propias fuerzas, agregaba, pensando en el porvenir:

> La manifestación del 10 de febrero, primera en su género que se intenta, al no poder ser general por falta de preparación y entendimiento, no dará la verdadera medida de las fuerzas socialistas; no hará más que afirmar en un gran número de ciudades la existencia de grupos socialistas decididos a actuar y que saben coordinar su acción.

Como se ve, Lafargue no se engañaba. Sentía cierta aprensión y se mostraba prudente en sus predicciones.

Manifestación del 10 de febrero

El éxito del 10 de febrero sobrepasó todas sus esperanzas. En más de 60 ciudades los obreros se hicieron oír.

En Burdeos –nobleza obliga, podemos decir–, la manifestación fue "completa y de éxito inmejorable". A las nueve y media numerosos trabajadores estaban ante la prefectura. En respuesta a la carta enviada por el secretario de la Federación Nacional de Sindicatos, el prefecto de Selves, futuro prefecto del Sena, hizo saber que recibiría a los delegados a partir de las diez. Se presentaron sesenta delegados. Los recibió muy bien y discutió cada una de las reivindicaciones sostenidas.

En Lyon, 10.000 obreros respondieron al llamado de las cámaras sindicales. 400 agentes y una compañía de línea estaban apostados en el interior de la prefectura. El prefecto y el alcalde recibieron a 23 delegados cada uno. El alcalde prometió dar satisfacción en la medida de sus medios. El prefecto, rodeado del procurador de la República y de sus secretarios generales, declaró que la manifestación amenazaba el régimen republicano y que las reformas exigidas eran imposibles de realizar. Exhortó a los obreros a la calma, con palabras preñadas de amenazas. Uno de los delegados le dijo: "En 1848 nos pidieron tres meses de plazo; ya llevamos dieciocho años dando plazo". La multitud se retiró en calma.

En Marsella, 2.000 trabajadores que representaban a 60 organizaciones sindicales se presentaron a la prefectura. Quince delegados fueron recibidos, y los obreros, reunidos en la Bolsa de Trabajo, decidieron ir en mesa a la Prefectura el 24 de febrero.

En Lille, el prefecto recibió a los delegados y pareció interesarse mucho en sus reivindicaciones. En Nantes, como en Lyon y Marsella, hubo algunas escaramuzas con la policía o las fuerzas militares enviadas por el Ministerio del Interior. En Amiens el prefecto recibió bastante cortésmente a los cinco delegados de las cámaras sindicales obreros de la región. En Roanne y en Montluçon diez delegados fueron recibidos por el subprefecto, pero en Reims, en ausencia de este, el memorándum de las reivindicaciones fue remitido a su secretario general. En Roubaix y en Armentières los delegados se presentaron a la alcaldía. Naturalmente, como lo había previsto Lafargue, no se hizo nada en las ciudades en que la organización socialista no estaba seriamente arraigada. Así en Creil los obreros, en vez de reivindicar, pidieron una comunicación mejor entre el barrio de la estación y el camino de las fábricas.

En París, en una reunión realizada la víspera, se había decidido que la manifestación tendría carácter pacífico y no se admitiría en el cortejo ningún grugo político. Se había llegado aun a discutir la ida a plaza Bauveau, al Ministerio del Interior, no en corporación, sino por pequeños grupos de cuatro o cinco personas.

Estas precauciones no denotan una gran confianza y quizás haya que creer a *Le Temps* cuando dice que reinaba el "mayor desorden" entre la sesentena de delegados que desde las ocho horas del día 10 se reunieron en los corredores y en dos oficinas de la Bolsa de Trabajo, ya que las dos grandes salas de reunión estaban cerradas y con guardia.

Hacia las diez, los delegados salieron en pequeños grupos, dándose cita en el bar de las Caves de la Madeleine, a la entrada del arrabal de Saint–Honoré. Allí designaron entre ellos a los encargados de volver a intentar la empresa: el vidriero Lecomte, el probo consejero y albañil Baudet, los pintores Hann y Daligod, el zapatero Besset, el herrero artístico Dubois, el sastre Dedieu, el peluquero Prévot, más Féline y Roussel, secretarios de los congresos de Troyes y de Burdeos. Esta delegación pudo franquear la verja del Ministerio del Interior. Un oficial de paz la condujo hasta el despacho del ministro. Ahí se avisó a la delegación que el señor Floquet estaba ausente y que podría ser recibida por su jefe de gabinete. "No vale la pena –respondieron los delegados–. Reciba la carta." Y se retiraron.

He aquí esta carta deferente, pero equívoca en su redacción y restrictiva con relación a la circular de Lavigne y a las decisiones de los congresos invocados:

Las corporaciones obreras del departamento del Sena tienen el honor de recordar al señor presidente del consejo que, por las decisiones tomadas por los congresos obreros socialistas revolucionarios de Burdeos y de Troyes –celebrados en octubre y en diciembre de 1888–, conformes a las condiciones de trabajo votadas por el concejo municipal de París,

Reclaman la estricta aplicación y demandan al señor presidente del consejo si está sí o no, decidido a hacerlas respetar en forma absoluta en los trabajos del Estado:

1º Reducción de la jornada a ocho horas de trabajo.

2° Salario mínimo correspondiente a los gastos mínimos establecidos en cada localidad.

3º Prohibición de la explotación de la mano de obra por parte de los intermediarios en el trabajo.

4º Que la sociedad se haga cargo de los niños, los ancianos y los inválidos del trabajo.

Tenemos el honor de hacer saber al señor presidente del consejo de ministros que la delegación de las cámaras sindicales y grupos corporativos obreros del departamento del Sena se presentará el domingo 24 de febrero para recibir la respuesta del señor presidente del consejo.

París, 10 de febrero de 1889.
Boulé (Secretario)

Al salir del Ministerio del Interior, los delegados se presentaron en casa del presidente de la Cámara, Jules Méline. Las reivindicaciones

fueron remitidas a su jefe de gabinete. Hacia el mediodía se depositaron en el Ministerio de Trabajos Públicos y luego en la prefectura del Sena, ya que el ministro Deluns–Montaud y el prefecto estaban ausentes, siguiendo probablemente una consigna. En el ayuntamiento, donde la delegación llegó hacia las dos, no estaba tampoco el presidente del concejo municipal. La delegación declaró que volvería al día siguiente. En efecto, cumplió su palabra y esta vez fue recibida.

Se tiene la impresión de que en París la manifestación fue puramente formal, en resumidas cuentas, bastante indiferente, en tanto que en un buen número de ciudades de provincias asumió un carácter verdaderamente popular. Es que la capital era sensible al boulangismo y su clase obrera sufría fuertemente la influencia posibilista. Sin embargo, en conjunto la manifestación conmovió a la opinión, y Ernest Granger pudo escribir:

> El maravilloso acuerdo con que se ha producido en la fecha de antemano fijada, la calma que la ha acompañado y el sentido preciso de las reivindicaciones, todo esto desorienta a los adversarios.

De ahí que, a falta de argumentos sólidos para explicar el éxito de la jornada, los periódicos burgueses recurrieran a la calumnia. *Le Temps* vio en ella el resultado de "intrigas boulangistas". *La Lanterne*, también. Llegó aún más lejos, puesto que no vaciló en afirmar que el boulangismo, después de haber organizado directamente la manifestación, esperaba "hacer salir de ella la sedición y la guerra civil".

En cuanto a los gobernantes puestos entre la espada y la pared, no ganaron nada con esto. Los instigadores de la jornada lo habían previsto y ello formaba parte de su táctica. Lafargue no dejó de llamar la atención sobre este hecho:

> Nunca se ha dado frente al gobierno republicano un paso más legal, y se podría agregar más honorable, porque es hacer un honor inmerecido a los siniestros y grotescos personajes que ocupan los poderes públicos el creerlos capaces de cumplir las reformas obreras. Pero es necesario obligarlos a desenmascarar públicamente su impotencia y su mala voluntad.

Raymond Lavigne, en una circular a las Cámaras sindicales que se libró al conocimiento del público, expresó la lección que se desprendía de la jornada:

> El hecho esencial, que señalará una etapa en la marcha del proletariado hacia su emancipación, es la unanimidad y simultaneidad con que una clase económicamente sojuzgada acaba de afirmar en todas partes a la vez, de Calais a Tarbes, de Lille a Marsella, de Nantes a Besançon de Burdeos a Niza, con la calma y la resolución que caracterizan a las causas justas, su voluntad de llegar a un cambio de situación social.

En el mismo texto se felicita del "admirable acuerdo" que presidió a la primera jornada reivindicativa y, golpeando el hierro mientras está caliente, agrega que es necesario que la segunda parte sea no menos imponente.

La jornada del 24 de febrero

En realidad, la jornada del 24 de febrero fue una repetición de la del 10. De nuevo París se vio eclipsado por las grandes ciudades de provincias. Sin embargo, la atmósfera no era la misma. La caída del gabinete Floquet provocó una crisis ministerial. Los periódicos que habían despreciado desdeñosamente el movimiento del 10 participaban esta vez de su inquietud. En general, no veían en las reivindicaciones más que la causa aparente de la manifestación y le daban como fondo una causa política: "la agitación anárquica y revolucionaria".

"Contamos –decía uno de ellos– con que los poderes públicos harán de manera que se mantenga rigurosamente el orden".

No había nada que temer a este respecto. La policía y el ejército se movilizaron más intensamente que el 10. En París pululaban los espías de la policía y las tropas estaban acuarteladas. Aun los artilleros de Vincennes y la guarnición de Versalles se hallaban preparados. Un escuadrón de guardias republicanos ocupaba el Palacio de la Industria. Los patios del ayuntamiento se encontraban abarrotados de agentes y de guardias.

Este inusitado e imponente despliegue de fuerzas impresionó a los militantes responsables. Temiendo una masacre, contraordenaron la manifestación proyectada. No hubo más que un millar de personas en la plaza del ayuntamiento, que los agentes dispersaron por última vez hacia las 14 horas. La nieve que caía copiosamente y el viento que soplaba con fuerza terminaron de dispersar a los últimos manifestantes.

En Burdeos, tres columnas se presentaron a la prefectura. El funcionario del goder central dio pruebas de "verdadera simpatía" y se comprometió a transmitir las reivindicaciones a la superioridad.

En Marsella, los delegados, recibidos por el prefecto, le entregaron una protesta contra la circular ministerial de Floquet sobre las medidas de orden de la jornada. Luego se retiraron y se desarrolló una gran manifestación que partió de la Bolsa de Trabajo.

En Lyon, donde se reunieron 10.000 obreros, el prefecto y el alcalde rehusaron recibir a los delegados. Había numerosas fuerzas policiales, tomo en Saint–Quentin, en Reims y en Troyes, donde se realizaron arrestos. En Reims, donde hubo más de 3.000 manifestantes, el subprefecto habría declarado que el gobierno no podía conceder las reformas en cuestión. En Troyes, el prefecto, tras las rejas cerradas rehusó recibir a una delegación, en tanto que en Lille conversó con ella una hora. En Roubaix, la entrevista cortés entre el alcalde y los ocho delegados duró tres cuartos de hora.

Édouard Vaillant declaró que la jornada le hacía "una excelente impresión" por su conjunto y disciplina. Según él, esta doble característica había provocado "la estupefacción de los reaccionarios". Agregaba:

> No es solamente una intimación eficaz y de consecuencias inestimables lo que acaba de hacer el proletariado; es también la primera vez que el socialismo revolucionario pasa revista a sus tropas. Hay motivo para estar contento.

Fuera de Francia, las manifestaciones de febrero de 1889 tuvieron gran resonancia. Se habló mucho de ellas en la conferencia internacional socialista de La Haya, que se reunió el 27 de febrero, y de allí, gracias a los delegados que retornaban a sus países, la nueva idea que ellas representaban se transmitió a Europa.

A este respecto Suecia merece un lugar de honor. Hemos visto que el sindicato de obreros muebleros de Estocolmo había discutido desde 1888 acerca de una manifestación obrera nacional con fecha fija. En el congreso constituyente del partido obrero sueco (19–22 de abril de 1889) los obreros del mueble formularon una moción en tal sentido. Esta moción fue discutida por el congreso, que tomó la siguiente decisión:

> El congreso decide que las corporaciones obreras organizadas de Suecia realizarán el mismo día, en todo el país, una manifestación destinada a obligar a las clases dirigentes a reconocer cuanto antes los derechos naturales y cívicos de la clase obrera, pero la organización de esta manifestación se confia a la diligencia de los organismos directores.

Sin duda, no se hacía cuestión especialmente de las ocho horas en esta resolución. Pero, después de los americanos y de los franceses, los suecos se iniciaban en la vía de una jornada común, siempre en el plano nacional. No habrá más que trasponer a la escala internacional el principio adoptado en Suecia con un objetivo de orden general, el principio adoptado y llevado a los hechos en los Estados Unidos y en Francia sobre la plataforma de las ocho horas, para tener el antecedente esencial de donde surgirá el 1º de Mayo que será, en lo sucesivo, histórico.

Proposición de Anseele en el congreso de Londres (Noviembre de 1888)

Cosa notable, esta trasposición se había hecho aun antes de que se desarrollara la manifestación francesa del 10 y del 24 de febrero de 1889. Fue formulada en el congreso internacional sindical realizado en Londres del 6 al 10 de noviembre de 1888, es decir, a pocos días del congreso de Burdeos y Le–Bouscat.

El congreso sindical de Londres, sobre el cual se ha guardado hasta ahora silencio en Francia, representa un eslabón muy importante en la cadena de formación del 1º de Mayo internacional. Faltaban por cierto delegaciones de Rusia, Austria, América y Alemania, e Italia no estaba representada más que por Lazzari. Pero había dos daneses, 10 belgas, 13 neerlandeses, 79 británicos y más de 20 franceses. Hemos visto que Gabriel Farjat era delegado por la Federación Nacional de Sindicatos. Sin embargo, no figura entre los delegados franceses –entre ellos Heppenheimer y Keufer– oficialmente citados por la nota del congreso. Tampoco figuran el anarquista Tortelier, el ex miembro de la Comune Viard y el diputado Lavy. Reencontraremos a algunos de estos delegados o auditores en el congreso internacional "posibilista" de París, al año siguiente.

La delegación inglesa comprendía personalidades como John Burns, T. Burt y G. Fenwick, mineros de Northumberland y sobre todo Annie Besant, la futura gran sacerdotisa del Culto de la reencarnación. Todos participaron en el mismo congreso de París, así como el dans Jensen.

La delegación belga estaba dominada por el flamenco Édouard Anseele, que había desempeñado el papel que ya se sabe en la conferencia de París, en agosto de 1886. Se le deben en el congreso de Londres palabras que lo colocan de nuevo y esta vez directamente entre los pioneros del 1° de Mayo.

Anseele no tenía entonces más que treinta y dos años pero poseía ya una foja de servicios socialistas muy brillante. Había fundado con Van Beveren en 1876 el partido obrero socialista flamenco, cuya fusión con el partido socialista de Brabante en 1879 formará el Partido Socialista belga. Ya era conocido como el gran fundador del célebre Vooruit de Gand, y más recientemente, por su condena a seis meses de prisión por

haber pedido a los soldados que no tiraran sobre sus hermanos obreros. Orador fogoso, era también un organizador, un administrador de primera clase que practicaba lo que se llamar luego el "socialismo de las instituciones". Un informe del congreso lo pinta como de "fisonomía enérgica, gesto áspero, palabra breve, viva, imperiosa". Presidió muchas sesiones y participó activamente en los debates y reuniones anexas, provocando el ardiente entusiasmo de los asistentes. Parece haber apoyado sobre todo la acentuación del carácter internacionalista que debía darse al movimiento obrero. Fue él quien, en el curso de la cómoda de bienvenida, propuso que la delegación francesa, "a fin de mostrar al mundo el espectáculo de la fraternidad de los pueblos", bebiera a la salud de los obreros alemanes, lo que suscitó escenas patéticas.

Con el mismo espíritu subió a la tribuna para entregarse a una intervención de considerable importancia, dado el tema tratado. He aquí cómo la resume un periódico de entonces:

> Improvisa en francés y dice que se ha podido creer muerta a la Internacional pero que ella renace de sus cenizas. Que su espectro amenazador haga retroceder al despotismo cuando se levanten los artesanos del mundo. Termina pidiendo que el congreso decrete una imponente manifestación que, el 1º de Mayo, a la misma hora, tendrá lugar en todos los países donde exista libertad de asociación.

¿Por qué elige Anseele esta fecha del 1º de Mayo para una manifestación de fecha fija como la que acaba de decidirse en Burdeos? No sabemos nada, aunque sospechamos que la elección ha sido suscitada por el ejemplo norteamericano, ya que no vemos otra hipótesis plausible. En todo caso el hecho, junto al carácter internacional que, esta vez, da Anseele a la manifestación con fecha fija, señala la proposición con una piedra blanca. Por primera vez en un congreso internacional obrero toma cuerpo la idea de una manifestación internacional el mismo día y, además, se la fija el 1º de Mayo. Esta proposición bastaría por sí sola para conservar el recuerdo de Anseele.

Ahora bien, ¿qué suerte corrió esta proposición? Según el informe que tenemos a la vista, la sesión de clausura, que sucedió a una sesión tumultuosa, se realizó "en un cierto desorden" y algunas proposiciones "no llegaron a ser votadas". Sin embargo, como conclusión de los debates sobre 1a cuestión de la reducción de las horas de trabajo, si era necesario por "legislación prohibitiva", se aceptó la siguiente moción:

> Intervención del Estado para llegar a la reducción de las jornadas de trabajo a ocho horas como máximo; intimación dirigida a los legisladores para poner fin al desorden económico resultante de las largas jornadas de trabajo impuestas a los productores.

Esta decisión, a pesar de omitir la manifestación eventual con fecha fija y la fecha del 1º de Mayo adelantadas por Anseele, no deja por eso de estar en la línea de la intervención del líder belga, y el término de intimación que figura en ella es particularmente significativo. Se puede y se debe considerar este texto, a pesar de su imprecisión, sobre todo cuando se lo compara con la viril proposición de Anseele, como un verdadero prefacio a la resolución fundamental que votará el congreso de París.

IV

Jean Dormoy y Raymond Lavigne

Dos pioneros

Las manifestaciones del 10 y del 24 de febrero de 1889 no llegaron, a pesar de su originalidad y de su amplitud en provincias, a ninguna satisfacción precisa para la clase obrera de Francia. Aún no era el momento de obtener las ocho horas. Sólo al cabo de treinta años de lucha épica y después de la guerra de 1914 la ley será votada por el Parlamento.

Pero el fin de la manifestación se había logrado. Era algo nuevo para el asalariado de la industria moderna, que arrastraba "en la inseguridad del mañana una existencia más dolorosa que la del siervo feudal", reclamar simultáneamente en más de sesenta ciudades "las primeras libertades sociales, siempre prometidas y siempre rehusadas, y las garantías legales que hoy como ayer le niega la ferocidad capitalista". Así se expresaba Édouard Vaillant. Por su lado, Paul Lafargue subrayaba que la marcha colectiva tenía una "significación más alta que una simple intimación", ya que coordinaba la agitación obrera y habituaba al partido socialista a "movimientos de conjunto".

Era decir demasiado poco. El alcance de esta demostración nacional era aún mayor, ya que constituía el preludio de una gran demostración internacional –"la más fuerte máquina de guerra contra la sociedad capitalista"– que no tardaría en surgir de los congresos mundiales del proletariado.

En el curso de esta fase preparatoria de lo que podríamos llamar la incubación del 1° de Mayo hemos encontrado y encontramos dos hombres: Jean Dormoy y Raymond Lavigne, que han sido en Francia sus inspiradores. Sería injusto no consagrarles un capítulo, y para pintarlos mejor, empalmando con los años posteriores, trazaremos su vida entera.

Estas dos fuertes personalidades de corazón cálido y, máscara enérgica, que una naturaleza particular impulsaba invenciblemente a las cosas serias, pertenecían a esa admirable falange de militantes provincianos, sólida armadura del partido obrero francés que Guesde dejó en todas partes donde su áspera palabra incitaba a la acción, y que continuaron en el lugar el desciframiento comenzado en superficie, trabajando en profundidad: Delory en Lille, Deleluze en Calais, Carrette en Roubaix, Coulet en Marsella, Gabriel Farjat en Lyon, Foulland en Roanne, Langrand en Saint–Quentin, Pédron en Reims, Corgeron en Troyes, para no citar más que a los de esta época. Su vida ingrata y afiebrada, hecha de devoción y abnegación, de coraje y tenacidad, de oscuro trabajo de organización y combate sin tregua ni reposo, integra, con la acción de las masas que ellos impulsaban y el rol espectacular de los grandes líderes, esta historia heroica del socialismo, más bella que la más bella de las leyendas. Modernos estoicos, a quienes no arredraban la persecución ni la injuria, la calumnia ni la miseria, como tampoco la lucha en su propio hogar, estaban permanentemente al servicio de su clase; se entregaban a un magnífico apostolado. Jamás se les habría ocurrido hacer de su militancia una carrera. La estirpe sana y robusta de estos socialistas de la primera hora parece, por desgracia, haber desaparecido.

Origen y primeras luchas de Jean Dormoy

Jean Dormoy nació el 25 de septiembre de 1851 en Vierzon–Village (Cher) en una población que ha dado dos miembros de la Comuna: Félix Pyat y Édouard Vaillant, sin contar a numerosos combatientes federados. Era hijo de un plomero. En una época en que no existía la obligación escolar es probable que no frecuentara regularmente la escuela: sus primeras cartas lo testimonian. A los trece años entró en las fundiciones de Rozières (Cher) y permaneció allí hasta su cierre en 1865.

Como su familia había venido a establecerse en Montluçon (Allier), Jean Dormoy la siguió y en 1868, a pesar de su juventud, figura entre los militantes que combaten abiertamente al Imperio. Los nombres de Jean y Philippe Dormoy se encuentran ya en una suscripción por las víctimas del fusilamiento de Aubin (Aveyron). No hay sección de la asociación internacional en Montluçon, pero, a los diecinueve años apenas, Dormoy está a la cabeza de los que en 1870 proclaman la República en esta ciudad obrera.

Hasta 1879 permanece en las filas del partido republicano, "reprimiendo sus impaciencias de proletario y atribuyendo el olvido en que los gobernantes tenían a su clase a la acción de los reaccionarios, entonces todopoderosos". Pero, cuando comprobó que los gobernantes republicanos se sucedían en el poder sin provecho real para los trabajadores, se puso a combatir a todos los partidos burgueses sin distinción de matices ni etiquetas. Se crea el "círculo republicano de obreros de Montluçon", que mantiene correspondencia con los medios parisienses, y apela al concurso de Jules Guesde, que tome la palabra en el ayuntamiento, el 17 de junio de 1880. Su actuación, excelente en todos los aspectos y a cuyo término aplasta a tres contradictores, es seguida de otra el 20 de

junio. Dormoy, seducido por la palabra y la ideología convincentes de Guesde, le pide que hable en Commentry. Guesde acepta y obtiene un nuevo éxito. En adelante, el socialismo queda sólidamente implantado en el Borbonesado y Dormoy llegará a ser uno de los discípulos más fieles de Jules Guesde, aunque coquetea con los blanquistas, uno de cuyos feudos es el Cher, su departamento de origen. Interviene en las reuniones electorales y decide a sus camaradas a afrontar la lucha por la banca de consejero del Cantón de Montluçon–Este.

Delegado al congreso obrero de El Havre, es nombrado su asesor, el 21 de noviembre de 1880. El 1º había tomado la palabra para señalar que Montluçon poseía seis grandes fábricas que explotaban política y económicamente a los obreros. Había pintado la miseria de sus camaradas y reclamado el advenimiento de la revolución social. El 13, antes de partir para el congreso, había denunciado en el cotidiano de Blanqui a los oportunistas, "en todas partes los mismos y a la vanguardia de los enemigos de los trabajadores", citando el ejemplo de Chantemille, diputado de Montluçon. El siete, en la reunión que designo al delegado al congreso, se había rebelado contra la elección de Cromariat, encargado de combatir el comunismo. Le impidió llegar al congreso de El Havre, y él a su vez, para vengarse, hizo perder su empleo al valiente luchador. No solamente lo despidieron de la fábrica Saint–Jacques, sino que le impidieron encontrar trabajo en otra parte. Los patronos locales pensaban reducir a Dormoy a la miseria y obligarlo así a abandonar Montluçon. Pero el militante despedido se hizo vendedor de aceite y se pudo ver en todo tiempo empujando su pequeño carrito de mano por las calles de la ciudad. Matando dos pájaros de un tiro, Dormoy conseguía vivir libre e independiente y mantenerse al mismo tiempo en contatto diario con los obreros, que eran ahora sus clientes. Hay que decir que algunos se apartaban de él por temor a perder su trabajo. Es la época en que sus adversarios, evocando al depósito de desperdicios de Saint–Jacques, bautizaron a Dormoy burlonamente Jean du Crassier. Habían llegado a componer una canción, bastante mala por cierto, para ridiculizarlo:

¡Oh!, qué lindo es Jean Dormoy
con su aceite de nuez
cuando cruza el puente de la Cristaleria
gritando: "¡Aceite!
¡Aceite de nuez!"

Dormoy, insensible a estas burlas, continuaba su propaganda y su trabajo de organización. Creó grupos en Commentry, en Doyet, Bézenet, Montvick, Durdat–Larequille..., que poco a poco debían conquistar las municipalidades y la representacion cantonal. Pero Dormoy no se ilusionaba:

> El sufragio– escribe– no es más que un engaño si se lo encara de otra manera que como medio de propaganda... Es un procedimiento para contar las fuerzas con miras al verdadero combate.

Por eso, al grito de "¡viva la revolución social!" él y sus amigos acogieron el escrutinio de las elecciones municipales de Montluçon en enero de 1881. Dormoy tuvo 673 votos, en tanto que en Commentry la lista de Christophe Thivrier –el futuro diputado de blusa– pasaba en su totalidad con más de 1200 sufragios, señalando la primera conquista de un ayuntamiento por el partido socialista.

En las elecciones cantonales de Montluçon–Oeste, el 21 de agosto siguiente, Jean Dormoy es nuevamente el abanderado del socialismo. Es vencido, pero los 4916 votos obtenidos por los dos candidatos del partido en el distrito presagian la victoria legislativa para aquellos a quienes se llama los *collectes*.

La conquista socialista del Allier

Para apoyar su acción, Dormoy hizo venir oradores del centro, tales como Chabert y Léonie Rouzade. Quería llevar la contradicción a sus adversarios y visitaba los departamentos vecinos, sembrando por todas partes la idea con su voz fuerte y ruda, que dominaba todos los tumultos.

Asistió al v congreso obrero socialista de Reims, discutiendo allí con Maton y Joffrin, que acusaban a Guesde de intrigar con miras a la dictadura y de estar "siempre listo para trabar la marcha". Tomó posición netamente por Guesde, proponiendo con él la realización del próximo congreso en Bourges. Esta proposición fue rechazada y en Saint–Étienne (25–30 de septiembre de 1882) se realizó el congreso que consagró la ruptura definitiva entre guesdistas y posibilistas.

Antes de ir a Saint–Étienne, Guesde, Lafargue, Bazin y Chapoulie hicieron con Dormoy una gira de conferencias en el Allier. Esta gira inquietó al capitalismo y a la reacción, estrechamente unidos y que disponían de los aparatos policial y judicial. A la tentativa de los explotadores siguió para Dormoy la represión oficial. Sobre la base del

informe de un comisario de policía provocador y alcohólico, que pronto moriría en un asilo de alienados, Dormoy fue indagado y perseguido al mismo tiempo que Guesde, Lafargue, Bazin y Chapoulie, por provocación al pillaje de las fábricas y del Banco de Francia y al asesinato de los patrones. El proceso se desarrolló ante el Tribunal en lo criminal del Allier el 25 y 26 de abril de 1883. Dio lugar a un notable alegato socialista de Jules Guesde y a ajustadas intervenciones de Lafargue. Con estos últimos, Dormoy fue condenado a seis meses de prisión, que cumplió en Sainte–Pélagie. Allí, guiado por Guesde y Lafargue, completo su instrucción general y profundizó su ideología socialista. Aprovechó su detención para reunir, clasificar y comentar en un librito los informes y resoluciones de los congresos obreros. Tomó una posición intransigente y aun agresiva hacia los posibilistas, sus antiguos hermanos de armas.

Durante este tiempo, los mineros de Doyet y de Montviq presentaron su candidatura de protesta en las elecciones cantonales de Montmarault. En su profesión de fe, Dormoy mostró a los obreros la necesidad de la expropiación capitalista.

> En efecto, en tanto que las fábricas y los presidios del capitalismo, donde se cumplen trabajos forzados y en los que gastáis vuestras vidas para enriquecer a los holgazanes, no lleguen a ser propiedad de la Nación y vuelvan a las manos de los obreros que trabajan en ellos, los millones que vosotros creáis irán a los bolsillos de los que no trabajan; y vosotros tendréis que sufrir las brutalidades de los ingenieros, capataces y otros guardianes de las compañías.

Hizo sentir a los aldeanos y a los comerciantes que también ellos eran víctimas de la sociedad capitalista y la explotación patronal. Terminó su declaración con su grito familiar: "¡Viva la revolución social!", con el que cerraba sus cartas de entonces. Obtuvo 688 votos el nombre del preso, a pesar de la falta de propaganda y de reuniones.

De regreso en Montluçon, Jean Dormoy encontró a la clase obrera aterrorizada por persecuciones de toda naturaleza. Aquí se ubica una segunda ofensiva patronal. Se llegó a anotar las casas en que Dormoy entraba para vender su aceite; se hacía llamar al comprador y se lo amenazaba. Estas presiones imbéciles y odiosas no hicieron más que acrecentar la popularidad de Dormoy. Así, cuando se realizó el VII congreso del partido obrero en Roubaix (29 de marzo–7 de abril de 1884), el Allier disponía de un lugar honorable. Dormoy tenía los mandatos del Círculo republicano de obreros de Montluçon, de la cámara sindical de obreros socialistas de Lavaveix–les–Mines (Creuse) y de la cámara sindical de obreros colectivistas de Saint–Eloiles–Mines (Puy–de–Dome). La Federación nacional de vidrieros –que surgió del congreso sobre la base de cuatro sindicatos del vidrio, entre ellos el de Montluçon y el de Lavaveix– fue en parte su obra.

En las elecciones legislativas de 1885, que tuvieron lugar con escrutinio de lista, el partido obrero del Allier afrontó la lucha con una lista completa, encabezada por el antiguo miembro de la Comuna Simón Dereure, originarlo de La–palisse, a más de Paul Lafargue y Jean Dormoy. Éste obtuvo 2498 votos, es decir 117 más que Lafargue y 404 más que Dereure. Al año siguiente lograba 902 votos en una elección cantonal en que batió en Montluçon a su adversario burgués. Era el presagio de su victoria en la misma ciudad en que habían querido despojarlo. En efecto, llegaría a ser sucesivamente consejero municipal de Montluçon en 1888, consejero de distrito en 1889, alcalde en 1892 y consejero general en 1898. Por su actitud y sus actos en estas diversas funciones debía mostrar que el programa y las promesas no son paparruchas para todos los electos.

El militante sindical

No por casualidad el segundo congreso de la Federación nacional de sindicatos, en octubre de 1887, tuvo su sede en Montluçon. Después de un año de existencia y en vísperas de la renovación de la mesa directiva, los militantes de toda Francia volvían los ojos hacia Jean Dormoy, que se había impuesto y había sabido forjar un núcleo de hombres despiertos y audaces, capaces de secundarlo. Por lo demás, al leer atentamente el informe del congreso nos sorprendemos del lugar preponderante y en cierto modo único en su género tornado por Jean Dormoy en los debates.

Desde la sesión pública de apertura del 23 de octubre, cuando se enarbola la bandera roja, a pesar de la policía y del decreto del alcalde de la ciudad, Jean Dormoy hace una apología en regla del emblema proletario. Luego desenvuelve una serie de informes estudiados y firmemente estructurados acerca de las condiciones de liberación del trabajo, la jornada de ocho horas, el salario mínimo, los congresos internacionales y la legislación internacional del trabajo, y sobre la organización de las federaciones corporativas. La resolución que sanciona este último informe y que fue adoptada por el congreso, además de caracterizarse por la mayor nitidez une, como es debido, en el plano sindical, el objetivo revolucionario y las reivindicaciones inmediatas. Se creería

que ha sido inspirada y quizá redactada en parte por Paul Lafargue, que había sostenido la necesidad de las federaciones profesionales en el congreso internacional de La Haya (1872). Se pronuncia por "la formación más rápida posible de uniones nacionales e internacionales de oficios, que arranque de su fatal impotencia a los sindicatos aislados y sea el único medio, vista la desigualdad que existe hoy en día en los salarios y las horas de trabajo, de impedir que el salario más bajo y la jornada de trabajo más larga se conviertan en el estado general en cada industria, por efecto de la competencia entre los fabricantes". Compromete a todos los obreros a "entrar en la gran federación corporativa y preparar así, con un formidable ejército obrero, consciente de su misión, la revolución que socializará los medios de producción".

Mientras tanto, considerando que todos los seres humanos tienen "derecho a la existencia" y que en el estado de la producción "hay posibilidad de satisfacer las necesidades de cada uno", la resolución proponía una enumeración de "reformas inmediatas y a título provisorio", comprendiendo "la reducción a ocho horas de la jornada de trabajo".

Sobre esta cuestión de las ocho horas resumió Dormoy los puntos de vista de su informe en el texto siguiente que no figura –singular olvido– en las resoluciones votadas anexadas al informe del congreso:

> Considerando que la fijación de la jornada de trabajo en ocho horas, al mismo tiempo que reducirá el provecho capitalista, tendrá por doble efecto disminuir la desocupación y aumentar los salarios; que, más que la instrucción primaria gratuita y obligatoria –y con menores gastos–, el descanso que ella proporcionará a la clase obrera favorecerá el desarrollo intelectual de esta última; que, lejos de ser perjudicial a la producción francesa, actuará como un latigazo sobre la negligencia interesada de nuestros fabricantes para activar la renovación de la más vieja y más defectuosa de las herramientas industriales:
>
> Las cámaras sindicales obreras reunidas en congreso en la sala del Prado se pronuncian por la reducción inmediata de la jornada de trabajo a ocho horas; invitan a los diputados socialistas a tomar lo más pronto posible la iniciativa de un proyecto de ley a este efecto; y cuentan con todas las cámaras sindicales en particular y con todos los trabajadores en general para pesar, por vía de mitines, peticiones, etc., sobre el voto de las cámaras burguesas.

Este texto –así como la resolución acerca de las federaciones profesionales y los diferentes informes sobre los cuales acabamos de hablar– constituye, sin dudas, en la cadena que conduce al 1º de Mayo, un eslabón muy sólido que precede a la resolución tan importante de Burdeos, que al término de su período anual hizo adoptar el secretario Jean Dormoy.

Modestia de Raymond Lavigne

Ésta, sin embargo, habría quizá seguido siendo letra muerta, como tantas otras resoluciones de congresos, o al menos no habría alcanzado la misma amplitud, si Jean Dormoy no habría encontrado en Raymond Lavigne, su amigo y camarada de combate, un sucesor digno de él en la Federación Nacional de Sindicatos. ¿Acaso no hemos visto a Lavigne preparar apasionada, metódica y resueltamente la manifestación nacional de febrero de 1889? Pronto lo veremos suscitar la manifestación internacional del 1º de Mayo. Teniendo en cuenta los esfuerzos de todos los militantes conocidos y de todos estos pioneros anónimos de los cuales, más que cualquiera otra, está repleta toda la historia obrera, se tiene el derecho de considerar a Raymond Lavigne –con Jean Dormoy– como uno de los "padres del 1º de Mayo".

Pero Lavigne era modesto y, cuando se le recordaba esta paternidad, el buen hombre se sobresaltaba y hacía recaer sobre su amigo –entonces desaparecido– el gran mérito de la importante iniciativa. Recordaba sin cesar "el nombre glorioso de aquel a quien el proletariado universal debe la institución de esta manifestación grandiosa, a la que se ven arrastradas masas obreras cada vez más considerables". El 19 de Mayo que siguió a la muerte de Jean Dormoy, en 1899, consagró un artículo al "valiente entre los valientes", el único iniciador de la jornada internacional. Este artículo terminaba con las palabras: "¡Honor a Jean Dormoy!" Aun veintiún años más tarde terminará con este hurra demasiado exclusivo el artículo de recordación que le había pedido Amédée Dunois para *l'Humanité* y en el cual Lavigne habla apenas de sí mismo.

En estas condiciones no se comprende que Émile Vandervelde haya escrito que Raymond Lavigne recordaba "con legítima insistencia" que la iniciativa del 1º de Mayo le pertenecía. A menos que no haya que considerar esta áspera afirmación como la reliquia de un viejo rencor que databa del congreso internacional de Londres. No olvidemos, en efecto, que en el curso de la sesión plenaria del 29 de julio de 1896, en el paroxismo de las pasiones, Lavigne trató a Vandervelde de "jesuíta", porque en nombre de la mayoría de los belgas declaró rehusarse a la exclusión de los anarquistas.

Una hermosa figura

Raymond Lavigne no era, como Jean Dormoy, un obrero de cepa

obrera, y tuvo la gran ventaja de recibir una instrucción sólida. Lo vemos al examinar de cerca sus cartas y artículos, pero es imposible obtener de su hijo Alexandre las precisiones deseables al respecto. Éste declara:

> Mi padre, como por lo demás mi madre, nos han hablado poco de sí mismos o si lo han hecho ha sido por fragmentos, ocasionalmente, sin continuidad...

Agrega, hablando de la vida militante de su padre, estas líneas en cierto modo complementarias y que no podrían sorprender.

> Su vida de actividad desbordante lo ha mantenido siempre, si no física, al menos intelectualmente alejado de su hogar. Por eso se ha ocupado poco de sus hijos, y si yo, siendo muy joven, aun en la escuela, me he sentido atraído y definitivamente conquistado por la doctrina socialista marxista, fue en primer lugar porque experimentaba hacia él un profundo afecto y una admiración sin límites, y luego porque este afecto y esa admiración me han llevado a instruirme leyendo por mí mismo y escuchando apasionadamente los debates de doctrina que se desarrollaban en casa.

A diferencia de su amigo Dormoy, Raymond Lavigne debutó en la vida militante no en la primera juventud, sino en la edad madura. Nacido en Burdeos el 17 de febrero de 1851, es allí comerciante en vinos y se casa a los veintidos años. Hombre de sentido y de reflexiones, saca del ejercicio de su profesión, aun de los episodios más prosaicos, conclusiones prácticas que relatará incluso con humor, cerca de cuarenta años más tarde. No parece haber tomado parte activa en las épicas batallas que en 1879 señalaron en Burdeos la elección y luego la derrota de Blanqui. Pero hay que deducir de una carta de mayo de 1901, en la que declara no haber dejado de luchar "durante treinta años", que en 1879 fue ganado por las ideas socialistas. En todo caso, a fines de 1881 su nombre figura en las listas de suscripción para los huelguistas de la Grand–Combe. Fue necesaria la muy exitosa conferencia de Jules Guesde en la gran ciudad girondina, el 12 de marzo de 1882, para verlo surgir como militante de primera línea.

Después del mecánico Ramade en los primeros años del segundo Imperio, Paul Lafargue y el zapatero Vézinaud en tiempos de la Internacional, y más recientemente el grabador Ernest Roche, el viejo Larnaudie, llamado "el padre La Social", y Antoine Jourde, Raymond Lavigne adquirió en seguida una autoridad muy grande en los medios obreros bordeleses. Pero se consagró obstinadamente harto más y durante mucho más tiempo que ninguno de estos militantes, en el terreno

local, al trabajo de organización y propaganda. Tan cierto es esto que aun cuando se resignó dolorosamente a la retirada, después de la "unidad socialista" –como Vinciguerra y otros militantes de valor–, se mantuvo siempre en contacto con el partido y sus militantes, a los que no dejó de prestar su concurso y dar juiciosos consejos. Aún se lo vio entonces impulsar a la organización de jiras de propaganda en federaciones lejanas, como la de Córcega, por ejemplo, y para conseguir más fácilmente la decisión, ofrecerse a contribuir a los gastos y poner en el juego del partido preciosos triunfos.

Tenía un valor, un dinamismo y una voluntad de hierro como Jean Dormoy. También, y es lógico, visto su temperamento, consideraba la voluntad "como la primera virtud del militante", "el arma más preciosa para vencer las dificultades". Marcel Cachin, que lo ha conocido bien, porque tuvo la buena suerte de encontrarlo en Burdeos cuando hizo sus primeras armas políticas en 1891, y luego de vivir a su lado, anota sus tres rasgos característicos: "una fina inteligencia, una voluntad firme y un desinterés sin igual en la propaganda de las ideas marxistas, en un tiempo en que el socialismo estaba aún en sus primeros pasos".

Tenía en efecto fina inteligencia y un espíritu curioso, siempre despierto, en búsqueda incesante de informaciones seguras tomadas en las fuentes más directas. Si aparecía, por ejemplo, en los periódicos capitalistas uno de esos artículos venenosos en que se hablaba de la riqueza de los líderes socialistas –de Bebel, entre otros–, Lavigne escribía al interesado. Provisto de informes precisos, cortando las alas a los patos burgueses reducía a su modesto valor la suntuosa villa del "millonario Bebel" en las encantadoras orillas del lago de Zurich. Cuando se produjeron en 1909 los incidentes relativos a la adhesión del Padre Vral, vicario de Viroflay, al Partido Socialista, Raymond Lavigne no participó en la controversia de la que se hace eco la prensa socialista. Pero, siempre ansioso de informaciones de primera mano y queriendo "conocer bien" al "cura rojo", entablará correspondencia con él, le pedirá su folleto y preguntará a Lucien Roland –que estaba en el origen del asunto– si Vral es "pobre o no", instándolo a comunicar las cartas recibidas por su parte.*

* El Padre Vral, suspendido por el Obispo de Versalles, pasó luego a Orgeville–Pacy (Eure). Se somete a la Iglesia y, según Lucien Roland, termina oscuramente en un convento.

Un carácter

De una devoción sin límites a Jules Guesde, a quien llamaba familiarmente "el patrón", y al Partido Obrero Francés, cuya ideología y comportamiento le inspiraban un santo respeto, no abandonó sin embargo con relación a éstos un espíritu crítico y una brutal franqueza que fueron fuentes de mochas enemistades. En él se afirmaba la necesidad de expresar su pensamiento sinceramente y sin disimulo, gustara o no. No fue el último en denunciar "las paradojas de Guesde", y en la marcha del P.O.F., "al mismo tiempo que ardores y esfuerzos accidentales admirables, una especie de fuerza de inercia latente que hiere de esterilidad crónica a todas las ideas y proyectos". Su franqueza al hablar le valió, por lo demás, la pérdida de su sitio en el consejo nacional del P.O.F. durante el congreso de Epernay.

De una intransigencia revolucionaria a toda prueba, este militante, una de cuyas canciones predilectas era el *Insurrecto* de Pottier, no era menos capaz, en interés del desenvolvimiento del partido, de un oportunismo que desconcertaba a sus camaradas y del cual se hacía responsable con hermosa temeridad. Basta recordar el pacto de mayo de 1896 para las elecciones municipales de Burdeos, que reunía, en una de las primeras listas de representación proporcional que hubo en Francia, a diez realistas, veinte radicales y seis socialistas, con gran escándalo de la *Petite République*. Lavigne pensaba que esta alianza debía poner fin a la omnipotencia regional de los hombres de *La Gironde* y de la *Petite Gironde* y, por consecuencia, abrir grandes posibilidades de progreso al socialismo. Pagó con profundo descorazonamiento y con su puesto de secretario federal el valor que había mostrado al correr el riesgo del descrédito.

Siempre por rectitud, y a pesar de sus sentimientos revolucionarios, no aprobó tres años más tarde la forma agresiva del célebre Manifiesto de Gobierno, luego de la entrada de Millerand al ministerio Waldeck–Rousseau (14 de julio de 1899). Estimaba que se podía concebir la penetración de la clase burguesa por el elemento socialista desde los concejos municipales hasta el gobierno, pasando por la Cámara y el Senado, "en todas partes donde haya lugar por conquistar y allí donde convenga tener amigos".

No creo –agregaba– que haya que condenar a los militantes socialistas a refugiarse a priori y perpetuamente en una actitud hostil o huraña hacia todos los hombres de la burguesía, ya que, a pesar de sus intereses de clase, algunos pueden verse conducidos por la complejidad de los acontecimientos y el trastorno creciente de los espíritus a comportarse, voluntaria o inconscientemente, y en forma temporaria o no, de una manera útil al movimiento socialista. El socialismo, en una palabra, debe poder aprovechar todo lo que por naturaleza puede servirle y facilitar su advenimiento, sin desviarse jamás por esto de su vía, trazada por la ineluctable lucha de clases desencadenada por el capitalismo.

Pero, dicho esto, Lavigne denunciaba "el enorme peligro" que podría correr el movimiento socialista al aplicar tal táctica con un Partido único que no lo protegiera ni de las desviaciones ni de las incertidumbres. Porque a sus ojos, el más precioso instrumento de conquista social era un partido de clase sólido, disciplinado y consciente de sus destinos. Y cuando, en el mismo texto dirigido a Jaurès, habla de la "legitimidad de las resistencias" a la concepción del Partido unificado; cuando evoca "a los viejos militantes que han consagrado una larga vida y laboriosos esfuerzos a crear y perfeccionar incesantemente" el arma política de la liberacion obrera, es que piensa en primer lugar en sí mismo. Con un puñado de socialistas que no dudaban de nada y desparramados casi por todas partes, con recursos de una indigencia ridícula, ¿no creó primero un Comité Central de los diferentes grupos y después la Federacion girondina del Partido Obrero, organizaciones que impartieron en el departamento las primeras enseñanzas socialistas y emprendieron luchas que se podrían calificar de locas, tan desproporcionadas eran con los medios de acción disponibles? Lanzó, igualmente a fuerza de sacrificio, la Cuestión Social, semanario que circulaba en todo el sudoeste de Francia "y cuya línea y doctrina, según la juiciosa observación de Cachin, podrían todavía darse como ejemplo a nuestras actuales publicaciones del mismo orden". El socialista del Gironde y el Despertar Social, que dirigió en seguida, tuvieron una hermosa existencia, llevando a menudo la palabra de combate bajo el epígrafe "Aire y Luz por doquier".

El hombre de la propaganda

¡Como se comprende que Lavigne haya protegido paternalmente aquellos órganos que él había creado y visto crecer poco a poco! Pero él no entendía que este sentimiento muy natural, así como la incontestable utilidad de esos periódicos, restringieran el horizonte e hicieran descender las preocupaciones esenciales del militante del amplio dominio social al estrecho terreno local. También apelaba sin cesar a la difusión del órgano central del Partido, al que reprochaba, por lo demás, no ser lo bastante "central", es decir, no aportar suficientemente "la idea directriz de los líderes".

Raymond Lavigne fue esencialmente el hombre de la propaganda impresa, intensiva y metódica. A este respecto, recuerda al Jean Macé de la *Propaganda Socialista* en 1848, que se aplicó a poner a los provincianos residentes en París en comunicación con sus departamentos y en pocos meses envió a las provincias millares de periódicos. Como su antecesor entonces fourierista, Lavigne soñaba ante todo con "reclutar almas". Tuvo esta preocupación desde su entrada a la arena política y llegó en él hasta la obsesión. Sobre la base de los resultados positivos obtenidos en el Gironda, empujó constantemente al Partido Obrero a reconsiderar su manera de encarar la propaganda escrita. Denunció su falta de método, de plan. En artículos estudiados y maduros, penetrados de ardiente proselitismo, indicó el mecanismo que permitiría implantar el Partido en todas partes –absolutamente en todas partes– y desarrollarlo donde ya habría echado raíces. En general, se trataba de que el Partido designara para cada departamento un responsable de la propaganda escrita encargado de "trabajar" sobre la base de una comprobación de las múltiples fuentes de difusión por cantón y por comuna.

La difusión a precio muy bajo de los folletos elementales era una de sus ideas favoritas. No es que desdeñara los folletos doctrinarios editados por el Partido. Por el contrario, se aplicó siempre a difundirlos. Pero le parecían demasiado costosos para ser fácilmente vendidos o distribuídos gratis, y sobremanera largos y difíciles de leer para un profano. Porque lo que él quería era conmover y esclarecer las conciencias, encontrar temperamentos que se volcaran prontamente hacia la actividad del Partido; en una palabra, suscitar hombres de acción socialista. Para esto no temía exponer minuciosamente la factura de los folletos que habría querido ver editados bajo la égida del Partido. Pero, como esto no era "de alta escuela", como resultaba "un poco rococó" –para repetir sus expresiones–, el Partido Obrero acogió sus proyectos con indiferencia. Sin embargo, tuvo la alegría de ver al XVI Congreso Nacional en Montluçon (17–20 de septiembre de 1898) adoptar su moción sobre los medios de hacer "más eficaz" la propaganda, y Delory, en nombre de la Federación del Norte, se ofreció a montar el mecanismo proyectado. Pero fue este un hermoso día sin mañana, a pesar de la serie de artículos que dio a publicidad Lavigne para que se aplicara su moción. Entonces, demostrando el movimiento con la marcha, Lavigne hizo editar el *Mal Social*, cuyos 20.000 ejemplares se agotaron rápidamente.

Dedicado siempre a la propaganda mediante el folleto, se lo vio todavía en 1923 hacer editar a su costa y donar al partido 5.000 ejemplares de los *Dos discursos de Millerand*. Al respecto escribió a Lucien Roland estas juiciosas líneas de alta serenidad (9 de diciembre de 1923) :

> Toda la juventud intelectual podrá aprovechar de ellos. Primero le enseñarán lo que pensaba de la sociedad capitalista uno de los espíritus más brillantes de nuestra época, antes que su alma fuera invadida y corrompida por la ambición. Y luego les mostrará que con la práctica de la propaganda socialista en la juventud no se arriesga trabar la carrera política hacia las situaciones más deseadas y más altas.* Si esto tuviera el don de acercar al partido a los jóvenes intelectuales, aun con una segunda intención ambiciosa para el porvenir, el socialismo habría siempre sacado provecho de su concurso durante su período de fidelidad. ¡Qué importan los Millerand envejecidos, si dejan los conmovedores ejemplos de su juventud pura y sincera!

Lavigne y los anarquistas

Hay que notar que más bien tardíamente –en 1894, en Nantes– comenzó Lavigne a participar en los congresos regulares de su Partido. Después del congreso político de Nantes participó de las sesiones de la Federación Nacional de Sindicatos (17–22 de septiembre), donde fue "el adversario más peligroso" de Aristide Briand, entonces delegado del sindicato de cepilleros de París, que con su talento oratorio sostenía la teoría de la huelga general. Los anarquistas parisienses, aliados de Briand y su amigo Pelloutier, habían movilizado delegados "a tres francos el mandato". Una ruda lucha se trabó entre el antiguo secretorio de la Federación Nacional de Sindicatos y el que Clovis Hugues llamaba irónicamente "el abogado manual". Hábilmente negó Briand a los que preconizaron el 1° de Mayo el derecho de presentar la huelga general como una utopía después de haber demostrado que se podía detener todo trabajo durante un día. Lavigne, que estaba atento, respondió definiendo la huelga general, esa espada de Damocles que se pretende suspender sobre la cabeza del capitalismo, como "una espada de abogado de que la burguesía se ríe." Denunció a Briand, el futuro hombre de Estado, "como un agente provocador de quien vamos a oír hablar más tarde".

Este congreso señaló, en suma, el fin de la hegemonía guesdista sobre el movimiento sindical, volviéndolo definitivamente en el sentido del sindicalismo revolucionario anarquizante. En cuanto a Lavigne, muy contrario ya a los libertarios, salió de él con su antipatía acrecentada.

* Millerand era entonces Presidente de la República.

La manifestará violentamente en el congreso de Londres del que he hablado en otra parte (1896) y en que Lavigne, con su amigo Dormoy, representará a los socialistas de Libourne, a la Unión Republicana Socialista y la Bolsa de Trabajo de Limoges. Intervendrá el 27 de julio, afirmando la primacía de la acción política sobre la acción corporativa y diciendo crudamente a los anarquistas:

Nos reprocháis no preconizar la acción parlamentaria más que para apoderarnos de bancal de diputados. Y bien, yo he ido a la quiebra por hacer servicios a un amigo; por tanto, soy inelegible, y a pesar de esto, enérgico partidario de la acción parlamentarla. Vosotros os imponéis en nombre de la libertad, pero en realidad lo que queréis es trabar la nuestra.

Finalmente, con Dormoy y los otros delegados guesdistas votó –el unico de los trece delegados de las Bolsas de Trabajo de Francia– el famoso artículo 11, que eliminaba a los anarquistas.

Hasta su muerte (24 de febrero de 1930) Lavigne conservó su animosidad hacia los anarquistas, aunque reconociendo que muchos de ellos podrían "servir muy útilmente y quizá con brillantez a la clase obrera". Por lo demás, los fundía en su odio con los "arrivistas". La "sucia presencia" de éstos en las filas socialistas después de la unidad –mal presagio para el porvenir del socialismo– lo descorazonaba. Colocaba tan alto su ideal que jamás quiso aceptar mandato político, a pesar de que se sentía capaz de realizar en el Palais–Bourbon una "tarea maravillosa" con "su buena voluntad" y su "habilidad". Como se ve, aun en esto divergía de los libertarios.

Posiciones diversas

Fue necesaria la profunda secesión debida a la participación ministerial de Millerand en el gabinete de "Defensa Republicana" para hacer salir a Raymond Lavigne de su reserva personal en el plano electoral.

El P.O.F., por decisión tomada en el congreso de Roubaix se había comprometido a presentar candidaturas de clases en todas las circunscripciones a las elecciones legislativas de mayo de 1902, apelando a la consagración de todos sus militantes para llevar la lucha a la totalidad del territorio. Lavigne, con bella temeridad y sin temor de las calumnias ni de los ultrajes, cumplió su deber, ofreciendo su nombre a los camaradas de la segunda circunscripción de Albi para combatir la candidatura de Jaurès, entonces frenéticamente ministerial. Decía en su llamado a los trabajadores del Tarn, comunicado a la prensa:

Si yo, que jamás he querido ser candidato y que incluso he hecho todo lo posible para impedirme toda candidatura, he reclamado por mí mismo el honor de ser designado para la circunscripción de Carmaux, no es ni por ambición personal ni por ningún sentimiento de animosidad personal contra el ciudadano Jaurès, que ha combatido durante mucho tiempo en las mismas filas que yo.

Pero importa que todos los trabajadores –conscientes de la necesidad de organizarse en un partido definido contra las diversas fracciones de la burguesía explotadora, convencidos de que el socialismo no puede ser más que un partido de revolución y de oposición al Estado, monopolizado por la clase dominante–, puedan afirmarse por su voto a la vez contra los patronos que los oprimen y contra los hombres que, uniéndose con un gobierno fusilador de huelguistas y llamando a la clase obrera a ponerse a remolque de una fracción de la burguesía, conducirían, si se los dejara hacerlo, el socialismo a los abismos.

Apenas es necesario decir que sin medios personales, sin posibilidad de hacer campaña y sin envío de ningún boletín de voto, con los reducidos recursos puestos a su disposición por el P.O.F. y ante un adversario tan formidable como Jaurès, la suerte de Raymond Lavigne estaba echada. Por lo demás, era solo una candidatura de protesta. Una vez más, su gesto de principio le hizo honor. Pero, como había sido reintegrado a su puesto de secretario federal, la organización girondina, no consultada, se irritó de nuevo. Aun reconociendo "los móviles tan desinteresados como bienintencionados en el interés del Partido" que habían impulsado a Lavigne, lo culpó de haber actuado aisladamente y declaró "poner fin de una vez por todas a todo sistema de tentativas personales, fuera de las decisiones tomadas en asambleas". Era duro. Lavigne no solamente presentó su dimisión como secretario, sino como miembro del Partido. Se explicó en una carta muy digna, que hizo pública, en la que se leía:

Tengo la convicción de haber servido siempre como un soldado devoto e irreprochable. Hago ardientes votos porque ningún camarada me siga en esta desaparición necesaria y para que, al contrario, los trabajadores conscientes se agrupen cada vez más numerosos y solidarios en torno al único partido que, a mis ojos, encarna en sus doctrinas y su método los intereses reales de la clase proletaria...

Algunos meses más tarde (21–24 de septiembre de 1902) , en Issoudun, el XX Congreso National del Partido Obrero, estatuyendo sobre la última campaña legislativa y elevándose por sobre el conflicto girondino, felicitaba a Raymond Lavigne por haber asegurado en un departamento limítrofe la ejecución completa de la decisión de Roubaix.

Un punto sobre el cual Raymond Lavigne divergía aún de los libertarios es que admitía la permanencia y la retribución de ciertas funciones. Pero, sobre este punto, como acerca de tantos otros, tenía concepciones elevadas y originales, bien alejadas de ese "burocratismo obrero" que es plaga de las organizaciones.

> Por encima del papeleo –escribía– ellos [los permanentes] deberían tener el cuidado constante y dominante de la dignidad, del relieve, del brillo de nuestro partido, y tomar en consecuencia las iniciativas necesarias... Por el Partido, si fuera preciso, yo me habría olvidado totalmente de mí mismo si hubiese estado en las esferas dirigentes. O, mas bien, habría querido hacer servicios tan evidentes, tan notables y excepcionales, que hubiese podido desafiar entonces todas las críticas a propósito de mi tratamiento y del cuidado de mis propios intereses.

Tal es el hombre leal y probo, siempre sincero incluso en sus errores, que aun fuera del partido siguió siendo militante en su corazón, conservando hasta el fin, como una eterna primavera, su "robusta fe en el porvenir". Tal es, con Jean Dormoy, uno de los socialistas franceses a quienes debe su existencia el 1º de Mayo internacional, tal como ha salido del congreso de 1889.

V

El 1º de Mayo en el Congreso Socialista Internacional de 1889

Los dos congresos internacionales socialistas de París

Hemos visto que la conferencia internacional corporativa de París y los congresos obreros franceses de Burdeos y de Troyes se habían pronunciado por la celebración de un congreso internacional socialista obrero en París en 1889. El congreso internacional de Londres lo decidió igualmente así, pero encargó a la Federación de Trabajadores socialistas (posibilista) de organizar este congreso. De ello resultaron altercados y maniobras, tanto en el plano nacional como en el internacional, entre las organizaciones de tendencia marxista o afines y las otras. Por último, a pesar de la conferencia de conciliación de la Haye no se pudo llegar a un acuerdo, y con ocasión del 14 de julio de 1889 se realizaron en París dos congresos internacionales socialistas obreros: uno en la calle Lancry, sala de la Unión del Comercio y de la Industria, organizado por los posibilistas, y otro en la sala Pétrelle, calle Pétrelle, N° 24, después en la sala de las Fantasías Parisienses, calle Rochechouart, N° 42, organizado por los guesdistas, los blanquistas de la tendencia Vaillant y la Federación Nacional de Sindicatos. De este último congreso data, si podemos expresarnos así, el nacimiento oficial del 1º de Mayo internacional.

En el congreso de la calle Lancry (15 al 20 de julio) , que representaba a 369 agrupaciones, se sentaron entre los 612 delegados, de los que había 521 de Francia y ninguno de Alemania, de Asia y de América del Sur, hombres como Hyndmann, John Burns (Inglaterra), Jensen (Dinamarca) , Limanowsky (Polonia), Merlino y J. Croce (Italia) , Palonski (Rusia) , Vliegen (Holanda) , F. V. de Campos (Portugal) , Paul Brousse, Joffrin, Lavy, Allemane, J. B. Clément, Réties, Lavaud, Prudent–Devillers, V. Dalle, Paulard, J. V. Dumay, Galiment y el orador anarquista Tortelier por Francia. Hungría estaba representada por siete delegados y Austria por seis, cuyos nombres no se han revelado para evitar la represión. Había 35 organizaciones de las Islas Británicas, 16 de Portugal, 6 de España y 3 de Suiza regularmente representadas, así como, por Francia 227 organizaciones sindicales y grupos o círculos políticos. Algunos delegados italianos y belgas, como Andrea Costa, Amilcare

Cipriani y el joven Vandervelde, estuvieron en las dos asambleas.

El congreso de la sala Pétrelle se realizó del domingo 14 al sábado 20 de julio de 1889. Convocado sin medios de publicidad, ya que los llamados y circulares se hicieron con mimeografo, no reunió menos de 377 delegados, entre ellos 221 franceses. Era mucho menos representativo desde el punto de vista sindical, pero mucho más desde el punto de vista de las personalidades notables, ya que reunía a Liebknecht, Bebel, Bernstein (Alemania), Volders, Anseele, César de Paepe (Bélgica), Aveling, la señora Aveling–Marx, William Morris (Inglaterra), Domela Nieuwenhuis (Holanda), Pierre Lavrov (Rusia), Víctor Adler (Austria), Pablo Iglesias (España), Guesde, Vaillant, Deville, Lafargue, Jaclard, Ferroul, Charles Longuet, Basly, Camélinat (Francia). La tendencia de una buena parte de estos delegados valió al congreso el epíteto de "marxista". Había allí, como también en la calle de Lancry, conforme lo ha hecho notar Víctor Adler, "hombres que salían de prisión y otros que eran esperados allí"; algunos habían sido condenados a muerte y muchos proscriptos. Son los elementos "indeseables" que hablan en nombre de la clase obrera mundial, y esta simple anotación indica con fuerza donde estaba entonces el movimiento socialista con relación a los gobiernos capitalistas.

La importancia histórica de estos dos congresos fue considerable. No solamente porque, en el momento en que el boulangismo vengativo estaba en auge en Francia, 80 delegados enviados por la Alemania socialista fraternizaron en la calle Rochechouart, en la antigua cuidad visitiada, con los delegados franceses venidos de todos los rincones del país; sino porque asistimos –frente al mundo cuyos ojos se fijan en una Exposición prestigiosa en la capital más prestigiosa– a la fundación de la Segunda Internacional.

No es ya como su antecesora –según se ha hecho notar– "la asociación de secciones o militantes más o menos numerosos o escasos en las naciones europeas, que ensayan elaborar el programa que ha de reunirlos y buscan el método de lucha que deberán usar". La tarea no es ya la de abrir debates doctrinarios, sino la de uniformar los programas de los partidos constituídos desde 1872 y que, habiéndose encontrado casi en iguales condiciones económicas, habían llegado sin consultarse a adoptar la misma táctica. Esto fue fácil. Los dos congresos, después de haberse pronunciado por idénticos principios fundamentales formularon casi las mismas reivindicaciones, en especial el establecimiento de una legislación internacional del trabajo y la jornada legal de ocho horas como máximo.

En el congreso de la calle de Lancry, el 17 y 18 de julio, después de numerosas intervenciones en favor de las ocho horas, entre otras las de Jensen y del delegado inglés Wilker, el informe de la comisión de administracion, leído por Headingsley (Inglaterra), fue adoptado. Se pronuncia, a la cabeza de 14 reivindicaciones apremiantes, por la jornada máxima de ocho horas de trabajo, fijada por una ley internacional.

Además, por iniciativa de un delegado trade–unionista americano, el mismo congreso adopta la siguiente resolución, salvaguardando el objetivo final del movimiento proletario:

> El congreso internacional del trabajo declara que sus resoluciones en favor de la reducción de las horas de trabajo y de la limitación del trabajo de las mujeres y los niños, todas medidas de protección, no alcanzan a expresar todo su programa de reformas industriales.
>
> Estas medidas no se reclaman más que para asegurar el presente, suavizar la penosa situación del trabajador y concederle el descanso, la educación y la organización necesarios para llegar por fin a la apropiación y el "control" de todos los medios de producción por los obreros mismos. Es ésta, afirmamos, la única medida que puede asegurar al trabajo la integridad de sus derechos.

La resolución sobre el 1° de Mayo

Los delegados al congreso "marxista" realizaron su última sesión –que se prolongó hasta las nueve de la noche– el sábado 20 de julio, durante una tarde sofocante y en una atmósfera irrespirable, bajo la vidriera de la sala de opereta, que, recibía a plomo los rayos de un sol despiadado. ¿Acaso no se anotaron 23 grados centígrados a la una de la tarde en establecimientos menos expuestos al calor solar? El cansancio, la postración y también el enervamiento de los delegados eran tan grandes, que en determinado momento los anarquistas, que invadieran la sala provocando un tumulto, habían debido ser expulsados.

En el curso de esta sesión fue votada por unanimidad, "en medio de un murmullo", una decisión "llamada –como lo ha escrito Émile Vandervelde– a conocer la fortuna más prodigiosa". Hacía resaltar a los ojos de todos la uniformidad de las conclusiones prácticas en los dominios del programa y de la táctica, ya que se decretaba que una manifestacion pondría de pie el mismo día a la élite obrera de ambos mundos. He aquí el texto de esta resolución capital:

> Se organizará una gran manifestación internacional con fecha fija de manera

que, en todos los países y ciudades a la vez, el mismo día convenido los trabajadores intimen a los poderes públicos a reducir legalmente a ocho horas la jornada de trabajo y a aplicar las otras resoluciones del congreso international de París.
Visto que una manifestación semejante ya ha sido decidida por la American Federation of Labor para el 19 de mayo de 1890, en su congreso de diciembre de 1888 en Saint Louis, se adopta esta fecha para la manifestación internacional.
Los trabajadores de las distintas naciones llevarán a cabo esta manifestación en las condiciones impuestas por la especial situación de su país.

Además, se adoptó la siguiente resolución complementaria:

Con el concurso de los partidos socialistas representados en el congreso internacional de París se publicará bajo el título de *La jornada de ocho horas*, un órgano semanario destinado a centralizar los informes sobre el movimiento internacional con miras a la reducción legal de la jornada de trabajo. Se recomienda a todos los delegados que hagan una demostración en todos los centros obreros de Europa y América en favor de la fijación de la jornada en ocho horas de trabajo.

Resulta del mismo texto de la resolución principal que si el 1º de Mayo está centrado ante todo sobre las ocho horas, tiene también en vista la aplicación de las resoluciones del congreso de París, que girando sobre todo lo que concierne a la legislación internacional del trabajo y a la acción de los trabajadores, forman lo que se ha llamado "el Código Internacional del Socialismo". Su objetivo, en el fondo, es nada menos que la transformación socialista, lo que le da desde el origen su pleno sentido. Es muy posible, sin embargo, que los congresistas que votaron este pasaje hayan pensado como inmediata la realización de las reformas proyectadas. En esta época admirable de la primavera obrera, en que se afirman tantos ardores juveniles e ilusiones inagotables, no hay que sorprenderse de ninguna ingenuidad de parte de los militantes. En todo caso, es cosa que merece ser observada porque hasta ahora ha pasado inadvertida. Pero por otra parte es un hecho patente, indiscutible, incontestable, que el proletariado no ha retenido de este texto principal más que la lucha por las ocho horas.

El primer párrafo fue adoptado a mano levantada sin ninguna dificultad. Sobre el segundo párrafo, si creemos a Gabriel Deville, no se emitió previamente ninguna otra fecha que el 1° de Mayo. No quiere reconocer la afirmación contraria, estimando que las actas corroboran su recuerdo sobre este punto, porque no se encuentran rastros de enmienda, y, ciertamente, no la hubo. Pero, según otra versión, el acuerdo sobre la fecha no se habría logrado inmediatamente.

Se propusieron en la sala fechas revolucionarias: 18 de marzo, 14 de julio, que provocaron protestas, porque se las encontró un poco burguesas.
En este momento, un americano recordó que en América se había decidido una manifestación de los trabajadores para el 1° de mayo próximo.
Este proyecto sedujo a otro extranjero, un joven delegado con el ojal adornado de violetas, que se hizo campeón de una idea que, según él, aseguraba el concurso de la poesía y de la primavera a las reivindicaciones de sus mandantes.

Este texto parece, cuando se lo examina de cerca, mucho más un "bordado", un fragmento anovelado del episodio, que un relato que uno deba retener. De todos modos lo que sorprende –salvo un olvido siempre posible– es que Anseele, si estaba todavía presente en el congreso, no haya retomado la fecha que había propuesto en Londres. A menos que no sea él el "joven delegado" que apoyó la proposición americana, ya que en suma no tenía más que treinta y tres años. No estamos en condiciones de resolver la cuestión ni tampoco de decir si el líder y delegado belga ha sido sondeado por Raymond Lavigne en el curso de las deliberaciones previas que relatamos más adelante.

Sobre el tercer párrafo, Gabriel Deville reconoce que hubo una enmienda de un delegado francés, tendiente a agregar la huelga general a la manifestación. Se explica esto cuando se sabe que la unión de sindicatos obreros de las Bocas del Rodano, sacando a principios de mes la lección de las manifestaciones de febrero, había invitado en una resolución a las organizaciones sindicales francesas "a hacer de manera brillante, por todos los medios legales, una nueva manifestación de su descontento", especialmente por "la cesación completa del trabajo en un momento determinado, de todo trabajo, negativa pacífica y legal a producir". Pero el congreso rechazó la enmienda favorable a la huelga general, lo que prueba que para la mayoría de los congresistas la idea de la huelga general, más o menos ligada al 1º de Mayo, debe ahora separarse de él.

El ambiente de la exposición universal

Los periódicos de la época –y es muy comprensible– se ocupan sobre todo de la Exposición Universal, de las fiestas del Centenario de la Revolución francesa, de las brillantes ceremonias y recepciones diplomáticas que se desarrollan sin cesar, de la gran revista militar del 14 de julio y también de la revista de batallones escolares. París está de fiesta, llena de alegría, iluminaciones, turbulencia, fuentes iluminadas, fuegos artificiales, carreras de caballos, corridas de toros en la avenida

de Suffren, baffles, banquetes, copias, canciones, representaciones de gala en los grandes teatros y sesiones de Buffalo Bill entre la puerta Maillot y la puerta Champerret, sin olvidar las ascensiones a la flamante torre Eiffel. La capital atrae una ola ininterrumpida de visitantes de los suburbios, de la provincia, de todos los puntos del globo. Así, el sábado de clausura de los dos congresos socialistas hay 114.625 entradas pagas a la Exposición, y al día siguiente 237.853, con más de 25.000 personas que suben a la torre Eiffel.

Se concibe muy bien, pues, que la resolución del 1º de Mayo no haya llamado la atención puesto que la situación política creada por la agitacion boulangista apasionaba mucho más a la opinión que las sesiones del Trabajo. En efecto, la Corte Suprema debía juzgar pronto a1 general faccioso, cuyos partidarios se proponían llevar su candidatura a las elecciones legislativas en numerosas circunscripciones. Precisamente la víspera, desde la apertura del congreso de la calle Rochechouart, a pesar de la oposición de Jaurès, entonces diputado del centro de izquierda, la cámara había votado un proyecto de ley impidiendo las candidaturas múltiples.

Hay que agregar que la gente estaba desilusionada de los congresos internacionales de toda clase. La misma semana en que deliberaban los dos congresos socialistas se realizaban por una parte el Congreso Internacional de la Masonería, en la sala de Grand–Orient, calle Cadét, bajo la presidencia del "hermano" Desmons y, en el Trocadero, el Congreso Internacional de la Participación en los beneficios, bajo la presidencia de Émile Levasseur. En el primer congreso el delegado del Grand–Orient belga afirmó que la revolución aún no había acabado y que quedaban por realizar muchas reformas sociales. También en el segundo congreso se propiciaban reformas, pero en un plano esencialmente paternalista y con el fin de obtener una "comunidad de interés y de afecto" entre los patrones y los asalariados.

Es evidente que los periódicos, cuyo espacio era limitado, no podían otorgar a todos estos congresos las columnas que les hubieran dedicado en tiempos normales, y, naturalmente, las reuniones internacionales socialistas fueron sacrificadas.

Nacimiento anodino de una gran decisión

Jules Guesde reconoció implícitamente algunos años más tarde, evocando el congreso de la calle Rochechouart, que la resolución sobre el 1° de Mayo pasó casi inadvertida.

En julio de 1889, cuando la burguesía cosmopolita contemplaba, tomándolas por obras suyas, las riquezas creadas por el Proletariado internacional, se producía un hecho que pasó casi inadvertido en el momento...

En cuanto a Benoît Malon, al día siguiente del congreso "marxista" omite mencionar la importante resolución en el cuadro que ha pintado de las sesiones obreras. Aún más, el informe oficial del congreso, aparecido en alemán, se limita a decir, antes de publicar el texto:

El ciudadano Lavigne, en nombre de la Federación Nacional de Sindicatos y grupos obreros de Francia, formula una proposición relativa a una gran manifestación destinada a apresurar la aplicación de las resoluciones del congreso...

Émile Vandervelde tiene, pues, toda la razón cuando escribe que las deliberaciones del congreso de la sala Pétrelle "apenas conservan huellas de la importante decisión".

En cuanto al cotidiano socialista parisiense de entonces, que había sucedido al *Cri du Peuple* y daba regularmente los informes de las sesiones, dice simplemente que después de haber votado la resolución propuesta por Jules Guesde sobre la legislación internacional del trabajo y las ocho horas:

El congreso ha votado además una resolución tendiente a una demostración que tendrá lugar simultáneamente en todos los centros obreros de Europa y América en favor de la fijación de la jornada de ocho horas de trabajo.

Le Temps, un poco más explícíto que *L'Égalité*, da al menos la fecha del 1º de Mayo junto a un recuerdo del precedente de febrero. Después de algunas informaciones sobre las iniciativas votadas, señala:

Fuera de estas iniciativas, los congresales han resuelto hacer el 1º de Mayo próximo en todas las ciudades de Europa y América una manifestación semejante a la que han hecho los socialistas en Francia, en febrero último, para imponer las decisiones de los congresos que limitan a ocho horas la jornada de trabajo.

Pero, en el artículo consagrado al día siguiente en primera página a los dos "congresos revolucionarios", la burguesía hecha diario se limita a generalidades sobre las divergencias doctrinarias entre socialistas. La importancia de la resolución se le escapa, pues, Lo mismo que al *Journal des Débats*, que da muchos informes del congreso de la calle Rochechouart pero no menciona ninguna de sus decisiones.

En la prensa democrática, *La Justice*, periódico de Camille Pelletan en el que colabora Millerand, reproduce íntegramente las iniciativas acerca de la legislación internacional del trabajo y sobre los ejércitos permanentes y analiza otras dos iniciativas, pero nada dice de la decisión del 1º de Mayo. Ernest Lesigne, por su parte, hace en *Le Radical*, un examen crítico de las deliberaciones de ambos congresos, sin hablar de la resolución. En cuanto al *Intransigeant*, demasiado ocupado por la acción boulangista para extenderse sobre los trabajos de las sesiones socialistas, se limita a señalar algunas de las iniciativas votadas en la calle Rochechouart, omitiendo también la resolución relativa al 1º de Mayo.

Esta resolución nace, oscuramente y de una manera, por así decirlo, anodina.

Sin embargo, Gabriel Deville estima que el congreso ha tenido conciencia de la importancia de su decisión. En apoyo de su tesis cita el hecho de que "tal redactor de un gran diario burgués", sin creer en el porvenir de la resolución, "sonreía ante la confianza del congreso en su propio goder y compadecía lo que llamaba nuestra exageración". Deville agrega:

> Los hechos se han encargado de demostrar que, aun dudando de lo que hacíamos, no exagerábamos nada y teníamos una conciencia de las cosas más exacta que él.

En verdad, el razonamiento de Deville, cuando se lo pasa seriamente por el tamiz de la crítica, no parece muy convincente. René Chauvin se acerca probablemente más a la verdad cuando enuncia un año antes que el público obrero, como el burgués, no ha visto en la resolución Lavigne más que "una decisión de pura forma, sin importancia, ni alcance, ni porvenir". Entendamos que se trata de la parte del público obrero verdaderamente interesada en los trabajos del congreso, lo que, convengamos, no debe representar muchos militantes. Por lo demás, el testimonio de Édouard Vaillant, congresista de la calle Rochechouart, y no de los menores, debe ser considerado en el debate. Atestigua que los delegados no se dieron cuenta del alcance de su gesto:

> ¡Quién hubiera podido prever cuán rápidamente se engrandecería el 1° de Mayo con el acceso del proletariado del campo y la creciente solidaridad de los socialistas de todos los países!

Jean Longuet, que tenía entonces trece años y estaba presente en el congreso con su padre, se plegará más tarde a la opinión de Vaillant:

> Nadie en la sala Pétrelle dudaba de la prodigiosa resonancia que tendría en todo el globo el llamado lanzado por el congreso.

Sea como fuere, aun admitiendo que los delegados hayan tenido verdaderamente plena conciencia de la decision que tomaban, el hecho es que la opinión no le dio ninguna importancia.

> París no presintió aquella tarde que en ese alejado rincón de los suburbios acababa de sonar una hora que señalaría una nueva era en la vida obrera de los pueblos.

No obstante, la resolución iba a determinar, como se ha dicho con mucha sensatez, "un acontecimiento fundamental en la historia del socialismo" en particular y en la Historia en general.

Preparación de la resolución

¿A quién debemos esta resolución de excepcional importancia? ¿Cómo y por qué? Tales son las preguntas a que hay que responder ahora.

Gabriel Deville, delegado al congreso de la sala Pétrelle y autor de una historia del 1° de Mayo, ha respondido ya en ella, y su "deseo de ser exacto" y su minucia en la investigación son incontestables, de manera que no podemos sino retomar sus explicaciones. Sin embargo, conviene completarlas precisándolas con otros datos.

En una carta sin fecha, pero que parece haber sido escrita en abril de 1897, Jules Guesde dice a Gabriel Deville, a quien pide un ejemplar de su "historia", que no ha podido conseguir:

> A veces, las mudanzas tienen algo de bueno. La que yo acabo de hacer me ha vuelto a la mano todas las piezas del congreso internacional de 1889, que debía creer perdidas para siempre. He aquí resuelta de golpe, no ya de memoria sino por documento escrito, la cuestión del 1º de Mayo. De Burdeos (Lavigne y Roux) vino la propuesta de una manifestación con fecha fija, que para sus autores no era más que la manifestación nacional de febrero internacionalizada.

Así, sobre la base de los documentos en su poder, Guesde confirma las explicaciones de Deville, a saber, que el éxito de la manifestación de febrero y sobre todo la resonancia que tuvo en la prensa socialista y obrera de los diversos países sugirió la idea de intentar una manifestación

análoga, esta vez internacional. Gabriel Deville agrega que a propuesta de Raymond Lavigne, secretario del Consejo Nacional de la Federación de Sindicatos, este consejo decidió el proyecto de manifestación internacional. Deville va más lejos y da el texto del proyecto:

Se organizará una gran manifestación internacional con fecha fija, de manera que en todos los países y ciudades a la vez, el mismo día convenido, los trabajadores emplacen a los poderes públicos a reducir legalmente a ocho horas la jornada de trabajo y a aplicar las otras resoluciones del congreso internacional de París.

En su carta, Jules Guesde une el nombre de Roux al de Lavigne como iniciador de la proposición. Pero ¿quién es Roux? Parece que fue el brazo derecho de Lavigne en Burdeos en el plano sindical, porque ha sfido él quien hizo llegar a *L'Égalité* el informe de la manifestación local del 10 de febrero. Además era uno de los militantes más notorios de la federación de sindicatos. En el congreso de Montluçon (octubre de 1887), donde no representaba menos de 14 sindicatos bordeleses, había presidido la sesión privada del 25 de octubre y tomado la palabra por las ocho horas en la sesión pública del mismo día. También fue elegido para presidir la sesión pública del 27 de octubre y por su iniciativa había sido designado Burdeos como lugar del congreso de 1888, cuyos trabajos inauguró él. En una carta de Jourde a Guesde (22 de septiembre de 1888) relativa a los eventuales congresos de Burdeos y de Troyes, se lo cita junto con Lavigne y Bernadet entre los militantes que presentan sus saludos al líder socialista. Lo reencontraremos en el congreso sindical de Calais (1890), donde tomará la palabra en una de las reuniones públicas para denunciar la política, colocándose "en el terreno puramente corporativo", ya que los patronos explotan a los obreros sin distinción.

La política –dirá entonces– es el arte de ganar el premio y de engañar a nuestros semejantes para esclavizarlos.

En fin, a pesar de esta última afirmación volvemos a encontrarlo, al año siguiente, participando en el ponche ofrecido al nuevo electo socialista de Burdeos, Charles Bernard, el futuro diputado reaccionario del XVIII distrito de París.

Pero Guesde y Deville se quedan demasiado en las generalidades. Lavigne va más al fondo; precisa que en la conferencia de La Haya:

Se habló mucho de la manifestación francesa y se proyectó darle extensión universal. Paul Lafargue me lo dijo en una carta que transmito al Consejo federal. Siguió una serie de conversaciones que terminaron en un firme proyecto de manifestación internacional con fecha fija, que yo fui encargado de presentar al congreso de París en nombre de la Federación Nacional de Sindicatos y grupos corporativos obreros de Francia.

Estas precisiones son interesantes. No se limitan a establecer solidamente la relación del proyecto Lavigne con la manifestación de febrero, sino que hacen remontar la génesis de este proyecto a la Conferencia internacional de La Haya.

Muestran que el proyecto ha madurado más de cuatro meses y que Paul Lafargue representó un pagel en su gestación. Vista la fuerte personalidad de Lafargue, se puede aun afirmar que este papel estuvo lejos de ser despreciable. Tanto más cuanto que Lafargue estaba entonces en continua correspondencia con Engels, quien, desde Londres, buscaba el aislamiento de los posibilistas y "el reconocimiento" –es decir, el reconocimiento internacional de los guesdistas por medio del congreso disidente proyectado en París–. Quizá sea esto lo que explica por qué Adrien Véber, relatando algunos años más tarde la historia del 1° de Mayo, pudo escribir sin suscitar protesta alguna:

A dos franceses –al ciudadano Raymond Lavigne y al Diderot de los socialistas, Paul Lafargue– se debe la universalización e internacionalización de la manifestación del 19 de Mayo.

Si se hubieran conservado los papeles de Lavigne podríamos hoy reconstruir las importantes conversaciones que él evoca.

En todo caso, no hay más que comparar el primer párrafo de la resolución del congreso internacional, relativo a la manifestación, con el proyecto del Consejo de la Federación Nacional de Sindicatos, que Raymond Lavigne había recibido mandato de presentar, para verificar que ambos textos son idénticos. Esta transposición pura y simple, esta filiación directa no es más que la prolongación del estrecho parentesco entre el proyecto del Consejo de la Federación de Sindicatos y, de una parte, la resolución del congreso de Burdeos (1888), y de otra, la proposición Anseele de la resolución sobre las ocho horas del congreso de Londres (1888). Sorprende la similitud del objetivo principal y del método a emplear para obtenerlo. La diferencia consiste en que el proyecto de los sindicatos se encuentra condensado en la forma y ampliado en el fondo, pasando del plano nacional al internacional.

Los trabajos del congreso

Antes de presentar su texto, Raymond Lavigne lo había sometido a diversos delegados, en primer lugar a Guesde, a Lafargue, a Gabriel Deville y sin duda a Jean Dormoy, Boulé y algunos otros ex delegados al congreso de Burdeos. Si hay que creerle a Bebel, Víctor Adler y Édouard Vaillant participaron igualmente en las entrevistas referentes a la proposieión de manifestación. Lavigne quería tener también el consejo de Liebknecht y de Bebel, cuya opinión era útil conocer para la suerte del proyecto. Jules Guesde nos explica la razón:

La democracia socialista alemana estaba en efecto, en esa época, bajo el régimen del cuasi estado de sitio o de la ley de excepción. Y los socialistas franceses no podían pensar en encerrarla en el dilema o de separarse del proletariado mundial, cuya unidad de acción se trataba precisamente de afirmar, y de proveer a Bismarck de un pretexto para una nueva represión sangrienta.

La respuesta de Liebknecht y Bebel fue "heroica", para repetir el epíteto de Guesde. "Sin vacilación" –escribe Deville– aceptaron la proposicion Lavigne, exclamando en sustancia:

–Poco importa el aumento de peligro. La manifestación se impone y se hará. Y la democracia socialista alemana sabrá cumplir sus deberes internacionales.

Sin embargo, según G. Deville, "aconsejaron" agregar una mención que dejara a los distintos países la elección de los medios de aplicación, y entonces Lavigne presentó su proposición con la corrección que figura en el tercer párrafo.

Así enmendado, el proyecto no fijaba aún fecha para la demostración. No implicaba tampoco que debiera renovarse cada año. Esta segunda decisión, como lo veremos, intervendría más tarde. En cuanto a la fecha, resultó de una frase intercalada entre los dos párrafos del nuevo texto de Lavigne.

Origen americano de la fecha

¿De dónde viene esta frase que da su pasaporte a la fecha del 1º de Mayo? Ella se refiere formalmente a la manifestación proyectada por la American Federation of Labor.

Gabriel Deville discute por lo menudo a este respecto y sus palabras han de tomarse en consideración muy seriamente porque, tomo formaba parte de la mesa directiva del congreso, la cosa ha pasado ante su vista. Reconoce, no obstante, que sus recuerdos son defectuosos y que ninguno de los que ha interrogado antes de acabar su estudio ha podido darle las precisiones que buscaba. Sin embargo, es bueno recordar que él afirma de la manera más categórica, en su calidad de informante de las resoluciones y refiriéndose al procedimiento seguido para su votación, que no se propuso para la manifestación ninguna otra fecha que el 1º de mayo. Por otra parte, Gabriel Deville se siente "bastante inclinado a creer" –y aquí repetimos su expresión– que el parágrafo se debe "accidentalmente a una intervención americana".

Había cinco americanos en el congreso de la sala Pétrelle. Deville rechaza sucesivamente, como posibles sugerentes de la fecha, la intervención oral de Busche y la de Kirchner, aunque este último –dice– haya hecho una vaga alusión al movimiento americano de las ocho horas y a la acción de la American Federation of Labor. Pero es poco probable que Busche –que en el curso de la mañana del 18 de julio dio "detalles muy interesantes" sobre la situación en su país– no haya hecho una alusión a la acción por las ocho horas. Los periódicos que informan acerca del congreso no pueden esclarecernos sobre este punto, porque se limitan a generalidades.

Le Temps escribe:

Los ciudadanos Busche por América, Wolders por Bélgica, Brandt por Suiza, Plejanov por Rusia y Many por Rumania, etc., han hecho constar igualmente los progresos del socialismo en sus países.

Le Journal des Debats señala simplemente que el representante de los trabajadores alemanes de América, Kirchner –el diario escribe Kirner– y Busche vinieron con otros "a exponer el estado de la cuestión social en su país". De Busche no da más que la expresión siguiente:

En América hay una concentración formidable en los negocios, pero todo está en manos de los capitalistas y corresponde al pueblo sacar provecho de esta concentración y organizarse a su vez.

G. Deville cree "muy posible" que la fecha del 1º de Mayo haya sido tomada de una expresión de simpatía de la American Federation of Labor firmada por su presidente Samuel Gompers y leída en el congreso "marxista" por el ciudadano Hugh Mac Gregor. Esta nota, dice

el acta manuscrita de la tercera sesión del Congreso, realizada el 15 de julio por la tarde, explica "por qué, absorbida por el movimiento de las ocho horas, la Federación no ha podido hacerse representar en el congreso", y recomienda "la unión con el congreso posibilista, así como la mayor prudencia en las resoluciones a tomar".

En apoyo de su tesis, Deville cita un extracto del *New Yorker Volk–zeitung*, del que resulta que Gompers envió un representante a París para pedir a los obreros europeos su apoyo moral en favor de la jornada de ocho horas, apoyo que –dice el diario– "ha sido acordado con inesperada extensión". Gabriel Deville, según este extracto, cree muy probable que en la carta de Gompers se hablara de la convención de Saint Louis y de su decisión para el 1º de Mayo de 1890. Le parece "muy admisible", en estas condiciones, que la mesa directiva del congreso "haya elegido por sí misma, sin intervención de ningún delegado americano, el 1º de mayo". Lo que apena a Gabriel Deville es que no había oficialmente ningún representante de la American Federation of Labor en el congreso "marxista" –lo que confirma Jules Guesde y resulta del pasaje arriba citado–.

Pero hay que ver en esto una interpretación demasiado formalista. Y la prueba es que en el congreso posibilista se leyó igualmente el mensaje de Gompers, a pesar de que la American Federation of Labor no haya tenido ningún representante oficial. No se sabe quién lo leyó. Ahora bien, había dos delegados de la Unión Internacional de tipógrafos, afiliada a la American Federation of Labor, que concurrían regularmente a las sesiones del congreso de la calle de Lancry: W. S. Wandby y P. F. Crowley. Ambos estaban calificados para leer el mensaje y seguramente uno de ellos lo hizo, pese a no tener mandato para representar a la A.F.L. en el congreso.

De todos modos hoy está establecido que si ningún representante americano fue oficialmente reconocido por la mesa directiva del congreso "marxista", no es menos cierto que Gompers había nombrado un mensajero, un enviado oficial que tenía mandato para asistir a este congreso y que asistió a él.

Este representante no era otro que Hugh Mac Gregor, que se había hecho conocer el año anterior como delegado de la Unión Local del Trabajo de la ciudad de Nueva York al congreso de la American Federation of Labor, y como dirigente designado del comité de Labels and Boy–cotts. Según la autobiografía de Gompers, Mac Gregor habría sido elegido sobre todo "a fin de hablar de la jornada de ocho horas" por dos razones principales. Primero, a causa de su "gran experiencia de viajero", en tiempos en que el movimiento sindical americano era muy pobre, en segundo lugar, porque era un idealista, y como tal estaba más calificado que ningún otro para "pedir el apoyo de la Internacional" para la acción en favor de las ocho horas. Agreguemos que en 1890 Mac Gregor llegará a ser secretario general de la Federación internacional de marinos y maquinistas. Publicará en el número de enero de 1898 del Forum un artículo sobre la integración de la clase obrera en la sociedad. Allí dará una breve historia del movimiento plebeyo desde la antigüedad y volverá sobre el programa del movimiento sindical americano, salario mínimo y jornada de trabajo de ocho horas. En el número de febrero de 1901 del Federacionista, órgano de la A.F.L., publicará aún otro artículo sobre el "tradeunionismo internacional".

La posición unitaria de Gompers con relación a la dualidad de los dos congresos explica harto bien y muy lógicamente por qué el mensaje leído por una parte por Mac Gregor se leyó igualmente en el congreso posibilista. Es lo que establece con *Le Temps* del 18 de julio el acta de la tercera sesión del congreso posibilista (16 de julio por la tarde):

> Un delegado de la American Federation of Labor lee un mensaje de esta federación.

Y, por lo demás, en el curso de la décimo primera sesión del 20 de julio por la tarde, se votó por aclamación la siguiente resolución:

> El Secretario del Congreso Internacional del Trabajo se encarga de hacer llegar al ciudadano Samuel Gompers de Nueva York, presidente de la Federación americana, un acuse de recibo de su nota y la expresión del agradecimiento que el congreso le debe por los utilísimos informes enviados.
> El Secretario presentará además al ciudadano Gompers su vivo deseo de ver triunfar la campaña de las ocho horas que la federación americana debe proseguir efectivamente en mayo de 1890.

La comparación de todos estos textos y principalmente el final de esta resolución corrobora la solución propuesta por Gabriel Deville. La fecha del 1º de Mayo ha sido tomada de la nota de la American Federation of Labor. En resumen, hoy está establecido de fuente oficial americana que el mensaje de importancia histórica de Gompers –del que desdichadamente no hay ninguna copia, según lo confiesa Gompers mismo–, trazaba bien, como lo afirma el acta arriba citada, la lucha

por las ocho horas en los Estados Unidos, pedía a este respecto el apoyo de los congresistas y, además, evocaba los esfuerzos tendientes a realizar plenamente el *labor–day*.

Por otra parte, se encuentra una contraprueba en la continuación de la carta inédita de Guesde ya mencionada, que se extiende sobre los documentos del congreso de la calle Rochechouart. Guesde escribe:

> Fue igualmente, no el delegado –porque no lo tenía– sino el informe en lengua inglesa de la American Federation of Labor el que ha dado la fecha.

Salvo el error de referirse a un "informe" –puesto que ninguno de los dos congresos se había ocupado de un "informe" sino de una "nota" de la Federación Americana del Trabajo –la confirmación sería completa, desde el punto de vista formal... A condición de no olvidar –como lo hace Guesde con toda buena fe– el "caldo de cultivo" creado en Londres por Anseele ocho meses atrás y que el mismo Anseele –o, al menos, uno de sus amigos– llevara a la conferencia de La Haya, cuatro meses antes.

Profundo sentido internacionalista de la resolución

En su carta Guesde agrega esta precisión:

> Una enmienda de Many, el delegado rumano, ha desempeñado cierto papel en la redacción de la moción tal como se ha votado.

Esta información complementaria no es despreciable. El nombre de Many, uno de los cinco delegados rumanos al congreso "marxista" y el principal representante del Círculo de Socialistas rumanos de París, debe agregarse en justicia a los nombres de Raymond Lavigne, Roux y otros, del americano Gompers, del belga Anseele y de los alemanes Liebknecht y Bebel, como ligados a la célebre resolución que constituye, en cierto modo, la partida de nacimiento del 1º de Mayo. De ello resulta que esta resolución, surgida de un congreso internacional, con ocasión de una exposición Internacional y votada unánimemente por las delegaciones de 21 países, era internacional en su génesis y en su confección. Lo era también en su factura, ya que aunaba las experiencias francesa y americana y las iniciativas belga y sueca, teniendo en cuenta la situación alemana para coordinar y ritmar la reivindicación obrera de las ocho horas por encima de las murallas nacionales. En fin, como lo ha escrito Jules Guesde:

> Del mismo modo que al votar la manifestación no se hacía más que internacionalizar el medio de acción adoptado por el congreso nacional de Burdens, al elegir el 1º de Mayo no se hacía más que internacionalízar una fecha ya adoptada por el congreso nacional de los Estados Unidos.

El 1º de Mayo nació, pues, oficialmente bajo el signo mayúsculo del internacionalismo. Por eso, más allá de las ocho horas, tomando impulso, franqueando la inmensidad en medio de tormentas, cóleras y esperanzas, debía aportar al mundo el mayor mensaje de paz después de la fundación de la Internacional obrera en 1864. Tal es siempre su sentido profundo.

VI

El 1º de Mayo de 1890

Agitación y escaramuzas preliminares

Desde enero de 1890, los socialistas que habían tomado parte en el congreso de la calle Rochechouart, cuidadosos de aplicar sus decisiones, se pusieron a trabajar para organizar la manifestación del 1º de Mayo.

En Francia se creó una comisión en la capital. Comprendía más de 50 miembros pertenecientes a los sindicatos y agrupaciones guesdistas y blanquistas. Sus reuniones tenían lugar en un local puesto a su disposición por Daumas, el consejero municipal socialista del distrito IX.

En la Bolsa de Trabajo, siempre en manos de los posibilistas, los militantes guesdistas multiplicaron sus esfuerzos a fin de arrastrar a la masa de los sindicatos. Fue en vano. La proposición presentada al Consejo general de la Bolsa por Prévost, del sindicato de peluqueros, obtuvo 26 votos contra 61 de una proposición de André Gély, del Sindicato de Empleados, que preconizaba la petición pura y simple.

Como consecuencia de esta votación, los sindicatos parisienses partidarios del 1º de Mayo formaron un consejo local con Prévost como secretario, Roussel como tesorero, Gignet, Duluck, Guy Lacoste y Gouzou como vocales. Este consejo lanzó un llamado en que se encaraba a los posibilistas:

> Os corresponderá anotar los nombres de los que falten a su honor sin asistir a esta manifestación de los derechos del trabajador, después de haber aceptado el mandato de representantes del pueblo con nuestro programa. Los que no estén con nosotros estarán contra nosotros.

Jules Joffrin, uno de los jefes posibilistas, consejero municipal y diputado de París (Distrito XVIII), se dejó entrevistar por *Le Temps*, a pesar de su vacilante estado de salud, que meses más tarde lo llevaría a la tumba. Hizo esta triste declaración sobre la jornada proyectada:

> Estoy persuadido de que será un "fiasco". Hay que ser Jules Guesde e ignorar como él lo que es un taller francés para creer que 200.000 obreros van a pasearse por las calles de París. No hay que contar con el temperamento francés como con los temperamentos ingleses y americanos. Éstos están agrupados, tienen poderosas sociedades obreras y se hallan sometidos a una disciplina que no puede existir entre nosotros.
>
> Y además parece que se olvida que en 1889 hubo en París dos congresos obreros internacionales. Tengo la pretensión de afirmar que el congreso de los posibilistas de la calle Lancry, donde estaban representados todos los sindicatos de París, las trade–unions de Inglaterra, etc., era más "obrero" que el de los marxistas, donde no había más que estados mayores y no tropas.
>
> La manifestación tendría quizá alguna perspectiva de éxito si los marxistas se hubieran entendido con nuestras cámaras sindicales y nuestros grupos corporativos.
>
> Pero os digo que si la cuestión se hubiera planteado en nuestro congreso de la calle de Lancry, yo habría tomado la palabra y habría demostrado que, vistos nuestro temperamento y los hábitos de nuestros talleres, es imposible paralizar los trabajos en medio de la semana...
>
> No quiero poner en duda la grandeza de la cuestión de la reducción de la jornada de trabajo; yo, primero de todos los socialistas electos, he defendido en un cuerpo electivo, en el concejo municipal en 1882, la jornada de ocho horas. He sido llamado en esta época a reclamar y votar la jornada de ocho horas en el "affaire" del Métropolitain.
>
> No creo tampoco que la manifestación del 1º de Mayo tenga éxito en Alemania. Estoy convencido de que los jefes del Partido Socialista alemán, aun habiendo votado en el congreso marxista el descanso del 1º de Mayo, no van a arriesgar por las calles de Berlín los beneficios del éxito que acaban de obtener en las elecciones...
>
> En cuanto a los grupos del Partido Obrero, sindicatos, círculos de estudios, etc., no se mezclarán en una barrabasada que no puede beneficiar ni a la reducción de las horas de trabajo ni a la República.

De más está decir que esta declaración fue sabiamente orquestada por la prensa burguesa.

Sin embargo, no todos los miembros de la Federación de Trabajadores socialistas de Francia seguían a Joffrin en sus acritudes y rencores. Hombres notables de la Unión Federativa del Centro, tales como Jean Allemane, J. B. Clément y E. Faillet reprocharon a Brousse y a Joffrin haber "despreciado el beneficio moral de la manifestación del 1º de Mayo", y la escisión que se produciría poco más tarde en el congreso de Châtellerault fue causada en parte por esta divergencia de miras.

Basly, secretario del sindicato de mineros del Paso de Calais, se dejó también entrevistar por un redactor de *Le Radical*. Habló "de los anarquistas, boulangistas y otras gentes que pescan en río revuelto", expresó la esperanza de que los obreros "consagrarán el 1º de Mayo a trabajar" y adelantó que el gobierno no tendría "mucho trabajo para combatir esta ridícula procesión".

Actitud de los anarquistas

Por su parte, a los anarquistas les disgustaba la manifestación a causa de su origen "político", de su carácter pacífico y del recurso a los poderes públicos que implicaba una ley que limitara a ocho horas la jornada de trabajo.

Jules Guesde, en su estilo mordaz, respondió en *El Socialista* a los fieles de "Nuestra Señora de la Anarquía", que se oponen a que haya que sacudir el ciruelo del poder para "hacer caer de él la reducción de los trabajos forzados". Encontraba lógica tal posición de parte de los abstencionistas y trató de "escapatoria" al hecho de asimilar la presión sobre los poderes públicos –"táctica eminente y exclusivamente revolucionaria"– como la última palabra del parlamentarismo y un acto de fe en los gobernantes. Hizo notar que la jornada de ocho horas estaba lejos de ser una "futesa" y que la lucha de las masas para conseguirla, por la conmoción que producía, constituía una brecha necesaria para abrir paso a la Revolución. Al mismo tiempo, al arreglar cuentas con los posibilistas, que hacen "más que creer en los poderes públicos", denunciaba el engaño de la emancipación del trabajo por la multiplicidad de los servicios públicos en el régimen capitalista.

Un cierto número de anarquistas, aunque haciendo reservas, se unieron a la manifestación. Tortelier, el propagandista de la huelga general, declaró el 17 de abril en una reunión:

> Lo que queremos no es una manifestación pacífica; es necesario que este gran movimiento sea provechoso; precisa que de él salga la idea de una huelga general para llegar a la jornada de ocho horas, en la esperanza de nuevas mejoras. No vayamos a ver a los diputados, es inútil; jamás harán nada por nosotros.

En el cotidiano revolucionario *L'Égalité*, Émile Couret se mostraba mis violento respecto a los diputados. Couret fue perseguido por su diatriba, a la que seguía una apología de "la muerte de los opresores", lo mismo que Michel Zévaco, autor de un artículo provocativo dirigido al ministro del Interior, Constans.

Zévaco y Couret fueron condenados el 8 de abril, el primero a cuatro meses de prisión y mil francos de multa, y el segundo –en rebeldía– a quince meses de prisión y 3.000 francos de multa. También el semanario de Émile Pouget, *Le Père Peinard*, fue perseguido por un artículo sobre la manifestación, y su gerente Weill condenado a 18 meses de prisión y 2.000 francos de multa.

Situación política y económica

Tales persecuciones y condenas que se suceden de fines de marzo a mediados de abril indican cierta nerviosidad en las esferas dirigentes. Éstas habían creído, al principio, que la disensión entre los socialistas de escuelas rivales haría abortar la manifestación. Pero, a medida que se aproximaba la fecha fatídica, veían que se habían equivocado. Era claro que la abstención de los posibilistas disminuiría la importancia de la manifestación mas no llegaría a impedirla. Puesto que los esfuerzos de los organizadores se producían en condiciones favorables.

Por todas partes una crisis industrial llevaba a la miseria a los centros obreros, empujándolos a la huelga. Por eso los gobernantes, inquietos, reunían una conferencia obrera en Berlín para tratar de contener, al mismo tiempo que al pauperismo, la agitación social. La cuestión del trabajo de las mujeres y los niños se había planteado allí, tal como en Francia ante el Senado, que había llegado a enviar una delegación de estudio al porte y al este del país. Por lo demás, el Ministerio de Comercio realizaba una encuesta económica y la Administración de Finanzas registraba una menosvalía bastante seria en el rendimiento de los impuestos. En París se agitaban corporaciones poco bulliciosas, como los obreros joyeros y los trabajadores de los mataderos. En provincias, la huelga de Commentry sucedía a la de Besseges. Las masas, liberadas de la ilusión boulangista, aprendían a sus expensas que el oportunismo burgués que habían sostenido los posibilistas, no rendía. El presidente de la cámara, Floquet, en su gran discurso del 13 de abril en Burdens, proclamaba que la legislación debía estudiar sobre todo la cuestión obrera.

El 1º de Mayo de 1890 debe, pues, colocarse en este ambiente propicio a la toma en consideración por los poderes públicos, si no de la jornada de ocho horas, al menos de la disminución de las horas de trabajo.

La represión gubernamental

El gobierno no practicaba por su cuenta el derrotismo de Joffrin. Freycinet era presidente del Consejo. Confiaba enteramente en Constans para quebrar la ofensiva proletaria. Era un hombre despiadado, que acababa de ponerse a prueba cuando el boulangisme ponía al régimen en peligro. Persiguió a los militantes, acentuando la represión ya iniciada. Charles Malato y Gégout fueron aprehendidos a fin de purgar los 15 meses de

prisión que se les infligieron por un artículo del *Attaque*. La imprenta del *Révolté*, en un antiguo taller de nacarería, en la calle de Trois–Bornes, de donde habían salido "pasquines sediciosos", fue allanada. Se apresó a uno de los que incitaban a los soldados a la desobediencia.

Los anarquistas Sébastien Faure, Merlino, Tortelier, Louise Michel, Dumont, Leboucher, Tennevin, Prodi y Cuisse fueron apresados. René Prévost y Martinet lo mismo, así como el marqués de Morès, enemigo personal de Constans, futuro líder del antisemitismo y propietario de la imprenta del *Révolté*. Su arresto puso una nota original en estas medidas que se extendían en provincias, ya que en Lyon, Saint–Étienne y Roanne se contaban no menos de 36 arrestos.

La prensa aprobó el rigor gubernamental como susceptible de descorazonar a los "promotores de desorden". *Le Temps* del 30 de abril escribió:

E1 gobierno acaba de dar prueba de inteligencia y energía al realizar un ataque sorpresa entre los agitadores anarquistas y los dirigentes sediciosos y revolucionarios que, con un cinismo impúdico, organizan ante los propios ojos de la policía y de la opinión una jornada de violencia para el 1º de Mayo. Es siempre más sabio prevenir el desorden que dejarse llevar a la necesidad, a veces cruel, de tener que reprimirlo.

Los llamados de las organizaciones

A pesar de las medidas de intimidación, el Comité de Organización cumplió su tarea. Se multiplicaron las reuniones en todo el país. El Congreso Regional de sindicatos del Loira y del Ródano prescribió la cesación del trabajo el 1º de Mayo y el envío de delegaciones a las prefecturas. El Concejo municipal de Saint–Étienne, compuesto de socialistas y radicales, votó un crédito de 10.000 francos en favor de la demostración. En las Bocas del Ródano, donde el prefecto impidió toda manifestación, el consejo general emitió un voto en favor de la libre circulación, y el diputado socialista Antide Boyer anunció que, envuelto en su *écharpe*, se colocaría en la calle a la cabeza de los manifestantes.

Entre los numerosos llamados de las agrupaciones socialistas y de las organizaciones sindicales hay tres que suscitan sobre todo la atención. Por su significación histórica merecen reproducirse. George Crépin ordenó los afiches y aseguró su distribución, y Jules Guesde redactó el texto emanado de las agrupaciones socialistas centrales. Estaba concebido así:

Jueves 1º de Mayo de 1890
Manifestación Obrera de ambos mundos

Decidida por el Congreso Internacional de París (1889), en apoyo de la *reducción de la jornada de trabajo a ocho horas, de la limitación del trabajo de las mujeres y los niños, de la prohibición del trabajo de noche, de la supresión de las oficinas de colocación y de los intermediarios en el trabajo,* etc.

Los trabajadores de Bélgica, Alemania, Austria–Hungría, Inglaterra, Suiza, Holanda, España, Italia, Dinamarca y los Estados Unidos de America se aprestan a reivindicar pacíficamente estas reformas indispensables, el 1º de Mayo próximo, por medio de mitines y emplazamientos a los poderes públicos en nombre de muchos millones de obreros.

Trabajadores de Francia, que habéis estado siempre a la vanguardia, esta vez estaréis aún a la altura de vuestra tarea. Consciente de su derecho y desdeñoso de las provocaciones, cada uno estará en la cita de su clase y del partido socialista y cumplirá con su deber.

Firmaban este llamado: por el grupo socialista de la cámara, Ferroul, A. Boyer, Baudin, Lachize, Thivrier, Franconie y Cluseret; por el consejo nacional del Partido Obrero Francés: Camescasse, Crépin, Dereure, Guesde, Lafargue y Lainé; por el Comité Revolucionario Central: Baudin, Lachize, diputados, Chauvière, Édouard Vaillant, consejeros municipales, y Landrin; por el grugo socialista del concejo municipal de París: Chauvière, Daumas, Ch. Longuet y Édouard Vaillant.

Por su parte, la "Comisión de permanencia de los delegados al congreso internacional de París" lanzó el siguiente llamado:

Fiesta del Trabajo
Manifestación Internacional del 1º de Mayo

Por la jornada de ocho horas como base esencial y una legislación protectora del trabajo tendiente, a la garantía de un salario mínimo, a la limitación del trabajo de las mujeres y los niños, al reposo de un día por semana y la supresión del trabajo nocturno, de las oficinas de colocaciones y de los intermediarios en el trabajo.

La manifestación del 1º de Mayo ha sido votada por el Congreso Obrero internacional Socialista de París en 1889 en favor de la

Jornada de ocho horas

Porque es trabajo y pan para muchos trabajadores que se amontonan con el

estómago vacío en las puertas de los talleres; en efecto, donde se necesitan dos obreros que trabajan doce horas se necesitarán tres que trabajen ocho.

Porque significa el fin de las desocupaciones periódicas que multiplican los progresos del maquinismo, y la disminución de trabajo para los que trabajan demasiado, proporcionando trabajo a los que no lo tienen.

Porque es la suba de los salarios por la supresión de la competencia homicida que hacen los obreros desocupados a los trabajadores ocupados y de la baja de salarios que esta competencia acarrea.

Porque es, con ocho horas de sueño y ocho de descanso, vida de libertad y de acción para la clase obrero.

Porque beneficiará al pequeño comercio, aumentando el poder adquisitivo y de consumo de su clientela obrero, ya que ésta será más numerosa y mejor pagada, como consecuencia del aumento forzoso de los obreros ocupados y sus salarios.

En consecuencia, los militantes de cada barrio son invitados a organizar reuniones locales para firmar peticiones en favor de la jornada de ocho horas, cuyo formulario encontrarán en la Bolsa de Trabajo (escritorio Nº 5).

Por la tarde se organizarán grandes reuniones para celebrar esta

Primera fiesta Internacional del Trabajo

La petición de las cámaras sindicales y las agrupaciones socialistas de Francia será presentada el 1º de Mayo a la Cámara de Diputados, por una delegación compuesta por la Mesa Directiva del Consejo Local (Federación Nacional de las Cámaras Sindicales obreras de Francia), por los delegados con mandato de las diversas dmaras sindicales y por los socialistas electos de la Cámara y del Concejo municipal. La delegación partirá de la Plaza de la Concordia a las 14 horas.

Trabajadores de París,

Festejaréis el 1º de Mayo con el orden y la dignidad que animan al proletariado internacional en marcha hacia su emancipación.

¡Viva la jornada de ocho horas!
¡Viva la república democrática y social!

Por último, el Consejo Nacional del Partido Obrero Francés (guesdista) lanzó un llamamiento, redactado probablemente por Jules Guesde, cuyo tercer párrafo está concebido casi en los mismos términos que el segundo del llamado anterior.

A los trabajadores de Francia

Camaradas:

Conforme a la decisión del congreso internacional obrero socialista de París, que el año último sellara el pacto de fraternidad entre los trabajadores de todo el mundo, las clases obreras de Europa y América se aprestan a manifestar el 19 de Mayo próximo en favor de la jornada de ocho horas y de sus corolarios: la prohibición del trabajo nocturno y el descanso de un día por semana.

En Austria–Hungría, Alemania y los Estados Unidos, este día, considerado como fiesta del trabajo, los talleres estarán desiertos y el trabajo suspendido en todas partes. Además, como en Bélgica y en Inglaterra, los proletarios afirmarán en la calle, por medio de grandes desfiles y mitines, su voluntad de limitar a ocho horas por día la explotación de la carne obrera.

Camaradas:

Vosotros, que en 1832, 1848 y 1871 os habéis sacrificado tan heroicamente por la liberación del trabajo, no querréis quedaros atrás en esta primera acción común de los proletarios de ambos mundos.

Seréis tanto más numerosos en la cita internacional de vuestra clase cuanto que, al mismo tiempo, habéis de protestar contra gobernantes que se dicen republicanos y no han intervenido en la conferencia de Berlín más que para hacer fracasar todas las tentativas de mejoramiento de vuestra suerte.

A los Jules Simon, a los Tolain y a los Burdeau de la Conferencia, que llevaron la traición hasta impedir que se discutiera la limitación de los trabajos forzados obreros, responderéis, el 1º de Mayo, levantándoos de todos los puntos del territorio al grito de ¡Viva la jornada de ocho horas!, la primera y más esencial de las reformas.

Camaradas:

La jornada de ocho horas significa lugar en el taller para los desocupados, a quienes multiplica el fatal desarrollo del maquinismo.

La jornada de ocho horas es la supresión de las desocupaciones periódicas, que os condenan cada vez mas a la humillación de las oficinas de beneficencia.

La jornada de ocho horas es el fin de la competencia mortal que suscita luchas entre los obreros y permite a la rapacidad de los patrones reducir por hombre a los trabajadores ocupados en el taller por los sin pan de afuera.

Es el alza necesaria e inmediata de vuestros salarios.

Pero la jornada de ocho horas constituye aun otra cosa: representa, gracias a ocho horas de sueño y ocho horas de descanso, vuestro reingreso a la vida humana, la libertad de cumplir vuestros deberes hacia vosotros mismos y hacia vuestra clase, que para emanciparse necesita contar con vuestro actividad constante.

Camaradas:

Semejante conquista merece la lucha pacífica a que os convocamos en nombre del Partido Obrero, al mismo tiempo que, arrancada a la mala voluntad de vuestros amos, será la medida de vuestros fuerzas y la garantía de vuestros próximos triunfos.

¡Viva la jornada de ocho horas! ¡Viva Francia proletaria!
¡Viva la internacional obrera!

Idea de una fiesta del trabajo

Subrayemos que en este llamado se trata de una "fiesta del trabajo" el 1º de Mayo en Austria–Hungría, Alemania y los Estados Unidos, lo que entre paréntesis es falso, como lo veremos luego, en lo que toca a este último país.

Esa cuestión de una "fiesta del trabajo" se desliza en el llamamiento, que no insiste sobre este tema, ya que ante todo da a la jornada un carácter de lucha y solidaridad internacional. Pero, por otra parte, el llamado de la Comisión permanente está encabezado, y en letras mayúsculas, por la mención de "Fiesta del Trabajo". Además, hacia la mitad del texto invita a los obreros a celebrar por la tarde la "primera Fiesta Internacional del Trabajo" –mención aún en mayúsculas– y termina pidiendo que se festeje el 1º de Mayo. Es la primera vez que en Francia se asocia la idea de la fiesta del trabajo a la de las ocho horas a propósito del 1º de Mayo. Como en la resolución del congreso internacional de París no se trataba de fiesta, es ésta una noción totalmente nueva y nos vemos inducidos a preguntarnos por qué se ha introducido en los dos llamamientos citados: subrepticiamente casi, en uno; con insistencia en el otro.

Es probablemente para arrastrar el máximo de trabajadores y tranquilizar a los más timoratos, haciendo resaltar bien el carácter pacífico de la jornada. Jules Guesde lo prueba en el número del 1º de Mayo del cotidiano socialista *Le Combat*:

Recordamos una vez más a los trabajadores que ni el Congreso Internacional de París ni la Comisión de permanencia han querido dar una forma exclusiva a la manifestación de hoy.

Todos los medios que permitan al proletariado afirmar la unidad internacional de su acción son buenos.

Manifestarán los ciudadanos y ciudadanas que, transformando el 1º de Mayo en fiesta del trabajo, efectúen el paro, dejando desierto el taller o el negocio;

Manifestarán aquellos y aquellas que, en todas partes, en sus sindicatos y en sus comités, firmen la petición de las ocho horas;

Manifestarán los delegados que, en nombre de las cámaras sindicales parisienses, lleven al Palais–Bourbon los primeros cuadernos del trabajo;

Manifestará la multitud que, en uso de su derecho a la calle, grite: "¡Viva el ejército!" al paso de nuestros soldados, obreros de ayer y de mañana, a quienes en vano se querría volver contra sus camaradas de trabajo y de miseria.

En una palabra, la manifestación pacífica decidida por el Congreso Internacional de París implica todas las expresiones pacíficas de la voluntad obrera.

Excluye sólo la violencia, que rechazamos por inútil y que dejamos a la atemorizada burguesía gubernamental.

En efecto, el tercer párrafo de la resolución Lavigne daba el máximo de elasticidad a la jornada permitiendo que se amoldara a cada país. Pero tal elasticidad se encaraba sólo en el plano exclusivo de la manifestación. Es cierto entonces –y él lo sabe– que Guesde fuerza el sentido de la resolución al admitir que se haga de la manifestación una fiesta. Por lo demás, emplea una expresión muy significativa: "transformar" el 1º de Mayo en fiesta. Pero sabe bien lo que hace y lo dice sin retaceos: quiere llegar al resultado por "todos los medios". En lo sucesivo, la idea de una fiesta del trabajo estará ligada al 1º de Mayo en gran número de países y, naturalmente, en Francia. Tendremos ocasión de volver sobre este punto.

Preparativos y temor de la burguesía

Por el momento, después de haber mostrado cómo y con qué espíritu han preparado la jornada los organizadores del 1º de Mayo, vamos a penetrar en el campo contrario para mostrar cómo planean contrarrestar la ofensiva proyectada.

A las medidas de represión ya señaladas y que completa una tentativa de arresto de Jules Guesde, el 30 de abril hacia las 23 horas, se agregan muy serias medidas de orden, que se resumen, para la capital, en el siguiente comunicado:

Las tropas cargarán el fusil Lebel. Los hombres tendrán en cartuchera dos paquetes de cartuchos libres, es decir, 12 cartuchos. Si en el curso de la jornada se hiciera necesario un mayor número de cartuchos, los proveedores designados de antemano –uno por sección, ocho por compañía– se encargarán de renovar las provisiones en los cuarteles, donde estarán listas las cajas de municiones.

Muchos regimientos de las guarniciones suburbanas serán llamados a París.

El 1º de Mayo las tropas de París comprenderán once regimientos de Infantería, el 69 regimiento de Coraceros, el 27º y 28º regimientos de Dragones, el 3º de Coraceros de Versalles, el 5º de Cazadores de Rambouillet, el 8º de Dragones de Melun, el 12º y 13º Regimientos de Artillería de Vincennes.

A estas tropas se unirán la Guardia Republicana en su totalidad y la compañía de Gendarmería del Sena.

En la plaza de la Concordia se dispondrán quinientos guardianes de las brigadas centrales; otros cien se hallarán colocados en la Madeleine.
Las manifestaciones en la vía pública estarán formalmente prohibidas. La menor reunión de personas será dispersada.

Este comunicado, hecho para impresionar no indicaba sin embargo sino una parte de las precauciones tomadas.
Las tropas estaban acuarteladas con uniforme de campaña y listas a marchar a la primera señal. Debían organizar patrullas. Se habían previsto piquetes en el interior de los monumentos públicos y de los palacios nacionales. En los patios de las alcaldías y de las escuelas debían doblarse o triplicarse las guardias, lo mismo que en el Elíseo y en el Ministerio de Finanzas. La Bolsa de Trabajo debía estar cerrada y sus accesos custodiados. Todos los permisos estaban suspendidos. En cuanto a los guardianes de la paz, recibieron las consignas más rigurosas. Todas estas medidas, intencional y ampliamente llevadas al conocimiento público por todos los periódicos, crearon una atmósfera de pánico.
Constans trataba de forjar la leyenda de un 1º de Mayo que preludiara por la sedición al "trastorno universal de la Gran Noche". Llegó hasta hacer robar, en Soisy–sousEtioles, dinamita que –pretendía– debía servir para hacer saltar las alcantarillas y los monumentos públicos. Soltó una nube de espías policiales sobre los socialistas, y estos caballeros llenaron las hojas gubernamentales de extravagantes reportajes.

La jauría periodística de París –escribe Paul Lafargue– ladró terroríficas noticias sobre el 19 de Mayo [y] los carneros de Panurgo de la prensa departamental balaron al unísono.

La prensa extranjera se hizo eco de ello, reproduciendo noticias alarmantes de París. Tomando gusto a la cosa, publicó incluso otras de su invención, que los diarios franceses se apresuraron a reproducir a su vez. Naturalmente, los periódicos veían en la manifestación "la mano del extranjero". El editorial de una hoja de provincia es típico a este respecto:

Hay que reconocer que la señal de la manifestación del 1º de Mayo no parte de Francia.
La iniciativa de la demostración obrera no pertenece al proletariado francés.
Y nuestros obreros habrían permanecido perfectamente tranquilos y no hubiesen pensado en desertar de las fábricas y los talleres para ir a la calle, si Italia y Alemania no se hubieran mezclado en ello.
Consciente o inconscientemente, los manifestantes de hoy obedecerán a una orden de Roma y de Berlín.

Según las palabras de Paul Lafargue, Constans, director de orquesta de este ensordecedor concierto, "preparaba el alma de la burguesía para el día de su juicio final". La verdad es que quería ser consagrado como "salvador de la sociedad", y los periódicos veían ya en él al hombre providencial que tenía "una exacta noción de sus deberes y de sus responsabilidades".
No es menos cierto que los capitalistas, aterrorizados, huyeron de París. Pero en provincias, su terror continuaba, porque por todas partes se levantaba "el espectro del 1º de Mayo".

LA MANIFESTACIÓN EN PARÍS

Por último, llega el 1º de Mayo. Amédée Dunois anota muy bien, con pocas palabras:

Hay un cielo de fiesta, un sol dulce y luminoso, el sol de Austerlitz, dirá Guesde.

En los barrios populares, donde numerosas fábricas han licenciado a su personal, asoman muchas cabezas en las ventanas. ¡Qué grato sería pasearse por la calle! Pero se ven soldados aquí, sargentos allá. Hay que ser prudente. Al principio, los paseantes son raros. Después, poco a poco, a medida que se sienten más tranquilos, las calles retoman su actividad casi normal. Mientras los militantes están ocupados en las sesiones permanentes, los soldados guardan las barreras, a fin de impedir a los obreros del suburbio que se reúnan con los de la ciudad. En el Ayuntamiento, donde no entra ninguna persona extraña al servicio, está permanentemente Poubelle, el Prefecto del Sena. En los mercados, unos pocos hortelanos; en todo el centro, muchos negocios cerrados y otros que han bajado a medias la cortina metálica. Los hay abiertos, pero con ciertas precauciones. La calle de Rivoli, la calle Royale, la calle y el arrabal de Saint–Honoré, la plaza de la ópera y los bulevares están recubiertos por una delgada capa de arena esparcida durante la noche y destinada a facilitar las cargas de caballería. Los principales teatros se encuentran cerrados. También el Banco Rothschild, en la calle Laffitte. Por primera vez no se abre el Salón. A través de las rejas de las Tulleries se ven los regimientos. Los subsuelos de la Madeleine están atiborrados de tropas. Los coches de plaza se hallan en el depósito y las compañías de ferrocarriles no efectúan ninguna entrega.

En los barrios ricos muchas casas están vacías, y el *Monde Illustré* anota:

> Desde los días del Sitio y de la Comuna no se había visto en ciertos barrios, ordinariamente activos y ruidosos, semejante sentimiento de soledad y de silencio.

El punto de concentración era la calle Royale. Se había previsto que de allí partiría la delegación hacía el Palais Bourbon. Debían integrarla la mesa directiva de la Federación Nacional de Sindicatos, delegados de los sindicatos, la cómisión de organización y electos socialistas ; un centenar de personas, en total. Pero el Prefecto de policía Lozé declaró que ninguno de los manifestantes que no tuviera títulos seguiría a los electos. Era la repetición de lo que había pasado el 10 de febrero del año anterior. Después de una carta del diputado Ferroul al presidente Floquet, se admitió que la delegación estaría compuesta de diputados, consejeros municipales y otros cinco o seis militantes.

Antes de mediodía, bajo un bello sol primaveral los manifestantes se dirigen hacia la calle Royale y la plaza de la Concordia. Son muy numerosos, pero sin duda se ha exagerado estimándolos en 100.000. A las 2, hora fijada –aún no se decía 14 horas–, los doce delegados salen de la cervecería Mollard, en la calle Royale, para dirigirse a la Cámara. En este momento los peldaños de la Madeleine están negros de gente y bien pronto los bulevares verán desfilar a la gran multitud.

La plaza de la Concordia se encuentra vacía por obra del rechazo operado por las fuerzas policiales en las calles adyacentes. A las dos y cuarto los delegados llegan al Palaís–Bourbon, escoltados por guardias municipales. El periodista Hacks, según el fotógrafo de *L'Illustration* que ha podido sacar un grupo de ellos con su aparato, nos muestra burlándose "toda la escala social en cinco espaldas": Thivrier, con su blusa azul de campesino; Baudin, vestido como semi-burgués; Feline, el cortador de calzado, con saco de cuadros grises; por fin, "dos caballeros con sombrero de copa", Vaillant y Ferroul. El ex general de la Comuna, Cluseret, diputado socialista del Var, espera a los delegados en la verja. Se les hace entrar en el gabinete del secretario general de la presidencia, Eugène Pierre, quien recibe los 82 petitorios cubiertos de firmas y concebidos más o menos como el llamamiento de la Comisión de permanencia que reproducimos arriba. Luego los delegados son recibidos por el presidente Floquet, que les confiesa:

> Si no se toman en consideración los deseos del pueblo, es seguro que habrá peligro.

Después de estas dos entrevistas, Eugène Pierre extiende un acta oficial y, por su parte, la delegación redacta el acta siguiente, que tiene el valor de un documento histórico:

> Conforme a la decisión tomada ayer a la tarde en Asamblea nacional de los representantes de las Cámaras sindicales parisienses y de los delegados al Congreso Internacional de París, la delegación encargada de llevar a los poderes públicos la petición por la jornada de ocho horas y las otras resoluciones del Congreso Internacional de París ha partido a las 2 horas de la plaza de la Concordia y se presentó en la Cámara de Diputados. Ha sido recibida por el secretario general de la presidencia, quien registró las peticiones de las cámaras sindicales y de los grupos socialistas de todos los puntos de Francia, así como las resoluciones de los congresos con vistas a una legislación nacional e internacional del trabajo.
>
> Se advirtió que este petitorio colectivo será completado por las adhesiones anunciadas que aún no se han recibido y continuado por un petitorio individual que comienza hoy en la clase obrera.
>
> La delegación fue recibida luego por el presidente de la Cámara, quien declaró estar penetrado de toda la importancia de la cuestión y no dudar del interés con que la mayoría republicana discutirá las reivindicaciones formuladas.
>
> En fe de lo cual firman los delegados: Gouzou, Guignet, Lacoste, Féline, Dulucq, Roussel, Lentz, Jules Guesde, Vaillant, Baudin, Ferroul, Thivrier.

Los periódicos reconocieron que la actitud de la población habría sido excelente, todo habría pasado, pues, en calma si la policía, "que se había preparado a golpear duro" y "no encontraba la menor ocasión para ello", no hubiera suscitado incidentes y alborotos en diversos puntos de la capital. Hubo cargas de caballería toda la tarde y las patrullas recorrieron las calles hasta las 11 de la noche. En la calle del circo, en los alrededores de la plaza Beauvau, se produjo el incidente más serio, cuya gravedad fue sin embargo muy exagerada. Cayeron mujeres y niños, ligeramente contusos. El oficial de paz Bacot fue apaleado.

Trescientos arrestos se realizaron al azar, como sucede siempre en casos semejantes. Se mantuvieron un centenar. Detalle curioso: en los Campos Elíseos, un viejo que no circulaba lo bastante rápido fue detenido. La policía debió ponerlo en libertad cuando se comprobó en la guardia que se trataba de Mac–Mahon, el ex presidente de la República.

Los agentes retiraron pequeñas banderas rojas que, con la inscripción

"1º de Mayo – ocho horas de trabajo", pendían en algunas ventanas de la calle Quincampoix. Por la tarde se realizaron en los distintos barrios más de ochenta reuniones. En ellas se votó y se firmó un orden del día único en favor de las ocho horas y de una legislación nacional e internacional del trabajo sobre la base de las resoluciones del congreso internacional de París.

En la sala Vantier, avenida de Clichy, Jules Guesde exultaba. Proclamó el carácter histórico de la jornada.

–Del mismo modo –exclamó– que los veteranos del Primer Imperio se felicitaban de haber combatido en Austerlitz, así podréis decir más tarde, camaradas: "yo estuve en el primer 1º de Mayo".

Manifestaciones y huelgas en provincias

En provincias, 138 ciudades o localidades importantes participaron en la demostración.

En Marsella, según diversos corresponsales, tomaron parte en la manifestación cerca de 50.000 personas. Hubo 20.000 en Lille, 6.000 en Toulon, 10.000 en Reims y Angers, 15.000 en Calais y en Saint–Quentin, 35.000 en Roubaix. Sin embargo, en Saint–Quentin el sub–prefecto había creído deber convocar a los cuadros sindicales para significar su prohibición porque –decía– "lejos de ser de ninguna utilidad, sería contraria al interés de los trabajadores".

En Lyon, los manifestantes eran 40.000. Se produjeron algunos incidentes, en especial el arresto del diputado obrero tejedor Couturier. Cuando fueron impedidos de entrar al Ayuntamiento, los delegados hicieron remitir la petición por un consejero municipal socialista.

En Burdeos, donde la manifestación agrupó 12.000 personas, el prefecto rehusó recibir a la delegación. En Troves desfilaron 5.000 trabajadores. Los *caffards* o jóvenes *rebrousseurs* llevaron alto y firme una bandera roja y maltrataron al comisario de policía que quiso apoderarse de ella. La multitud cantaba la "Canción de las Ocho Horas", que Pédrón acababa de componer. En Argel hubo una gran reunión en el teatro Malakov. En Montlucon y en Commentry se contaron muchos millares de manifestantes. La detención del trabajo fue total en las minas del Allier, del Gard y del Loira. El paro se generalizó en Roanne, Cours, Thizy, Tarare, Givors, Arbresle. En Sète no se descargó ningún barco.

Habría que sondear en todos los departamentos para hacerse una idea más exacta y matizada de la jornada. Se vería que junto a centros activos, trabajados por la propaganda, hubo muchas ciudades obreras que no se movieron. Así, la mayor calma reinó en el Oise, Creil, en Montataire. Todos los talleres sin excepción trabajaron como de costumbre. En el mismo departamento hubo solamente una reunión: en Beauvais. El guesdista Édouard Fortin hizo una exposición documentada y exclamó que los trabajadores se reunían "en el mismo deber y en la misma esperanza para afirmar su inalterable voluntad de establecer una organización social superior, de donde sean desterradas las miserias y las tristezas del presente".

En la aglomeración de Roubaix, el movimiento de huelga que había comenzado antes de la manifestación se prolongó hasta el día siguiente, englobando de 40.000 a 50.000 obreros. Tomó un giro lo bastante grave para obligar al prefecto del Norte a permanecer en la alcaldía de Roubaix y hacer venir 1.200 hombres de tropa. Hubo pendencias entre huelguistas y rompehuelgas y en Croix 2.000 huelguistas sitiaron la fábrica Holden, causando estragos. Grupos de huelguistas perseguidos por la caballería cantaban el refrán revolucionario:

Si no nos quieren aumentar
vamos todo a destrozar.

Lo mismo que los huelguistas de Roubaix formaron bandas que se dirigieron sobre Croix, Lanon y Tourcoing para incitar a la acción, los huelguistas de Chiry–Ourscamp (Oise) marcharon sobre Noyon, y los de Besseges sobre Molières y Rochessadoul. Pero hay que notar que estas huelgas, aunque surgían del 1º de Mayo no hacían hincapié en las ocho horas sino en aumentos de salarios y en la supresión de las multas.

No parece que en París, salvo por los tejedores de gasa, el movimiento de huelga se haya prolongado después de la gran jornada de reivindicación. Por lo demás, la capital retomó en seguida su aspecto habitual, se reabrió la Bolsa de Trabajo y se puso en libertad a los militantes detenidos. En una orden del día que se leyó en todos los cuarteles, el general Saussier, gobernador militar, agradeció a las tropas que habían prestado su concurso a la guarnición de la capital:

Merced a las medidas tomadas por el gobierno, y gracias sobre todo al buen espíritu de los obreros parisienses que, como el ejército, han sabido resistir a las excitaciones de los anarquistas, en su mayor parte extranjeros, no se ha alterado el orden el 1º de Mayo; todo el mundo debe felicitarse por ello.

Los incidentes de Vienne (Isère)

A diferencia de París y de las otras ciudades de Francia, el 1º de Mayo tomó en Vienne (Isère) un pronunciado carácter anarquista, señalándose por la afirmación libertaria, la violencia y, en lugar de entrevistas con las autoridades, la acción directa contra los patrones más viles.

Hay que decir que esta sub–prefectura industrial de más de 20.000 habitantes sufría mucho una explotación intensiva. Como en todas las ciudades textiles, la situación de los obreros era lamentable: salarios sobremanera bajos, que excepcionalmente llegaban a seis francos diarios; jornadas de trabajo de 14 a 15 horas y aun, en los períodos de gran actividad, de 17 a 18, sin interrupción para la comida de mediodía y en una atmósfera cargada de polvo y detritus, impregnada de aceite y de grasa caliente. ¡Hasta niños de 12 y 14 años estaban sometidos a este régimen inhumano!

Los anarquistas encontraron allí terreno favorable a su propaganda dado que, en conflictos anteriores, los obreros habían llegado a la convicción de que el interés de clase de los patrones prevalecía sobre sus diferencias políticas. Además, los anarquistas tenían allí desde hacía muchos años un sólido núcleo de militantes que encabezaba el obrero textil Pierre Martin, apodado "el Jorobado" y ex condenado del proceso de los 66, que contaba entonces 33 años de edad y llegaría a ser el alma de la Federación Comunista anarquista antes de la guerra de 1914.

A su impulso y durante dos meses, los obreros habían discutido por categorías, en grandes asambleas, sus reivindicaciones y en especial las ocho horas. Después, sobrepasando la estrechez de las especialidades –que los había fecho discrepar hasta entonces– constituyeron el bloque obrero frente al patronato local, y con asombro de los funcionarios y electos políticos se declararon hostiles a toda entrevista, tanto en la alcaldía –que aplaudía a los "trabajadores de ambos mundos que se tendían una mano fraternal"– como en la sub–prefectura.

Para coronar los preparativos, Tennevin, uno de los militantes anarquistas parisienses más conocidos, y la indomable Louise Michel organizaron el 29 de abril una reunión donde se aclamó la huelga general.

El 1º de Mayo el paro fue completo, salvo en tres fábricas. En una reunión realizada en el teatro por la mañana fueron maltratados el alcalde y el comisario central, que habían creído deber intervenir. Después de este tumulto partió una manifestación, con banderas rojas y negras desplegadas, que desfiló imponente ante los comercios más ricos. Los gendarmes cargaron sobre ella, sable en mano. La multitud resistió haciendo una barricada con un camión, luego se dirigió a las fábricas para desalojar a los obreros no huelguistas y escarnecer a los patrones. La fábrica Brocard, particularmente detestada, fue invadida, y los manifestantes se repartieron una pieza de tela de 43 metros, que eligieron entre las 700 u 800 piezas almacenadas.

Por la tarde hubo numerosos arrestos como represalia y se inició una instrucción judicial. Por otra parte la ciudad fue puesta en estado de sitio, lo que provocó la continuación de la huelga los días siguientes. Por último, el trabajo sólo se reanudó el 6 de mayo, después de algunas concesiones patronales.

El Tribunal libró de causa a Louise Michel como "irresponsable", haciéndola pasar por loca a causa de violencias que se ejercieron sobre ella en su celda de la prisión de Vienne. En cuanto a Tennevin, que no estaba en Vienne el 1º de Mayo, se lo inculpó como a otros 17 obreros textiles, entre ellos ocho mujeres y el joven Huguet, de 16 años. Éste llegó a estar tres meses en la celda por no haber querido reconocer una deposición modificada en su ausencia.

El proceso se desarrolló en los tribunales de Grenoble (agosto de 1890). Tennevin y Pierre Martín se defendieron admirablemente, exponiendo sus ideas. Fueron condenados el primero a dos años de prisión y el segundo a cinco años, sin contar respectivamente cinco y diez años de prohibición de residir allí. Todos los otros inculpados fueron absueltos, salvo Jean Pierre Buisson, que acusado de incitar al asesinato del comisario de policía fue condenado a un año de prisión y cinco de prohibición de residir allí. Los recursos de nulidad de Tennevin y Buisson fueron rechazados, pero a causa de irregularidades cometidas Pierre Martin debió comparecer nuevamente ante el Tribunal de Gap, que redujo su pena a tres años de prisión, el 8 de diciembre de 1890.

En el mundo

Fuera de Francia la demostración revistió una amplitud impresionante en los países más industriales de Europa, en tanto que Rusia y la mayoría de los países balcánicos no se movieron. En cuanto al resto del mundo –aparte de los Estados Unidos– hay que hacer constar que continentes enteros desconocieron el movimiento, lo que se explica por la ausencia de organización obrera, salvo en lo que concierne a Australia, con su situación particular.

El llamado de la Internacional no podía menos que seguir siendo letra

muerta en las partes del mundo que comprendían la mayoría de los oprimidos de la tierra. No tuvo más que un valor de indicación para muchas secciones demasiado débiles de la Internacional y se tradujo por una agitación reducida para las secciones que entraron en la liza. En fin, ningún organismo centralizador era capaz de intervenir para aportar cohesión en la movilización de las masas.

En Alemania, el 13 de abril los diputados socialistas reunidos en Halle dirigieron a los trabajadores un manifiesto aconsejando la moderación, porque, como Engels, temían sobre todo el peligro de un ardor intempestivo susceptible de oscurecer los recientes éxitos electorales. En este manifiesto se recordaba que el Congreso de París no había determinado el modo de manifestación:

> El fin se alcanzará por medio de asambleas, fiestas obreras y, sobre todo, por un petitorio en masa en el sentido de las resoluciones del Congreso de París.

En todas partes se recomendó el nombramiento de comisarios para mantener el orden. El petitorio, en vez de preceder al 1º de Mayo, como en Francia, debía comenzar ese día y continuar hasta fines de septiembre. En la mayoría de las ciudades industriales se realizaron manifestaciones. Se estima que en Hamburgo, Berlín, Altona, Munich, Brunswick, Darmstadt, Dresde, Leipzig, Konigsberg, Nordhausen y Frankfurt pararon un diez por ciento de los obreros. Miles de ellos fueron expulsados de los talleres. Sin embargo, en el distrito sajón de Chemnitz, región socialista y de huelgas, donde se descontaba un movimiento serio, apenas hubo algunos ausentes en los talleres. En Alsacia, donde acababan de producirse grandes huelgas, el paro fue parcial. Pero en Sainte Marie–aux–Mines casi todas las fábricas hicieron huelga, en tanto que en Mulhouse un cortejo de 200 carpinteros huelguistas atravesó las principales calles de la ciudad.

En Austria–Hungría la manifestación que temía la burguesía gubernamental, aunque tomó muy vastas dimensiones, quedó por debajo de sus inquietudes. Víctor Adler hizo los mayores esfuerzos para asegurar el éxito. Se levantaron barricadas. En Viena se celebraron por la mañana 60 reuniones y 40.000 personas se congregaban a la tarde en el Prater. Hubo demostraciones importantes en Praga, Brünn, Reichemberg, Steyer y Budapest. En esta última ciudad tomaron parte 50.000 personas. Las tropas debieron mostrarse pero sin intervenir. Las organizaciones sindicales proclamaron la huelga general y los obreros desfilaban con banderas rojas. En Frankstadt se produjeron desórdenes,

así como en Prossnitz, donde 4.000 manifestantes fueron a la cárcel para liberar a los huelguistas encarcelados la víspera. Los húsares cargaron y hubo una veintena de heridos.

En Bucarest, Rumania, hubo 3.000 manifestantes, número raramente alcanzado en este país. En Suiza, de 3.000 a 4.000 obreros tomaron parte en las demostraciones de Zurich y de Bide. En Lausana, Saint–Gall, Berna y Ginebra, los cortejos contaron de 500 a 1.000 manifestantes.

En Bélgica hubo millares de huelguistas en el Borinage y las otras zonas hulleras. La multitud de asistentes desbordaba en dos de las más vastas salas de Gand. En Bruselas se organizó un gran cortejo.

En Holanda– en La Haya, Rotterdam, Maastricht, Amsterdam y otras ciudades– las reuniones fueron prolongadas. En Portugal –en Lisboa–, 2.000 personas se agruparon en torno a la tumba de José Fontana, organizador del movimiento socialista nacional, y en Porto 8.000 obreros y 2.000 obreras se reunieron en un jardín público, bajo la presidencía del obrero textil José da Silva Lino.

En Italia, a pesar de la prohibición de cortejos y reuniories públicas, hubo demostraciones en muchas grandes ciudades. En Milán, Turin, Lugo y Liorna se produjeron choques con la policía.

En Polonia 3.000 obreros se reunieron en Lemberg. En Varsovia se detuvo el trabajo en muchas fábricas y en dos talleres de ferrocarriles. Se difundieron ampliamente folletos de impresión clandestina. En la capital hubo 8.000 manifestantes.

España e Inglaterra presentan la particularidad de haber postergado la demostración para el 4 de mayo, el domingo siguiente. Hubo violentos incidentes en Barcelona y Valencia. Las ciudades de Madrid, Bilbao, Zaragoza, Burgos, Tarragona y Valladolid se señalaron. La huelga fue efectiva en 40 ciudades. En Barcelona, 100.000 manifestantes desfilaron con la bandera roja y de una manera tan pacífica, disciplinada e imponente que el general Blanco, capitán general de Cataluña, desde lo alto de la terraza de su villa, donde lo rodeaba su estado mayor, conmovido y como deslumbrado llevó instintivamente su mano al kepís y saludó.

La manifestación del 4 de mayo en Londres se realizó en Hyde Park en un entusiasmo "indescriptible" y un orden "magnífico", según Lafargue, que asistió a ella. Había 15 tribunas a 150 metros una de otra. Mas de 300.000 asistentes cubrieron una superficie doble de la del Campo de Marte. Esta demostración monstruosa, esta imponente movilización, aterró a la burguesía londinense, y cuando el inmenso cortejo atravesó los barrios ricos, numerosas ventanas estaban cerradas.

En los paises escandinavos

Los países escandinavos merecen una mención especial, y en primer lugar Suecia, que ya hemos señalado entre los iniciadores de la demostración.

El 14 de abril el *Social-Demokrat* había lanzado un llamamiento para la composición de una canción del 19 de Mayo sobre un aire conocido, y desde el 25 de abril las tres Federaciones socialistas suecas publicaron un manifiesto favorable a la jornada de ocho horas. Afirmaba que el 19 de Mayo debe dar la ocasión de pasar revista al ejército obrero, "la abolición de la sociedad de clases y el establecimiento de una propiedad colectiva de los medios de producción bajo el 'control' total del pueblo" era su ojetivo final. A pesar de la eventualidad de una agudización de la represión gubernamental, la huelga prevaleció y los preparativos llegaron a tal punto que se podían leer en los periódicos anuncios como éste: "Se tiñen banderas y estandartes". En fin, el último día de abril los trabajadores suecos recibieron un telegrama de solidaridad de Amberes, donde se embarcaban 100 de sus compatriotas.

Para subrayar la importancia de la jornada, el *Social-Demokrat* fue impreso en rojo, lo que hace hoy muy difícil su lectura. A pesar de haber sido organizada por las agrupaciones socialistas, únicas que tenían entonces un comité central único, la manifestación tomó un carácter más profesional que político, sí se considera el elemento dominante. En Estocolmo participaron 20.000 personas en la manifestación. El pionero August Palm y el futuro estadista Hjalmar Branting tomaron la palabra junto a los liberales radícales. El número de auditores fue enorme. Algunos lo estimaron en 50.000, otros en 80.000, y Jörgen, el conocido publicista que había dado la vuelta al mundo y visto las mayores concentraciones, asegura que alcanzaba por lo menos a 120.000. El éxito fue mucho mayor de lo que preveían sus promotores y el paro fue facilitado por el hecho de que tradicionalmente y de mucho tiempo atrás el 1º de Mayo era ya en Suecia un día a medias feriado.

En Noruega –en Cristiania (Oslo) – hizo un tiempo magnífico y el sol brillaba cuando el cortejo de 3.600 participantes se dirigió al Storting, para entregar un memorándum referente a las ocho horas. Desfilaron obreros de Buskerud, y sobre todo, de Vikresund. En Tullinlokka, Oscar Missen pronunció un vigoroso discurso en el que calificaba a la demostración de "acontecimiento histórico" y exhortaba a los trabajadores a enderezar, pese a todos los obstáculos, sus "espaldas encorvadas y sus rodillas dobladas".

En Dinamarca, donde el socialismo se había implantado ya seriamente y acababa de obtener la elección de tres diputados, la demostración fue general y el trabajo cesó en la mayoría de los talleres. El mitin de Copenhague congregó 30.000 asistentes.

Impresiones generales

¿Qué impresión produjo, a pesar de sus lagunas e insuficiencias, esta afirmación de solidaridad obrera, internacional, esta puesta en marcha, esta primera intimación del proletariado universal?

En el estado actual de las investigaciones e informes es difícil responder a esta pregunta en el plano mundial. Pero podemos pronunciarnos por lo menos para Francia.

A la inquietud y a veces al pánico sucedió, en los medios burgueses, una confianza que llegó a la euforia y que se tradujo por una suba de las acciones en la bolsa. Se llegó a ver a los periódicos más conservadores, el *Gaulois, L'Autorité*, tejer coronas a los prudentes trabajadores.

> Los obreros –se lee en la hoja de Cassagnac– habían dicho que no trabajarían y no han trabajado.
>
> Su manifestación se ha limitado, pues, pura y simplemente a un paro, lo que constituye la más pacífica y legal de las manifestaciones.
>
> Hay que ensalzar y felicitar a los obreros de París por haber observado tal corrección.

Y como *L'Autorité* quería atacar a Constans, ridiculizó las precauciones tomadas. Era ver las cosas por su lado menos importante.

L'Illustration también se tranquilizaba fuera de tiempo.

> La palabra de orden se ha observado puntualmente, de manera que se ha podido oír casi en todas partes, al día siguiente de esta jornada que había causado tantas preocupaciones, si no inquietudes, esta frase pronunciada en todos los idiomas: "En suma, no hubo nada".

Pero, dicho esto, el semanario oficioso reconocía que había "algo bastante grave" en el hecho de que en todas partes y a la misma hora los obreros se hubieran mostrado capaces de formular con vigor las mismas reivindicaciones. Y la hoja agregaba:

> Este ensayo de movilización de las fuerzas socialistas en todos los países a la vez tiene una importancia innegable, porque tal tentativa demuestra con qué

disciplina la clase obrera sabe obedecer a una palabra de orden internacional. Es una advertencia que parece hecha para despertar la atención de los estadistas.

Uno de ellos precisamente, Jules Simon, reformador en la Cámara que reconocía las miserias sociales y presentía las conmociones que producirían, escribió en *Le Temps*, el 3 de mayo:

> Lo grave es el hecho de haberse entendido por encima de las fronteras, de haber adoptado un texto de reclamación común y un modo común de procedimiento; de haber puesto en movimiento un número tan grande de personas pertenecientes a las más variadas nacionalidades y profesiones; de haber mantenido, aun en los medios más inflamados, la promesa hecha de no mezclar la política con la reivindicación social y de no dar pretexto a la represión violenta. Hay allí una modificación profunda del orden social.

El padre Wínterer, diputado por Alsacia–Lorena al Reichstag, hombre avisado en materia socialista, también quedó sorprendido de la calma, la disciplina y la universalidad de la demostración y no comprendía las felicitaciones que los diputados, periodistas y aun policías dirigían a los obreros. Bien lejos de compartir su seguridad se confesaba, asustado: "no podemos olvidar que los ejércitos mejor disciplinados son los más temibles."

Repercusiones

Está claro que si la demostración, en lugar de ser un simple paro hubiera combinado, como en América, la lucha por las ocho horas en el taller con la lucha por las ocho horas en la ciudad, su alcance habría sido mucho mayor. Pero queda por saber si la fuerza o más bien la debilidad de la organización sindical de entonces permitía reforzar la acción política con la lucha económica. En todo caso, no se puede menos que tachar de exagerados a los sindicalistas que más tarde ridiculizaron "la comedia" y el "mezquino paseo" del 1º de Mayo de 1890 que, a su entender, no habría sido seguido de ningún progreso. Louis Bertoni, especialmente, deploró un gasto de energía que mejor empleada "habría dado resultados tangibles" y quizá logrado la conquista de las ocho horas. Llegó a escribir:

> ¿Se puede imaginar algo más miserable que esta pobre manifestación? ¡Qué ineptitud ese puñado de hombres atravesando la inmensa plaza de la Concordia bajo los insultos de la turba policial!

Los sindicalistas anarquistas estarán, por cierto, mejor inspirados cuando, después de haber hecho todas las reservas sobre las concesiones que movían a los iniciadores de la demostración, declaran:

> Fue un día memorable el que por primera vez puso de pie, en una acción común superior a todas las fórmulas de los programas, a los proletarios de ambos mundos.

Incluso si el 1º de Mayo de 1890 no hubiera sido más que esto, quedaría grabado en el cuadro de la historia. Pero la verdad es que logró fijar la atención de las esferas gubernamentales sobre la miseria y la explotación de las clases laboriosas. En su discurso del trono (6 de mayo) el Emperador de Alemania se vio constreñido a abordar de nuevo la cuestión social y a convocar en Berlín una conferencia internacional "con el fin de mejorar la suerte de los trabajadores", iniciativa que apoyó el Papa León XIII.

En Francia, inmediatamente después del 1º de Mayo, la Comisión del Trabajo de la Cámara, frente a un proyecto de ley relativo a la limitación de la duración del trabajo presentado por Cluseret, Lachize y Thivrier, discutió el trabajo de las mujeres y los niños, la tasa de los salarios, la supresión del trabajo nocturno, el reposo semanal, etc. Después de una interpelación de Antide Boyer sobre el 1º de Mayo, la Cámara, es verdad, concedió su confianza al gobierno por 374 votos contra 56, el 10 de mayo. Pero el 13, por 347 votos contra 150, votó la ley Bovier-Lapierre, tendiente a la represión de los ataques a la ley de 1884 sobre los sindicatos profesionales. En fin, por una serie de leyes votadas en tiempo récord entró en la vía de la legislación social, mientras el senado discutía la ley acerca de los accidentes de trabajo que tenía en estudio hacía tiempo. La ley referente a los delegados mineros, promulgada el 8 de julio de 1890, establecía la seguridad en las minas y consagraba legalmente la representación de delegados electos en el funcionamiento de las empresas. Otra ley, promulgada el 2 de julio de 1890, suprimía la humillante libreta obrera. Otra extendía a todas las mujeres la reglamentación del trabajo concedida hasta entonces a los niños y a las jóvenes en las minas. Además, se emprendió una encuesta sobre las condiciones de trabajo ante los cuerpos constituidos y los obreros inscriptos en las listas electorales de los expertos, en tanto que una circular ministerial llamaba la atención al patronato respecto a las 12 horas, muy a menudo no observadas. Iba a crearse el Consejo superior del Trabajo

(22 de enero de 1891), seguido pronto por la Oficina del Trabajo (20 de julio de 1891) y se anunciaba una ley relativa a las pensiones obreras.

Pero de nuevo, más que todas estas reformas o veleidades de reformas, lo que cuenta es la novedad, la grandeza de la manifestación, como lo ha hecho notar tan juiciosamente Amédée Dunois:

El verdadero resultado de la gesta de Mayo, el más fecundo y durable, es que hay en adelante una clase obrera que ha medido sus fuerzas y se ha unido.

Los revolucionarios rusos, "forzados" en Siberia, por aislados que estuvieran del mundo civilizado, no se equivocaban. Uno de ellos, y no de los menores, Léo Deutsch, uno de los fundadores del Partido Obrero Social Demócrata Ruso (marxista), entonces en el presidio de Kara, al este del lago Baïkal, en plena *taïga* o selva virgen siberiana, ha contado con emoción como él y sus compañeros supieron la noticia de la manifestación que les hizo darse cuenta "de una manera palpable" de todo el progreso que había cumplido el socialismo desde su detención.

Para nosotros fue –dice– en nuestra vida triste y monótona un gran estímulo y alegría. Desdichadamente, esta última no podía ser completa. Con nuestra satisfacción se mezclaba la penosa conciencia de que los obreros rusos estaban aún fuera del gran movimiento emancipador.

Una opinión igualmente muy interesante y que debe ponerse de relieve como lo merece es la del viejo Engels, el amigo fiel y compañero de estudios y de lucha de Karl Marx. Había llevado al Partido Obrero Francés, y a Paul Lafargue en particular, a la organización del congreso internacional de París –rival del posibilista– de donde había surgido la decisión del 1º de Mayo. El mismo día de la gran movilización proletaria redactaba en Londres un nuevo prefacio al Manifiesto comunista. Sobre la base de los preparativos de la manifestación y después de haber evocado la Primera Internacional, escribió estas líneas francamente optimistas:

[La Internacional] está más viva que nunca y de ello no hay mejor testimonio que la jornada de hoy. En el momento en que escribo estas líneas el proletariado europeo y americano pasa revista a sus fuerzas militantes movilizadas, y es la movilización de un ejército único, que marcha bajo una bandera también única y tiene un objetivo próximo: la fijación por la ley de la jornada normal de ocho horas reivindicada ya por el congreso de la Internacional de Ginebra en 1866 y reivindicada de nuevo por el congreso obrero de París en 1889. El espectáculo al que asistirán hoy hará ver a los capitalistas y a los terratenientes de todos los países que, en efecto, los proletarios de todos los países están unidos.

Engels terminaba con esta exclamación matizada de pesar y amargura:

¡Por qué no estará ya Marx a mi lado, para ver esto con sus propios ojos!

VII

El 1º de Mayo de 1891

La cuestión de la renovación

La manifestación del 1º de Mayo de 1890 había surgido de la resolución del 20 de julio de 1889. Pero esta resolución no consideraba su renovación. Hemos visto en qué condiciones se la votó. Conviene recordarla para comprender que los delegados más conscientes pensaban, gracias a una propaganda activa y hábil, llevar a la cita señalada a una parte del proletariado mundial. Pero pocos de ellos –ninguno quizá– llevaban el optimismo hasta prever que la manifestación, a pesar de sus insuficiencias y debilidades constituiría, después de la fundación de la Internacional, el acto social más importante del siglo XIX. Es cierto también que se habrían asombrado al notar que jamás hubo asambleas ni soberanos, dictadores ni papas que tomaran una decisión o ejercieran una potencia semejante a la de ellos, ya que por primera vez se trataba de poner en movimiento en una fecha fija a millones de seres humanos dispersos por todo el globo. ¿Por qué el juicio de la historia no puede adivinarse y la importancia histórica que se da a ciertos episodios y que provoca la curiosidad consiguiente, no la tienen casi en el momento o más bien no parecen tener mucha a los ojos de los actores?

Sea como fuere, el éxito, la resonancia de la manifestación planteaba la cuestión de su perennidad. El mismo 1º de Mayo de 1890, cuando el doctor Oscar Niessen arengó a los noruegos, profetizó que la manifestación iba a ser un "brillante espectáculo que la accion obrera ofrecería todos los años" hasta haber obtenido "una condición igual para todos".

Por su parte, en agosto de 1890, el congreso escandinavo celebrado en Cristianía y que reunía a 102 delegados, adoptaba la siguiente resolución:

> El congreso, considerando los resultados de la demostración del 1º de Mayo de 1890, recomienda repetir la demostración como medio efectivo de obtener una disminución de las horas de trabajo, en especial si estas demostraciones se combinan con un paro general del trabajo y no son solamente simples expresiones de opiniones.

En agosto de 1890, igualmente, en la otra extremidad de Europa, el Congreso del partido obrero español reunido en Bilbao se pronunció en el mismo sentido. Después sucesivamente se declararán en favor de la renovación los congresos del Partido Obrero francés y de la Social–Democracia Alemana (octubre); de los sindicatos textiles de Brünn (Austria–Hungría) y del Partido Obrero Italiano, celebrado en Milán (noviembre) ; de la Social Democracia Húngara, reunido en Budapest (diciembre), y de las organizaciones obreras portuguesas y suizas, celebrados respectivamente en Lisboa y en Zurich (enero de 1891).

En Francia, el poeta revolucionario Eugène Chatelain, cantor de las *Exirées* de 1871, uno de los que la Comuna había desterrado hacia playas lejanas, lanzó ya en septiembre de 1890 la idea de una nueva demostración, haciendo alusión al despliegue de fuerzas militares y policiales de los gobernantes:

> Battez tambours! sonnez trompettes et clairons.
> Tonnez aussi gueules de bronze!
> La grève se fera mêlée aux escadrons
> Le premier mai quatre vingt onze!*

El congreso de Lille (octubre de 1890)

Cuando se lee el informe analítico del VIII Congreso Nacional del Partido Obrero Francés que se realizó en Lille el 11 y 12 de octubre de 1890, al cual asistió Jean Dormoy pero no Raymond Lavigne, es indudable que el 1º de Mayo domina los debates.

En primer lugar, es edificante la reproducción de los mensajes enviados por las diversas organizaciones hermanas. Se ve al Círculo de socialistas rumanos de París, al Círculo de propaganda socialista revolucionaria de Bruselas y a un grupo de proscriptos de la Comuna, residentes en Ginebra, incitar a que se renueve la demostración.

El primero, a cuya cabeza se encuentran Voinov y Many, "hace votos por la organización de un 1º de Mayo y de un congreso internacional en 1891". El segundo "espera ver tomar medidas especiales para la fecha del 1º de Mayo de 1891". En cuanto al grupo de proscriptos de la Comuna que comprendía a Léon Berchtold, J. Perrier, Bertrand y A. Meicheu, subraya "la inmensa importancia" del "primer ensayo de movilización internacional del proletariado", y observa que el 1º de mayo de 1890 "representa un punto de partida como fecha y como hecho". Pide que se una a la plataforma de las ocho horas la del desarme,

* *¡Redoblad, tambores! Sonad, trompetas y clarines. / ¡Tronad también, bocas de bronce! / La huelga se hará junto a los escuadrones / el primero de mayo del noventa y uno.*

cuestión conexa susceptible de reunir "todo lo que Europa tiene de verdaderamente liberal y humano".

Un orden del día votado por el congreso saluda a los trabajadores que, por millones, han manifestado el 1º de Mayo, afirmando "su inquebrantable voluntad de imponer a los poderes públicos de la burguesía la jornada de ocho horas, en espera de la toma de estos poderes por la clase obrera, para la transformación social". Por último, un texto especial votado unánimemente retoma en una serie de considerandos la argumentación en favor de las ocho horas y termina con la siguiente resolución:

El Congreso decide:

Hay motivo para renovar el 1º de mayo de 1891 la manifestación internacional de 1890 en apoyo de la jornada legal de ocho horas.

Hay motivo para mantener la decisión del Congreso Internacional de París, en lo tocante a la libertad dejada a las diferentes regiones y comunas para organizar la manifestación lo mejor posible, conforme a las condiciones locales.

Sin embargo, el Congreso invita a los consejeros municipales, de distritos y generales del Partido, a transferir a la fiesta del trabajo del 1º de Mayo los créditos abiertos para la fiesta burguesa del 14 de Julio.

En todas partes donde sea posible, las organizaciones obreras y socialistas deberán hacer proceder, en grandes reuniones públicas, al nombramiento de delegados encargados de reunirse en París a la delegación que se presentará ante los poderes públicos.

Igualmente, en donde sea posible los trabajadores deberán el 2 de mayo realizar por sí mismos la jornada de ocho horas abandonando el taller después de cumplidas las ocho horas. La agitación por la manifestación del 1º de Mayo deberá comenzar a más tardar en los primeros días de abril, con ayuda de reuniones públicas, congresos locales y regionales y de todo otro medio adecuado a preparar los espíritus para este gran acto de solidaridad internacional.

Se notará que el penúltimo párrafo, adoptando la práctica americana, tiende a obtener las ocho horas por medio de la lucha directa en el plano del trabajo en el astillero, taller o negocio. Sorprende también el tercer párrafo, que por medio de una invitación aparentemente sin pretensiones tiende a sustituir la fiesta nacional del 14 de julio, calificada de "burguesa", por la fiesta obrera internacional del 1º de Mayo. Por último, se notará que este mismo párrafo "legaliza", por decirlo así, el carácter de fiesta del 1º de Mayo, dado ya en el llamamiento de la "Comisión permanente". Este carácter se verá confirmado algunos días más tarde por el congreso de Halle y luego por las otras asambleas de los partidos hermanos.

El congreso de Calais

La cuestión de las ocho horas y del 1º de Mayo domina también los debates del IV Congreso de la Federación Nacional de Sindicatos, que se realiza del 13 al 18 de octubre de 1890 en Calais, después de las sesiones guesdistas. En la sesión pública de inauguración, Pédron, delegado de Reims y de Troycs, toma la palabra y 3.000 oyentes repiten "a pleno pulmón" el refrán de su "Canción de las ocho horas". En las sesiones públicas que siguen, la canción sigue siendo entonada con entusiasmo y es repetida en los tranvías que llevan de la sala del Elíseo a la plaza de Armas. La IV sesión pública, la más concurrida, que agrupó a casi 4.000 personas, giró especialmente en torno a las ocho horas y el 1º de Mayo. Pasquier, de Burdeos, preconizó la renovación de la manifestación del 1º de Mayo. Hizo observar que la jornada de ocho horas solo constituía una "pequeña reforma", pero que si se la obtenía no haría sino "preceder a otras más importantes". Roussel, de París, sostuvo también la idea de la renovación con el concurso de los delegados de provincias. "Si los detienen –dijo– esperamos que las provincias enteras se levanten". Delcluze, de Calais, disipó las ilusiones de algunos sobre la eficacia de una presentación ante los poderes públicos, porque "no se obtiene más de lo que se arrebata". Después de Besse, que usó el mismo lenguaje, Roux, de Burdeos –porque ni Lavigne ni Dormoy estaban en el congreso–, hizo la historia de la jornada de ocho horas, cuya idea –según él– se remontaría a 1874*, y recordó las palabras de Delahaye: "El pueblo que trabaja menos es el que gana más".

Victor Renard (Saint-Quentin) Béguin, Odin y Carette tomaron la palabra en seguida y Pédron clausuró las intervenciones. "En términos elocuentes" –expresa un informe– expuso el lado práctico y utilitario de la jornada de ocho horas, pronunciándose por la conquista directa por los asalariados.

Al día siguiente del 19 de Mayo de 1891 –dice– los obreros irán como de costumbre a la fábrica, sólo que después de ocho horas de trabajo se irán, lo quieran o no lo quieran los patrones. Será el comienzo de la emancipación.

Aclamadas estas viriles palabras, Pédrón entonó su "Canción de las

* Si esta afirmación tiene sentido, significa que Roux hace remontar el comienzo de la lucha por la reivindicación de las ocho horas a la decisión de huelga tomada por los Caballeros del Trabajo, lo que confirmaría que Roux, como Dormoy y Lavigne, no desconocía la experiencia americana.

ocho horas", cuyo refrán fue repetido en coro por la concurrencia. En la última sesión pública fue la reivindicación de las ocho horas la sostenida por los oradores, especialmente por el diputado Lachize.

El Congreso confirmó sus puntos de vista votando la siguiente resolución:

> El Congreso redactará un mensaje a los grupos corporativos para invitarlos a enviar a París, el 1º de Mayo de 1891, a un delegado que tendrá por misión unirse a las delegaciones encargadas de llevar a los poderes públicos las intimaciones del proletariado y crear, por así decirlo, una situación revolucionaria.
> El Congreso invita, además, a los trabajadores a no hacer más que ocho horas de trabajo al día siguiente del 1º de Mayo, siempre en la medida del medio y las posibilidades.

Así el congreso sindical, retomando por su cuenta el penúltimo párrafo de la resolución que acababa de votarse en Lille, se orientaba por la vía de la conquista de las ocho horas en el terreno mismo de la producción. Pero los anarquistas, a pesar de esta concesión al método de lucha empleado por sus camaradas americanos, se mantenían en reserva respecto al 1º de mayo. Veían siempre con "muy malos ojos" una "fecha fija" para reivindicar "año tras año". Por otra parte, declaraban "absolutamente imposible" la jornada de ocho horas en la sociedad capitalista, o bien afirmaban que, "como toda demanda de mejora", tenía "un carácter reformista esencialmente antirrevolucionario". Se nota, sin embargo, que se mostraban favorables –sin decirlo– a la parte de las resoluciones de Lille y de Calais sobre la toma directa de las ocho horas el 2 de mayo de 1891.

Los preparativos

Los blanquistas del Comité revolucionario central, los posibilistas y los alemanistas –que acababan de romper con estos últimos– se pronunciaron igualmente por una nueva manifestación el 1º de Mayo de 1891. En Francia, pues, los socialistas de todas las escuelas y grupos estuvieron de acuerdo respecto al 1º de Mayo, aunque prontos a separarse en seguida para su organización.

En efecto, esto es lo que se produjo. Al crear los posibilistas en París un "Comité general de la manifestación" (febrero), hubo en él rozamientos y choques. Fue un espectáculo sabroso ver a *Le Prolétaire* predicar "la negociación y el entendimiento en torno a un interés común", el del 1º de Mayo, y preconizar la remisión de los cuadernos del cuarto estado al Palais–Bourbon y al Ayuntamiento, en tanto que el año anterior *Le Prolétariat*, órgano oficial de la agrupación, se había levantado contra una manifestación que temía sirviera de pretexto "a medidas reaccionarias, nefastas para la idea socialista". Este cambio de actitud bastaría por sí solo para subrayar el éxito del 1º de Mayo de 1890.

Tampoco se podría subestimar el hecho de que numerosos hombres de letras mostraban sus simpatías por el 1º de Mayo. Es esto lo que explica, con ocasión del día de movilización de los trabajadores, la aparición de un número especial de *La Plume*, donde, junto a artículos de Cladel, André Neidaux y un fragmento de entrevista de Mirbeau, se encontraban versos de Richepin, de Souêtre, de Camille de Soubise, autor de la célebre canción "Es un pájaro que viene de Francia". *La Bataille*, el cotidiano de Lissagaray, para no quedarse atrás cubrió dos páginas gracias al concurso de Aurélien Scholl, Rosny, Émile Bergerat, Paul Margueritte, Camille de Sainte–Croix, Descaves y Mirbeau...

Es justo agregar que en los espíritus se producía una feliz tranquilidad y que el viento favorecía a la unión socialista. Sin embargo, en el seno de su Partido, los broussistas Arthur Rozier, Lucien Roland y Bouelle debieron luchar durante un mes para arrastrar a sus camaradas, principalmente los electos y sobre todo Lavy. Por el lado de este último, las cosas no eran por cierto facilitadas por el hecho de que Arthur Rozier había obtenido el voto unánime del Comité provisorio de 28 miembros de la sala Liger, en favor de la siguiente proposición:

> Los miembros de la comisión de propaganda serán elegidos fuera de los hombres políticos de nota del Partido socialista; no obstante, éstos deberán mantenerse a disposición de la comisión para la propaganda a realizar y la celebración de las reuniones.

La agitación previa a la manifestación, que según la resolución de Lille debía comenzar por lo menos un mes antes, se inició en realidad el 4 de febrero por un llamado común del Consejo Nacional del Partido Obrero y de la comisión ejecutiva de la Federación Nacional de Sindicatos.

Este llamado, que confiere nuevamente a la jornada un carácter a la vez de reivindicación social y de "fiesta internacional del trabajo", pone primero de relieve el alcance internacionalista de clase del 1º de Mayo:

> Ese día, en efecto, se borrarán las fronteras y en el universo entero se verá unido lo que debe estar unido, y separado lo que debe estar separado: por un lado los productores de toda riqueza, a quienes en aras de patriotismo se intenta

arrojar unos contra otros, estarán de pie, unidas las manos en una misma voluntad de emancipación; del otro, los explotadores de todo orden, uniendo vanamente su miedo y su infamia contra un movimiento histórico al que nada puede detener y que los arrastrará.

El llamado hace resaltar en seguida que la jornada tiene el gran mérito de plantear ante todos el problema social:

Ese día se levantará ante los más indiferentes la cuestión social entera. En presencia de esta superproducción de riqueza, que se traduce por una miseria sin precedentes para la clase productora, todos reflexionarán y se preguntarán el por qué de semejante estado de cosas.

El llamamiento pinta ese estado de cosas con rasgos de fuego, para indicar que la única razón del mal reside en un orden económico en que los instrumentos y la materia del trabajo han llegado a ser "el monopolio de la clase ociosa".

Comprenderéis –agrega– que el único remedio está en el fin de este divorcio entre el trabajo y la propiedad, y vendréis en masa al socialismo...

La jornada legal de ocho horas, que constituye el objetivo inmediato de la manifestación del 14 de Mayo, es un primer paso hacía esta liberación completa que solo de vosotros depende.

Se trata, reduciendo la suma de trabajo que los ladrones del mismo tienen hoy la libertad de imponer a la clase obrera sin distingos de edad ni de sexo, de hacer lugar en el taller a los hambrientos por la desocupación, de llevar los salarios a lo alto y de asegurarles el reposo indispensable a vuestro desarrollo intelectual y al ejercicio de vuestros derechos de hombres y de socialistas...

Como puede verse, este llamado nada dice respecto a las formas que debe tomar la manifestación. En este aspecto constituye un retroceso con referencia a la resolución de Lille, lo que no quiere decir que ésta no se haya aplicado.

En numerosas ciudades de Francia se realizaron, en efecto, las asambleas previstas y las delegaciones se dirigieron a París para la diligencia colectiva proyectada. A pesar de la calma revestida por la jornada del 1º de Mayo de 1890, y pese a las declaraciones de los organizadores de que "no se saldría de la legalidad, que bastaba para la presión que se trataba de ejercer sobre los poderes públicos", se asistió al misma espanto del año anterior por parte de los gobernantes. Así pues, Henri Galiment pudo escribir en *Le Prolétaire* del 25 de abril:

La burguesía se ríe de dientes para afuera y suda de miedo.

La jornada en París y en provincias

Naturalmente, se recurrió a la fuerza. Tanto más cuanto que Constans era todavía ministro del Interior. De nuevo se pusieron en pie de guerra la policía, la gendarmería y el ejército. Los centros industriales fueron ocupados. Aristide Jobert, el futuro compañero de Gustave Hervé, que llegaría a ser diputado socialista del Yonne, entonces voluntario de banda en el IV regimiento de línea, acuartelado en la Escuela Militar de París, nos hace tocar con el dedo el odioso sentido de estos preparativos. Desde la víspera los hombres debieron disponer su equipo de movilización y a la mañana siguiente, provistos de cartuchos de guerra se dirigieron al cuartel Babilonia, donde se hizo formar pabellones y, con una generosidad excepcional, se distribuyó a cada uno un cuarto de ron bajo la personal supervisión del comandante.

Desde el punto de vista del paro, el movimiento no tuvo la importancia que se preveía. Augustin Hamon afirma, sin embargo, que "la gran mayoría de los obreros" abandonaron el taller, en tanto que muchos de los diarios señalan que numerosos talleres funcionaron normalmente.

Por la mañana los posibilistas con sus electos, a los que se había unido el Consejo local parisiense de la Federación Nacional de Sindicatos, se dirigieron en delegación a la Cámara y al Ayuntamiento, donde entregaron su petición. A la tarde participaron en la gran fiesta del trabajo organizada en el lago Saint-Frageau, bajo la presidencia del diputado Lavy, o en el ponche democrático organizado por la cámara sindical de albañiles en Boulogne-sur-Seine. Por su parte, los alemanistas y los blanquistas se reunieron en la sala Favié, en tanto que la "juventud antipatriota", organización anarquista, sufría un fiasco en la plaza de la República, frente al cuartel del Château-d'Eau, con su manifestación antimilitarista.

En cuanto a los guesdistas, se presentaron a la Cámara acompañados de 28 delegados de las provincias y del ciudadano Cunningham Graham, diputado de la Cámara de los Comunes, que con su presencia testimoniaba "la unión activa de los trabajadores de Inglaterra y Francia en vista de la jornada legal e internacional de ocho horas". En la mañana el presidente Floquet había recibido, con la sonrisa en los labios, a 15 delegados a los que él mismo había ofrecido los sillones. Esta vez rehúsa recibir a la delegación guesdista. Los guardias municipales la dividieron en grupos de cinco que, llegados a la verja del Palais-Bourbon,

se vieron encerrados en locales transformados en "celdas". Los interesados, irritados con todo derecho, se negaron a comparecer aisladamente y como "verdaderos acusados ante un "empleado del presidente de la Cámara". La misma tarde debían denunciar a la clase obrera, en una protesta motivada, este atentado al derecho de petición y aprovecharlo para "hacer justicia a una presunta representación nacional que, abierta de par en par a todas las mendicidades capitalistas, no está cerrada más que para las reivindicaciones del proletariado, tratado como enemigo".

¿Cómo se desarrolló este 1º de Mayo en provincias?

Fue bastante menos calmo que el precedente y alcanzó a más localidades. Además de las ciudades citadas, enviaron delegaciones a París las siguientes: Roubaix, Lille, Armentières, Calais, Fourmies, Ruin, Sotteville, Elbeuf, Maromme, Montluçon, Commentry, Granville, Bézenet, Doyet, Montvicq, Sète, Montpellier y Narbonne. En Nantes, cuatro compañeros anarquistas perseguidos debían ser condenados a prisión. En Lyon fue arrebatada la corona que Gabriel Farjat y otros militantes, acompañados de una considerable multitud, querían llevar a la tumba de los trabajadores de las fábricas de seda de Lyon de 1831-1834; se enarbolaron banderas rojas; hubo heridos como consecuencia de cargas. En Burdeos, el alcalde oportunista y el prefecto rehusaron recibir a la delegación, y el compañero Bourguignon, que distribuía manifiestos, fue pronto arrestado. En Troves, por orden del prefecto y a pesar de la protesta del alcalde, el Ayuntamiento fue ocupado militarmente. En Marsella arrestaron a Antide Boyer. En Roanne, los compañeros Mollet, Gay, llamado *le père Peinard*, y Demure debían pagar con un año de prision, dos meses más tarde, su intervención en la preparación de la jornada. Hubo cargas de caballería; se arrestó a Péronin, secretario de la Bolsa de Trabajo de Lyon, y se prohibió el acceso a la alcaldía al adjunto guesdista Fouilland. En Saint-Quentin, el militante Langrand fue arrestado y condenado al día siguiente a mi año de prisión. En Charleville, el antiguo miembro de la Comuna Juan Bautista Clément –el cantor del Tiempo de las Cerezas–fue arrestado en la vía pública, lo que inspiró al dibujante Willette irónicos rasgos de lápiz en el *Courrier Français*. Se trataba de dos "Pandoras" de aspecto "reglamentario" que llevaban una linda muchacha cantando, sonriente, a quien se habían colocado las esposas. Y como uno de los gendarmes le quitara su canasta de cerezas, una copla acompaña el dibujo:

Quand il reviendra le temps des cerises,
Pandores idiots, magistrats amateurs,
Seront tous en fête.
Gendarmes auront la folie en tête:
A l'ombre seront poètes chanteurs.
Quand i1 reviendra le temps des cerises,
siffleront bien haut, chassepots vengeurs.*

Al día siguiente de su arresto, J. B. Clément, juzgado en audiencia por flagrantes delitos por el tribunal correccional de Charleville, se vio condenado a dos años de prisión y cinco de prohibición de residir allí. Así, la magistratura aprovechaba la jornada para desembarazar a la región de un apóstol infatigable.

Los disturbios de Clichy

Pero fue a las puertas de París y en Fourmies, en el norte, donde el 1º de Mayo debía tomar un giro más violento y aún más trágico.

En Clichy, desde la mañana, colgaron banderas negras y rojas, con inscripciones libertarias, de los postes telegráficos. La policía las quitó. Lo mismo que en Levallois, la ciudad contigua, donde a la mañana no pasó nada grave fuera de algunas corridas por parte de la policía tan pronto como se formaba un grupo. Por la tarde, una columna de manifestantes precedida por una Bandera roja partió de Levallois en dirección a Clichy. Los agentes y gendarmes se arrojaron sobre la bandera. Como consecuencia del tumulto, el grueso de la columna se dispersó. Pero de veinte a treinta manifestantes siguieron desfilando con la bandera. Eran casi las 3 cuando llegaron a la calle de la Fábrica, en Clichy. Una tropa de policía no los perdía de vista. Alrededor de 15 obreros entraron en un despacho de bebidas que hacía esquina con el bulevar Nacional (hoy Jean Jaurès). Estaban bebiendo y cantando la "Carmagnole" en el primer piso cuando el comisario de Clichy hizo allanar el establecimiento con el fin de apoderarse de la bandera roja. Sonaron tiros. Se trabó una batalla áspera y dura, porque algunos compañeros enérgicos que tenían revólveres se sirvieron de ellos. Hubo heridos de ambas

---

* *Cuando vuelva el tiempo de las cerezas, / pandoras idiotas, magistrados de afición, / estarán de fiesta. / Los gendarmes tendrán la cabeza loca: / "a la sombra" estarán los poetas cantores. / Cuando vuelva el tiempo de las cerezas / silbarán bien alto los fusiles vengadores.*

partes. Finalmente, una docena de los sitiados consiguieron escaparse en tanto que Decamps, Léveillé y Dardare –los dos primeros alcanzados por una bala– cayeron en poder de los agentes. Les "dieron un baile" tal que no se los pudo juzgar hasta bastante tiempo después.

El proceso se ventiló el 28 de agosto de 1891 ante el tribunal en lo criminal del Sena.

Los tres acusados mantuvieron una digna actitud, sobre todo Decamps, obrero de 30 años, que ganaba apenas 2,50 francos por día para alimentar a su mujer y cuatro hijos. Esté hombre enérgico y de palabra dura se reveló todo un orador en sus réplicas vivas –como más tarde Alexandre Jacob, el asombroso acusado del tribunal de Amiéns, en 1904–. Decamps exclamó:

–¿Mi cabeza? Pueden cortarla. La entrego; yo la llevaré arrogante y erguida al patíbulo.

Y cuando se le impidió exponer sus puntos de vista replicó:

–Bien, nos tratáis de asesinos y nos rehusáis el derecho a defendernos. Sea. Me callo. Conducidnos inmediatamente a la plaza de la Roquette.

La requisitoria extremadamente severa del fiscal Bulot concluía con la pena de muerte. Pero el jurado respondió con un veredicto de absolución para Léveillé. Dardare fue condenado a tres años de prisión y Decamps a cinco años. Este juicio equivalía a una condena de la policía y a una afrenta para el ministro Constans. Debía tener las más trágicas consecuencias sociales. Al exasperar las pasiones en medios ya caldeados por el espíritu de revuelta, fue el origen del período de terrorismo anarquista que simbolizan los nombres de Ravachol, Émile Henry, Caserio y Auguste Vaillant. No por casualidad, en junio de 1891 estalló una bomba en la ventana del comisario de Levalloís–Perret, preludiando las explosiones de marzo de 1892, a la vez en el inmueble del consejero Benoit, en Saint–Germain, y en la casa habitada por el fiscal Bulot, calle de Clichy. Y como todo se encadena, el restaurante Véry saltó a su vez el 26 de abril, a causa de la denuncia de Ravachol por el mozo Lhérot. Era, según el feroz juego de palabras del *Père Peinard*, una *veryficación*.

Los fusilamientos de Fourmies

Lo de Clichy no fue más que un disturbio, en tanto que en Fourmies

se trataba de una masacre. Esta comuna del distrito de Avesnes, poblada por 15.000 habitantes, es todavía el centro de una industria textil que se extiende al norte por el Aisne, el Oise y el Soma, a pesar de los rudos golpes asestados por las dos últimas guerras.

La ciudad, en el fondo de un lindo valle regado por el Petite Helpe, extiende sus sonrientes casas de ladrillos rojos con techos de pizarra sobre dos kilómetros que prolonga la población de Wignehies. Contrasta agradablemente con el aspecto triste de las otras aglomeraciones industriales del norte. En 1891 la población es acogedora, servicial y, según el conservador Édouard Drumont que ha podido apreciarla sobre el terreno, "dulce como los carneros cuya lana peina y trabaja". Es también natural y espontáneamente alegre, podríamos decir que por efecto del ambiente y no, como sucede demasiado a menudo en otras partes, bajo la influencia del alcohol. Así, las muchachas van en alegres bandas a la fábrica, donde por lo demás los patronos no son insolentes.

A pesar de las tradicionales relaciones de cordialidad entre patrones y obreros en el taller, en el juego de bolos y el salon de fumar, la explotación no se encarnizó menos, y la crisis económica sirve de pretexto a la disminución de los salarios. También hay una influencia clerical que atestiguan las imágenes de santos en el hogar doméstico y el total de 1.200 comuniones de hombres en un retiro espiritual. Todo esto explica la tardía creación de un grupo socialista a principios del año, la primera gran reunión socialista con Lafargue y Culine el 12 de abril y, a fines de este mes, la huelga en una fábrica importante.

Estos tres hechos nuevos, sintomáticos de un cambio en la clase obrera local, no dejan de inquietar a los patrones. En un manifiesto, salvando sus divergencias políticas se declaran solidarios, prontos a la lucha y, después de haber denunciado los "manejos criminales de los agitadores" y puesto en guarda contra "las teorías revolucionarias", anuncian la apertura de las fábricas para el 1º de Mayo. Los obreros responden con un llamado moderado pero firme, que exhorta a festejar el 1º de Mayo con "unión, calma y dignidad". Este llamado viene a completar una proclamación que magnifica "el gran día de fiesta de los proletarios" y asegura que "la esperanza, la paz, la calma y sobre todo la unión" presidirán el desarrollo de la "gran fiesta internacional de los trabajadores".

¿Qué comprende el programa de la jornada? Por la mañana debe realizarse una asamblea general de obreros de donde partirá una delegación a la alcaldía para exponer las reivindicaciones, entre las cuales figuran: la jornada de ocho horas, la creación de una Bolsa de Trabajo,

la supresión de las multas, la paga todos los sábados. Para la tarde se planea una representación teatral y a la noche un baile para el cual se pide el permiso de medianoche. ¿Qué puede ser más pacífico? Así, el *Observateur d'Avesnes* anuncia, en su número del 28 de abril:

El 1º de Mayo pasará en Fourmies con la mayor tranquilidad del mundo.

Por desgracia, no será así. Una horrible masacre va a ensangrentar la pequeña ciudad, tan apacible.

Los patrones han presionado sobre el alcalde oportunista, que ha pedido tropas al subprefecto de Avesnes. A los gendarmes a caballo se unen varias compañías del 84º y del 145º de infantería que ocupan Fourmies en la noche del 30 de abril al 1º de mayo. Pero estas tropas, contrariamente a lo que se podría creer, no indisponen a la población. Al contrario. Hay muchos hijos del país entre los soldados del 145º. Es una alegría tenerlos. Las familias, los niños y las jóvenes no caben en sí de alegría. Además, bandas de conscriptos recorren la ciudad en tanto que pandillas de muchachos y de niñas, de regreso del campo, pasean triunfalmente el Mayo tradicional todo cubierto de guirnaldas. En fin, la perspectiva de la representación y del baile, del paro del trabajo y hasta el delicado encanto de este día primaveral, todo contribuye a crear una atmósfera de alegría.

A pesar de la aspereza del combate emprendido, se está lejos de las reivindicaciones. Sin embargo, hay quienes piensan en ellas. Ensayan sacar de la fábrica La Sans–Pareille a los camaradas refractarios al movimiento. Los gendarmes cargan, hieren a un obrero y a un niño, arrestan y retienen prisioneros a dos trabajadores. Es el comienzo de la irritación. Se arrojan piedras que alcanzan al lugarteniente de gendarmería. La multitud vuelve del suburbio clamando la "Canción de las ocho horas", mientras la delegación prevista es recibida en la alcaldía. En la plaza se producen algunos atropellos. Otros dos obreros son arrestados y los llevan esposados. Se reclama en vano la liberación de los detenidos.

Después del mediodía la multitud vuelve a la plaza y comienza a cantar, reclamando de nuevo a los prisioneros:

C'est nos hommes, nos hommes, nos hommes,
C'est nos hommes qu'il nous faut *.

* *Son nuestros hombres, nuestros hombres, nuestros hombres / nuestros hombres los que necesitamos.*

Las tropas que ocupan la plaza están en calma. Pero los policías que se enervan disparan tiros de revólver al aire; hay cargas muy violentas de gendarmería; vuelan las piedras. La exasperación aumenta. Las veredas y los cafés están llenos de obreros y de curiosos que se preguntan a donde irá a parar todo esto.

Hacia las seis de la tarde llega una banda de 200 jóvenes y mujeres, acompañada de chiquilines y encabezada por la rubia María Blondeau, tejedora de 18 años que baila y balancea un Mayo florido, una gran rama de oxiacanto que le ha dado su prometido, mientras el joven conscripto Edóuard Giloteaux, de 19 años, piruetea y baila agitando una bandera tricolor. Quieren ir a pedir al alcalde la liberación de los prisioneros, prometida para las cinco de la tarde. A una orden del comandante Chapus, los soldados calan la bayoneta. Nueva pedrea. De pronto, sin notificación ni redoble de tambor, violando las prescripciones de la ley, se levantan los fusiles: ¡Fuego!

Es la primera vez que se utilizan los Lebel sobre blancos vivientes. Y eso, en un campo de tiro de sesenta metros apenas, en tanto que el alcance de las balas perdidas llega a 2.400.

Es cierto que, contraviniendo la orden, nueve hombres tiran al aire y sin duda algunos otros también, conscientes del crimen que van a cometer. Pero, como se disparan sesenta y nueve balas, el efecto es fulminante. ¡Algunos desdichados tienen el triste valor de apuntar! En total, tanto por las balas de los Lebel como por los revólveres de la policía son alcanzadas ochenta personas, hasta un niño de pecho a quien le atraviesan la manecita. La sangre corre sobre el pavimento y se extiende en largos regueros en los cafés.

Al ruido y a la vista de la descarga, el Padre Margerin sale de su presbiterio al fondo de la plaza, tras los dos cordones de tropas. Se precipita, lleva en sus brazos a una muchacha con el ojo izquierdo vaciado y el cráneo destrozado, y retorna luego a la plaza, esta vez con sus vicarios. Dirigiéndose al comandante Chapus, le grita:

–¿Os conjuro a no tirar más! Ved estos cadáveres. Dejadnos recogerlos.
–Yo no pido otra cosa –responde el oficial, en el colmo de la inconciencia.

Ya es tiempo. Hay diez muertos, la mayoría alcanzados por cuatro, cinco y seis balas. "Cita de sangre", según la expresión gráfica de Zo d'Axa. Junto al tío Lafour, de 50 años, y a Émile Segaux, de 32, que deja a su mujer y dos hijos sin recursos, son sobre todo los jóvenes los que han caído. La hermosa María Blondeau, con la cabeza literalmente

deshecha, ha perdido la cabellera de que tan orgullosa estaba, y al día siguiente se encuentra su cerebro sobre un montón de inmundicias. Giloteaux cae frente al "Café de l'Europe", con la bandera en sus manos crispadas. Louise Hublet, de 21 años, Ernestine Diot, de 19, Félicie Pennelier, de 17, y Charles Leroy, de 22, están tendidos, así como el pequeño Pestiaux, de 13 años, muerto de un balazo en la frente. En cuanto al pobre Émile Cornaille, de 11 años, que había seguido a la multitud al salir de la escuela, yace con el pecho atravesado bajo el mostrador del café de la "Bague d'Or". Al desvestirlo para amortajarlo se encontró en su bolsillo un trompo, como antaño en el bolsillo del pequeño Boursier, inocente víctima del 2 de diciembre, el niño de las "dos balas en la cabeza" inmortalizado por Víctor Hugo.

Repercusiones

La consternación y la emoción producidas por esta innoble matanza fueron considerables.

El 4 de mayo, por lo menos 30.000 personas siguieron a los ataúdes. Esta vez ya no se trataba de la bandera tricolor, sino que era la bandera roja la que tremolaba por encima de la multitud de duelo. Los obreros habían rehusado dignamente que las exequias se hicieran a expensas de la ciudad. No había ni un representante de la autoridad civil y militar, pero, en cambio, 12 escuadrones de caballería, 9 compañías de infantería y 2 baterías de artillería testimoniaban la solicitud gubernamental.

En todo el país se alzaron protestas. El *Courrier Français* publicó un dibujo a la vez tierno y trágico, debido al lápiz de Legrand. Representaba a una muchacha tendida sobre el pavimento, con la cabeza apoyada sobre las flores de mayo que aún sostenía en sus brazos, mientras que al fondo desfilaba la infantería con armas al hombro ante el edificio de un ayuntamiento. Y se agregaba esta inscripción vengadora a la punzante impresión de la escena: "Hermoso mes de mayo, ¿cuando volverás?"

En la Cámara interpelaron tres socialistas. Uno de ellos, Ernest Roche, desplegó en la tribuna la camisa ensangrentada y perforada por seis balas de una de las víctimas. Fue censurado con exclusión temporaria por haber afirmado que se había hecho representar a los soldados franceses el papel de asesinos.

La Cámara, el mismo día del entierro rehusó nombrar una comisión investigadora por 339 votos, y aun dio un voto de confianza al gobierno por 356 votos contra 33. El 8 de mayo, por otra parte, rechazó la amnistía.

En el curso de este debate Georges Clemenceau puso de relieve la importancia del 1º de Mayo y extrajo en términos elevados la lección de la masacre:

> Señores, ¿es que no estáis admirados de la importancia que ha tornado esta fecha del 14 de Mayo? ¿No os habéis sentido admirados al leer los periódicos y ver esa multitud de despachos enviados de todos los puntos de Europa y de América, mencionando lo que se ha hecho o dicho, el 19 de Mayo, en todos los centros obreros? Habéis seguido con el pensamiento las imponentes procesiones que se han realizado en algunas ciudades, provocando las aclamaciones obreras. En otras partes habéis visto choques y pendencias. Aquí el entusiasmo, allá la cólera, por doquier la pasión. Hasta tal punto que ha saltado a los ojos de los menos clarividentes el hecho de que en todas partes el mundo de los trabajadores estaba en conmoción, que acababa de surgir algo nuevo, que una fuerza nueva y temible había aparecido y los políticos tendrían que tomarla en cuenta en adelante.
>
> ¿Qué es esto? Hay que tener el valor de decirlo, y en la misma forma adoptada por los promotores del movimiento: es el Cuarto Estado que se levanta y llega a la conquista del poder...
>
> Cuando contempláis lo que ha pasado en Fourmies, ¿quién podría sostener, aquí o ante Europa, ante el mundo civilizado, que lo sucedido en Fourmies antes de la descarga de fusilería justifica la muerte de esas mujeres y niños, cuya sangre ha enrojecido durante tanto tiempo el pavimento? No, seguramente hay una desproporción espantosa entre los actos que han precedido a la descarga y la descarga misma; hay monstruosa desproporción entre el ataque y la represión; hay en alguna parte del pavimento de Fourmies una mancha de sangre inocente que es preciso lavar a todo precio... ¡Estad en guardia! Los muertos son los grandes misioneros; hay que ocuparse de ellos...

La Cámara podía negar toda clemencia a los obreros heridos después de haber absuelto a los asesinos, pero el pueblo no olvidaba ni la sangre vertida "como el agua de las fuentes", ni la granizada de plomo cayendo hasta dentro de los cafés, ni los golpes directos y mortales de los oficiales y gendarmes hasta en las veredas. Del mismo modo que el ravacholismo surge principalmente de Clichy, se puede decir que el antimilitarismo obrero surge de Fourmies. En adelante, y por mucho tiempo en Francia, sólo los reaccionarios gritarán: "viva el ejército", y el proletariado recordará las palabras del general Changarnier, después de las masacres de junio:

> Los ejércitos modernos tienen por función no tanto la lucha contra los enemigos exteriores sino la defensa del orden contra los agitadores del interior.

A su retorno de la masacre, el 145º de Línea fue acogido en Cateau

y en Maubeuge a los gritos de: "¡Al agua! ¡Asesinos!" Se le cambió de guarnición y en Mont-Médy continuó siendo objeto de la reprobación popular. En Roanne, el 6 de junio, en una reunión amigable de 150 conscriptos, el grito de "¡Fourmies!", surgido de la boca de la mayoría de los asistentes, acogió una exposición militarista. En Burdeos, el 22 de junio, en el curso de la huelga de los tranviarios, los húsares fueron silbados, insultados y maltratados al grito de: "¡Fourmies!"

Pero los trágicos acontecimientos continuaron en Fourmies manteniendo en efervescencia a la población obrera, que fue en masa a una huelga general, desertando de las 32 fábricas de la ciudad. El mismo día en que se aplicaba esta decisión de conjunto, el prefecto del Norte, inquieto, reunió al patronato local. Se decidió que cada jefe de establecimiento buscaría "con su personal el entendimiento especial que permita la situación". Así, había sido necesario todo un mar de sangre para llevar a los patronos a una transacción.

Le Temps hablaba de "los agitadores de profesión, que fundan su fortuna política precisamente sobre las calamidades de las que ellos son autores". Este lenguaje anunciaba nuevas víctimas que pagarían las responsabilidades en que se había incurrido, en lugar de todos los aterrados: los patronos, el alcalde Bernier, el sub-prefecto Isaac, el comandante Chapus, el procurador Lefrançois. El 11 de mayo fue arrestado Culine, secretario del grupo local del Partido Obrero, y el 15 de junio se inculpó a 16 manifestantes de los que 13 serían condenados a penas que variaban entre 8 días y 6 meses de prisión. Esto pasaba el 1º de julio. El 4 y el 5 del mismo mes, como para desplazar las responsabilidades, Culine y Lafargue comparecieron ante el Tribunal del Norte. El primero fue condenado a seis años de reclusión. Lafargue, a pesar de un hermoso alegato de Alexandre Millerand, diputado de París, fue condenado a un año. Según las palabras de este futuro presidente de la República, "la iniquidad de una condena" se agregaba al "horror de la masacre". Pero Lafargue, diputado electo por Lille desde el primer escrutinio, debía salir de Sainte–Pélagie en noviembre de 1891, y Culine, cuatro veces sucesivas electo en el terreno cantonal, debía forzar las puertas de la prision de Melun el 9 de noviembre de 1892.

El 18 de abril anterior, en el curso de una reunión socialista en la aldea de Chassemy (Aisne) el capitán Nercy, oficial de otro temple que el comandante Chapus, declaró que si se lo obligaba a combatir "lo que se llama el enemigo interior", no obedecería más que a su conciencia. Sancionado con los arrestos de rigor, este valiente ciudadano, después de haber sido dado de baja en condiciones escandalosas, debía morir en un estado cercano a la indigencia.

En el extranjero

Fuera de Francia, fue sobre todo en Italia donde el 1º de Mayo de 1891 se destacó por la violencia. Por cierto que Filipo Turati, el futuro líder, que sin ser aún diputado estaba ya a la cabeza de *La Critica Social*, dio una conferencia en Milán sobre las ocho horas que transcurrió en calma. Pero en Roma hubo escenas de sedición con incendios de cuarteles que se prolongaron durante ocho días y en Florencia hubo escenas de pillaje. Enrico Malatesta, el líder anarquista, considerado como instigador del congreso de Capolago que organizó el 1º de Mayo, fue condenado por el tribunal de Lugano a 45 días de prisión, mas el gobierno cantonal suizo del Tessin rehusó su extradición. Se intentó hacer un proceso monstruoso a 62 libertarios detenidos en Roma, a quienes se colocó no en el banquillo reservado a los acusados, sino, como bestias feroces, en una inmensa jaula de hierro. Sus camaradas de Lieja, en Bélgica, habían aprovechado el 1º de Mayo para sustraer de un depósito 8.000 cartuchos de dinamita. A fines de diciembre de 1891 debían ser condenados por contumacia a 15 años de trabajos forzados cada uno, más veinte años de vigilancia, y seis meses más de prisión por derecho de costas.

En Hungría estallaron grandes huelgas y se hicieron descarrilar trenes. En España hubo choques entre la policía y los manifestantes y se realizaron numerosos arrestos. En Madrid, mientras su marido estaba en París, la señora Cunningham–Graham habló ante 8.000 asistentes, llevándoles el mensaje de fraternidad de los obreros ingleses.

En Bucarest, 4.000 personas tomaron parte en la demostración. En Copenhague, los miembros del Partido Socialista Revolucionario (fracción Petersen) atravesaron la ciudad llevando en sus sombreros papeles que reclamaban las ocho horas. En Alemania no hubo paros, sino reuniones por la tarde. La fracción social–demócrata en el Reichstag dio la voz de orden de celebrar el 1º de Mayo al domingo siguiente. Se hizo una publicación especial de medio millón de ejemplares. Los desfiles fueron imponentes en todas partes donde los permitió la policía. En Hamburgo tomaron parte en la manifestación 100.000 hombres. Ese mismo día la demostración de Londres, aunque quizá menos ferviente, fue tan numerosa como el año anterior. Con ocasión de ella, el célebre artista Henry Scheu, ex delegado al congreso internacional de

La Haya (1872) , que acababa de grabar en madera la figura de F. Engels, compuso un magnífico fresco: "El triunfo del trabajo", dedicado a los trabajadores de todos los países.

Giro de la Iglesia

La resonancia del 1º de Mayo de 1891, y singularmente de la masacre de Fourmies, fue considerable.

Desde la tribuna del Palais–Bourbon, el líder del catolicismo social francés, Albert de Mun, se hizo eco de las consideraciones proféticas y las solemnes advertencias del líder radical Clemenceau. Fue categórico y tuvo el valor de romper con la mayoría de sus amigos de la derecha. En respuesta al presidente del Consejo, que había pretendido que una comisión investigadora prolongaría el deplorable acontecimiento, había mostrado con emoción que el velo de un voto de confianza no impediría ni "los muertos que se entierran con lágrimas" ni la pobre gente que llora a sus desaparecidos. Y había subrayado que de todas maneras había que esperar "una profunda perturbación en las almas y una horrible situación creada entre los obreros y los patrones".

Era reconocer la exacerbación de la lucha de clases y, en esta ocasión, el conde Albert de Mun reflejaba la creciente inquietud de la Iglesia ante la cuestion social. En efecto, como la burguesía, la Iglesia estaba horrorizada de los progresos de la clase obrera y quería cerrar el camino al socialismo, al Anticristo convertido, según la predicción de Littré, en "la Religión de las clases desheredadas".

¿Cómo rechazar el peligro? La Iglesia no tenía ya a su disposición el brazo secular. Necesitaba encontrar armas en su doctrina. Y puesto que ya había un socialismo de la catedra y un socialismo de Estado oponiéndose al socialismo auténtico, el del proletariado, estimó que era tiempo de participar en la maniobra de envolvimiento por medio de la consagración de una especie de socialismo de Iglesia, sobre la base de las ideas del catolicismo social. Este fue el objeto de la encíclica De Rerum-Novarum.

Leon XIII la tenía en preparación desde hacía muchos años. Lo había confesado a la primera peregrinacion francesa del trabajo. Había incluso creado en el Vaticano un "Comité íntimo" con este fin, en el tiempo en que apoyaba la conferencia de Berlín por una legislación obrera internacional y en que Albert de Mun intervenía en la Cámara francesa en pro de esta reivindicación y de la limitación de la jornada

de trabajo. La encíclica estaba lista, era ardientemente deseada y había sido largamente madurada. Pero no por casualidad se publicó el 15 de mayo de 1891, fecha que hay que recordar.

Sin embargo, en ella no se trataba del 1º de Mayo. No obstante, el temor de la demostración decidida cerca de dos años antes y ya dos veces realizada impregna su contenido, bastante mediocre, por lo demás, sin fuego y como se ha dicho de una fraseología de corte patronal. Los socialistas son tratados de "hombres turbulentos y astutos", "ambiciosos de novedades" e "imbuídos de falsas doctrinas". El "Papa obrero" impulsa a la represión contra ellos, intenta refutar sus doctrinas y levantar frente a ellas la carta social que llegará a ser para los católicos sociales –guardando las debidas proporciones– lo que fue el Manifiesto comunista para los socialistas. Según las palabras de Georges Goyau, historiador del catolicismo social, León XIII, vicario del Altísimo en la tierra, hacía intervenir "a Dios entre las clases enemigas". Admitámoslo. Pero no por eso es menos cierto que sin el empuje del proletariado y del socialismo que atestigua la demostración del 1º de Mayo, y especialmente del 1º de Mayo en Fourmies, el gesto del Soberano Pontífice, que inaugura un giro en la historia de la Iglesia, no se habría producido en la fecha del 15 de mayo de 1891.

VIII

El 1° de Mayo de 1892

El Congreso Internacional de Bruselas (agosto de 1891)

Parecen ser los trabajadores de Tolosa (Francia) los primeros en plantear formalmente la perennidad del 1º de Mayo. En una reunión realizada el 1º de Mayo de 1890 emitieron "el voto de que haya, de hoy en adelante, el 1º de Mayo la celebración anual de una gran fiesta internacional del trabajo".

La manifestación del 1º de Mayo se había renovado en 1891 a causa de las decisiones de diversas organizaciones nacionales. Pero, como ningún congreso socialista internacional se había reunido desde julio de 1889, la periodicidad de la manifestación no había sido regular ni mundialmente establecida. El congreso socialista internacional de Bruselas (16–22 de agosto de 1891), que reunía en la Casa del Pueblo a 337 delegados de 15 naciones, confirió al 1º de Mayo su carácter de manifestación anual. El orden del día del congreso expresaba en el punto 9, relativo al 1º de Mayo, la siguiente mención:

> Celebración internacional del 1º de Mayo, consagrada a la vez al principio de las ocho horas, a la reglamentación del trabajo y a la afirmación universal del proletariado por el mantenimiento de la paz de las naciones.

Observemos esta redacción, porque es la primera vez que se trata de dar al 1º de Mayo, al mismo tiempo que un carácter económico, uno pacífico, en tanto que el término de celebración implica un carácter de fiesta.

En el curso de los debates una gran divergencia enfrentó a los delegados alemanes e ingleses, por una parte, con los austríacos y franceses, por la otra. Los delegados alemanes, basándose en su actitud cuando la última demostración, habían decidido en conferencia particular proponer que en el futuro la manifestación se realizara el primer domingo de mayo, y en caso de que no se pudiera llegar a un acuerdo general sobre esta proposición, llevar a una acción para que la jornada común de cesación del trabajo no estuviera ligada obligatoriamente con el 1º de Mayo. Los austríacos, por el contrario, apoyados en una resolución votada unánimemente en el último congreso del Partido Obrero realizado en Viena, pedían "cesación absoluta del trabajo" y se oponían a todo cambio de fecha. Debían triunfar en este último punto, así como los franceses, que sostenían la misma tesis.

Hubo también un debate sobre los objetivos del 1º de Mayo. Finalmente, se adoptó el texto que sigue:

> El Congreso, a fin de conservar al 1º de Mayo su verdadero carácter económico de reivindicación de la jornada de ocho horas y de afirmación de la lucha de clases, decide:
> Que haya una demostración única para los trabajadores de todos los países;
> Que esta demostración tenga lugar el 1º de Mayo;
> Recomendar el paro en todas partes donde no sea imposible.

El danés Petersen había sido el informante de la cuestión del 1º de Mayo; el belga Vandervelde informó sobre la legislación del trabajo. En una resolución, el Congreso reconoció: por una parte, que la legislación promulgada en los diferentes países desde el congreso de 1889 en París no respondía en modo alguno a las legítimas aspiraciones del proletariado; por otra, que si bien la conferencia de Berlín había estado en verdad reunida "bajo la presión de los congresos socialistas", sus deliberaciones demostraban que los gobiernos se oponían a las reformas necesarias. La resolución hace constar además que la legislación obrera "no sólo es defectuosa en sí misma, sino ejecutada y aplicada de una manera irrisoria". En consecuencia, exhorta a la clase obrera a continuar la lucha por la realización del programa de los congresos de París, organizando en cada país una encuesta pemanente sobre las condiciones del trabajo y la situación de las clases laboriosas.

Preparación del 1º de Mayo de 1892 en Francia

La Secretaría Nacional del Trabajo de Francia, surgida del congreso internacional de Bruselas y formada por los delegados de las diferentes organizaciones socialistas y obreras, dirigió un llamado a los trabajadores para que la manifestación del 1º de Mayo de 1892 "sobrepase en importancia y en grandeza a las de los años precedentes". Además de la reivindicación universal de la jornada de ocho horas a la que se unía "el mantenimiento de la paz internacional" –que el congreso de Bruselas no había recordado formalmente en su resolución–, la Secretaría daba sobre todo como objetivo particular para Francia la supresión de las oficinas de colocaciones, "vestigio del antiguo comercio de esclavos". Y como la fecha del 1º de Mayo coincidía con las elecciones

municipales en los departamentos, el llamado aprovechaba para comprometer a los trabajadores a votar a los candidatos socialistas, a fin de obtener, con el triunfo de las reivindicaciones, la creación de nuevas Bolsas de Trabajo, a la espera de "la completa emancipación proletaria".

En este llamado, de tono completamente moderado, no había la menor alusión a los fusilamientos de Fourmies que habían ensangrentado el 1º de Mayo precedente. El Comité general de organización de la jornada, encargado de publicar la hoja Manifestación del 1º de Mayo, consagró por el contrario un párrafo de su manifiesto a la masacre de Fourmies:

> En vano la burguesía siembra de cadáveres la ruta del socialismo, como en Fourmies; en vano emplea los medios más criminales contra los socialistas; el efecto económico disolvente del actual régimen prepara la sociedad que soñamos.

En un llamado especial a los "trabajadores de Fourmies y de Wignehies", el Partido Obrero se extiende largamente sobre "la masacre sin ejemplo que ha espantado e indignado a Francia entera"; así como la frustrada matanza del 26 de agosto de 1891 en la fiesta de Wignehies. El llamado general del mismo Partido, en vista de las elecciones municipales, recordaba a los obreros a los suyos, caídos "bajo los Lebel de la República patronal". Pero aun invocando el "pacto de solidaridad internacional concluído en París en 1889", aun reivindicando de nuevo "la jornada legal de ocho horas", ponía el acento sobre el llamado a las urnas para expulsar de los Ayuntamientos a la burguesía oportunista. Al hacerlo, seguía las directivas del IX Congreso realizado en Lyon (noviembre de 1891), que había llevado tan lejos la combinación de las elecciones municipales y la manifestación del 1º de Mayo, que se había previsto que luego de la reunión de los trabajadores se dirigirían éstos en corporación a las diferentes mesas receptoras de votos, para cumplir con su deber de socialistas. Por lo demás, Jules Guesde, en el último número del Socialista, órgano central del Partido Obrero, aparecido antes del 1º de Mayo, había fijado bien el carácter esencial de la jornada:

> En Francia, este año la manifestación convertida en acción se realizará en las urnas. Instalando a nuestros candidatos en los Ayuntamientos nuestro proletariado afirmará su solidaridad con el proletariado del mundo entero.

Se debe decir que en el origen de esta nueva manera de encarar el 1º de Mayo –adecuada, es verdad, al juego de las circunstancias– hay una cierta desafección de las masas con respecto a la jornada proletaria. Es bien cierto que las organizaciones sindicales en general no podían menos que ver con malos ojos el 1º de Mayo de acción reivindicatoria absorbido y como ahogado por la acción electoral.

Se podría aun sostener que esta absorción hizo entonces tanto mal al 1º de Mayo como, más tarde, la fiesta legal del trabajo o "fiesta del muguete", en cuanto medio eficaz de entorpecimiento de la jornada obrera. Con la diferencia, sin embargo, de que la primera absorción se debía a militantes socialistas bien intencionados sin duda pero demasiado enamorados de los éxitos electorales, en tanto que la segunda –de la que volveremos a hablar– será decidida a sabiendas por los adversarios del movimiento de liberación de los trabajadores.

Controversias y posición de los anarquistas

Sea como fuere, está claro que los anarquistas debían inquietarse luego de conocer las decisiones del congreso guesdista de Lyon.

Durante su gira de cuarenta conferencias en la región lyonesa que se realiza después de este congreso, Sébastien Faure se levantó violentamente contra la concepción "política" del 1º de Mayo. Lo propio ocurrió en la reunión interdepartamental que clausuró en cierta manera esta gira (16 y 17 de enero de 1892) y en la que sesionaron compañeros de Dijon, Chalon, Villefranche, Saint–Chamond, Le Chambon, Saint–Étienne, Romans, Grenoble, Vienne, Bourgoin, etc. En el curso de las discusiones, el principio de la jornada del 1º de Mayo se trató de nuevo y mucho más claramente. Es interesante conocer la argumentación sostenida. En primer lugar, el 1º de Mayo es sospechoso por el hecho mismo de su origen, ya que es un congreso colectivista el que lo ha sostenido sobre la pila bautismal. Luego, no constituye una "jornada revolucionaria", sino un "trampolín electoral" para los "sedientos de poder" y los "pordioseros de mandatos", ya que incitando a los trabajadores a reclamar a los poderes públicos la reducción de la jornada a ocho horas, muestran la utilidad de enviar socialistas al parlamento. Por eso, en respuesta, importa hacer sentir a los obreros "la inanidad de esta reforma". Por último, es absurdo hacer una manifestación con fecha fija y periódicamente, porque no se puede obtener nada serio cuando los gobernantes tienen todas las posibilidades de preparar su contraataque. A pesar de todo, los anarquistas de la región lyonesa, estimando que los revolucionarios deben estar presentes donde las masas reivindican, y teniendo en cuenta el hecho de que los anarquistas han

dado importancia a la jornada tomando en ella una parte activa, no parecen haber seguido a Sébastien Faure en la campaña que éste organizó en toda Francia contra el 1º de Mayo.

La Révolte, el órgano "comunista–anarquista" de Jean Grave –y verosímilmente por la pluma de este último desaprobó la campaña de Sébastien Faure.

Es bien evidente que las manifestaciones periódicas y con fecha fija no son más que una trampa... [y] está fuera de duda que la jornada de ocho horas, presentada como una panacea y una solución de la cuestión social, no es sino una patraña.

Pero no hay que olvidar tampoco que este movimiento del 1º de Mayo arrastra más bien a los conductores del socialismo autoritario más de lo que ellos mismos lo conducen; que es un movimiento obrero y que los anarquistas, por mucho que digan y hagan, no podrán nunca desinteresarse completamente de él.

No basta combatirlo con el pretexto de que no puede producir nada, porque sería entonces hacer el juego al gobierno actual... Sobre todo no olvidemos que de este movimiento pueden surgir complicaciones –ejemplo, Fourmies– que pueden servir para provocar la revolución, y que para combatir un movimiento obrero que se equivoca hay que saber hacerlo con tacto si no se quiere ser tomado como enemigo.

Esto no era todo. Sébastien Faure había dejado entender que muchos compañeros prominentes del movimiento parisiense lo secundarían en su campaña y recibió de parte de la mayoría de ellos una respuesta que delegaba responsabilidades. Allí se decía:

1º Cada vez que las masas populares desertan del taller para descender , a las calles, el interés de todos los anarquistas, sean cuales fueren las tendencias del movimiento, debe ser mezclarse con ellas para tratar de desviarlas hacía la revolución social.

2º Los anarquistas no son un partido de conspiradores, que esperen hacer una revolución por sorpresa. No cuentan más con el lº de Mayo que con cualquier otra fecha, pero puesto que el pueblo tiene tendencias revolucionarias ese día, sería extraño y aun lamentable que le aconsejáramos mantenerse entonces en reposo.

3º El Congreso de la calle Rochechouart, al fijar el 1º de Mayo como fecha de una manifestación, no tenía en vista ms que fines políticos. Esperaba hacer maniobrar a su voluntad a la masa regimentada por ellos. Pero, como casi siempre el pueblo ha ido más lejos de lo que sus supuestos representantes lo hubieran querido... El 1º de Mayo lanzado por los políticos se ha convertido en fecha revolucionaria y de tendencias anarquistas.

4º Los temores de algunos compañeros, de que las manifestaciones periódicas impidan que la acción se produzca fuera de la fecha fijada, no son fundados; los recientes levantamientos de España, el país mismo donde las manifestaciones del 1º de Mayo de 1890 y 1891 han revestido el carácter más violento y revolucionario, nos dan la prueba de lo contrario.

Esta declaración fue firmada por C. Malato, E. Pouget, Constant Martin, Brunet, Tortelier, Jacques Prolo, Émile Henry y Chiroki, en tanto que, por otra parte, los grupos anarquistas de Clichy, de Levallois y de Batignolles se afirmaban "categóricamente opuestos a toda campaña contra el 1º de Mayo".

Tales reacciones de los medios anarquistas franceses en los meses que preceden al 1º de Mayo de 1892 son dignas de señalarse. Hay que notar también que aparte de Sébastien Faure y de algunos pocos compañeros y a pesar de la inclusión de la acción electoral en la jornada, los militantes más conspicuos mantuvieron su participación en el movimiento. Más aún, reconocieron que el 1º de Mayo había conquistado tal derecho de ciudadanía en la clase obrera que no era posible combatirlo ni siquiera criticarlo.

La cuestión de las ocho horas en los países anglosajones

Pero ¿dónde estaba prácticamente la cuestión de las ocho horas en el momento en que las masas iban a ponerse una vez más en movimiento en favor de esta reforma considerada por Jules Guesde como "la más importante, por no decir la única reforma que pueda realizarse en un régimen capitalista"?.

En Francia, la proposición más radical presentada por el grupo socialista en 1890 no había llegado a más que la nueva proposición Basly, presentada el 27 de abril de 1891, y que la proposición Goujon, presentada el 11 de mayo de 1891 y que se aplicaba solamente a las minas y a los establecimientos insalubres. Por lo demás, no había tenido ningún éxito la proposición Chiché–Jourde–Aimé–Mittchel (22 de mayo de 1891), que limitaba a ocho horas la duración del trabajo contratado por las comunas, los departamentos y el Estado, lo mismo que la proposición Argeliès, que fijaba en ocho horas el máximo de la jornada de trabajo de los mecánicos y guarda-agujas de las grandes líneas (14 de noviembre de 1891). En el plano de los combates y negociaciones entre obreros y patronos no se tiene tampoco conocimiento de ningún resultado.

En los países anglosajones las cosas se presentaban con un aspecto más estimulante.

En los Estados Unidos, entre los carpinteros que habían obtenido ya las diez horas, y aun a título excepcional las nueve horas, 46.197 afiliados

habían conseguido después del 1º de Mayo de 1890 la jornada de ocho horas y casi todos los otros la de nueve. Desde entonces, era regla hacer ocho horas en las grandes ciudades y nueve en las otras, y la asociación de contratistas se acomodaba a ello. Estos resultados, así como otros obtenidos por los trabajadores en su lucha directa, acababan de ser completados por la conquista de las ocho horas por los obreros mineros de las compañías "Delaware Lackawand and Western" y "Delaware–Hudson", pero en el plano político, la ley de 1868 seguía siendo letra muerta. En realidad, sólo durante el corto período en que había permanecido en el poder el presidente Grant se había provisto a su ejecución.

Indudablemente, hacía muchos años que existía una Oficina del Trabajo. Pero, como lo demostró un delegado americano al Congreso de Bruselas, era un establecimiento pirata, administrado por los enemigos del proletariado y compuesto de empleados elegidos ex profeso. Jugaba con las cifras, falsificaba las estadísticas y confeccionaba gráficos erróneos para mejor cantar al pueblo las alabanzas del capital. Jamás consintió en dar el total de obreros desocupados ya que, al poner al desnudo la odiosa plaga del pauperismo, habría probado que el considerable aumento de la riqueza nacional no aprovechaba más que a un puñado de hombres. Basta con decir que no se podía esperar nada de este organismo oficial con respecto a la limitación del tiempo de trabajo y, por consiguiente, a las transgresiones a la ley de 1868.

Ahora comprendemos por qué O'Neill, diputado de Missouri, acababa de presentar a la Cámara de Representantes un *bill* tendiente a dar sanción penal a la jornada legal del trabajo.

La clase obrera de los Estados Unidos, comprendiendo la importancia de este bill, organizó en su apoyo una agitación monstruo. Según los términos del proyecto, no sólo los funcionarios sino los empleadores que trataran con el gobierno federal o el distrito de Columbia estarían obligados a respetar y hacer respetar la ley de las ocho horas, bajo pena de una multa de 250 a 5.000 dólares y de prisión de 15 días a 6 meses, pudiendo ambas penas ser acumuladas. En todas las organizaciones obreras se votaron resoluciones y notas cubiertas de firmas que fueron enviadas a los representantes y a los senadores de cada Estado, así como al Comité legislativo de Washington encargado de centralizarlas y hacerlas llegar a quien correspondiera.

En Gran Bretaña, en el curso de los años precedentes los constructores de navíos, los marinos, mecánicos, carpinteros y tipógrafos habían obtenido grandes ventajas, en lo que respecta a la reducción de las horas

de trabajo, gracias a la huelga. Sólo en el año 1890, de unas cincuenta huelgas desencadenadas total o parcialmente sobre esta reivindicación, terminaron victoriosamente treinta y ocho.

Pero la agitación operaba sobre todo en torno al *bill* de las ocho horas presentado en la Cámara de los Comunes. Hemos visto participar en la manifestación parisiense del 1º de Mayo de 1891 al diputado prosocialista Cunningham Graham. A él y a los diputados Randell, Abraham, Conybeare y Clark pertenece la iniciativa de este *bill*. Fue rechazado, pero desde entonces no tuvo lugar una elección sin que se planteara la cuestión de las ocho horas. Muchos candidatos fueron elegidos sólo a condición de pronunciarse en pro de esta reforma. Por otra parte, el congreso de las Trade–Unions había pedido las ocho horas y ya, en lo que concierne a los obreros mineros, había una especie de aceptación tácita de la reducción de la jornada de trabajo. La opinión pública se compadecía mucho de la suerte de los trabajadores del subsuelo.

Lo característico de la época en que nos encontramos es que no se realiza una sola sesión del Parlamento sin que se registren progresos en el terreno de la jornada legal del trabajo.

Por ejemplo, en marzo pasa a segunda lectura un *bill* que limita el tiempo de trabajo de las mujeres a setenta y cuatro horas por semana, comprendidas las de reposo, lo que da un término medio de doce horas y media por día. Por cierto que se está aún lejos de las ocho horas, pero no por eso deja de ser un camino hacia esta reforma. Tanto más cuanto que dicho *bill* pasa por una mayoría de veintiocho votos, una mayoría que comprende numerosos conservadores y liberales conocidos hasta entonces como enteramente recalcitrantes. Por lo demás, la oposición no presenta durante estos debates más que algunas observaciones de detalle.

Aun en marzo se rechaza el acta que limita a ocho horas el trabajo minero. Pero la minoría, que llega a totalizar ciento sesenta votos, es imponente y se comprueba –hecho también tranquilizador, quizá– la división de todos los partidos sobre la cuestión. Mucho más: Chamberlain, líder de los liberales, pronuncia en esta ocasión un discurso favorable al *bill*, en el que sostiene, ni más ni menos que si fuera un diputado socialista, que las largas horas de trabajo significan trabajo disminuido, sin valor, inferior, y que hay un máximo imposible de sobrepasar sin aumentar la mala calidad del trabajo. Chamberlain llega a decir que la reducción de las horas de trabajo por la acción legislativa es sin duda alguna la cuestión "más simple, más fácil y menos irritante". ¡Cómo se comprende que a consecuencia de tal debate los mineros no

se tengan por derrotados! ¡Qué bien se explica asimismo su insistencia en el congreso internacional que se reunirá precisamente en Londres (1925 de junio de 1892), para hacer votar por sus hermanos de los otros países una moción favorable a las ocho horas de trabajo en el subsuelo, "de la entrada a la salida de los pozos", moción destinada –según ellos– a influir sobre el Parlamento desde la primera presentación de la ley!

Todos estos hechos, que hablan muy claro, se ven ilustrados por la presentación de un nuevo *bill* de ocho horas así concebido:

El primero de Mayo de 1892, y después de esta fecha, nadie trabajará u obligará a otra persona a trabajar, en tierra o mar, en ninguna capacidad, bajo ningún contrato o artículo de compra o alquiler de trabajo o de servicio personal en tierra o mar (excepto en caso de accidente), más de ocho horas diarias de cada veinticuatro, o más de cuarenta y ocho horas por semana.

Todo empleador, administrador o toda otra persona que, con conocimiento de causa, fuerce a una persona sujeta a su autoridad o mando, o empleada por él, a trabajar [en las condiciones arriba citadas] se expondrá a una multa de 10 libras (250 francos) como mínimo, a 100 libras (2.500 francos) como máximo, por cada infracción de este género.

El 1º de Mayo de 1892 en el mundo

En este ambiente y con tales auspicios se desarrolló la demostración londinense del 19 de Mayo en Hyde–Park. Sobrepasó en éxito y grandeza a las de los años precedentes Y recordó los grandes días revolucionarios del tiempo del movimiento cartista. El número de asistentes se calcula en medio millón. Los anarquistas realizaron al lado un mitin particular en el que habló Louise Michel. Una resolución que concluía en una jornada de trabajo reglamentada por un acto del parlamento clausuró los discursos pronunciados en 14 tribunas, lo que señalaba la victoria de los "legalistas", en minoría en 1890 y en igualdad con sus adversarios en 1891.

La decimocuarta tribuna organizada por la Liga de las ocho horas, cuyo presidente era el doctor Aveling, uno de los yernos de Marx, se hizo notar por su carácter internacional. Junto al viejo Engels estaban allí: Lessner, otro veterano amigo de Marx; Kautsky y Bernstein, por Alemania; los revolucionarios rusos Stepniak y Volkinsky; William Morris y la señora Cunningham Graham, por Inglaterra; Bernard, del Partido Obrero francés, y Roussel, delegado de la Bolsa de Trabajo de París que, cumplido su mandato, debía compartir la cena con Engels.

En el resto del país desfilaron con banderas desplegadas numerosos cortejos y Cunningham Graham tomó la palabra en Manchester.

En ultramar, en Chicago la policía se apoderó de las banderas rojas de distintas organizaciones, lo que acarrearía un proceso bastante curioso por su veredicto, ya que, al ratificar la confiscación, atacaba el sacrosanto principio de la propiedad. En Brasil la asociación obrera Centro Operario organizó un gran mitin turbado por un alboroto.

En Bélgica, conforme a la resolución tomada en el Congreso común del Partido Obrero y de las Asociaciones por el sufragio universal que reunían a 385 delegados, la manifestación se organizó sobre la plataforma de las ocho horas y del voto popular, "considerado como uno de los medios de realizar esta reforma". La manifestación fue imponente, con abundancia de estandartes, carteles y banderines. En Bruselas, de diez a quince mil personas que partieron de la Casa del Pueblo se dirigieron a la llanura de Ten-Bosh, donde se habían levantado ocho tribunas. Lelorrain, delegado de la Bolsa de Trabajo de París, arengó a la multitud.

En Suiza, las calles de las grandes ciudades fueron recorridas por cortejos precedidos de banderas rojas. En España –en Madrid–, gran mitin en el Retiro. La primera fila de asientos estaba ocupada por 25 mujeres de obreros que llevaban en la cintura una cinta roja con la inscripción: "Jornada de ocho horas. 1º de Mayo de 1892". En Italia, el periódico especialmente editado por la manifestación, *Primo Maggio*, tachado por la censura, apareció con dos páginas en blanco. En Roma, los frentes de los locales de las organizaciones estaban embanderados.

En Alemania, la jornada tomó sobre todo un carácter de fiesta y se tradujo por reuniones en salas decoradas de rojo, con asistentes vestidos del mismo color. En varias circunscripciones electorales de Berlín la afluencia fue de veinte a veinticinco mil personas. En Hamburgo, una manifestación callejera reunió a 100.000 personas, que atravesaron la ciudad con banderas desplegadas.

En Austria –en Viena–, después de las 33 reuniones públicas de la mañana, más de 20.000 obreros se dirigieron al Prater. En Budapest la policía ocupó por la fuerza las salas donde debían realizarse los mitines. Los obreros debieron reunirse en el parque Nussdorff, donde la demostración tuvo pleno éxito.

En Rumania hubo un notable progreso. La manifestación gana Jassy, Galatz, Ploiestj y Craiova. En Bucarest, las corporaciones que hasta entonces se habían mostrado refractarias se unieron al cortejo, banderas al frente.

El Partido Obrero Rumano había enviado el 29 de abril al P. O. F. una nota vibrante recordando el grandioso alcance de la jornada:

> La demostración del 1º de Mayo da a la clase obrera ocasión de reunirse en masa en todas partes en tono a la bandera roja de la expropiación política y económica de la burguesía.

En fin, en las antípodas, a pesar de una gran conquista de las ocho horas, una fracción del proletariado de Australia también "manifestó. Especialmente en Sydney, los huelguistas en número de varios millares decidieron emplear todos los medios para obtener las reivindicaciones obreras.

Mencionemos especialmente el 1º de Mayo de Lodz (Polonia rusa), que terminó trágicamente, a pesar de las declaraciones e intenciones pacíficas de los obreros. En el folleto impreso clandestinamente y profusamente distribuido se decía:

> Pedimos no trabajar más que ocho horas con el fin de protegernos contra la desocupación, de tener tiempo para instruirnos y descansar y de permitir empleo a mayor número de brazos.
>
> Pedimos un aumento de salario para arrancar a nuestros hijos de la miseria y del prematuro agotamiento de sus fuerzas y para que nuestras hijas no se vean ya colocadas ante la horrible alternativa de venderse o morir de inanición.
>
> Pedimos la libertad política. ¡Abajo el cruel despotismo del Zar, que mata a nuestros mejores y más nobles campeones! Queremos gobernarnos por nosotros mismos.

El 2 de mayo se desencadenó la huelga por la reducción de la jornada de trabajo a 10 horas y por el aumento de salarios. El 5, la huelga se generalizó, englobando de ochenta a cien mil trabajadores en Lodz, 20.000 en Zgnierzh y Pobianitze, más o menos. Los fabricantes estaban dispuestos a recibir una diputación elegida por los huelguistas, a reducir en una hora la jornada de trabajo y aumentar ligeramente los salarios. Pero el gobierno de la provincia les prohibió entrar en conversaciones y dar la menor satisfacción a los obreros. Envió al lugar dos regimientos de cosacos y destacamentos de caballería con orden de poner la ciudad en estado de sitio y de no escatimar los cartuchos. Desde entonces la represión fue violenta. Se obligó a los obreros a volver al trabajo. Hubo escenas sangrientas; 140 personas fueron heridas o muertas. Se realizaron arrestos en masa, 200 de los cuales terminaron ante los tribunales. Por fin, fueron expulsados centenares de obreros. El trabajo no se reanudó hasta el 9 de mayo, bajo la presión de las bayonetas.

En suma, este 1º de Mayo internacional, que por primera vez caía en domingo debió a tal circunstancia el revestir más amplitud que los precedentes. Pero, sin el desarrollo del movimiento obrero, la demostración no hubiera podido, por cierto, sacar partido de esa circunstancia favorable y transformarla en una ocasión grandiosa. Simbolizaba pues, en último análisis, la pujanza irresistible del proletariado que pasaba revista a sus fuerzas crecientes, y comulgaba en una unidad de acción y en una fraternidad internacional cada vez más acentuadas.

Esto fue lo que subrayaron los líderes del socialismo internacional, llamados por un grave semanario burgués –el primer periódico ilustrado de Francia– a dar algunas línea autógrafas sobre la jornada que se preparaba.

El patriarca Victor Considerant, auténtico representante del fourierismo en esta época impregnada de marxismo, abrió la marcha con la magnífica declaración que sigue:

> Esta federación de poblaciones asalariadas, que une en una voluntad común a las legiones del trabajo en las naciones industriosas y civilizadas de las cinco partes del mundo, ha fundado un grave y muy grande aniversario –desde ya adquirido y perteneciente a la historia de la humanidad–. Veo en él el primer acto efectivo de la futura fraternidad de los pueblos y de la emancipación del trabajo explotado y expoliado desde el origen de las sociedades. Veo en él el anuncio de los tiempos nuevos, en que la institución social, definitivamente asentada sobre la justicia, realizando la asociación de los intereses y la convergencia de las fuerzas hasta ahora secularmente desperdiciadas en luchas animales y estúpidas, y poniendo en juego, en provecho de todos, las incalculables potencias productivas de la ciencia, del trabajo y del genio de la humanidad, abrirá por fin a ésta la era soberbia de su gobierno inteligente de la tierra, el dominio que le pertenece.

Por su parte, F. Engels, el alter ego de Marx, se sentía feliz de mostrar los "hijos de los soldados prusianos que en 1871 ocupaban los fuertes en torno a París y a la Comuna", combatiendo esta vez por millones, "brazo a brazo con los hijos de los comuneros".

Y en razón de su carácter esencialmente internacionalista la manifestacion del 1º de Mayo aparecía a los ojos del líder español Pablo Iglesias como "el arma más formidable que haya inventado el socialismo contra el mundo burgués".

En Francia

Es bastante extraño observar que en Francia este 1º de Mayo fue de los más descoloridos.

Para explicar este hecho no hay más que la prioridad concedida a la acción electoral. La jornada cayó mal, al día siguiente del proceso de Ravachol. *Le Temps* afirmaba que la emoción producida por los atentados anarquistas no dejaría de "influir sobre los resultados del escrutinio". Se ha podido estimar en efecto y sin exageración que la perturbación arrebató 60.000 votos a las listas socialistas. Pero también quitó obreros a la manifestación internacional. De manera que cuando Jules Guesde anunciaba en una fórmula sorprendente, al gusto de la época, que "los 1º de Mayo son la dinamita que hará saltar la sociedad capitalista", por una extraña paradoja la dinamita anarquista minaba sordamente en Francia al 1º de Mayo.

El gobierno había tomado las precauciones de costumbre. Los soldados estaban listos en los patios de los cuarteles; los agentes sólo circulaban en grupos de dos. Y sin embargo, en París, el mitin único decidido por el Comité general de la manifestación y en el que intervino Macdonald, delegado inglés, no agrupó a más de 7.000 asistentes. La resolución adoptada en la sala Favié era, por lo demás, una confesión de fracaso en su último párrafo:

> [Los trabajadores parisienses] dan cita para el 1º de Mayo de 1893 al proletariado universal, con el fin de afirmar con una manifestación más importante la solidaridad internacional.

Es justo notar que en París hubo otras reuniones además del mitin central, por ejemplo en el distrito XVIII y en el lago Saint–Fargeau donde, después de Lavy, hizo uso de la palabra MacDonald.

Con respecto al paro, a pesar del llamado de los periódicos socialistas, la jornada no se caracterizó por ninguna detención del trabajo en los transportes. Sin embargo, los obreros y empleados de tranvías y ómnibus, con doce horas diarias de trabajo, esperaban aún la ejecución de los compromisos asumidos por la compañía como consecuencia de su huelga victoriosa de 1891. En cuanto a la Federación de los ferroviarios (treinta mil adherentes), que acababa de reunirse en congreso en París del 21 al 23 de abril, podía tener en la persona de Eugène Guérard un secretario favorable a la huelga general, pero no se podía contar con su participación activa en la demostración. Por tanto, no fue aún en este tercer 1º de Mayo cuando se realizó la esperanza formulada por *Le Socialiste*:

> París, veinticuatro horas sin ómnibus ni tranvías, sin fiacres y sin ferrocarriles, realizará el milagro de hacer ver a los ciegos y oír a los sordos.

En provincias, fueron raras las demostraciones en la vía pública. Las más importantes se desarrollaron en Marseha, Carmaux, Montpellier y Avión. Un cierto número de pequeñas comunas mineras del paso de Calais crearon una atmósfera de fiesta con tiros o disparos de mortero, desfiles de tambores y clarines, concursos de casas decoradas, etcétera. No era precisamente del todo malo. De cualquier modo, eso estaba bien lejos del "*sabbat* de las brujas para las masas corrompidas políticamente", de la "noche de Walpurgis de los demagogos enemigos del pueblo", que los filisteos burgueses del *Freissinniger* denunciarían en su número del 3 de mayo.

La maltratada ciudad de Fourmies, por iniciativa de las organizaciones locales, pospuso para el día siguiente del 1º de mayo, después de la victoria electoral que se descontaba, la manifestación recordatoria sobre "la fosa de los mártires" en el cementerio. Pero, a pesar del apoyo aportado por Guesde y Lafargue, Culine, que encabezaba la lista obrera, aunque batió por 412 votos al adjunto que desempeñaba la función de alcalde, no fue electo, y finalmente en segunda votación el Partido Obrero se vio vencido por 500 votos por la lista coligación burguesa. No obstante, la manifestación, que agrupó a 6.000 personas, fue impresionante.

En el curso de la jornada se supo la elección de Jean Dormoy, preludio de la conquista municipal de Montluçon ocho días más tarde, y la reunión de 3.500 a 4.791 votos sobre la lista del partido obrero bordelés sostenida por Raymond Lavigne. Estos resultados electorales eran tales como para inspirar confianza en el porvenir a los dos pioneros del 1º de Mayo. No es menos cierto que podían experimentar algo de amargura al comprobar el hundimiento de la gran jornada reivindicadora del trabajo en uno de los dos grandes países que le habían servido de cuna. Y la promulgación, seis meses más tarde, de la ley del 2 de noviembre de 1892, no podía constituir un consuelo a sus ojos. Por el contrario, ella mostraba qué vivas resistencias había que vencer aún, en la Cámara o en el Senado, para arrancar en favor de los adultos la jornada legal de ocho horas, ya que después de años de discusiones el

legislador no consentía sino en reducir a diez horas el trabajo efectivo de los menores hasta 16 años; a sesenta horas por semana el de los adolescentes de 16 a 18 años, y a once horas por día el trabajo de las muchachas y mujeres a partir de los 18 años.

IX

El 1º de Mayo de 1893

Los congresos y el 1º de Mayo de 1893

En Francia, el 1º de Mayo de 1893, que transcurre en pleno escándalo de Panamá, se inserta desde el punto de vista social, por una parte entre importantes congresos socialistas y obreros, las huelgas de Carmaux y de Rive-de-Gier, la elección de Jaurès, la transformación de *La Petite République Française* en cotidiano socialista, el desenvolvimiento de la propaganda así como del movimiento estudiantil socialista, y por otra parte, el progreso de la fracción socialista parlamentaria como consecuencia de las elecciones legislativas del 20 de agosto y del 30 de septiembre de 1893.

El v congreso de Sindicatos y grupos corporativos de Francia (19-23 de septiembre de 1892) , que reunió a cerca de 140 delegados –entre los cuales Jean Dormoy representaba a la Unión de Cámaras sindicales de Montluçon–, había discutido ampliamente la manifestación del 1º de Mayo en el punto sexto de su orden del día. Como las presentaciones a los poderes públicos no habían producido "ningún resultado favorable", decidió que la jornada del 1º de Mayo de 1893 se emplearía en conferencias y reuniones "en las cuales se tratarían las resoluciones de los diferentes congresos obreros nacionales e internacionales, estudiando más especialmente la huelga general". Preconizó el paro para los obreros de la industria privada, a fin de que los "talleres, astilleros y fábricas estén cerrados", pero permaneció mudo –y con razón– respecto a los trabajadores de la tierra, de los cuales sólo dos sindicatos, Maraussan y Marsella, figuraban en la lista de organizaciones representadas. La resolución se limitaba a recomendar "esfuerzos para atraer igualmente al paro a los empleados de los diferentes servicios públicos y de las administraciones". A este respecto, la discusión había mostrado por las intervenciones de Martino Bayle y Valez (Marsella) que los trabajadores de los servicios públicos estaban lejos de encontrarse maduros para obedecer a una orden de huelga y que sus representantes temían el despido de los militantes. Por fin, la resolución rechazaba toda idea de fiesta el 1º de Mayo antes de la victoria completa de laclase obrera. Pero de eso volveremos a hablar más adelante. El x Congreso Nacional del Partido Obrero, que sucedió a estas sesiones sindicales

(24-28 de septiembre de 1892), reunía con los grupos políticos y los concejos municipales del Partido a la mayoría de los sindicatos que habían sesionado antes. No se mostró tan intransigente. Después de haber afirmado el carácter de demostración, de reivindicación y protesta fundamental contra el régimen capitalista de la jornada del 1º de Mayo, aprobó la cesación del trabajo en su resolución. Por lo demás, cuidadoso de no excluir ningún modo de participación, decidió:

Los trabajadores manifestarán según las circunstancias locales y en la forma que juzguen mejor, ya sea que voten, como en París, donde el escrutinio estará abierto, por los candidatos de su clase; ya que usen de su derecho a la calle; ya que con los municipales socialistas festejen su primer advenimiento al poder comunal; o bien, por nuevas intimaciones, pongan de relieve la mala voluntad y la impotencia de nuestros dirigentes burgueses.

El Congreso del Partido Obrero Socialista revolucionario (alemanista) que se realizó en Saint–Quentin algunos días después (2–9 de octubre de 1892), no tomó ninguna decisión concerniente al 1º de Mayo. Sin embargo, el programa legislativo adoptado se pronunció por la reducción de la jornada de trabajo diurno a ocho horas como máximo y del trabajo nocturno a seis horas. Por lo demás, se sabe que la agrupación era firme partidaria del paro del 1º de Mayo.

No era tal el caso de la social–democracia alemana. Ésta continuó mostrándose reticente sobre dicho punto, a pesar de la recomendación del congreso internacional de Bruselas. Por 230 votos contra 5, su congreso de Berlín (noviembre de 1892) rehusó "decidir que los obreros socialistas alemanes paren de una manera absoluta el 19 de Mayo". En cambio, aplicando el final de la resolución de Bruselas decidió, aunque por una mayoría más reducida –por 167 votos contra 71–, que la manifestación no se podría posponer para el domingo.

Debe haber un día de demostración única para los trabajadores de todos los países, y esta manifestación tendrá lugar el 1º de Mayo.

Era un paso en el sentido de la disciplina internacional, como lo subrayó el órgano central del Partido Obrero francés que, con el doctor V. Adler lamentó no obstante la primera decisión, en torno a la cual la burguesía no dejó de hacer gran alboroto. La prensa burguesa no dirá palabra, en cambio, de la resolución votada algunos meses más tarde, el 5 de febrero de 1893, por la reunión extraordinaria de Milán del C. C. del Partido de los trabajadores italianos, que a la espera de su congreso nacional se pronunció a la vez por la manifestación el 1º de Mayo, "y no otro día", y por la suspensión del trabajo.

El II congreso de las Bolsas de Trabajo de Francia, que se llevó a cabo el mismo mes, del 12 al 15 de febrero de 1893 en Tolosa, decidió a su vez, a propuesta de Chrétien, representante de Marsella, "apoyar la manifestación del 1º de Mayo, que debe considerarse como la expresión de la reivindicacion de la jornada de ocho horas, y encargar a las cámaras sindicales que inviten a todos los trabajadores franceses a tomar parte en esta manifestación".

Balance de las ocho horas al 1° de Mayo de 1893

Pero ¿dónde estaba la reivindicación de las ocho horas en el momento en que el Congreso de Tolosa la invocaba a justo título como la idea madre del 1º de Mayo? Esto es lo que nos mostrará un rápido vistazo hacia atrás.

A tal señor, tal honor, si se puede decir. Australia y su vecina Nueva Zelanda estaban siempre a la vanguardia, dejando muy lejos a todos los otros países. De modo que en la provincia de Victoria tanto como en la tierra de Cook y en Tasmania la jornada normal de trabajo, aun para los cocineros, domésticos y cocheros, era de ocho horas. En Queensland, los reglamentos aplicables a los talleres de los ferrocarriles del Estado estipulaban en 48 horas la duración semanal del trabajo, y de 30 categorías de obreros, seis tenían la jornada de ocho horas y once la de nueve.

En Nueva Gales del Sur, el 65% de los asalariados de 343 categorías tenían la jornada de ocho horas, lo que representaba 224 categorías beneficiarias. Los obreros de las minas de plata gozaban de las ocho horas y los de las minas de oro no trabajaban más que 44 horas por semana. Todo esto se producía en general –como lo reconocían los economistas liberales– sin baja de salario y de provecho, sin alza de los precios y sin aumento del número de los desocupados, con un acrecentamiento en la productividad del trabajo y una utilización menos grosera del tiempo libre. Sobre este último punto se había llegado a ver –hecho típico– a los taberneros entrar en la lucha política pidiendo el retorno al antiguo estado de cosas.

En Inglaterra, en el país de Cobden y otros manchesterianos, en plena tierra clásica del individualismo, la cuestión de las ocho horas –según lo confesaba *Le Temps*– se planteaba con agudeza y urgencia. Gladstone

–cuya divisa ha sido siempre la indiferencia hacia todo lo que toca a las cuestiones obreros– se vio constreñido a reconocer que el establecimiento de una jornada legal uniforme para todos los oficios no era en absoluto producto del delirio de los revolucionarios. Y llegó, sobre la base de la acción ejercida por John Burns en el County Council de Londres, a encarar la posibilidad de una jornada de ocho horas en el plano comunal para los trabajos de la ciudad. Su lugarteniente, el ministro John Morley, afirmaba siempre que la jornada de trabajo no estaba madura aún para ser reglamentada por la ley, pero su hostilidad a las ocho horas había estado a punto de hacerle perder su sitio en Newcastle. John Burns, Woods, Wilson, Arch y Keir Hardie, por el contrario, que representaban al nuevo–unionismo, habían hecho figurar en su programa la jornada de ocho horas. Keir Hardie, antiguo congresal de la calle Rochechouart en 1889, respondiendo después de su eleccion a un periodista radical que le hacía observar que su programa pedía mucho, replicó con estas palabras significativas:

> Es verdad, ¡pero los acontecimientos se suceden hoy con tal rapidez! Hace apenas unos años que preconicé la ley de las ocho horas en un congreso de las Trade-Unions donde casi todo el mundo se burló de mí. Hoy, esta cuestión ha tomado tanta importancia que puede decirse que es ella la que decidirá la suerte del gobierno.

Efectivamente, en el momento en que Keir Hardie pronunciaba estas palabras, cierto número de patrones británicos habían adoptado el sistema de tres equipos de ocho horas en lugar de dos equipos de doce, y esto, sin ninguna reducción de salarios. Y los obreros londinenses de la construcción disfrutaban desde noviembre de la jornada media de trabajo de ocho horas y cuarto. En cuanto a la penetración de las ocho horas en el espíritu público, podía medirse por toda una serie de hechos que corroboraban las palabras de Keir Hardie. No sólo el *Daily News* no temía llevar al conocimiento de sus lectores burgueses las conclusiones del informe Giffen favorable a las ocho horas, sino que los trabajadores del Lancashire se habían convertido –de encarnizados adversarios que eran– en partidarios entusiastas de la reivindicación, en tanto que el Congreso de los mineros de Birmingham que representaba a 270.000 obreros acababa de pronunciarse por una gran mayoría por la fijación legal de la jornada de trabajo.

En Alemania, los obreros de la fábrica de persianas Freese, en Hamburgo y Berlín, luego de los resultados satisfactorios de la experiencia

de la jornada de nueve horas introducida dos años antes, gozaban ya desde el año precedente de la jornada de ocho horas. En enero de 1893 una importante huelga de los mineros del Sarre y de los países del Rhin y Westfalia se había producido con la plataforma de las ocho horas y el aumento de salario. Es que los trabajadores del subsuelo, lo mismo que los otros asalariados adultos de más allá del Rhin, no tenían ninguna protección legal contra las largas jornadas de trabajo. Sólo la ley del 10 de de junio de 1891 fijaba respectivamente en seis y en diez horas el tiempo de trabajo de los niños de 13 a 14 años y de 14 a 16. Disponía que las mujeres no debían trabajar más que once horas por día y el sábado solamente diez. Lo mismo en Italia, Austria, España, Rusia y los Países Bajos y Escandinavos, la reglamentación no intervenía más que para los niños y adolescentes, y rara vez para las mujeres.

En América, por regla general, la jornada de trabajo seguía siendo bastante larga. Pero el estado de Nebraska había decretado en 1891 la jornada de ocho horas para los adultos, en tanto que el estado de Massachusetts, al año siguiente, reglamentó el trabajo de los muchachos y las niñas menores a 58 horas por semana.

En Francia los obreros carpinteros de Troyes habían obtenido por la huelga en julio de 1892 la promesa de las diez horas, y los metalúrgicos de Rive–de–Gier habían luchado en enero de 1893, por hacer diez horas en vez de once, como sus camaradas de las otras ciudades industriales del Loira. Aún se estaba lejos de las ocho horas, y la mayoría de las mujeres de la industria trabajaban doce y trece horas por 0,50 fr., 0,60 fr., 1 fr. y 1,25 fr., en condiciones insalubres y bajo la amenaza de multas por las más ligeras infracciones a los reglamentos del taller. Ante este escándalo y la explotación forzada de los niños, a pesar de la ley del 19 de mayo de 1874, el parlamento había votado la ley del 2 de noviembre de 1892. Ésta limitaba a diez horas el trabajo efectivo de los niños de menos de dieciséis años, a once el de los adolescentes de dieciséis a dieciocho años y de las muchachas y mujeres por encima de esta edad. La misma ley fijaba toda una reglamentación para la duración del trabajo en los subterráneos y por la noche, siempre para los jóvenes y las mujeres.

Del dicho al hecho hay mucho trecho. Prácticamente, la ley seguía siendo letra muerta por causa de la resistencia patronal y de la carencia de los poderes públicos. El ministro interesado, cuatro meses después de su promulgación reconocía la imposibilidad de ponerla en vigor. En la industria textil, en Nantes y Amiéns, acababan de producirse huelgas por su aplicación. La huelga de Amiéns, a consecuencia de su extensión,

obtuvo para los adultos la conquista de las once horas pagadas como doce en la generalidad de las tintorerías y en una parte de las tejedurías. Además, es la jornada de once horas lo que se limitará a reclamar el Congreso obrero cristiano de Reims (20-23 de mayo de 1893). Y como se acercaba el 1º de Mayo, los tintoreros picardos llegaron a obtener el 11 de abril de 1893 "el reconocimiento del 1º de Mayo por los patrones", que se comprometieron a no encender las calderas ese día. Creemos que era la primera vez que los obreros arrancaban de sus empleadores el reconocimiento de la jornada reivindicativa de su clase.

Preparativos de la demostración

Ya el 11 de abril las organizaciones obreras estaban en plenos preparativos del 1º de Mayo.

En la capital, la aglomeración parisiense del P. O. F., el consejo local de la Federación de Sindicatos y la Liga federativa por la supresión de las oficinas de colocaciones, reunidos en Comisión Ejecutiva, convocaron a las organizaciones para determinar las medidas a tomar. La Bolsa de Trabajo y las diversas fracciones socialistas preparaban por su lado sus baterías. Después de tres meses de reuniones no había podido llegarse a un acuerdo sobre el principio de una manifestación común en la plaza del Ayuntamiento.

En su llamado, la Comisión Ejecutiva (guesdista) ponía el acento sobre las ocho horas y la transformación del comercio de colocaciones en "función social" regida exclusivamente por las Cámaras sindicales obreras. La Bolsa de Trabajo, que representaba a 100.000 sindicados, planteaba en su llamado, en términos ininteligibles, la cuestión social en toda su amplitud, partiendo de las ocho horas y del 1º de Mayo. Por último, la Comisión del 1º de Mayo, que sesionaba en las oficinas de *La Question Sociale*, lanzó una proclama que fue la más estudiada y que relacionaba la jornada del 1º de Mayo con la tradición obrera y revolucionaria y daba a la demostración todo su sentido. Esa Comisión editó un número único, impreso por Jean Allemane, de la *Manifestation du 1er. Mai*, periódico de colaboraciones eclécticas y de elevado contenido, pero muy por encima del alcance de los obreros. Édouard Vaillant –la Unidad hecha hombre– deploraba en él una vez más la division socialista y la debilidad de la organizacion corporativa. Émile Vandervelde mostraba el doble carácter pacifista y reivindicativo de la jornada, subrayando su alcance moral. Pierre Lavrov se ocupaba larga y doctoralmente del papel histórico asignado a la clase obrera en el progreso de la humanidad. Albert Delong mostraba, basándose en documentos, los efectos bienhechores de la reducción de la jornada de trabajo. Se encontraban también artículos de Benoit Malon, Argyriadès, Louise Michel, A. Hamon, Víctor Jaclard, Henri Brissac, Léonie Rouzade, Domela Nieuvenhuis, etc., así como poesías de Clovis Hugues, Jules Jeannin, Gilbert Martin y Olivier Souêtre.

Apoyado en la experiencia de medio siglo, el viejo Víctor Considerant dirigía a la burguesía egoísta una advertencia solemne.

El centro de la primera página del número especial del *journal* consagrado al 1º de Mayo, estaba ocupado por su retrato. El patriarca de los días de vida ya contados estaba rodeado de los principales líderes contemporáneos del proletariado internacional, cuyas firmas autógrafas se reproducían.

En cuanto a los precursores, Saint–Simon y Fourier –"los dos grandes teóricos"–, Robert Owen, el primer realizador de la jornada de trabajo reducida, Blanqui, "el Richelieu de la Revolución", Lassalle y Karl Marx, figuraban en la tercera página.

Este magnífico número –que en cierto modo daba el comentario ilustrado de la jornada– agrupaba en feliz contraste ilustraciones de los diversos países, que naturalmente habían sido tomadas de la prensa obrera y ofrecían una visión internacional de la preparación alegórica y satírica de la jornada.

El Socialismo Popular de Venecia representaba el Capitalismo bajo la forma de un toro furioso que trataba vanamente de impedir el avance fatal de la clase obrera, simbolizada por un tren a toda marcha con el Socialismo por locomotora. El *Tramontana* de Barcelona separaba el 1º de Mayo en cuatro cuadros y se preguntaba si los temores burgueses y los terrores ministeriales tendrían sólo la excusa de algunos petardos. El periódico de los *Caballeros del Trabajo* de Filadelfia suspendía la espada de Damocles del proletariado sobre la cabeza del Emperador Guillermo, que representaba el feudalismo y el militarismo. El gran dibujante británico Walter Crane, en una poderosa imagen dedicada a los obreros del mundo y muchas veces reproducida desde entonces, mostraba el valor simbólico del 1º de Mayo en el plano de la solidaridad internacional. Pero el dibujo más significativo, fino y adecuado a la jornada, a la vez bucólico y socialista, estaba sacado del número especial que publicara en ocasión del 1º de Mayo el Partido Obrero Austro-Húngaro. El pasado, el presente y el porvenir, simbolizados por un viejo,

una madre de familia y dos niños del pueblo, saludaban el desfile de los batallones obreros, mientras la República Social iluminaba con su antorcha a la vez que el día simbólico de los trabajadores, la primera estrofa y el refrán de la Internacional de Eugène Pottier.

Lo más notable de esta alegoría, que traducía sentimentalmente el sentido de la jornada, es la presencia de querubines revolucionarios junto a la República igualitaria, como en el célebre grabado de Provost en 1792, lo que reanudaba –probablemente sin que el dibujante vienés lo hubiera querido– la rica tradición de las imágenes de la Sans-Culotterie. También hay que notar el encuadre de circunstancias del dibujo socialista con las flores de la primavera, oxiacantos y, sin duda por primera vez, el muguete con sus campanitas. Por fin, con referencia a la época y al lugar, sería imposible poner demasiado de relieve la reproducción del canto de Pottier, apenas conocido en Francia el futuro himno de la clase obrera.

La jornada en París

A pesar de la difusión a cinco centavos de *La Manifestation du 1er Mai*, "órgano internacional del Comité general de organización", y a quince centavos del número ilustrado del *Journal*; pese a los números especiales a diez centavos de los órganos de las diversas tendencias socialistas; en suma, de todo un gran esfuerzo de propaganda, la jornada del 1º de Mayo de 1893 fue en París tan descolorida como la demostración del año anterior. Hay que decir que fue un lunes, al día siguiente de un escrutinio municipal que había movilizado ya a los militantes. Además, se estaba en un período de crisis económica que hacía temer la desocupación, y en una época en que los encantos primaverales llevaban al campo a los ciudadanos. No faltaba más para perjudicar a la demostración en un centro en que, a causa de la división socialista y obrera, el 1º de Mayo había revestido hasta entonces –guardadas las debidas proporciones– una amplitud menor que en provincias. De suerte que el cronista semanal de los *Annales Politiques et Littéraires* pudo escribir:

> El obrero parisiense, visiblemente desconcertado por esta fiesta sin lamparillas ni banderas, poco satisfecho en el fondo de esta jornada de paro, se ha alejado hacia los suburbios, ahora verdes y embalsamados.
>
> Si algo ha hecho saltar, son los corchos; si ha manifestado, es menos en favor de los "tres ochos" que en favor de la señora Primavera.

Sin embargo, los convencidos llegaron a la Bolsa de Trabajo. Como estaba cerrada, Vaillant y Dumay protestaron y quisieron organizar un mitin en plena calle. Fue la señal del alboroto. La policía cargó y los alemanistas respondieron. La efervescencia se extendió hasta la calle de la Fontaine–au–Roi. Hubo arrestos, especialmente el del diputado Baudin, que fue golpeado violentamente a pesar de su écharpe. Estos incidentes, que epilogaron en una interpelación socialista en el Palais–Bourbon, valieron a la jornada, de parte de Émile Pouget, el nombre de "1º de Mayo de los sergots".

Por su parte, cierto periodista de un departamento vecino habló del "1º de Mayo del polvo", considerando el hecho de que éste reinó con "señorío absoluto" sobre la gran ciudad durante toda la jornada. En efecto, para facilitar las cargas de cavallería en caso de que fueran necesarias, se había suspendido todo riego y esparcido arena en todas las arterias importantes de la ciudad. Esa arena, levantada en torbellinos, recordaba el simún y hacía de la plaza de la Concordia y los Campos Elíseos un Sahara en miniatura.

Como antes, las autoridades habían impartido consignas rigurosas a las tropas. En el Senado se habían doblado las guardias y los soldados, con uniforme de campaña, se hallaban provistos por excepción no del fusil Gras, sino del Lebel. La visita tradicional, llamada de las "intimaciones", se hizo a las alcaldías y después a la Cámara por pequeños grupos y en la mayor calma, lo que provoco la "ira prodigiosa" del *Père Peinard* contra los "pobres tontos" siempre listos a "lamer el culo a los poderes públicos". Los hijos de la Viuda, por su parte, organizaron con los auspicios de la logia L'École Mutuelle de París una hermosa fiesta masónica del trabajo, en el curso de la cual tomaron la palabra eminentes masones. La nota cómica de la jornada la proporcionó el equívoco Marius Tournadre. Cubriendo con un paño rojo un carro de mudanzas, improvisó un carro revolucionario al que introdujo en el corralón municipal.

La jornada en provincias y en el mundo

El movimiento del 1º de Mayo de 1893, sin ser poderoso, tuvo mayor alcance en provincias.

En Marsella, los trabajadores pasaron por alto la prohibición de los cortejos en la vía pública. Muy al contrario de dejarse impresionar por un enorme despliegue de tropas, reaccionaron seriamente. Por la mañana tuvo lugar en el Ayuntamiento la entrega del pliego de reivindicaciones.

A la tarde, después de los mitínes caracterizados por incidentes, la multitud desfiló por las calles con la bandera roja al frente.

En Burdeos, el referéndum sobre las ocho horas, organizado el 30 de abril, se prolongó el 1º de Mayo en la Bolsa del Trabajo hasta mediodía, mientras a las 11 la delegación obrera se dirigió a la alcaldía. La jornada terminó con festejos públicos en el Palais de Flore.

En Calais hubo también escrutinio sobre la jornada de ocho horas el 30 de abril y al día siguiente se realizaron diez reuniones públicas, un gran mitin, muchas fiestas y una manifestación callejera.

Roubaix, Armentières, Tourcoing y Loos se distinguieron por el paro acompañado de delegaciones, manifestaciones e iluminación. En Lilie, a la delegación al Ayuntamiento el 30 de abril sucedieron, el 1º de Mayo, una manifestación en el cementerio del Este en recuerdo de Fourmies y por la tarde una representación teatral.

En Narbona hubo un gran banquete. En Nimes y Montpellier, reuniones con intervenciones anarquistas. En Lyon, muchas manifestaciones callejeras, alborotos y arrestos. En Reims, desfile al cementerio y gran reunión en el circo. En Troyes, congreso de los sindicatos y de los grupos del P.O.F., reunión con Pédron, algazara de los anarquistas en la prefectura y ante los locales de un periódico burgués. Igualmente en Saint–Chamond, acción callejera de los anarquistas.

En Creil, fue una jornada tan tranquila como la del año precedente y sin paro. Los obreros, que sólo trabajaban siete horas desde hacía algunos meses a consecuencia de la flojera de la plaza de ventas, estaban poco dispuestos a reclamar las ocho horas. En Nancy hubo menos ausencias que los otros lunes en los talleres. En Givors el paro fue escaso o nulo y no hubo delegaciones, pero sí hubo una gran reunión en el teatro, que agrupó a 500 personas.

En las Ardenas, a pesar de los llamados a la calma de J. B. Clément, que recelaba las violencias anarquistas, pretextos de represión, hubo incidentes en Nouzon. Los gendarmes cargaron para apoderarse de una bandera roja y fueron acribillados a pedradas, lo que motivó un informe del Tribunal de Charleville.

En suma, no hubo nada grave como balance de este 1º de Mayo para Francia. No corrió la sangre como en Holanda y en Austria (en Troppau).

En los otros países de Europa la jornada se desarrolló bajo el signo de la calma, aun en Bélgica, donde los recientes acontecimientos podían hacer temer incidentes. En Londres, de 200 a 240.000 manifestantes, con estandartes y música, se amontonaron en Hyde Park, donde Delcluze y Bernard representaban al P.O.F. El antiguo organizador de huelgas, John Burns, predicó allí la acción parlamentaria de preferencia a las coligaciones y *Le Temps*, comentando su discurso, creyó ver a la fuerza obrera "invadiendo las bancas de la Cámara de los Comunes, apoderándose de la fuente del poder y dictando leyes". Tres décadas más tarde esta profecía debía realizarse con la victoria parlamentaria de los laboristas.

Hay que notar a propósito de este 1º de Mayo londinense la observación del viejo Engels a su amigo Sorge:

> Aquí, la fiesta del 14 de Mayo ha estado muy hermosa; pero ya se hace una cosa de todos los días o más bien de todos los años; su frescura primitiva ha desaparecido.

F. Engels había visto con justeza aun para el 1º de Mayo en conjunto cuando escribió desde Londres a sus amigos franceses, el 14 de abril:

> Quizá me equivoque, pero me parece que este año el 1º de Mayo no representará en la vida del proletariado internacional el papel preponderante de los tres años anteriores.
>
> De los grandes países europeos, sólo Austria parece querer mantener la manifestación en primer plano. Allí, en efecto, los obreros no tienen otro medio de acción.
>
> En Francia seguro, en Alemania muy probablemente, y quizá en Inglaterra, el año en curso verá eclipsada la importancia del 1º de Mayo por la de las elecciones generales, en las que el proletariado será llamado a conquistar nuevas posiciones, y las conquistará, sin duda.

Ricardo Mella

LA TRAGEDIA DE CHICAGO

Presentación

Antecedentes de las luchas obreras en los Estados Unidos de Norteamérica

El movimiento obrero a favor de la reducción de la jornada de trabajo comenzó en América del Norte a principios del siglo. En los centros industriales de aquel extenso territorio, se agitó principalmente la clase trabajadora, siendo los constructores de edificios los primeros en iniciar el movimiento.

Ya en 1803 y 1806, se organizaron los carpinteros de ribera y los carpinteros de construcciones urbanas de Nueva York, respectivamente. En 1832 se hizo en Boston la primera huelga en favor de las diez horas por los calafateadores y carpinteros, y aunque no tuvo resultados en aquella ciudad, la ganaron, en cambio los huelguistas de Nueva York y Filadelfia.

El movimiento obrero adquirió gran incremento en 1840, a raíz de ser promulgada por el presidente de los Estados Unidos, Martín Van Buren, la jornada legal de las diez horas para todos los empleados del gobierno en las construcciones de la armada.

Día tras día fue haciéndose más consciente el movimiento obrero, y a la vez más revolucionario. No en vano luchaban los trabajadores y adquirían de la realidad experiencias dolorosas.

Un mitin a favor de las diez horas tuvo lugar en Pittsburg, el 18 de junio de 1845, a consecuencia del cual se declararon en huelga más de 4,000 obreros, que resistieron cinco semanas, a pesar de no contar con grandes recursos.

Desde 1845 a 1846, las huelgas se repitieron continuamente en los estados de Nueva Inglaterra, Nueva York y Pensilvania.

El primer Congreso obrero se celebró en Nueva York el 12 de octubre de 1845, y en él se acordó la organización de una sociedad secreta para apoyar las reivindicaciones del proletariado americano.

A medida que aumentaba la agitación en las filas de la clase trabajadora, germinaba en las esferas del poder la idea de hacer concesiones, y aunque éstas habían de resultar, como resultaron, perfectamente inútiles, no por eso dejaron de hacerse.

El Parlamento inglés estableció la jornada legal de diez horas en 1847, y en los Estados Unidos se celebraron innumerables mitines para felicitar a los obreros británicos por su triunfo.

Felicitación vana, porque los grandes acaparadores ingleses no iban a conceder lo que el Estado les imponía.

En el mismo año fue promulgada una ley de sentido idéntico en New Hampshire.

A consecuencia de un Congreso industrial celebrado en Chicago en junio de 1850, se organizaron en muchas ciudades agrupaciones de oficio para obtener la jornada de diez horas por medio de la huelga.

En 1853, en casi toda la República no se trabajaba más que once horas, mientras que antes no se trabajaba menos de catorce.

Aunque lentamente, aquellos soberbios burgueses tuvieron que ir concediendo lo que los obreros pretendían. En algunos estados llegó a promulgarse la legalidad de las diez horas.

Desde entonces, los obreros norteamericanos consagraron todos sus esfuerzos a obtener la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas solamente.

El presidente Johnson promulgó la legalidad de las ocho horas para todos los empleados del gobierno, y los obreros continuaron reclamando a los patrones la adopción de este sistema.

El 20 de agosto de 1866 se celebró en Baltimore un gran Congreso obrero, en el cual se declaró que ya era tiempo de que los trabajadores abandonasen los partidos burgueses, y se acordó, en consecuencia, organizar el partido nacional obrero. El 19 de agosto del siguiente año celebraba su primer Congreso en Chicago el nuevo partido.

En 1868 y en los siguientes años se declararon multitud de huelgas en pro de las ocho horas, perdiéndose la mayor parte de ellas. No por esto el movimiento cesó, sino que, como siempre, estas luchas animaron a los obreros a mayores empresas, inclinándolos cada vez más a las ideas socialistas. La Liga de las ocho horas que se organizó en Boston el año 1869, adoptó decididamente el programa socialista, y en Filadelfia se organiza en el mismo año los Caballeros del Trabajo, asociación que entonces tenía grandes aspiraciones. Hoy se compone de complacientes servidores de la burguesía, por haberse entregado a hombres ambiciosos y sin honor.

De 1870 a 1871 empezaron a organizarse –entre los alemanes residentes en los Estados Unidos– las primeras fuerzas de la Asociación Internacional de los Trabajadores. La influencia que esta sociedad ejerció en el movimiento obrero americano fue notabilísima. Las masas populares, aún no bien penetradas de sus verdaderas aspiraciones, empezaron a comprender toda la grandeza de las ideas revolucionarias y pronto adoptaron otros temperamentos y otras tendencias. Puede decirse que los trabajadores americanos, como los europeos, deben sus más firmes ideas sociológicas a aquella gran asociación que, si en apariencia ha muerto, vive hoy más que nunca en todos los pueblos y en todos los que luchan por su emancipación definitiva.

Como consecuencia inmediata de la organización de La Internacional, se declararon en huelga en Nueva York más de cien mil obreros.

El invierno de 1873–74 fue tan crudo y la paralización de los trabajos tan grande, que muchos miles de hombres sufrieron los horrores de una muerte lenta por el hambre y el frío. Los obreros sin trabajo de Nueva York se reunieron en una imponente manifestación el 13 de enero de 1872, para que el público apreciara su estado de pobreza; y cuando la plaza pública estaba materialmente cubierta con hombres, mujeres y niños, la policía acometió brutalmente por todas partes a la manifestación, disolviéndola en medio del mayor espanto de aquellos hambrientos indefensos. Este acto bárbaro, esta incalificable conducta de la fuerza pública deben anotarla en cartera los apologistas de las libertades americanas.

Desde 1873 a 1876 fueron muchas las huelgas que se registraron en los estados de Nueva Inglaterra, Pensilvania, Illinois, Indiana, Misuri, Maryland, Ohio y Nueva York, a manera de preámbulo de los últimos acontecimientos. Las grandes huelgas de los empleados de ferrocarriles en 1877 fueron el comienzo indudable del conflicto entre el capital y el trabajo.

Finalmente, en el año 1880 quedó organizada la Federación de los trabajadores de los Estados Unidos y Canadá, y en octubre de 1884 se acordó, en una reunión celebrada en Chicago, que se declarase el 1º de mayo de 1886 la huelga general por las ocho horas. En la fecha acordada estalló en aquella población la huelga, y desde luego obtuvieron un triunfo completo los constructores de edificios, los tabaqueros y otros oficios.

Hay que tener en cuenta que los canteros de Chicago no trabajaban más que ocho horas desde 1867 y que muchos estados se apresuraron a decretar la jornada legal de las ocho horas, decretos y leyes que fueron por completo letra muerta, pues los burgueses prescinden de ellas, como hacen siempre lo que conviene a sus intereses.

En conclusión: más de 200.000 obreros de los Estados Unidos habían obtenido a mediados de mayo de 1886 una reducción de horas y otras ventajas. De 110.000 obreros que en Chicago y sus alrededores se declararon en huelga, 47.500 obtuvieron triunfo completo sin gran esfuerzo.

Esta rápida reseña del movimiento obrero en los Estados Unidos demuestra que desde 1832 a 1853 se consiguió una reducción general de tres horas en la jornada de trabajo; que los obreros, después de agotar

todos los medios legales pidiendo al Estado lo que no puede dar, se decidieron por las ideas revolucionarias y por la huelga general; como único medio de luchar ventajosamente con el coloso de la explotación. Y demuestra así mismo que, a pesar de las brutalidades de la policía y de los burgueses, instigadores, la jornada de ocho horas se impone.

Es un país en que las industrias textiles mantienen en Pensilvania a 5.300 niños menores de quince años; 4.300 niñas menores de catorce, y 27.000 mujeres y muchachas de mayor edad en un trabajo penoso; en una ciudad como Filadelfia, donde los niños trabajan en los almacenes, en las tiendas, y en las fábricas catorce y dieciséis horas diarias; sólo en las fábricas de New Jersey se explota a 15.000 niños de ocho a quince años; en un país donde la relación de los niños menores de quince años ocupados en diferentes trabajos al número de todos los demás obreros es de 3 a 7 y de 2 a 5, casi la mitad; en un país tal, tiene que ser necesariamente muy enérgica la actitud de los trabajadores para suprimir de una vez por todas estas infamias que matan lentamente a los padres y a los hijos, a los adultos y a los muchachos, a las mujeres y a los ancianos. En este país, que goza fama de rico y libre, y sin embargo, los obreros sufren tan terrible explotación y viven tan miserables que tienen que arrojar a sus hijos a las rudezas de la faena diaria durante muchas horas; allí, repetimos, es lógico, es necesario que se luche a brazo partido con la burguesía, y se dé el impulso a otros países donde los trabajadores no han comprendido bien toda la extensión y la gran verdad de sus males.

En Norteamérica nació la idea de iniciar la huelga general, y ya hemos visto como la clase trabajadora ha respondido en todas partes a aquella iniciativa. De Chicago partió la primera señal, y apenas ha transcurrido tiempo apreciable cuando la lucha se ha generalizado de un modo imponente.

Los poderosos republicanos federales de América han querido detener el movimiento sacrificando a unos cuantos propagandistas, pero el movimiento arrolla hoy todos los obstáculos y se sobrepone a todas las resistencias.

Todo es pequeño ante esta preponderante manifestación de las fuerzas revolucionarias.

I

La lucha obrera en Chicago

A pesar del gran movimiento obrero que acabamos de reseñar, las ideas socialistas hallaban cierta resistencia entre la población americana, más se extendían con inusitada rapidez entre los elementos alemanes y otros que componen una parte muy importante de los centros industriales de los Estados Unidos.

Una de las causas principales de aquella resistencia era la falta de periódicos obreros. *El Socialista* era el único periódico que desde Nueva York, editado por Victor Drury, extendía entre la población de origen inglés las ideas de emancipación social.

En Chicago especialmente, los socialistas carecían de fuerza. Durante mucho tiempo, Albert R. Parsons, fue el único orador inglés de las reivindicaciones sociales. Además los socialistas norteamericanos confiaban mucho en los procedimientos electorales, y fue preciso el transcurso de algún tiempo para que la experiencia les demostrase que sólo por los procedimientos revolucionarios se podía obtener algún resultado práctico. En Chicago llegaron, no obstante, a obtener significativos triunfos electorales, hasta que mixtificadas las elecciones por el poder, a fin de evitar los éxitos continuos del socialismo, y divididos los socialistas en dos bandos por sostener a distintos candidatos, empezó a ganar defensores la idea de la abstención y del apartamiento de la política.

El periódico de *Boston Liberty*, editado por el anarquista individualista Tucker, el *Arbeiter Zeitung* de Spies, y *The Alarm* de Parsons, que se, publicaban en Chicago, popularizaron las ideas anarquistas.

Los anarquistas de Chicago combatieron primero el acuerdo de la Federación de los trabajadores de los Estados Unidos y Canadá referente a la huelga del 1º de mayo de 1886, pero lo combatieron por juzgarlo insuficiente y por ser partidarios de ir directo a la revolución. Más tarde dejaron de combatirlo e incluso lo apoyaron, pues comprendieron que la huelga general por las ocho horas era indudablemente un medio de aunar las fuerzas obreras y agitar la opinión y las masas, preparándolas para otras más resueltas actitudes.

Se formó en Chicago una asociación de las ocho horas y se celebraron multitud de reuniones al aire libre, organizándose y preparándose casi todos los oficios para la anunciada huelga. Los grupos socialistas y anarquistas desplegaron en esta tarea una actividad prodigiosa, tendiendo siempre a

establecer la solidaridad más estrecha entre todos los trabajadores.

The Alarm era el órgano de los anarquistas americanos, y desde sus columnas hizo Parsons una enérgica campaña en pro de la huelga general por las ocho horas. El órgano más importante de los anarquistas alemanes, el *Arbeiter Zeitung*, del que eran los principales redactores Spies, Schwab y Fischer, también se distinguió en la propaganda de la huelga general. Ambos periódicos agitaron la opinión de tal manera, que desde luego se preveía que la lucha iba a ser terrible. Los oradores anarquistas que más se distinguieron en los mítines fueron Parsons, Spies, Fielden y Engel. Éstos eran conocidos, no sólo entre los trabajadores, sino también entre los burgueses.

A medida que se aproximaba el 1º de mayo, la agitación iba en aumento. Los capitalistas empezaron a tener miedo, y decidieron organizarse para resistir las pretensiones de los obreros, y la prensa asalariada se mostró cruel e infame en los medios que proponía para acallar el descontento de las clases jornaleras.

La lucha que se avecinaba tuvo por preliminar graves conflictos entre patronos y obreros. El más importante ocurrió durante el mes de febrero en la factoría de Mc. Cormicks, donde fueron despedidos 2.100 obreros por negarse a abandonar sus respectivas organizaciones.

Por fin llegó el 1º de mayo. Miles de trabajadores abandonaron sus faenas y proclamaron la jornada de ocho horas. La Unión Central Obrera de Chicago convocó un mitin al que asistieron 25.000 personas. Dirigieron la palabra a la concurrencia Spies, Parsons, Fielden y Schwab.

La paralización de los trabajos se generalizó. En unos cuantos días los huelguistas habían llegado a más de 50.000. Las reuniones se multiplicaron. La policía andaba ansiosa sin saber qué hacer. Tuvo el valor de acometer a una manifestación de 600 mujeres pertenecientes al ramo de sastrería. Los patrones empezaron a hacer concesiones. La causa del trabajo triunfaba en toda la línea.

El 2 de mayo tuvo lugar un mitin de los obreros despedidos de la factoría Mc. Cormicks para protestar de los atropellos de la policía. Los oradores de este mitin fueron Parsons y Schwab.

El día 3 se celebró un importante mitin cerca de MacCormicks. Spies, que era conocido como buen orador, fue invitado a hablar. Cuando trató de hacerlo, muchos concurrentes ajenos a las ideas socialistas protestaron gritando que no querían oír discursos anarquistas; pero Spies continuó su peroración, y pronto dominó al público, siendo oído en medio de un gran silencio. A las cuatro sonó la campana de MacCormicks y

empezaron a salir los obreros que continuaban trabajando en la factoría. Una gran parte de los reunidos hizo un movimiento de avance hacia Mc. Cormicks, sin que Spies interrumpiese su discurso, que duró aún quince minutos. El pueblo empezó a arrojar piedras a la factoría, pidiendo la paralización de los trabajos. Entonces se avisó por teléfono a la policía, que acudió presurosa. Fue acogida su presencia con grandes muestras de desagrado, y acometió por ello a la multitud disparando algunos tiros. Los obreros se defendieron a pedradas y a tiros de revólver. La policía hizo entonces un fuego vivo y continuo sobre la muchedumbre, sin respetar a los niños, a las mujeres y a los ancianos. El terror se apoderó de las masas que huyeron despavoridas, dejando tras de sí seis muertos y gran número de heridos.

Presa de gran indignación, Spies corrió a las oficinas del *Arbeiter Zeitung*, y escribió un manifiesto titulado "Circular del desquite", que fue distribuido en todas las reuniones obreras.

Entre las reuniones que se celebraron aquella misma noche figura una del grupo socialista *Lehr unh wehr Verejin*, en la que estuvieron presentes Engel y Fischer. Se discutieron los sucesos de Mc. Cormicks y lo que en su consecuencia debía hacerse sobre todo si la policía atacaba a los trabajadores de nuevo. Se acordó por lo pronto convocar un mitin en Haymarket para la noche siguiente, a fin de protestar contra las brutalidades policíacas.

A la mañana siguiente, 4 de mayo, Fischer informó a Spies del acuerdo tomado y lo invitó a que hablase en el mitin, prometiéndolo así Spies. Éste vio poco después la convocatoria del mitin, en la que leía: ¡Trabajadores, a las armas, y manifestaos en toda vuestra fuerza! Entonces Spies dijo que era necesario prescindir de aquellas palabras, y Fischer accedió a su deseo. De la convocatoria, así corregida, se tiraron 20.000 ejemplares, que fueron repartidos entre los obreros.

Parsons se hallaba a la sazón ausente en Cincinnati. Al llegar a Chicago el día 4 por la mañana, ignorando el acuerdo tomado y queriendo ayudar a su esposa en los trabajos de organización de las costureras, convocó al Grupo Americano a una reunión en las oficinas del *Arbeiter Zeitung*.

Por la tarde Spies fue a Haymarket, y al no ver a ningún orador inglés se dirigió con algunos amigos en busca de Parsons; pero como no lo halló, volvió a Haymarket ya de noche y dio principio al mitin. Entretanto algunos miembros del Grupo Americano, entre ellos Fielden y Schwab, fueron llegando a la redacción del *Arbeiter Zeitung*. A eso de las ocho y media, Parsons entró con su compañera, sus dos niñas y la señorita Holmes. Schwab abandonó pronto el local para dirigir un mitin

en Deering, donde estuvo hasta las diez y media.

La discusión sobre la organización de las costureras cesó al tenerse noticias de que en Haymarket hacían falta oradores ingleses. Allí se dirigieron Parsons y su familia, Fielden y la mayor parte de los concurrentes.

Al llegar Parsons al mitin Spies le cedió la palabra. Su discurso duró una hora aproximadamente. El mitin se celebró en medio del orden más completo, a tal punto de que el Alcalde de Chicago, que asistía al mitin con propósito de disolverlo si era necesario, lo abandonó cuando Parsons de hablar, avisando al capitán Bonfield que diera las órdenes oportunas a los puestos de policía para que retiraran las fuerzas.

A Parsons le siguió en el uso de la palabra Fielden. El tiempo amenazaba lluvia y soplaba aire frío, por cuya razón, a iniciativa de Parsons, se continuó la reunión en el salón de al lado llamado Zept-Hall. No obstante esto, continuó hablando Fielden ante unos cuantos centenares de obreros que quedaron en Haymarket.

La mayor parte de los concurrentes, y entre ellos Parsons, se dirigió a Zept–Hall, donde se hallaba Fischer.

Terminaba ya Fielden su discurso cuando del puesto de policía inmediato se destacaron, en formación correcta y con las armas preparadas, unos ciento ochenta policías. El capitán del primer cuerpo había ordenado que se disolviese el mitin, y sus subordinados, sin esperar a más, fueron avanzando en actitud amenazadora.

Cuando era inminente el ataque de la policía, cruzó el espacio un cuerpo luminoso que, cayendo entre la primera y segunda compañía, produjo un estruendo formidable. Cayeron al suelo más de sesenta policías heridos y muerto uno de ellos llamado Degan.

Instantáneamente la policía hizo una descarga cerrada sobre el pueblo, que huyó despavorido en todas direcciones. Perseguidos a tiros por la policía, muchos perecieron o quedaron mal heridos en las calles de Chicago.

Los burgueses, en el período culminante de excitación, habían perdido la cabeza: impulsados por el frenesí del terror, empujaban a la fuerza pública a la matanza.

Se persiguió a los obreros a derecha e izquierda, se profanaron muchos domicilios privados y se arrancó de ellos a pacíficos ciudadanos sin causa alguna justificada.

Los oradores de Haymarket, a excepción de Parsons, que se había ausentado, fueron detenidos; los que habían participado de algún modo en el movimiento obrero fueron perseguidos y encarcelados. El periódico *Arbeiter Zeitung* fue suprimido y todos sus impresores y editores

detenidos. Los mitines obreros fueron prohibidos o disueltos.

Después se hicieron circular los rumores más absurdos y terroríficos de supuestas conspiraciones contra la propiedad y la vida de los ciudadanos. La prensa capitalista no cesó de pedir la crucificción. Así fue bruscamente interrumpido el movimiento por las ocho horas de trabajo.

La policía se entregó a un misterioso y significativo silencio, a la par que hacía circular el rumor de que tenía ya las pruebas más evidentes contra los perpetradores del crimen de Haymarket. Indudablemente se preparaba una comedia sangrienta. Las acometidas policíacas habían tenido un digno remate.

¿Qué de tiene extraño, y de particular que un trabajador cualquiera hubiese arrojado la bomba que sembró el espanto en medio de la policía, si ésta había ametrallado y trataba de ametrallar otra vez a pacíficos obreros que ejercían su derecho garantizado por las leyes americanas?

¿Por qué admirarse de una consecuencia natural del derecho a la defensa propia?

Perseguidos a tiros, los trabajadores, contestaron como era natural: la fuerza contra la fuerza. Cualquier otra acción habría sido cobarde.

II

EL JUICIO DE LOS MÁRTIRES

A consecuencia de los sucesos que acabamos de reseñar, se inició el correspondiente proceso. El día 17 de mayo se reunió el Gran Jurado.

Desde Chicago se dirigió a un periódico de Nueva York un telegrama:

> El jurado es de los mejores y podemos asegurar que la anarquía y el crimen no tendrán cuartel en manos de los que componen aquella corporación. Es indudable que Spies, Parsons, Schwab y otros agitadores serán acusados.

En efecto, el jurado se componía de elementos predispuestos contra los socialistas y anarquistas, y los principales propagandistas y escritores de esas ideas fueron acusados.

La acusación contenía sesenta y nueve cláusulas, complicando en el asesinato del policía Degan a August Spies, Michael Schwab, Samuel Fielden, Adolph Fischer, George Engel, Luis Lingg, Oscar W. Neebe, Rodolph Schmaubelt y William Seliger.

El último hizo traición vendiéndose villanamente a la policía.

Schmaubelt y Parsons no se hallaban en poder de la policía, pero el segundo, cuando llegó el momento preciso, seguro de su inocencia, se presentó en el banco de los acusados para ofrecer con sus compañeros la vida en holocausto de las ideas.

El día 21 de junio tuvo lugar el examen de los jurados ante el juez Joseph F. Gary. Fueron interrogados más de mil individuos, entre los cuales sólo había cinco o seis obreros, que recusó el Ministerio Público. En cambio fueron admitidos hombres que declaraban previamente que tenían un prejuicio desfavorable acerca de los anarquistas y socialistas, como clase; hombres que afirmaban estar previamente convencidos de la culpabilidad de los acusados. En los autos constan estas declaraciones, y a pesar de las oportunas protestas, los acusados tuvieron que conformarse a poner su vida en manos de gentes que desde luego los creían criminales.

Cuando la defensa pidió que se instruyese de nuevo el sumario, se hizo constar por medio de declaración jurada que el alguacil especial Henry Ryce había dicho a varias personas muy conocidas en Chicago, que al efecto se citaban, que él había sido el encargado de prepararlo todo de tal modo, que no formaran parte del jurado más que hombres desfavorables a los acusados y éstos hubieran de ser así condenados forzosamente. ¡He ahí la pureza de la justicia federal de los Estados Unidos!

El examen de los jurados duró 22 días. El 15 de julio, Grinnell, como representante del Estado, empezó su acusación complicando a los comparecientes con los delitos de conspiración y asesinato, prometiendo probar quién había arrojado la bomba de Haymarket.

Fundaba la acusación en que los procesados pertenecían a una sociedad secreta que se proponía hacer la revolución social y destruir por medio de la dinamita el orden establecido. El 1º de mayo era el día señalado para realizar el movimiento, pero causas imprevistas lo impidieron. Así quedó aplazado para el 4 en Haymarket. Lingg era, según Grinnell, el encargado de comprar dinamita y confeccionar bombas. Schmaubelt, cuñado de Schwab, era el que había arrojado la bomba de Haymarket con ayuda de Spies. El plan de acción había sido preparado por este último. Grinnell acusó de cobarde a Spies porque no asistió a la refriega de MacCormicks, pero más adelante, a fin de sentenciarlo a muerte, acumuló sobre él toda clase de horrores, apoyándose en el testimonio de un tal Gilmer, que afirmó haber visto al cobarde prender fuego a la mecha de una bomba arrojada en Haymarket. La vasta asociación secreta denunciada era obra de La Internacional. Los miembros de dicha asociación se dividían en grupos encargados unos de la propaganda revolucionaria, otros de la fabricación de bombas y otros de preparar en el manejo de las armas a los afiliados.

Todo lo que pudo probar el representante del Estado, es que si el relato fuera cierto, habría indudablemente estallado en Chicago una terrible rebelión de los trabajadores.

Demostró además que los acusados eran todos anarquistas o socialistas, partidarios de la revolución; pero no pudo probar su participación directa en el delito que se les imputaba. Los testimonios más importantes para el ministerio fiscal tampoco pudieron probar nada en concreto contra los procesados.

Waller, Schrader y Seliger, antes compañeros de los acusados, depusieron contra ellos, por temor a las consecuencias del proceso o por obtener el cumplimiento de las promesas que la policía les había hecho. Waller pretendió probar la conspiración, y se vio obligado a declarar que en el mitin de Haymarket ni siquiera se esperaba a la policía y que en la reunión preparatoria para convocarlo no habló nada de la dinamita. Waller se vendió miserablemente a la policía, pues su hermana Pauline Brandes declaró, cuando ya habían sido ejecutados nuestros amigos, ante el juez Eberhardt, que todo lo dicho por su hermano era falso.

Schrader iba a comprobar lo dicho por Waller, pero su testimonio fue tan favorable a los acusados, que el procurador del Estado, perdiendo la calma, gritó, dirigiéndose a la defensa: "¡Este testigo no es nuestro; es vuestro!"

Gilmer declaró que había visto a Schmaubelt arrojar la bomba asistido por Fischer y Spies. Pero se probó que Fischer estaba en Zept–Hall en el momento en que se arrojó la bomba, Spies en la tribuna de los oradores y que la descripción del acto no se ajustaba a la situación y aparición de Schmaubelt. Su irresponsabilidad fue denunciada por un gran número de testigos.

Seliger quiso probar que Lingg había fabricado la bomba de Haymarket, pero sólo pudo probar que Lingg hacía bombas, lo cual no era contrario a las leyes de aquel país, sin poder demostrar que existiera alguna conexión entre la bomba de Haymarket y las fabricadas por él. La defensa presentó dos testigos que negaban el testimonio de Seliger, pero la sala los recursó con la imparcialidad de siempre.

Para comprobar el delito de conspiración, el ministerio fiscal acudió a la prensa anarquista, presentando trozos de artículos y discursos de los procesados, muy anteriores a los sucesos origen del proceso. El objeto de semejante prueba era bien claro: a pesar de no ser nuestras locuciones contra el actual orden de cosas tan duras como las que usa la prensa burguesa de la República modelo cuando pide la matanza de los obreros, se presentaron convenientemente para aterrorizar a los jurados, ya mal dispuestos contra los socialistas y anarquistas como clase. Esta apelación a las pasiones de los jurados se extremó hasta el punto de exhibir armas, bombas de dinamita y ropas ensangrentadas que se decía que pertenecían a los polizontes asesinados.

La teoría del representante del Estado quedó, a pesar de todo, completamente destruida, porque no se consiguió establecer una relación evidente entre la bomba arrojada en Haymarket y los anarquistas procesados.

Los hechos, sólo los hechos quedaron en pie. Degan primero y siete policías más después habían muerto; otros sesenta habían sido heridos; los acusados habían empleado duras palabras contra el actual orden de cosas, contra la irritante distribución del trabajo y de la riqueza, contra las leyes y sus mantenedores, contra la tiranía del Estado y el privilegio de la propiedad, y era necesario tomar vida por vida y ahogar en sangre la naciente idea anarquista. Los ocho procesados fueron sentenciados.

El 20 de agosto se hizo público el veredicto del jurado. August Spies, Michael Schwab, Samuel Fielden, Albert R. Parsons, Adolph Fischer, George Engel y Luis Lingg, fueron condenados a muerte; Oscar W. Neebe a reclusión por 15 años.

Ocho hombres condenados por ser anarquistas, y condenados siete de ellos a muerte en la libre y feliz República Federal Norteamericana: he ahí el resultado final de una comedia infame, en la que no hubo procedimiento indigno a que no se apelase ni falsedad ni perjurio que no se admitiese. He ahí las ventajas que los trabajadores pueden esperar de las repúblicas. He ahí la demostración evidente de que la lucha de clases se sobrepone a la lucha política.

III

Los discursos de los mártires de Chicago

Las defensas de los abogados, aunque notables en la forma, carecen de importancia por una razón fácil de comprender: a los acusados no se les probó que hubieran cometido crimen alguno; por lo tanto poco había de constar a los defensores demostrar que la petición fiscal era, además de injusta, bárbara y cruel. La acusación insistía principalmente en las ideas que profesaban los procesados, y en este punto nada podían hacer los defensores, ya que aquellos no renegaban de sus ideas, sino que se mostraban orgullosos de ellas.

Son, pues, las defensas o discursos de los mismos acusados las que tienen importancia verdadera, y vamos a reproducirlas en extracto, precedidas de una nota biográfica de cada uno de ellos.

He aquí lo más sobresaliente de dichas biografías y discursos.

August Spies

August Vicent Theodore Spies, nació en Laudeck, Hesse, en 1855. Fue a los Estados Unidos en 1872 y a Chicago en 1873, trabajando en su oficio de impresor. En 1875 se interesó mucho por las teorías socialistas; dos años más tarde ingresó en el Partido Socialista y fue redactor del periódico *Arbeiter Zeitung* en 1880; poco tiempo después sucedió a Paul Grottkan como director del periódico, cuyo cargo desempeñó con gran actividad hasta el día que fue detenido. Desde aquella época (1880) se reconoció en él a uno de los más inteligentes propagandistas de las ideas revolucionarias. Era un ardiente orador, y con frecuencia se lo invitaba a hablar en los mítines obreros de las principales ciudades de Illinois.

Discurso:

Al dirigirme a este tribunal lo hago como representante de una clase enfrente de los de otra clase enemiga, y empezaré con las mismas palabras que un personaje veneciano pronunció hace cinco siglos ante el Consejo de los Diez en ocasión semejante: "Mi defensa es vuestra acusación; mis pretendidos crímenes son vuestra historia."

Se me acusa de complicidad en un asesinato y se me condena, a pesar de no presentar el Ministerio Público prueba alguna de que yo conozca al que arrojó la bomba ni siquiera de que en tal asunto haya tenido intervención alguna. Sólo el testimonio del procurador del Estado y de Bonfield y las contradictorias

declaraciones de Thomson y de Gilmer, testigos pagados por la policía, pueden hacerme pasar como criminal. Y si no existe un hecho que pruebe mi participación o mi responsabilidad en el asunto de la bomba, el veredicto y su ejecución no son más que un crimen maquiavélicamente combinado y fríamente ejecutado, como tantos otros que registra la historia de las persecuciones políticas y religiosas. Se han cometido muchos crímenes jurídicos aun obrando de buena fe los representantes del Estado, creyendo realmente delincuentes a los sentenciados. En esta ocasión ni esa excusa existe. Por sí mismos los representantes del Estado han fabricado la mayor parte de los testimonios, y han elegido un jurado vicioso en su origen. Ante este tribunal, ante el público, yo acuso al Procurador del Estado y a Bonfield de conspiración infame para asesinarnos.

Referiré un incidente que arrojará bastante luz sobre la cuestión. La tarde del mitin de Haymarket, encontré a eso de las ocho a un tal Legner. Este joven me acompañó, sin dejarme hasta el momento que bajé de la tribuna, unos cuantos segundos antes de estallar la bomba. Él sabe que no vi a Schwab aquella tarde. Sabe también que no tuve la conversación que me atribuye Thomson. Sabe que no bajé de la tribuna para encender la mecha de la bomba. ¿Por qué los honorables representantes del Estado, Grinnell y Bonfield, rechazan a este testigo que nada tiene de socialista? Porque probaría el perjurio de Thomson y la falsedad de Gilmer. El nombre de Legner estaba en la lista de los testigos presentados por el Ministerio Público. No fue, sin embargo, citado, y, la razón es obvia. Se le ofrecieron 500 duros porque abandonase la población, y rechazó indignado el ofrecimiento. Cuando yo preguntaba por Legner nadie sabía de él; ¡el honorable, el honorabilísimo Grinnell me contestaba que él mismo lo había buscado sin conseguir encontrarlo! Tres semanas después supe que aquel joven había sido conducido por dos policías a Buffalo, Nueva York. ¡Juzgad quiénes son los asesinos!

Si yo hubiera arrojado la bomba o hubiera sido causa de que se arrojara, o hubiera siquiera sabido algo de ello, no vacilaría en afirmarlo aquí. Cierto que murieron algunos hombres y fueron heridos otros más. ¡Pero así se salvó la vida a centenares de pacíficos ciudadanos! Por esa bomba, en lugar de centenares de viudas y de huérfanos, no hay hoy más que unas cuantas vidas y algunos huérfanos.

Mas, decís, habéis publicado artículos sobre la fabricación de dinamita. Y bien; todos los periódicos los han publicado, entre ellos los titulados *Tribune* y *Times*, de donde yo los trasladé, en algunas ocasiones, al *Arbeiter Zeitung*. ¿Por qué no traéis a la barra a los editores de aquellos periódicos?

Me acusáis también de no ser ciudadano de este país. Resido aquí hace tanto tiempo como Grinnell, y soy tan buen ciudadano como él, cuando menos, aunque no quisiera ser comparado.

Grinnell ha apelado innecesariamente al patriotismo del jurado, y yo voy a contestarle con las palabras de un literato inglés: ¡El patriotismo es el último refugio de los infames!

¿Qué hemos dicho en nuestros discursos y en nuestros escritos? Hemos explicado al pueblo sus condiciones y relaciones sociales; le hemos hecho ver

los fenómenos sociales y las circunstancias y leyes bajo las cuales se desenvuelven; por medio de la investigación científica hemos probado hasta la saciedad que el sistema del salario es la causa de todas las iniquidades tan monstruosas que claman al cielo. Nosotros hemos dicho además que el sistema del salario, como forma específica del desenvolvimiento social, habría de dejar paso, por necesidad lógica, a formas más elevadas de civilización; que dicho sistema preparaba el camino y favorecía la fundación de un sistema cooperativo universal, que tal es el socialismo. Que tal o cual teoría, tal o cual diseño de mejoramiento futuro, no eran materia de elección, sino de necesidad histórica, y que para nosotros la tendencia del progreso era la del anarquismo, esto es, la de una sociedad libre sin clases ni gobernantes, una sociedad de soberanos en la que la libertad y la igualdad económica de todos produciría un equilibrio estable como base y condición del orden natural.

Grinnell ha dicho repetidas veces que es la anarquía la que se trata de sojuzgar. Pues bien; la teoría anarquista pertenece a la filosofía especulativa. Nada se habló de la anarquía en el mitin de Haymarket. En este mitin sólo se trató de la reducción de horas de trabajo. Pero insisten: ¡Es la anarquía la que se juzga! Si así es, por vuestro honor, que me agrada: yo me sentencio porque soy anarquista. Yo creo, como Buckle, como Paine, como Jefferson, como Emerson y Spencer y muchos otros grandes pensadores del siglo, que el estado de castas y de clases, donde unas clases viven a expensas del trabajo de otra clase –a lo cual llamáis orden–, yo creo, sí, que esta bárbara forma de la organización social, con sus robos y sus asesinatos legales, está próxima a desaparecer y dejará pronto paso a una sociedad libre, a la asociación voluntaria o hermandad universal, si lo preferís. ¡Podéis, pues, sentenciarme, honorable juez, pero que al menos se sepa que en Illinois ocho hombres fueron sentenciados a muerte por creer en un bienestar futuro, por no perder la fe en el último triunfo de la Libertad y de la Justicia!

Nosotros hemos predicado el empleo de la dinamita. Sí; nosotros hemos propagado lo que la historia enseña, que las clases gobernantes actuales no han de prestar más atención que su predecesora a la poderosa voz de la razón, que aquéllas apelarán a la fuerza bruta para detener la rápida carrera del progreso. ¿Es o no verdad lo que hemos dicho?

Grinnell ha repetido varias veces que está en un país adelantado. ¡El veredicto corrobora tal afirmación!

Este veredicto lanzado contra nosotros es el anatema de las clases ricas sobre sus expoliadas víctimas, el inmenso ejército de los asalariados. Pero si creéis que ahorcándonos podéis contener el movimiento obrero, ese movimiento constante en que se agitan millones de hombres que viven en la miseria, los esclavos del salario; si esperáis salvación y lo creéis, ¡ahorcadnos...! Aquí os halláis sobre un volcán, y allá y acullá y debajo y al lado y en todas partes fermenta la Revolución. Es un fuego subterráneo que todo lo mina. Vosotros no podéis entender esto. No creéis en las artes diabólicas como nuestros antecesores, pero creéis en las conspiraciones, creéis que todo esto es la obra de los conspiradores. Os asemejáis al niño que busca su imagen detrás del espejo. Lo que veis en nuestro movimiento, lo que os asusta, es el reflejo de vuestra maligna conciencia. ¿Queréis destruir a los agitadores? Pues aniquilad a los patronos que amasan sus fortunas con el trabajo de los obreros, acabad con los terratenientes que amontonan sus tesoros con las rentas que arrancan a los miserables y escuálidos labradores, suprimid las máquinas que revolucionan la industria y la agricultura, que multiplican la producción, arruinan al productor y enriquecen a las naciones; mientras el creador de todas esas cosas ande en medio, mientras el Estado prevalezca, el hambre será el suplicio social. Suprimid el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, la navegación y el vapor, suprimíos vosotros mismos, porque excitáis el espíritu revolucionario.

¡Vosotros y sólo vosotros sois los conspiradores y los agitadores!

Ya he expuesto mis ideas. Ellas constituyen una parte de mí mismo. No puedo prescindir de ellas aunque quisiera. Y si pensáis que habréis de aniquilar estas ideas, que ganan más y más terreno cada día, mandándonos a la horca; si una vez más aplicáis la pena de muerte por atreverse a decir la verdad –y os desafiamos a que demostréis que hemos mentido alguna vez–, yo os digo: si la muerte es la pena que imponéis por proclamar la verdad, entonces estoy dispuesto a pagar tan costoso precio. ¡Ahorcadnos! La verdad crucificada en Sócrates, en Cristo, en Giordano Bruno, en Juan de Huss, en Galileo, vive todavía; éstos y otros muchos nos han precedido en el pasado. ¡Nosotros estamos prontos a seguirlos!

El discurso de Spies, interrumpido sin cesar por el juez, duró más de dos horas. Hablaba con fervoroso entusiasmo y las interrupciones lo hacían más enérgico y elocuente.

Michael Schwab

Michael Schwab Nació, en Mannhein (Alemania), en 1853, recibiendo su primera educación en un convento. Trabajó algunos años de encuadernador en distintas ciudades de Alemania. Figuró en su país afiliado al Partido Socialista. Fue a los Estados Unidos en 1879 y colaboró más tarde con Spies en *Arbeiter Zeitung*. Era un correcto orador y su popularidad entre el elemento alemán muy grande. Como organizador era digno émulo de sus compañeros de proceso.

Discurso:

Hablaré poco, y seguramente no despegaría mis labios si mi silencio no pudiera interpretarse como un cobarde asentimiento a la comedia que acaba de desarrollarse.

Denominar justicia a los procedimientos seguidos en este proceso sería una burla. No se ha hecho justicia ni podría hacerse, porque cuando una clase está enfrente de otra es una hipocresía y una maldad suponerlo tan solo.

Decís que la anarquía está procesada, y la anarquía es una doctrina hostil a la fuerza bruta, opuesta al presente criminal sistema de producción y distribución de la riqueza.

Me sentenciáis a muerte por escribir en la prensa y pronunciar discursos. El Ministerio Público sabe tan bien como yo que mi supuesta conversación con Spies jamás existió. Sabe algo más: sabe y conoce todas las bellezas del trabajo del que preparó aquella conversación. Cuando comparecí ante el juez al principio de este proceso, dos o tres policías declararon que sin duda alguna me habían visto en Haymarket cuando Parsons terminaba su discurso. Entonces se trataba ya de atribuirme el delito de arrojar la bomba. Al menos en los primeros telegramas que se dirigieron a Europa se dijo que yo había arrojado varias bombas sobre la policía. Más tarde se comprendió la inutilidad de esta acusación y entonces fue Schmaubelt el acusado.

Habláis de una gigantesca conspiración. Un movimiento no es una conspiración, y nosotros todo lo hemos hecho a la luz del día. No hay secreto alguno en nuestra propaganda. Anunciamos de palabra y por escrito una próxima revolución, un cambio en el sistema de producción de todos los países industriales del mundo; y ese cambio viene, ese cambio no puede sino llegar.

Nosotros defendemos la anarquía y el comunismo, y ¿por qué? Porque si nosotros calláramos hablarían hasta las piedras. Todos los días se cometen asesinatos, los niños son sacrificados inhumanamente, las mujeres perecen a fuerza de trabajar y los hombres mueren lentamente, consumidos por sus rudas faenas; y no he visto jamás que las leyes castiguen estos crímenes.

Como obrero que soy, he vivido entre los míos; he dormido en sus guardillas y en sus cuevas; he visto prostituirse la virtud a fuerza de privaciones y de miseria y morir de hambre hombres robustos por falta de trabajo. Pero esto lo había conocido en Europa y abrigaba la ilusión de que en la llamada tierra de la libertad no presenciaría estos tristes cuadros. Sin embargo he tenido ocasión de convencerme de lo contrario. En los grandes centros industriales de los Estados Unidos hay más miseria que en las naciones del viejo mundo. Miles de obreros viven en Chicago en habitaciones inmundas, sin ventilación ni espacio suficiente; dos y tres familias viven amontonadas en un solo cuarto y comen piltrafas de carne y algunos vegetales. Las enfermedades se ceban en los hombres, en las mujeres y en los niños, sobre todo en los infelices e inocentes niños. ¿Y no es esto horrible en una ciudad que se considera civilizada?

De ahí, pues, que haya aquí más socialistas nacionales que extranjeros, aunque la prensa capitalista afirme lo contrario con objeto de acusar a los últimos de traer la perturbación y el desorden.

El socialismo, tal como nosotros lo entendemos, significa que la tierra y las máquinas deben ser propiedad común del pueblo. La producción debe ser regulada y organizada por asociaciones de productores que suplan a las demandas del consumo. Bajo tal sistema todos los seres humanos habrán de disponer de medios suficientes para realizar un trabajo útil, y es indudable que nadie dejará de trabajar. Cuatro horas de trabajo cada día serían suficientes para producir todo lo necesario para una vida confortable, con arreglo a las estadísticas. Sobraría, pues, tiempo para dedicarse a las ciencias y al arte.

Tal es lo que el socialismo se propone. Hay quien dice que esto no es americano. Entonces será americano dejar al pueblo en la ignorancia, será americano explotar y robar al pobre, será americano fomentar la miseria y el crimen. ¿Qué han hecho los grandes partidos políticos por el pueblo? Prometer mucho y no hacer nada, excepto corromperlo comprando votos en los días de elección. Es natural, después de todo, que en un país donde la mujer tiene que vender su honor para vivir, el hombre venda el voto.

¿Qué es la anarquía? Un estado social en el que todos los seres humanos obran bien por la sencilla razón de que es el bien y rechazan el mal porque es el mal. En una sociedad tal no son necesarias ni las leyes ni los mandatos. La anarquía está muerta, ha dicho el Procurador General. La Anarquía hasta hoy sólo existe como doctrina, y Grinnell no tiene poder para matar a una doctrina cualquiera. La anarquía es hoy una aspiración, pero una aspiración que se realizará más o menos pronto, no sé cuando, pero que se realizará indudablemente.

Es un error emplear la palabra anarquía como sinónimo de violencia, pues son cosas opuestas. En el presente estado social la violencia se emplea a cada momento, y por esto nosotros propagamos la violencia también, como un medio necesario de defensa.

La anarquía es el orden sin gobierno. Nosotros los anarquistas decimos que el anarquismo será el desenvolvimiento y la plenitud de la cooperación universal (comunismo). Decimos que cuando la pobreza haya sido eliminada y la educación sea integral y de derecho común, la razón será soberana. Decimos que el crimen pertenecerá al pasado, y que las maldades de aquellos que se extravíen podrán ser evitadas de distinto modo al de nuestros días. La mayor parte de los crímenes son debidos al sistema imperante, que produce la ignorancia y la miseria.

Nosotros los anarquistas creemos que se acercan los tiempos en que los explotados reclamarán sus derechos a los explotadores y creemos además que la mayoría del pueblo, con la ayuda de los rezagados de las ciudades y de las gentes sencillas del campo, se rebelarán contra la burguesía de hoy. La lucha, en nuestra opinión, es inevitable.

Oscar w. Neebe

Nació en Filadelfia de padres alemanes. Sus padres viven aún. En la época en que Neebe fue arrestado, no vivía de un salario fijo; se dedicaba a trabajos particulares. Desde sus primeros años sintió latir su corazón a favor de los desheredados y fue siempre un excelente organizador de las secciones de oficios, siendo propagandista acérrimo de las ideas socialistas.

Discurso:

Durante los últimos días he podido aprender lo que es la ley, pues antes no lo sabía. Yo ignoraba que podía estar convicto de un crimen por conocer a Spies, Fielden y Parsons. He presidido un mitin en Turner Hall, al que vosotros fuísteis invitados para discutir el anarquismo y el socialismo. Yo estuve, sí, en aquella reunión, en la que no aparecieron los representantes del sistema capitalista actual para discutir con los obreros sus aspiraciones. Yo no lo niego. Tuve también en cierta ocasión el honor de dirigir una manifestación popular, y nunca he visto un número tan grande de hombres en correcta formación y con el más absoluto orden. Aquella manifestación imponente recorrió las calles de la ciudad en son de protesta contra las injusticias sociales. Si esto es un crimen, entonces reconozco que soy un delincuente. Siempre he supuesto que tenía derecho a expresar mis ideas como presidente de un mitin pacífico y como director de una manifestación. Sin embargo se me declara convicto de ese pretendido delito.

En la mañana del 5 de mayo supe que habían sido detenidos Spies y Schwab y entonces fue también cuando tuve la primera noticia de la celebración del mitin de Haymarket durante la tarde anterior. Después de terminar mis faenas fui a las oficinas del *Arbeiter Zeitung*, en donde encontré a la esposa de Parsons y la señorita Holmes. Cuando iba a hablar con la primera de dichas señoras, entró de pronto una manada de bandidos, llamados policías, en cuyos rostros se retrataba la ignorancia y la embriaguez, gente de peor calaña que los peores rufianes de las calles de Chicago. El Mayor Harrison iba con estos piratas y dijo:

–¿Quién es el director de este periódico?

Los chicos de la imprenta no sabían hablar inglés, y como conocía a Harrison me dirigí a él y le dije: ¿Qué pasa, señor Harrison?

–Necesito –me contestó– revisar el periódico por si contiene un artículo violento.

Yo le prometí revisarlos y lo hice en compañía de Hand, a quien Harrison fue a buscar. Harrison volvió a los pocos minutos y vi bajar la escalera a todos los tipógrafos; otra pandilla de rufianes policíacos entró a tiempo que la esposa de Parsons y la señorita Holmes se hallaban escribiendo. Uno que yo tenía por caballero oficial dijo: "¿Qué hacéis aquí?" Y la señorita Holmes respondió: "Estoy escribiendo a mi hermano, que es editor de un periódico obrero". Al oír esto aquel oficial, la agarró fuertemente por un brazo, y ante las protestas de aquella señorita, grito: "¡Concluye, zorra, o te arrojo al suelo!" Repito aquí estas palabras para que conozcáis el lenguaje de un noble oficial de Chicago. Es uno de los vuestros. Insultáis a las mujeres porque no tenéis valor para insultar a los hombres. Lucy Parsons obtuvo igual tratamiento, a la vez que le aseguraban que no se publicaría más el periódico y que arrojarían por la ventana todo el material de la imprenta. Cuando oí esto, cuando vi que se pretendía destruir lo que era propiedad de los obreros de Chicago, exclamé: "Mientras pueda haré que el periódico se publique". Y volví a publicar el periódico; cuando se nos echaron encima los policíacos bandidos y todas las imprentas se negaron a imprimirlo, reunimos fondos y adquirimos imprenta propia, mejor dicho, dos imprentas, se multiplicaron los suscriptores, y en fin, los trabajadores de Chicago cuentan hoy con todo lo necesario para la propaganda. ¡He ahí mi delito!

Otro delito que tengo es haber contribuido a organizar varias asociaciones de oficios, poner de mi parte todo lo que pude para obtener sucesivas reducciones en la jornada de trabajo y propagar las ideas socialistas. Desde el año 1865 he trabajado siempre en este sentido.

El 9 de mayo, al volver a mi casa, me dijo mi esposa que habían venido veinticinco policías y que al registrar la casa habían hallado un revólver. Yo no creo que sólo los anarquistas y socialistas tengan armas en sus casas. Hallaron también una bandera roja, de un pie cuadrado, con la que jugaba frecuentemente mi hijo. Se registraron del mismo modo centenares de casas, de las que desaparecieron bastantes relojes y no poco dinero. ¿Sabéis quienes eran los ladrones? Vos lo sabéis, Capitán Schaack. Vuestra compañía es una de las peores de la ciudad. Yo os lo digo frente a frente y muy alto, Capitán Schaack, sois vos uno de ellos. Sois un anarquista a la manera que vosotros lo entendéis. Todos, en este sentido, sois anarquistas.

Habéis hallado en mi casa un revólver y una bandera roja. Habéis probado que organicé asociaciones obreras, que he trabajado por la reducción de horas de trabajo, que he hecho cuanto he podido por volver a publicar el *Arbeiter Zeitung*: he ahí mis delitos. Pues bien; me apena la idea de que no me ahorquéis, honorables jueces, porque es preferible la muerte rápida a la muerte lenta en que vivimos. Tengo familia, tengo hijos y si saben que su padre ha muerto lo llorarán y recogerán su cuerpo para enterrarlo. Ellos podrán visitar su tumba, pero no podrán en caso contrario entrar en el presidio para besar a un condenado por un delito que no ha cometido. Esto es todo lo que tengo que decir. Yo os lo suplico. Dejadme participar de la suerte de mis compañeros. ¡Ahorcadme con ellos!

Adolph Fischer

Era natural de Alemania y tenía treinta años cuando lo ahorcaron. A los diez años emigró con su familia a los Estados Unidos y aprendió el oficio de tipógrafo en Nashville (Tenesee). Desde muy joven profesó ideas socialistas. Adelantando en su educación sociológica, fue poco después editor y propietario del periódico *Staats Zeitung*, que se publicó en Little Rock (Arkansas). En 1881 vendió el periódico y se trasladó a Chicago, en donde trabajó de impresor, fundando después un periódico defensor de las ideas más avanzadas en el campo socialista. Desde entonces su reconocida ilustración lo llevó al desempeño de difíciles comisiones en el seno de la organización obrera.

Discurso:

No hablaré mucho. Solamente tengo que protestar contra la pena de muerte que me imponéis, porque no he cometido crimen alguno. He sido tratado aquí como asesino y sólo se me ha probado que soy anarquista. Pues repito que protesto contra esa bárbara pena, porque no me habéis probado crimen alguno. Pero si yo he de ser ahorcado por profesar las ideas anarquistas, por mi amor a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad, entonces no tengo nada que objetar. Si la muerte es la pena correlativa a nuestra ardiente pasión por la libertad de la especie humana, entonces, yo lo digo muy alto, disponed de mi vida.

Aunque soy uno de los que prepararon el mitin de Haymarket, nada tengo que ver con el asunto de la bomba. Yo no niego que he concurrido a aquel mitin, pero aquel mitin...

(Al llegar a este punto, el defensor, el señor Salomón, lo llama aparte y le aconseja que no continúe en aquel tono. Entonces Fischer, volviéndose la espalda, dice: "Sois muy bondadoso, Salomón. Sé muy bien lo que digo", y continuó.)

Ahora bien; el mitin de Haymarket no fue convocado para cometer ningún crimen; fue, por el contrario, convocado para protestar contra los atropellos y asesinatos de la policía en la factoría de MacCormicks.

El testigo Waller y otros han afirmado aquí que pocas horas después de aquellos sucesos habíamos tenido una reunión previa para tomar la iniciativa y convocar una manifestación popular. Waller presidió esta reunión y él mismo propuso la idea del mitin en Haymarket. También fue él quien me indicó para que me hiciera cargo de buscar oradores y redactar las circulares. Cumplí este encargo invitando a Spies a que hablara en el mitin y mandando imprimir 25.000 circulares. En el original aparecían las palabras. "¡Trabajadores, acudid armados!" Yo tenía mis motivos para escribirlas, porque no quería que, como en otras ocasiones, los trabajadores fueran ametrallados indefensos. Cuando Spies vio dicho original se negó a tomar parte en el mitin si no se suprimían aquellas palabras. Yo deferí a sus deseos y Spies habló en Haymarket. Esto es todo lo que tengo que ver en el asunto del mitin...

Yo no he cometido en mi vida ningún crimen. Pero aquí hay un individuo que está en camino de llegar a ser un criminal y un asesino, y ese individuo es Grinnell, que ha comprado testigos falsos a fin de poder sentenciarnos a muerte. Yo lo denuncio aquí públicamente. Si creéis que con este bárbaro veredicto aniquiláis a los anarquistas y a la anarquía, estáis en un error, porque los anarquistas están dispuestos siempre a morir por sus principios, y éstos son inmortales... Este veredicto es un golpe de muerte dado a la libertad de imprenta, a la libertad de pensamiento, a la libertad de palabra, en este país. El pueblo tomará nota de ello. Es cuanto tengo que decir.

Luis Lingg

Nació en Mannheim (Alemania), el 9 de septiembre de 1864. Su padre trabajaba en maderas de construcción y su madre era lavandera. Luis recibió su educación en las escuelas públicas de su pueblo natal. La manera como las primeras sombras de la vida empezaron a obscurecer el horizonte del entonces niño, las refirió él mismo del modo siguiente:

Mi primera juventud se deslizó feliz, hasta que una desgracia ocurrida a mi padre produjo tal cambio en nuestra posición, que muchas veces el hambre y la necesidad fueron huéspedes implacables de nuestro hogar. Sólo los titánicos esfuerzos de mi pobre madre hicieron que sus visitas no fueran diarias. Tratando de recuperar un tablón que se había deslizado sobre la helada superficie del río, se rompió la capa de hielo y mi padre desapareció de pronto en las aguas, costando grandes dificultades ponerlo a salvo. Este accidente destruyó su salud y amenguó su capacidad para el trabajo. En vista de esto, sin duda, su noble patrono le redujo el salario, aunque ya hacía doce años que mi padre le trabajaba lealmente, y por último lo despidió, diciéndole que el negocio iba en decadencia. Así, cuando apenas tenía yo trece años, recibí las primeras impresiones de la injusticia de las instituciones sociales reinantes, es decir, la explotación del hombre por el hombre, observando lo que pasaba en mi propia familia. No me pasaba inadvertido que el burgués –patrón de mi padre– se hacía cada vez más rico, a pesar de la vida dispendiosa que llevaba, mientras que mi padre, que había contribuido a formar aquella riqueza, sacrificando su salud, fue abandonado como un instrumento ya inútil. Todo esto arraigó en mi ánimo el germen de amargura y odio a la sociedad presente, y este odio se hizo más intenso a mi entrada en el palenque industrial.

Lingg aprendió el oficio de carpintero, y después del tradicional aprendizaje de tres años (en Alemania), viajó por el sur de aquella nación y luego por Suiza, trabajando dondequiera que se le presentaba ocasión. No tardó en enterarse de las doctrinas socialistas, que aceptó con entusiasmo.

En 1885 llegó a América. No quería someterse al servicio militar en Alemania, y por eso no se consideró seguro en Suiza. En Chicago obtuvo trabajo en su oficio, y pronto ingresó en la asociación en que tanto distinguió por su actividad organizadora. Pudo con noble orgullo envanecerse de que la sociedad a que pertenecía saliera sin menoscabo de sus fuerzas del movimiento por las ocho horas en mayo de 1886.

Discurso:

Me concedéis, después de condenarme a muerte la libertad de pronunciar un último discurso. Acepto vuestra concesión, pero solamente para demostrar las

injusticias, las calumnias y los atropellos de los que se me ha hecho víctima.

Me acusáis de asesino; ¿y qué prueba tenéis de ello?

En primer lugar, traéis aquí a Seliger para que deponga en mi contra. Dice que me ha ayudado a fabricar bombas y yo he demostrado que las bombas que tenía las compré en la Avenida de Clybourne, Nº 58. Pero lo que no habéis probado aún con el testimonio de ese infame comprado por vosotros, es que esas bombas tuvieran alguna conexión con la de Haymarket. Habéis traído aquí también a algunos especialistas químicos, y éstos han tenido que declarar que entre unas y otras bombas había diferencias tan esenciales como la de una pulgada larga en sus diámetros.

Esa es la clase de pruebas que contra mí tenéis.

No, no es por un crimen por lo que nos condenáis a muerte; es por lo que aquí se ha dicho en todos los tonos, es por la anarquía; y puesto que es por nuestros principios por lo que nos condenáis, yo grito sin temor: ¡Soy anarquista!

Me acusáis de despreciar la ley y el orden. ¿Y que significan la ley y el orden? Sus representantes son los policías, y entre éstos hay muchos ladrones. Aquí se sienta el Capitán Schaack. Él me ha confesado que mi sombrero y mis libros habían desaparecido de su oficina, sustraídos por los policías. ¡He ahí vuestros defensores del derecho de propiedad!

Mientras yo declaro francamente que soy partidario de los procedimientos de fuerza para conquistar una vida mejor para mis compañeros y para mí, mientras afirmo que enfrente de la violencia brutal de la policía es necesario emplear la fuerza bruta, vosotros tratáis de ahorcar a siete hombres apelando a la falsedad y al perjurio, comprando testigos y fabricando, en fin, un proceso inicuo desde el principio hasta el fin.

Grinnell ha tenido el valor, aquí donde no puedo defenderme, de llamarme cobarde. ¡Miserable! Un hombre que se ha aliado con un vil, con un bribón asalariado, para mandarme a la horca. ¡Este miserable, que por medio de las falsedades de otros miserables como él trata de asesinar a siete hombres, es quien me llama cobarde!

Se me acusa del delito de conspiración. ¿Y cómo se prueba la acusación? Pues declarando sencillamente que la Asociación Internacional de Trabajadores tiene por objeto conspirar contra la Ley y el orden. Yo pertenezco a esa Asociación, y de esto se me acusa probablemente. ¡Magnífico! ¡Nada hay difícil para el genio de un fiscal!

Yo repito que soy enemigo del orden actual, y repito también que lo combatiré con todas mis fuerzas mientras aliente. Declaro otra vez franca y abiertamente que soy partidario de los medios de fuerza. He dicho al Capitán Schaack, y lo sostengo, que si vosotros empleáis contra nosotros vuestros fusiles y vuestros cañones, nosotros emplearemos contra vosotros la dinamita. Os reís probablemente, porque estáis pensando: "Ya no arrojarás más bombas". Pues permitidme que os asegure que muero feliz, porque estoy seguro de que los centenares de obreros a quienes he hablado recordarán mis palabras, y cuando hayamos sido ahorcados ellos harán estallar la bomba. En esta esperanza os digo: Os desprecio; desprecio vuestro orden, vuestras leyes, vuestra fuerza, vuestra autoridad. ¡Ahorcadme!

George Engel

Nació en Cassel (Alemania), en 1836. Recibió una educación común en las escuelas públicas, y aprendió el oficio de impresor. En 1873 pasó a los Estados Unidos y un año después llegó a Chicago, donde se afilió al Partido Socialista. Fue el fundador del famoso grupo Northwest en 1883. Su notoria actividad y energía incansable impulsaron grandemente la organización. Engel era un orador incisivo, y su palabra correcta y fácil era oída con agrado aun por sus mismos adversarios.

Discurso:

Es la primera vez que comparezco ante un tribunal americano, y en él se me acusa de asesino. ¿Y por qué razón estoy aquí? ¿Por qué razón se me acusa de asesino? Por la misma que tuve que abandonar Alemania, por la pobreza, por la miseria de la clase trabajadora. Aquí también, en esta libre República, en el país más rico del mundo, hay muchos obreros que no tienen lugar en el banquete de la vida y que como parias sociales arrastran una vida miserable. Aquí he visto a seres humanos buscando algo con qué alimentarse en los montones de basura de las calles.

Cuando en 1878 vine desde Filadelfia a esta ciudad, creía hallar más fácilmente medios de vida aquí que en Filadelfia, donde me había sido imposible vivir por más tiempo. Pero mi desilusión fue completa. Empecé a comprender que para el obrero no hay diferencia entre Nueva York, Filadelfia y Chicago, así como no la hay entre Alemania y esta República tan ponderada. Un compañero de taller me hizo comprender científicamente la causa de que en este rico país no pueda vivir decentemente el proletario. Compré libros para ilustrarme más, y yo, que había sido político de buena fe, abominé la política y las elecciones y aún comprendí que todos los partidos estaban degradados y que los mismos demócratas socialistas caían en la corrupción más completa. Entonces entré en la Asociación Internacional de los Trabajadores. Los miembros de esta Asociación están convencidos de que sólo por la fuerza podrán emanciparse los trabajadores, de acuerdo con lo que la historia enseña. En ella podemos aprender que la fuerza liberó a los primeros colonizadores de este país, que sólo por la fuerza fue abolida la esclavitud, y así como fue ahorcado el primero que en este país agitó la opinión contra la esclavitud, vamos a ser ahorcados.

¿En qué consiste mi crimen? En que he trabajado por el establecimiento de un sistema social en que sea imposible el hecho de que mientras unos amontonan millones beneficiando las máquinas, otros caen en la degradación y la miseria. Así como el agua y el aire son libres para todos, así la tierra y las invenciones de los hombres científicos deben ser utilizados en beneficio de todos. Vuestras leyes

están en oposición con las de la naturaleza, y mediante ellas robáis a las masas el derecho a la vida, a la libertad y al bienestar.

En la noche en que fue arrojada la primera bomba en este país, yo me hallaba en mi casa. Yo no sabía ni una palabra de la conspiración que pretende haber descubierto el Ministerio Público.

Es cierto que tengo relaciones con mis compañeros de proceso, pero a algunos sólo los conozco por haberlos visto en las reuniones de trabajadores. No niego tampoco haber hablado en varios mítines, afirmando que si cada trabajador llevase una bomba en el bolsillo, pronto sería derribado el sistema capitalista imperante.

Esa es mi opinión y mi deseo. Yo no combato individualmente a los capitalistas; combato el sistema que da el privilegio. Mi más ardiente deseo es que los trabajadores sepan quiénes son sus enemigos y quiénes son sus amigos. Todo lo demás lo desprecio: desprecio el poder de un gobierno inicuo, sus policías y sus espías. No tengo más que decir.

SAMUEL FIELDEN

Nació en Todmorden, Lancashire (Inglaterra) en 1844; pasó su juventud trabajando en los talleres, y entrando en la edad de la razón, se recibió de Ministro metodista. Fue después nombrado superintendente de las escuelas dominicales de su país natal. En 1864 pasó a Nueva York y trabajo en algunos telares. Al año siguiente se trasladó a Chicago, y desde esa fecha trabajó como jornalero. Ingresó en la Liga Liberal en 1880, donde hizo conocimiento con Spies y Parsons; se declaró socialista y fue uno de los miembros más activos de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Era un gran orador y pensador profundo.

Discurso (Fielden pronunció un discurso muy extenso, por cuya razón no haremos un extracto tan completo como desearíamos, y le daremos forma distinta de la dada a los demás para compendiar mejor cuanto dijo):

Empezó recitando una poesía del escritor alemán Freiligrath, titulada "La Revolución", y se defendió elocuentemente de que se pretendiera acusarle de revolucionario. En cuanto a juzgarlo delincuente por profesar las ideas anarquistas, apeló a la Constitución del Estado y sobre todo al derecho natural, superior a todas las constituciones, para pensar libremente, y demostró que era un absurdo condenarle por defender la anarquía y la revolución. La historia de todos los pueblos prueba que toda idea nueva fue y es revolucionaria, y que no se mata la idea suprimiendo a los defensores. Descartados estos dos extremos, dice:

Llegué a los Estados Unidos en 1868. Estuve primero en Ohio y vine a Chicago en 1869. Hay en Chicago bellos monumentos que evidencian un progreso,

y es difícil que paséis por una calle donde yo no haya producido algo con mis propias manos. Y por ello he de recordaros que cuando tratasteis de acusarnos lo hicisteis afirmando que nosotros habíamos procurado vivir sin trabajar a costa de las gentes sencillas. El único que después pudo poner en claro este asunto fue Zeller, secretario de la Unión Central Obrera, y cuando se le preguntó si habíamos recibido dinero por hablar y organizar secciones en la Asociación, este hombre, que era traído al proceso para prevenir al pueblo contra nosotros, porque no hay nada que perjudique tanto a un individuo como la prueba de que obra por interés, y es por tanto un mercenario despreciable; cuando llegó el momento, repito, en que este hombre podía declarar la verdad, en que hubiera podido confirmar la acusación, si fuera cierta, cada uno de los que estábais interesados en probarnos aquel hecho os opusisteis a que hablara y aturdisteis la sala con el ruido producido con vuestros zapatos. Nosotros somos juzgados por un jurado que nos cree culpables. Ahora seréis vosotros juzgados por otro jurado que os cree a su vez culpables también.

Y hablando del socialismo decía:

Al hallarme en un estado o disposición investigadora y habiendo observado que hay algo injusto en nuestro sistema social, asistí a varias reuniones populares y comparé lo que decían los obreros con mis propias observaciones. Yo reconocí que había algo injusto: mis ideas no me hacían comprender el remedio, pero me condujeron a su determinación con la misma energía que me había llevado hacia aquéllas, años atrás. Siempre hay un período en la vida individual en que tal o cual sensación simpática es agitada o sacudida por cualquier otra persona. Aun no bien se ha comprendido la idea, y ya se está convencido de la verdad respondiendo a aquella sensación simpática por otro producida. No de otro modo me ocurrió en mis investigaciones sobre la economía política. Sabía cual era el error, la falsedad, mas no conocía el remedio a los males sociales; pero discutiendo y analizando las cosas y examinando los remedios puestos en boga actualmente, hubo quien me dijo que el socialismo significaba la igualdad de condiciones, y esta fue la enseñanza. Comprendí enseguida aquella verdad, y desde entonces fui socialista. Aprendí cada vez más y más; reconocí la medicina para combatir los males sociales, y como me juzgaba con derecho para propagarla, la propagué. La constitución de los Estados Unidos cuando dice: "El derecho a la libre emisión del pensamiento no puede ser negado da a cada ciudadano", reconoce a cada individuo el derecho a expresar sus pensamientos. Yo he invocado los principios del socialismo y de la economía social, y ¿por esta y sólo por esta razón me hallo aquí y soy condenado a muerte? ¿Qué es el socialismo? ¿Es tomar alguno la propiedad de otro? ¿Es eso lo que el socialismo significa en la acepción vulgar de la palabra? No. Si yo contestara a esta pregunta tan brevemente como los adversarios del socialismo, diría que este impide a cualquiera apoderarse de lo que no es suyo. El socialismo es la igualdad; el socialismo reconoce el hecho de que

nadie socialmente es responsable de lo que es; de que todos los males sociales son el producto de la pobreza; y el socialismo científico demuestra que todos debemos evitar y combatir el mal dondequiera que se encuentre. No hay ningún criminalista que niegue que todo crimen en su origen es el producto de la miseria. Pues bien; se me acusa de excitar las pasiones, se me acusa de incendiario porque he afirmado que la sociedad actual degrada al hombre hasta reducirlo a la categoría de animal. Andad, id a las casas de los pobres, y los veréis amontonados en el menor espacio posible, respirando una atmósfera infernal de enfermedad y muerte. ¿Creéis que estos hombres tienen verdadera conciencia de lo que hacen? De ningún modo. Es el producto de ciertas condiciones, de determinados medios en que han nacido, lo que les obliga a ser lo que son y nada más que lo que son. Os lo podría demostrar aquí con mil ejemplos.

La cuestión social es una cuestión tan europea como americana. En los grandes centros industriales de los Estados Unidos, el obrero arrastra una vida miserable, la mujer pobre se prostituye para vivir, los niños perecen prematuramente aniquilados por las penosas tareas a que tienen que dedicarse, y una gran parte de los vuestros se empobrece también diariamente. ¿En donde está la diferencia de país a país?

Habéis traído a los reporteros de la prensa burguesa para probar mi lenguaje revolucionario, y yo os he demostrado que a todas nuestras reuniones han acudido o han podido acudir nuestros adversarios para demostrar la falsedad del socialismo; que a nuestros mítines hemos invitado a los representantes de la prensa, de la industria y del comercio, y que casi siempre han dado la callada por respuesta; y, en resumen, os digo que un reportero es un hombre que no depende de sí mismo, que no es libre, que obra a instigación ajena, y lo mismo puede acusarnos de un crimen que proclamarnos los más virtuosos de todos los hombres. Es más; todas las reuniones convocadas por el Grupo Americano fueron de controversia. Un ciudadano de Washington que aquí vino a combatirnos en 1880, nos ha escrito repetidas veces ofreciéndose a declarar que nuestras reuniones no tenían por objeto excitar al pueblo a la rapiña, como decís vosotros, sino simplemente la discusión de las cuestiones económicas. Veinte testigos más estaban dispuestos a confirmar lo mismo. Esto era en el supuesto de que se nos acusara en aquel sentido. Pero vimos aquí que de lo que se nos acusaba realmente era de anarquistas, y por eso no vinieron aquellos testigos, porque no eran necesarios.

Se defiende después Fielden de las acusaciones de conspiración y asesinato, poniendo unas enfrente de otras las declaraciones de los testigos, citando fechas y lugares y probando hasta la saciedad que era un ardiente propagandista de la anarquía, pero no un criminal. Se lo acusaba de haber hecho fuego con un revólver a la policía, y probó con los mismos testimonios de los testigos contrarios que era falso; se lo acusaba de haber dicho: "Ahí vienen los sanguinarios (aludiendo a la policía), cumplid con vuestro deber y yo cumpliré con el mío"; y no sólo demostró que no había pronunciado tales palabras sino también que si las hubiera pronunciado no sería suficiente causa para condernalo a muerte; se lo acusaba de haber dicho: "¡Suprimid la ley!", y a este propósito dijo:

Recordáis que yo pronuncié estas palabras tomándolas de un discurso de Foran en el Congreso. Y si es verdad, como dice aquél, que nada se puede hacer por la legislación que se supone favorable a los intereses comunales, nada más lógico que aquella frase. No se puede legislar sin herir los intereses de algunos; necesariamente la ley ha de favorecer unos intereses y perjudicar a otros. Si, pues, nada se puede conseguir por medio de la legislación y centenares de hombres reciben un sueldo anual por hacer las leyes, es lógico y natural que la gran mayoría, que no recibe ningún favor de la ley, prescinda de ella, así como ésta prescinde de dicha mayoría. No es, por tanto, una frase terrible la pronunciada por mí. Si no hubiese estallado la bomba de Haymarket, no se le ocurriría a nadie seguramente que aquella frase fuese terrorífica ni mucho menos.

Además no había necesidad de provocar ningún conflicto la noche del 4, pues el mitin había sido pacífico y el lenguaje de los oradores no pudo ser en modo alguno incendiario.

Por otra parte, la constitución no define ni determina cuál es el lenguaje revolucionario y cuál no, y por tanto, no puede condenar este o el otro. Pero si lo determinara, ¿nos hacéis tan tontos que no lo tuviéramos en cuenta?

Interrumpido el discurso de Fielden por suspenderse la sesión, lo reanudó a las dos de la tarde, insistiendo en sus apreciaciones acerca de las leyes y analizando minuciosamente los sucesos de MacCormicks, así como la propaganda revolucionaria de todos los tiempos y de todas las ideas en conexión con la propaganda hecha por los anarquistas. Y concluyó con un elocuentísimo periodo cuyos párrafos principales son los siguientes:

Si me juzgáis convicto por haber propagado el socialismo, y yo no lo niego, entonces ahorcadme por decir la verdad...

Si queréis mi vida por invocar los principios del socialismo y de la anarquía, como yo entiendo y creo honradamente que los he invocado en favor de la humanidad, os la doy contento y creo que el precio es insignificante ante los resultados grandiosos de nuestro sacrificio.

Yo amo a mis hermanos los trabajadores como a mí mismo. Yo odio la tiranía, la maldad y la injusticia. El siglo XIX comete el crimen de ahorcar a sus mejores amigos. No tardará en sonar la hora del arrepentimiento. Hoy el sol brilla para la humanidad; pero puesto que para nosotros no puede iluminar más dichosos días, me considero feliz al morir, sobre todo si mi muerte puede adelantar un

sólo minuto la llegada del venturoso día en que aquél alumbre mejor para los trabajadores. Yo creo que llegará un tiempo en que sobre las ruinas de la corrupción se levantará la esplendorosa mañana del mundo emancipado, libre de todas las maldades, de todos los monstruosos anacronismos de nuestra época y de nuestras caducas instituciones.

Del discurso de Fielden puede decirse que fue el análisis minucioso de la burda comedia preparada por los Bonfield, Grinnell y otros de su calaña.

Albert R. Parsons

Nació en Montgomery, Arkansas (Estados Unidos) en 1848. Sus padres murieron siendo él muy joven, y su hermano W. R. Parsons, que era General en el ejército confederado, pasó a Texas, llevándose consigo a su hermano Albert. Allí recibió su educación en los colegios de Waco. Después aprendió a imprimir en el periódico *Galveston News*, y cuando estalló la guerra se fugó de casa de su hermano e ingresó en un Cuerpo de Artillería del ejército confederado. Poco tiempo después sirvió bajo las órdenes de su hermano, recibiendo señaladas distinciones por sus heroicidades.

Después de la guerra fue editor del periódico *El Espectador*, en Waco. Con gran disgusto de su hermano se hizo republicano, en cuyo partido figuró en primera fila. Ocupó dos veces puestos importantes en el gobierno federal de Austin y fue secretario del Senado del Estado de Texas. En Chicago trabajó algún tiempo en varias imprentas y se hizo un agitador temible entre las clases trabajadoras. Por sus méritos, fue nombrado maestro obrero del distrito 24 de los Caballeros del Trabajo y presidente de las asambleas de oficio, cargo que desempeñó tres años consecutivos. En 1879 fue nombrado candidato para la presidencia de los Estados Unidos por el Partido Socialista, lo que renunció por no tener los 35 años que pide la Constitución. En 1883 contribuyó a formar el programa de la Asociación Internacional de los Trabajadores en el Congreso de Pittsburg. Fue elegido candidato a la Concejería de Chicago varias veces; y finalmente, en 1884 fundó el periódico *The Alarm*, órgano del Grupo Americano.

Desde esa época, sus continuos servicios a la organización y su actividad incansable, como asimismo su palabra fluida y convincente, hicieron de Albert R. Parsons una de las más importantes figuras que descollaban entre la pléyade de trabajadores ilustrados que dirigen el movimiento obrero en Norteamérica.

Discurso:

La oración admirable de Parsons duró ocho horas, dos el día 8 y seis el día 9 de octubre de 1886. Debido a que la sala se negó repetidas veces a conceder algún descanso al orador, le faltó a éste en ocasiones la memoria a causa de la postración física en que se hallaba. La sala dio también muestras de su impaciencia, contrariada por la firmeza y elocuencia razonadora de Parsons. Éste, aun a costa de su salud, se propuso no dejar en pie ni una sola de las acusaciones del ministerio fiscal y de los testigos, y lo consiguió cumplidamente.

Me preguntáis –comenzó diciendo– por qué razones no debe serme aplicada la pena de muerte, o lo que es lo mismo, ¿qué fundamentos hay para concederme una nueva prueba de mi inocencia? Yo os contesto y os digo que vuestro veredicto es el veredicto de la pasión, engendrado por la pasión, alimentado por la pasión y realizado, en fin, por la pasión de la ciudad de Chicago. Por este motivo, yo reclamo la suspensión de la sentencia y una nueva prueba inmediata. Esta es tan sólo una de las muchas razones que para ello tengo. ¿Y qué es la pasión? Es la suspensión de la razón, de los elementos de discernimiento, de reflexión y de justicia necesarios para llegar al conocimiento de la verdad. No podéis negar que vuestra sentencia es el resultado del odio de la prensa burguesa, de los monopolizadores del capital, de los explotadores del trabajo...

En los veinte años pasados, mi vida ha estado completamente identificada con el movimiento obrero en América, en el que tomé siempre una participación activa. Conozco, por lo tanto, este movimiento perfectamente, y cuanto de él diga en relación con este proceso no será más que la verdad, toda la verdad de los hechos.

Hay en los Estados Unidos, según el censo de 1880, dieciséis millones doscientos mil jornaleros. Estos son los que por su industria crean toda la riqueza de este país...

El jornalero es aquel que vive de un salario y no tiene otros medios de subsistencia que la venta de su trabajo hora por hora, día por día, año por año. Su trabajo es toda su propiedad; no posee más que su fuerza y sus manos. De aquellos diez millones de jornaleros sólo nueve millones son hombres; los demás son mujeres y niños. Si calculamos ahora que cada familia se compone de cinco personas, aquellos nueve millones de obreros representan cuarenta y cinco millones de individuos de toda nuestra población. Pues bien; toda esta gente que es la que crea la riqueza, como ya he dicho, depende en absoluto de la clase adinerada, de los propietarios.

Ahora bien, señores; yo como trabajador he expuesto los que creía justos clamores de la clase obrera, he defendido su derecho a la libertad y a disponer del trabajo y de los frutos del trabajo como le acomode. Me preguntáis por qué no debo ser ejecutado, y entiendo que esta pregunta implica también que

deseáis saber por qué existe en este país una clase de gente que apela a vosotros para que no nos concedáis una nueva prueba. Yo creo que los representantes de los millonarios de Chicago organizados, que los representantes de la llamada Asociación de los ciudadanos de Chicago os reclama nuestra inmediata extinción por medio de una muerte ignominiosa.

Ellos de una parte y nosotros de otra. Vosotros os levantáis en medio representando la justicia. ¿Y qué justicia es la vuestra que lleva a la horca a hombres que no se les ha probado ningún delito?

Este proceso se ha iniciado y se ha seguido contra nosotros; inspirado por los capitalistas, por los que creen que el pueblo no tiene más que un derecho y un deber, el de la obediencia. Ellos han dirigido el proceso hasta este momento, y como ha dicho muy bien Fielden, se nos ha acusado ostensiblemente de asesinos y se acaba por condenarnos como anarquistas...

Pues bien: yo soy anarquista. ¿Qué es el socialismo o la anarquía? Brevemente definido, es el derecho de los productores al uso libre e igual de los instrumentos de trabajo y el derecho al producto de su labor. Tal es el socialismo. La historia de la humanidad es progresiva; es, al mismo tiempo, evolucionista y revolucionaria. La línea divisoria entre la evolución y la revolución jamás ha podido ser determinada. Evolución y revolución son sinónimos. La evolución es el período de incubación revolucionaria. El nacimiento es una revolución; su proceso de desarrollo, la evolución.

Primitivamente la tierra y los demás medios de vida pertenecían en común a todos los hombres. Luego se produjo un cambio por medio de la violencia, del robo y de la guerra. Más tarde la sociedad se dividió en dos clases: amos y esclavos. Después vino el sistema feudal y la servidumbre. Con el descubrimiento de América se transformó la vida comercial de Europa, y a la abolición de la servidumbre siguió el sistema del salario. El proletariado nació en la Revolución francesa de 1789 y 1793. Entonces fue cuando por primera vez se proclamó en Europa la libertad civil y política.

Con una simple hojeada a la historia se ve que el siglo XVI fue el siglo de la lucha por la libertad religiosa y de conciencia, esto es, la libertad del pensamiento; que los siglos XVII y XVIII fueron el prólogo de la gran Revolución francesa, que al proclamar la República instituyó el derecho a la libertad política; y hoy, siguiendo las leyes eternas del proceso y de la lógica, la lucha es puramente económica e industrial y tiende a la supresión del proletariado, de la miseria, del hambre y de la ignorancia. Nosotros somos aquí los representantes de esa clase próxima a emanciparse, y no porque nos ahorquéis dejará de verificarse el inevitable progreso de la humanidad.

¿Qué es la cuestión social? No es un asunto de sentimiento, no es una cuestión religiosa, no es un problema político; es un hecho económico externo, un hecho evidente e innegable. Tiene, sí, sus aspectos emocionales religiosos y políticos; pero la cuestión es, en su totalidad, una cuestión de pan, de lo que diariamente necesitamos para vivir. Tiene sus bases científicas, y yo voy a exponeros, según los mejores autores, los fundamentos del socialismo. El capital,

capital artificial es el sobrante acumulado del trabajo, es el producto del trabajo. La función del capital se reduce actualmente a apropiarse y confiscar para su uso exclusivo y su beneficio el sobrante del trabajo de los que crean toda la riqueza. El capital es el privilegio de unos cuantos y no puede existir sin una mayoría cuyo modo de vida consiste en vender su trabajo a los capitalistas. El sistema capitalista está amparado por la Ley, y de hecho la Ley y el capital son una misma cosa. ¿Y qué es el trabajo? El trabajo es un ejercicio por el cual se paga un precio llamado salario. El que lo ejecuta, el obrero, lo vende, para vivir, a los poseedores del capital. El trabajo es la expresión de la energía y del poder productor. Esta energía y este poder han de venderse a otra persona, y en esa venta consiste el único medio de existencia para el obrero. Lo único que posee y que en realidad produce para sí es el jornal. Las sedas, los palacios, las joyas, son para otros. El sobrante de su trabajo no se le paga; pasa íntegro a los acaparadores del capital.

¡Ese es vuestro sistema capitalista!

Suspendida la sesión, Parsons tuvo que interrumpir su discurso. Lo reanudó a las diez de la mañana siguiente, haciendo un resumen de sus principales puntos de vista y examinando varios extremos del proceso.

En su propia defensa dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

Yo no he violado ninguna ley de este país. Ni yo ni mis compañeros hemos abusado de los derechos de todo ciudadano de esta República. Nosotros hemos hecho uso del derecho constitucional a la propia defensa, nos hemos opuesto a que se arrebataran al pueblo americano aquellos derechos. Pero los que nos han procesado imaginan que nos han vencido porque se proponen ahorcar a siete hombres, siete hombres a quienes se quiere exterminar violando la ley, porque defienden sus inalienables derechos: porque apelan al derecho de la libre emisión del pensamiento y lo ejercitan, porque luchan en defensa propia. ¿Creéis, señores, que cuando nuestros cadáveres hayan sido arrojados al montón se habrá acabado todo? ¿Creéis que la guerra social se acabará estrangulándonos bárbaramente? ¡Ah no! Sobre vuestro veredicto quedará el del pueblo americano y el del mundo entero para demostraros vuestra injusticia y las injusticias sociales que nos llevan al cadalso; quedará el veredicto popular para decir que la guerra social no ha terminado por tan poca cosa.

La policía está armada con los fusiles modernos de Winchester y las organizaciones obreras carecen por completo de medios de defensa. Un fusil de aquellos cuesta 18 duros, y nosotros no podemos comprarlos a tal precio. ¿Qué deben hacer los trabajadores?

Una bomba de dinamita cuesta treinta centavos y puede ser preparada por cualquiera. El fusil Winchester cuesta 18 duros. La diferencia es considerable. ¿Soy culpable por decir esto? ¿He de ser ahorcado por ello? ¿Qué es lo que yo he hecho? Buscad a los que han inventado esas cosas y ahorcadlos también. El General Sheridan ha dicho en el Congreso que la dinamita había sido un

descubrimiento formidable que igualaba todas las fuerzas y que en las luchas que en lo futuro mantendrán las clases obreras podrán apelar a ella para hacer inútiles todos los ejércitos. Yo no he hecho más que citar sus palabras. ¿Y por esto se me acusa y se me condena?

Se me ha llamado aquí dinamitero. ¿Por qué?

El fusil ha sido un descubrimiento que ha democratizado al mundo, poniendo al pueblo en condiciones de luchar con los aristócratas y los poderosos. Hoy la dinamita realiza el mismo fenómeno porque implica la difusión del poder, porque hace a todos iguales. Los ejércitos y la policía no significan nada ante la dinamita. Nada pueden contra el pueblo. Así se disemina la fuerza y se establece el equilibrio. La fuerza es la ley del universo; la fuerza es la ley de la Naturaleza, y esta nueva fuerza descubierta hace a todos los hombres iguales, y por lo tanto libres...

Muchas ilusiones se hacían entonces los propagandistas acerca del valor de este medio de lucha. No es sorprendente, porque las mismas gentes de orden, véase el General Sheridan, se lo daba también. La realidad echa por tierra tales ilusiones, y por si no fuera ello bastante, hace muy poco ha podido verse cómo los Estados, la fuerza organizada, apela a la melinita contra cualquier rebeldía que se le resista. No es necesario que saquemos la consecuencia.

Ya he probado cómo fui al mitin de Haymarket sin plan previo y solicitado a última hora por mis amigos.

Ya sabéis que me acompañaron mi esposa, Holmes, otras dos señoritas más y mis dos niños. Y ahora pregunto: ¿es posible que en tales circunstancias y en tales condiciones acudiese a un lugar donde se hubiese de desarrollar la trama de un complot para arrojar bombas de dinamita? Esto es increíble; está fuera de la naturaleza humana creer en la posibilidad de un hecho tan monstruoso...

Parsons termina su discurso con la relación del noble rasgo que le llevó a compartir las penas impuestas a sus camaradas:

Cuando vi que se había fijado el día de la vista de este proceso, juzgándome inocente y sintiendo asimismo que mi deber era estar al lado de mis compañeros y subir con ellos, si era preciso, al cadalso; que mi deber era también defender los derechos de los trabajadores y la causa de la libertad y combatir la opresión, regresé sin vacilar a esta ciudad. ¿Cómo volví? Esto es interesante, pero me falta tiempo para explicarlo. Fui desde Wankesha a Milwaukee, tomé el tren de Saint–Paul en la estación de este último punto, por la mañana, y llegué a Chicago a eso de las ocho y media. Me dirigí a casa de mi amiga Ames, en la calle de Morgan. Hice venir a mí esposa y conversé con ella algún tiempo. Mandé aviso al Capitán Blanck que estaba aquí pronto a presentarme y constituirme preso. Me contestó que estaba dispuesto a recibirme. Vine y lo encontré a la puerta de este edificio, subimos juntos y comparecí ante este tribunal.

Si Parsons fue noble al presentarse espontáneamente a las autoridades de Chicago, nada hay comparable a sus últimas palabras:

Aun en este momento, no tengo por qué arrepentirme.

IV

Las cartas

Carta de Pedro Kropotkin

Como documento de verdadero interés, reproducimos la siguiente carta de Pedro Kropotkin:

Señor editor del *New York Herald:*

La sentencia de Chicago indica que el conflicto está tomando en América una proporción más aguda y un giro más brutal que jamás lo tuvo en Europa. Las primeras páginas de esta historia empiezan con un acto de represalias del peor género. Una buena dosis de venganza, pero ningún hecho concreto, es todo lo que se infiere del proceso de Chicago.

He leído con atención los datos de la causa; he pesado con detenimiento los indicios y la evidencia, y no titubeo en asegurar que semejante sentencia sólo puede hallarse en Europa después de las represalias llevadas a término por los Consejos de guerra a raíz de la derrota de la comuna de París, en 1871, el terror blanco de la restauración borbónica de 1815, se queda muy atrás.

Estoy completamente conforme con las misivas dirigidas al embajador americano por el Ayuntamiento de París y el Consejo general del Sena en favor de los anarquistas sentenciados. Pero el tribunal de Chicago no tiene la excusa que tenían los consejos de guerra de Versalles, a saber: la excitación de las pasiones producida por una guerra civil después de una gran derrota nacional.

Es evidente, por lo pronto, que ninguno de los siete acusados ha arrojado bomba alguna. Está por demás probado que algunos ya se habían marchado al cargar furiosamente la policía sobre la multitud. Todavía más: el fiscal no sostiene que la bomba fue arrojada por cualquiera de los siete acusados, puesto que de ese hecho acusa a otra persona que no está bajo la acción de la justicia.

Sólo Spies es acusado de haber entregado una mecha para poner fuego a la bomba, pero el único hombre que de ello da testimonio es un tal Gilmer, cuya mala reputación es bien sabida y cuya costumbre de mentir ha sido afirmada por diez personas que habían vivido con él. Además el mismo Gilmer declara haber recibido dinero de la policía.

Después de los sucesos de Haymarket, los cuerpos colegisladores de Illinois promulgaron una ley contra los dinamiteros y están ahora a punto de promulgar otra contra toda clase de conspiradores. Según esta última ley, cualquier acto relacionado con la fabricación de bombas, aunque tenga fines legales, será considerado como criminal. Acaba, pues, de ser destruido uno de los principales artículos de la Constitución. Según reza la futura ley, cualquier incidente que dé por resultado un acto ilegal, será también considerado como delito.

No hace falta probar que la persona que comete un acto ilegal puede haber leído artículos o escuchado discursos que aconsejaban cometerlo, y así ahora todos esos artículos y discursos serán responsables de dicho acto. Queda virtualmente suprimida la libertad de hablar y de escribir. Del mismo modo la ley francesa reconoce una relación directa entre la excitación por medio de la palabra, hablada o escrita y el acto ejecutado.

La nueva ley de Illinois me interesa poco en sí misma y sólo deseo que conste lo siguiente: Siete anarquistas de Chicago han sido condenados a muerte gracias a un simulacro de la ley que aún no lo era en 1886, cuando se cometieron los hechos de que se les acusa. La referida ley fue propuesta con el propósito de ser aplicada en el proceso de Chicago, y su primer efecto será matar a siete anarquistas.

Soy de usted afectísimo.

P. Kropotkin

La espera carcelaria de los mártires

Los datos que anteceden y los discursos extractados prueban que los sentenciados eran, además de trabajadores activos y de generosos sentimientos, hombres de superior inteligencia. A pesar de la situación difícil en que los colocaron los tribunales, a pesar de las calumnias sembradas por los capitalistas de Chicago, aquellos hombres impresionaron vivamente a las gentes de nobles corazones, inspiraron respeto a los enemigos y amor a las mujeres.

Nina Van Zandt, rica heredera, se enamoró de Spies a los pocos días de sentarse éste en el banquillo de los acusados, y posteriormente se casó con él por poderes, sin tener más consuelo que verlo detrás de los barrotes de su celda. Eda Muller es otra joven, hermosa y elegante, que se enamoró de Lingg, el más gallardo de todos los prisioneros. He aquí el prefacio que Nina Van Zandt, ha puesto a la autobiografía de Spies:

En las páginas que siguen presento un croquis autobiográfico de August Spies, incluyendo su discurso ante el tribunal y una colección de notas y cartas que me dirigió referentes a su prisión. Al publicar estos escritos, sólo me guía el deseo de proporcionar a mis conciudadanos de América los medios para que empiecen a enterarse de la vida, del carácter y de las aspiraciones de un hombre que, en unión de otros, ha ocupado suma atención durante los últimos nueve meses. Cuando hayan leído este folleto podrán formarse opinión exacta de un hombre que ha sido injustamente vilipendiado por la prensa capitalista, y cuya ejecución, así como la de sus compañeros, constituye una de las venganzas más odiosas de los buitres sociales que jamás haya registrado la historia.

Yo no conocía a ninguno de los acusados, cuando, durante la comedia llamada juicio, entré en la sala de sesiones. No tenía acerca de los presos más noticias que las que traían los diarios; así es que esperaba ver a unos hombres estúpidos, viciosos y de aspecto patibulario. ¡Cuál no fue mi sorpresa al ver que, lejos de corresponder a esta descripción, eran inteligentes, bondadosos y de aspecto simpático! Empecé a interesarme y comprendí muy pronto que los señores del tribunal, la policía y los agentes de seguridad procuraban que fuesen condenados aquellos hombres no por haber cometido crimen alguno, pero sí por haber tenido participación en el movimiento socialista.

Presa de un sentimiento de horror ante lo que estaba viendo y oyendo, pero animada también por un sentimiento de justicia, resolví colocarme en el sitio de los acusados. Deseosa de mostrarles mis simpatías y de ver en que podía ser útil a esos desventurados, me dirigí, acompañada de mi madre, a la cárcel sombría donde estaban pasando los calurosos meses de verano. Entonces empezaron mis relaciones con August Spies, relaciones que continuaron durante los meses siguientes.

Todas las personas imparciales deben desear que ambas partes sean oídas antes de que pronuncie su fallo la pública opinión. Pues bien; sólo ha sido oída una de las partes, ya que los periódicos se han negado a publicar artículos rectificando muchas de las afirmaciones vertidas en sus columnas. Al presentar este folleto a mis compatriotas abrigo la firme convicción de que harán justicia a los hechos y a las personas. Me falta añadir que sólo cediendo a los ruegos de sus amigos y a los míos ha autorizado Spies la publicación de su autobiografía.

Nina Van Zandt.

P.D.– Desde que ha empezado a imprimirse este libro, y antes de su terminación, ha ocurrido un incidente que necesita alguna explicación, gracias al carácter especial que ha querido atribuirle una prensa degenerada. Mi simpatía por los acusados hizo germinar en mi corazón un principio de amor por Spies, y poco después sentía por él una intensa pasión. Como amiga encontraba mil obstáculos a mis visitas; para salvarlos resolvimos que yo declararía ser su novia. Pero pronto supe que sólo las esposas tenían el derecho de ver a sus maridos fuera de los días reglamentarios, y por otra parte nos anunciaron que renunciáramos a vernos en distintos horarios de los marcados en el reglamento. Entonces comprendí que se trataba de privar de mis socorros y de mi compañía a los prisioneros y a mi novio, por cuya pérdida se interesaban muchos; desde entonces Spies y yo resolvimos ser marido y mujer ante la Ley. Mis padres no se opusieron a mi casamiento que vino a ser, por lo tanto, un asunto que sólo a dos personas afectaba. Pero una cuadrilla de periodistas, valientes bandidos algunos de ellos, se enfurecieron y me insultaron cuando nuestro casamiento fue del dominio público. Aunque habrían cometido el crimen más horrendo, esos cumplidos caballeros no me habrían maltratado como lo han hecho.

Si yo fuera una niña pobre y extranjera no habrían dicho una palabra. Pero soy una joven americana, de familia rica y distinguida, que ha seguido los impulsos de su corazón, y por eso soy una loca que tengo la cabeza trastornada por las novelas.

Si me hubiese casado con un viejo vicioso e inválido, pero poseedor de grandes riquezas, esos moralistas me habrían colmado de alabanzas y muchos de mis hermanos en Jesucristo dirían a sus hijas: Tomadla por ejemplo. He aquí una joven sensible.

Yo prefiero la censura de esa sociedad moral que no puede comprender un verdadero amor, duplicado por la mancomunidad de ideas y por la desgracia. En cambio me enorgullezco de mis nuevos amigos, que son las personas capaces de apreciar un amor puro y desinteresado.

Nina Van Zandt.

Como prueba de que los acusados tuvieron el inefable consuelo de ser comprendidos por los suyos, reproducimos la carta que la madre de Lingg dirigió a éste antes de su muerte.

Dice así:

Yo también como sabes he luchado duramente para tener pan para ti, para tu hermana y para mí misma, y es tan cierto como ahora existo que después de tu muerte estaré tan orgullosa de ti como lo he estado toda tu vida. Declaro que si yo fuese hombre, habría hecho lo mismo que tú.

Una tía de Lingg que no tenía hijos y amaba a Luis entrañablemente, escribía también:

Querido Luis: Suceda lo que quiera, aunque sea lo más malo, no te demuestres débil ante esos miserables.

La esposa de Parsons pronunció estas su sublimes palabras: "Si de mí depende que Albert pida perdón, que lo ahorquen".

Algunos periódicos americanos indicaron la especie de que los presos habían caído en un gran desaliento y que estaban arrepentidos de su crimen.

Las siguientes cartas, muestra elocuente de profundas convicciones y de una energía superior, es el mentis más solemne que puede darse a esa prensa vanal e hipócrita, que falta de toda noción de humanidad, ha aplaudido ahora la ejecución y antes quiso, apuntando la idea del arrepentimiento, demostrar, no tan sólo la cobardía, sino la confesión de crímenes que no existieron sino en la mente de un jurado prevaricador.

Carta de Adolph Fischer

Hoy también muchos creen que el inmenso descontento de los trabajadores ha sido provocado por algunos malditos revolucionarios. Los que así habláis, ¿no sabéis leer los signos del tiempo? ¿No véis como se amontonan las nubes en el horizonte social? ¿No sabéis que la dirección de la industria y de los medios de cambio se concentra cada vez en menor número de manos? ¿Que los pequeños capitalistas son devorados por los grandes? ¿Que los créditos, bancos y asociaciones análogas sólo se fundan para generalizar la explotación de los trabajadores? ¿Qué según el régimen actual, a consecuencia del maquinismo cada vez queda mayor número de obreros sin trabajo? ¿Qué en algunas partes de esta inmensa República la mayoría de los agricultores se ve obligada a hipotecar sus tierras para satisfacer la sed de ganancias de las potentes sociedades? En una palabra, ¿que los ricos se hacen cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres? ¿O ignoráis que todos esos males tienen su raíz en las actuales instituciones sociales, que permiten a una parte del género humano fundar su felicidad sobre la de la otra parte, que permite a un hombre esclavizar a sus semejantes?

En lugar de buscar remedio a esos males e ilustrarse sobre las verdaderas causas del creciente descontento, la clase directiva –valiéndose de la prensa y de la tribuna– calumnia el carácter, las ideas y los proyectos de los reformadores sociales, emplea el rompecabezas y los envía a la cárcel y al cadalso. ¿Dará eso gran resultado? Recuerdo a este propósito las palabras con que Franklin terminaba su folleto "Receta para hacer pequeño un Estado grande", dedicado al gobierno inglés en 1776." "Creeréis –decía– que todas las quejas son inventadas por algunos demagogos malavenidos con el orden, creéis que con prenderlos y ahorcarlos se tranquilizará todo. ¡Nada de eso! Prended y ahorcad a los agitadores, y la sangre de los mártires hará maravillas para la aceleración de nuestra causa".

Yo también digo a la clase dominante: Ahorca a los hombres de progreso que, sin ambición personal, han servido a la causa del trabajo y de la humanidad, pero su sangre hará maravillas para la destrucción de la sociedad actual, porque apresurará el advenimiento de una sociedad nueva. *Magna est veritas et proevalebit* (Grande es la verdad, y prevalecerá).

Adolph Fischer

Carta de Luis Lingg

Amigos y compañeros: Los esfuerzos hechos por nuestros amigos y compañeros en general, y en particular por la sociedad de defensa para apelar al Tribunal Supremo de los Estados Unidos, me imponen el deber de declarar explícitamente mi firme propósito de rechazar todo lo que sea pedir justicia a las autoridades.

Amigos y compañeros: No seré yo quien crea que se necesita una nueva afirmación del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, representación modelo de inmoralidad capitalista y de tiranía jurídica, para hacer abrir los ojos al pueblo americano, a fin de que vea la justicia que puede esperarse de la gente togada. Si alguno se figura que yo espero que el pueblo americano se levante el día señalado para mi asesinato jurídico, que deseche desde luego semejante ilusión. Tengo, pues, necesidad de combatir la idea errónea, dominante en algunos círculos mal informados, de que nuestros compañeros de Chicago están en el deber de conseguir nuestra libertad por la fuerza. Esto es un verdadero desatino, pues para obtener el triunfo sería necesario que el movimiento fuera general, y esto no es posible cuando se quiere, razón por la cual sería injusto acusar de falta de actividad o sobra de cobardía a nuestros camaradas.

Tengo el profundo convencimiento de que el sacrificio de mi vida o de las de todos nosotros ha de ayudar más el derrumbamiento del sistema capitalista que una condena temporal impuesta por el Tribunal Supremo.

Algunos ignorantes o perversos quizá interpreten mi deseo de dar terminada la lucha legal como un reconocimiento indirecto de culpabilidad y falta de fe y de esperanza. Compañeros: no es mi ánimo aconsejaros cuál ha de ser vuestra línea de conducta en los días de brutalidad legalizada que se aproximan. Sólo tengo esto que deciros: Sed hombres. Con un viva a la Anarquía, me despido de vosotros: vuestro hermano,

Luis Lingg.

Otra carta redactada en los mismos términos que esta fue dirigida a los obreros por G. Engel.

Carta de Adolph Fischer

Querido amigo Most:

Ya que no me quedan más de seis días de vida, quiero despedirme de ti. Ya sabrás por los periódicos que cuatro de nosotros han rehusado la gracia, es decir, la conmutación de la sentencia, y piden la libertad o la muerte. La libertad no nos será dada por los gobernantes, queda, pues, la muerte.

Tú comprenderás, John, que el recuerdo de mi querida esposa y de mis tres hijitos me atormenta el corazón, pero... ¡lejos de mí, tentación! La revolución social tiene necesidad de fuerzas para hacerla marchar: nuestra noble causa tiene necesidad de mártires. Sea, pues. Me siento feliz por dar mi vida en holocausto a nuestra causa común.

Cuando los pobres jóvenes aldeanos, respondiendo al llamamiento de reyes y emperadores, se prestan voluntariamente a sacrificar su vida sobre el altar de la tiranía por la gracia de Dios, ¿no deben también los combatientes por la libertad verdadera, por la anarquía, dar su vida por el triunfo de nuestros grandes principios?

Debemos hacer como los indolentes que sólo profesan un principio en tanto que no tienen que arrostrar a nuestros adversarios que los anarquistas saben morir por sus principios, y yo, que he sido fiel a ellos, lo seré hasta la muerte. Te envío mi último saludo.

Adolph Fischer.

P. S. Salud a los compañeros y amigos. Cuidad de que mi familia no perezca en la miseria y de que mis hijos reciban educación.

Tu Adolph.

Carta de Spies, Schwab y Fielden al gobernador de Illinois

Chicago, Noviembre 3 de 1887.
Al gobernador del Estado de IIlinois.

Señor:

Para que la verdad sea conocida por usted y por el público, representado en su persona, nosotros deseamos declarar que nunca hemos abogado por el empleo de la fuerza sino cuando sea indispensable para defensa propia.

Por tanto, acusarnos de haber intentado derribar el gobierno y las leyes el día 4 de mayo de 1886 es falso y absurdo.

Todo lo que hemos dicho y hecho ha sido público y jamás hemos conspirado ni promovido motines para cometer actos ilegales.

Aunque no estamos conformes con el presente estado social, en nuestros discursos y en nuestros artículos jamás nos hemos salido de la Ley y nuestras manifestaciones se han concretado a poner de relieve las iniquidades de que son víctimas los trabajadores.

El 4 de mayo, lejos de reunirnos para cometer un crimen, lo hicimos para protestar contra los que se habían cometido por los agentes del gobierno. Nosotros creímos que era nuestro deber, como trabajadores y amantes de la libertad, oponernos al uso de la fuerza, que atacaba sagrados derechos.

Siempre hemos trabajado por elevar la dignidad humana y por suprimir todo lo que en la sociedad actual conduce al crimen. Al proceder así, ningún interés nos guiaba, y millares de trabajadores reconocen esta verdad.

Estaremos equivocados en nuestras apreciaciones y tal vez amemos a la humanidad con poca inteligencia; pero la amamos.

Si la propaganda de nuestras ideas ha llevado al pueblo el convencimiento de que sólo por la fuerza podrá conseguir reformas en la actual organización social, nosotros lo lamentamos; pero no es culpa nuestra, sino de la sociedad, que se muestra sorda a las justas quejas de los oprimidos.

Nosotros lamentamos la pérdida de vidas de Haymarket, pero también lamentamos las de la fundición de MacCormicks, las de San Luis y las de York

Yard de Chicago.
Respetuosamente vuestros.

August T. Spies. Michael Schwab. Samuel Fielden.

Carta de George Engel al gobernador de Illinois

A M. R. J. Oglesby, gobernador.

Yo, George Engel, ciudadano de los Estados Unidos y vecino de esta ciudad, condenado a muerte, he sabido que miles de ciudadanos han acudido a vos en súplica de indulto y en demanda de conmutación de la pena impuesta por la prisión perpetua. Yo protesto contra este acto, fundándome en mi plena inocencia; un inocente no tiene por qué pedir perdón, y como yo no aparezco convicto y confeso de haber cometido delito infamante, como no lo estoy del de asesinato o robo, sino que he sido acusado y sentenciado por emitir una idea al amparo de la ley fundamental del Estado, que garantiza el libre ejercicio de todos los derechos civiles y políticos; yo, como hombre primero y como ciudadano después, he hecho uso del derecho constitucional para dar a conocer a mis conciudadanos la opinión que tengo formada acerca del organismo social moderno y los medios que creo prudentes poner en práctica para transformar esa organización viciosa e injusta por otra que satisfaga las aspiraciones de los hombres de mi clase.

Y como quiera que es un delito infundado e ilusorio el que se me Imputa y los legisladores han prevaricado al interpretar la ley, así como los jueces al imponer la pena, yo, en nombre de los fueros de la humanidad, protesto contra la petición de clemencia, porque mi conciencia tranquila e inalterable me dice que no la necesito.

Recibid, señor, el testimonio de mi consideración.

George Engel.

Las últimas cartas de los sentenciados:

Carta de Luis Lingg

Cárcel de Coocar Country, 6 de noviembre 1887.

Querido Lum. Me pediste ayer una carta para publicarla en *The Alarm*. Me parece que podrá interesarte la descripción de lo que he pasado y las consecuencías que deduzco.

Hoy es sábado, día en que los criminales no nos vemos interrumpidos en nuestras celdas, buena razón para acortar el día levantándonos tarde. De modo que a las nueve de la mañana me hallaba aún en brazos de Morfeo, cuando de repente se abrió mi celda. Mientras me frotaba los ojos y desperazaba, me vi fuertemente sujetado por dos hombres de ley que creyeron esta medida prudente a pesar de mi proverbial cobardía (según dijo Grinnell). En menos tiempo del que tardo en decirlo, me encontré fuera de mi celda, donde por fortuna no había señoras que pudieran fijarse en mi desnudez. Se me permitió por fin vestirme y calzarme. Cerca de mí contemplaba a mi bravo amigo Engel, a quien consideraban menos peligroso debido a su reciente indisposición (se refiere al reciente envenenamiento de Engel, quien tomó una fuerte dosis de láudano para escapar a sus verdugos) y a quien preguntaban benévolamente si quería dar un paseo por la cárcel.

En aquel momento tuve ocasión de ver que nuestras celdas eran registradas bajo la dirección de un inspector. Nada encontraron, y a eso de las once nos trasladaron a otras celdas. Después le tocó el turno a Parsons y Fischer, y por fin a Spies, Schwab y Fielden.

Mi celda está situada en un recodo, con puertas de hierro, y vigilada por unos carceleros que reciben los encargos que los amigos y parientes mandan a los presos.

Los compañeros Fischer, Engel y Parsons, tienen sus celdas en el mismo piso que yo. Spies y Fielden ocupan las que tenían antes. Ya ves, querido amigo, como todo está en disconformidad con lo que cuentan tus apreciables colegas de la prensa diaria.

Gracias a la media luz de mi nueva celda, he podido leer un artículo del *Sunday Chattering* en que demuestra perfectamente que al ahorcarnos nada ganará la clase dominante. Deduce el articulista que una acción combinada de los condenados podría librarlos de la horca. Si se refiere a una petición de indulto o a otra humillación cualquiera, el *Chattering* debe saber que ni yo ni mis compañeros estamos dispuestos a pasar por ello. El juez McAllister ya ha declarado, y en eso está conforme con el *Chattering*, que a pesar de nuestra condena, la sociedad capitalista tendrá que luchar contra el incendio dentro de pocos años. ¿Y quién es ese buen juez? Un burgués de pura raza. ¿Necesito repetir que para lograr nuestras aspiraciones revolucionarias necesitamos, además de hablar y escribir, obrar con energía? Esto significaría desconfianza en mis radicales ideas; ya sabéis de sobra que no podría obrar de otro modo, aunque quisiese.

El desprecio que siento por el actual sistema de explotación y mi amor desinteresado por la verdadera libertad, me obligan a no pedir ni permitir que pidan por mí ninguna clase de clemencia. Por eso no he querido acceder a la petición de nuestro defensor, que me aconsejaba firmar una petición de indulto, junto con Parsons, Engel y Fischer.

No pudiendo escapar de la muerte sin faltar a mis principios, ya comprenderás, querido amigo, que espero la muerte con calma y hasta con entusiasmo, pues considero cuán provechosa será a la causa de la anarquía. Comprendo, y conmigo lo comprende todo verdadero anarquista, que nuestra causa es de aquellas que necesitan que haya quien sacrifique su libertad y hasta su vida si es preciso.

Si he propagado la violencia es porque estoy cansado de que mis hermanos, los trabajadores, sean los únicos explotados, encarcelados y asesinados: la violencia ha de ser la señal de la próxima revolución. La persistente acumulación de capital bajo el actual sistema de producir no permite la elevación intelectual y económica del pueblo trabajador y tiende desgraciadamente a su degeneración. En realidad, el éxito de las persecuciones de los capitalistas contra los obreros ha deslindado los intereses de clase, como lo prueban los acontecimientos de los dos últimos años. De todo ello deduzco que nuestros gobernantes tienen la intención de aniquilarnos. Si he protestado contra la sentencia, es porque mucha gente, bajo el hipócrita pretexto de compadecernos, nos han hecho responsables de las desgracias ocasionadas por la bomba explosiva, desgracias que no estaba en nuestra mano evitar. Dejad ahora que se ejecute la sentencia, que a cambio de este asesinato de los rehenes, vendrá al final el aniquilamiento de todos los tiranos.

Ahora, querido compañero Lum, voy a cerrar esta carta, escrita con gran dificultad. Por el aspecto del manuscrito puedes juzgar las pocas comodidades que dispongo. Si quieres publicarla, para que quede definida mi posición, es el último favor que te podré agradecer.

Por fin, te ruego hagas extensivo a mis amigos y compañeros mis cariñosos recuerdos y mi último adiós. En la imposibilidad de volverte a ver, amado amigo, te mando con el corazón un apretado abrazo. Con un viva la Anarquía, se despide tu compañero.

Luis Lingg.

Carta de Adolph Fischer al gobernador de Illinois

Cárcel de Chicago, 10 de noviembre de 1887.

A M. Oglesby, gobernador de Illinois.

He sabido que se circulan peticiones pidiéndoos la conmutación de la pena de muerte que el tribunal ha pronunciado contra mí. Ante esa demanda simpática de una parte de la población, declaro que se efectúa sin mi autorización. Como hombre de honor y de conciencia no puedo pedir gracia. No soy criminal y no puedo arrepentirme de lo que no he hecho.

¿Pediría perdón por mis principios, por lo que creo justo y bello? Jamás. No soy hipócrita y no puedo intentar que se me perdone ser anarquista; al contrario, la experiencia de los dieciocho últimos meses ha afirmado mis convicciones. Se me pregunta si soy responsable de la muerte de los policías muertos en Haymarket; no responderé a esa pregunta mientras no declaréis que cada abolicionista era responsable de los actos de John Brown. No puedo pedir gracia, ni recibirla, sin perder el derecho a mi propia consideración. Si no puedo obtener justicia, si no puedo ser devuelto a mi familia, prefiero que la sentencia se ejecute.

Todo el que esté un poco al corriente de los acontecimientos, debe reconocer que esa sentencia ha sido inspirada en el odio de clases, en la excitación de la opinión pública por una prensa perversa, en el deseo que anima a la clase dominante de reprimir el movimiento socialista. Los partidos interesados niegan esto, y sin embargo no es más que la pura verdad, y estoy persuadido de que las generaciones venideras juzgarán nuestro proceso, nuestra sentencia y nuestra ejecución del mismo modo que hoy juzgamos las crueldades de los siglos pasados: la intolerancia y la preocupación pretendiendo sofocar las ideas de libertad.

La historia se repite. En todo tiempo los poderosos han creído que las ideas de progreso se abandonarían con la supresión de algunos agitadores; hoy la burguesía cree detener el movimiento de las reivindicaciones proletarias por el sacrificio de algunos de sus defensores. Pero aunque los obstáculos que se pongan al progreso parezcan insuperables, siempre han sido vencidos, y esta vez no será una excepción de la regla.

En todas las épocas, cuando la situación del pueblo ha llegado a un punto tal que una gran parte se queja de las injusticias existentes, la clase poseedora responde que las censuras son infundadas y atribuye el descontento a la influencia deletérea de ambiciosos agitadores.

Adolph Fischer.

Carta de Spies al gobernador de Illinois

Chicago, 6 de noviembre de 1887.

Al gobernador Oglesby

El hecho de que dos de los acusados han solicitado el indulto y los otros no, creo que no debe influir en vuestra decisión definitiva. Algunos de mis amigos han solicitado la libertad completa. Encontraban que era tan grande la injusticia que se les hacía, que no podían resolverse a pedir la conmutación de su pena por la inmediata, ya que se juzgaban inocentes. En cuanto a mí, no puedo pensar sin indignación en la posición en que se me ha colocado. Téngase en cuenta los hechos que, basados en la mentira, la ficción y la calumnia, ha divulgado la prensa con objeto de desacreditar a una gran parte del pueblo; estos hechos no los puede admitir un hombre honrado, imparcial y justo. Los condenados no han querido colocaros en una situación apurada, y la resolución definitiva queda a vuestra incondicional discreción. Os ruego que no os dejéis influir por la diferente manera de obrar que han tenido unos y otros acusados. Durante el juicio, se ha visto clara y palpablemente el deseo que tenían nuestros perseguidores de matarme, sin necesidad de imponer a mis compañeros tan grave castigo. Todo el mundo tiene la convicción de que nuestros acusadores se hubieran contentado con una sola vida: pues que sea la mía. Grinnell lo ha dicho bien claro. No necesito protestar de mi inocencia. Dejo al juicio de la historia el cuidado de rehabilitarme. Pero a vos os pregunto: Si hay necesidad de sangre, ¿no os basta la mía?

El fiscal de Cook Country no pide más. Tomadla, pues, tomad mi vida. La

cedo gustoso con tal que quede satisfecha vuestra bárbara venganza, y que dejéis vivir a mis queridos compañeros. Yo sé que cada uno de ellos está tan dispuesto a morir como yo, y tal vez más. No es, pues, creyéndoles hacer un favor por lo que hago este sacrificio de mi existencia; lo hago para bien de la humanidad, del progreso y del racional desarrollo de las fuerzas sociales, que han de colocar al mundo a un nivel mucho más elevado y justo. En nombre de las tradiciones de esta nación os aconsejo que no autoricéis el asesinato de siete hombres cuyo único crimen consiste en la convicción de sus ideas y en sus trabajos, que más que a ellos han de aprovechar a la futura generación. Y si el asesinato legal es necesario, contentaos con uno, y pueda mi sola sangre apagar vuestra sed.

A. Spies.

CARTA DE PARSONS

Soy internacional: mi patriotismo va más allá de las fronteras que limitan una nación: el mundo es mi patria, todos los hombres son mis paisanos. Eso es lo que el emblema de la bandera roja significa; ella es el símbolo del trabajo libre, del trabajo emancipado.

Los trabajadores no tienen patria: en todas partes se ven desheredados; América no es una excepción de la regla.

Los esclavos del salario son instrumentos que alquilan los ricos en todos los países; en todas partes son parias sociales sin patria ni hogar. Así como crean toda la riqueza, así también riñen todas las batallas, no en provecho propio, sino de sus amos.

Esta degradación tendrá un término: en el porvenir, los trabajadores sólo pelearán en defensa propia, trabajando sólo para sí y no para otros.

Todas las evidencias –dice– han demostrado, no mi culpabilidad, sino mi inocencia; he sido convicto de anarquista, no de asesino; me presenté voluntariamente a los tribunales para ser juzgado con imparcialidad; el resultado ha sido un crimen jurídico.

Los amantes de la justicia están interesados en que se conmute la sentencia por la prisión perpetua; por esto les doy las gracias, pero soy inocente; soy sacrificado por aquellos que dicen: Estos hombres pueden no ser culpables, pero son anarquistas. Estoy dispuesto a morir por mis derechos y por los derechos de mis compañeros, pero rechazaré siempre con energía el ser condenado por falsas y no probadas acusaciones; así es que no puedo aceptar el esfuerzo que se hace para conmutar la sentencia de muerte en la de prisión perpetua.

Tampoco apruebo ninguna otra apelación ante la Ley, porque entre el capital, que es aquí el legal, y los tribunales, la decisión siempre ha de ser a gusto de los que poseen.

Apelar a ellos sería la humillación del esclavo ante el amo que lo tiraniza.

No supe que era anarquista hasta que se me llevó a los tribunales; ellos me lo han hecho ver claramente.

No pido clemencia; sólo quiero justicia.

Terminaré repitiendo las palabras de Patrick Henry: Dadme la libertad o dadme la muerte.

En los anteriores documentos se hecha de ver que entre los sentenciados había desde el más templado socialista hasta el más extremoso anarquista. La situación del socialismo, genéricamente hablando, era en Norteamérica, por aquella fecha, próximamente la misma que en Europa en los primeros tiempos de la Internacional. En esta asociación no sólo andaban confundidos socialistas, anarquistas y sindicalistas, sino que también las palabras socialismo y anarquía no implicaban diferencia esencial. Al principio, los mismos demócratas socialistas actuales invocaban la anarquía.

Lo que antes sucedió en Europa, sucedió luego en América.

Así se explica cierta vaguedad y contradicciones de los procesados en cuanto a las doctrinas se refiere, y así también se comprende cómo tan diversas tendencias coincidieron fácilmente en una acción común.

La burguesía y los tribunales americanos tampoco quisieron hacer distingos; a todos condenaron, porque lo que se proponía era aplastar la cabeza a la fiera proletaria.

Los abogados defensores intentaron que la causa fuese repuesta al estado de sumario. Uno de sus principales fundamentos era la declaración de E. A. Estevens, en que se hacía constar que Otis S. Tabor, reputado comerciante de Chicago y amigo íntimo del alguacil especial Rice, había asegurado que éste le dijera en cierta ocasión que todo estaba preparado convenientemente a fin de constituir un jurado de tal modo que los acusados fueran irremisiblemente llevados a la horca. No obstante esto y los sobrados fundamentos de que disponía dicha defensa, no pudo obtener el cumplimiento de sus generosos deseos.

Entonces se apeló al Tribunal Supremo de Illinois, pero fue también en vano.

De todos los países se dirigieron peticiones de conmutación de pena al gobernador de aquel Estado, también inútilmente. El capitalismo había dicho su última palabra.

La situación de los presos era la siguiente:

Lingg sabía que iba a morir y se decidió a perecer con sus carceleros antes que dejarse matar como un perro por sus verdugos. En su celda tenía dos bombas, una era redonda y otra era un tubo para gas lleno de dinamita y trozos de hierro, con una cápsula en un extremo. Al menor choque, explotaba la dinamita, envolviendo a víctimas y verdugos en su efecto destructor. Se había hecho un registro en su celda y nada se pudo descubrir.

El sábado a la tarde, Engel intentó envenenarse con una botella de láudano que hacía tiempo le había transmitido su mujer, bebiéndose su contenido. El guardián de Engel lo vio en la agonía. Se llamó al médico a toda prisa y se lo hizo tomar eméticos, obligándolo a ir al patio y permanecer en él durante dos horas. Se lo volvió a la vida para ahorcarlo tres días después.

Se practicaron entonces nuevos registros, y en la celda de Lingg se encontraron cuatro bombas. Sin embargo, no se dio por vencido. El domingo escribió una carta altanera burlándose de sus enemigos. Se volvió a registrar su celda y no se halló nada.

El 10 por la mañana, el vigilante de Lingg lo vio encender un cigarro con una bujía, e inmediatamente se oyo una detonación. Se lanzaron en la celda, llena de humo. Lingg se hallaba tendido en el suelo, con la cabeza abierta por largas y anchas heridas y las carnes del cuello levantadas, rota la mandíbula y agujerado el cráneo.

Todavía agonizaba, bañado en sangre. Al cabo de cinco horas de horribles sufrimientos, expiró.

Se había suicidado con una pequeña cápsula de una pulgada de largo llena de fulminato de mercurio. Un diminuto tubo cubierto con cebo, fácil de ocultar en la palma de la mano, le había dado la muerte. Otros tubos semejantes fueron hallados en su celda. Sin duda estaban destinados a sus compañeros de prisión.

¡Era un héroe!

No han podido ahorcar a Lingg los buitres capitalistas. La memoria de aquel joven vivirá en todos los nobles corazones, recordando cómo un hombre que paga con la vida, sabe burlarse de sus verdugos hasta con la muerte.

Neebe empezó a cumplir su condena de quince años de reclusión.

Schwab y Fielden habían sido indultados de la pena de muerte y recluidos a perpetuidad. Cuando supieron que les había sido conmutada la pena, la tristeza se apoderó de su ánimo y repitieron que preferían la muerte instantánea a la muerte lenta.

En la cara de Fischer y Engel no asomó muestra de la más pequeña impresión. Spies declama una enérgica arenga contra los asesinos. Engel conversó toda la noche del día diez con el guardia, contándole historietas y propagándole la anarquía. "¿No teméis la muerte?, preguntaba el guardia". "Ya lo veis", respondió Engel. Lo mismo que Fischer, tenía Engel el sentimiento de no haber podido hacer lo que había hecho Lingg. Parsons también conversó toda la noche, y cuando no podía, cantaba o se paseaba.

Spies rechazó al cura metodista que le envenenaba los últimos momentos de su vida. "Voy a rogar por vos" –dijo el cura.

–Rogad por vos, si creéis útil perder el tiempo en eso –respondió Spies–. Después se puso a escribir y luego a conversar con sus dos guardias nocturnos sobre la anarquía, la lucha social y la farsa de los tribunales.

Durante este tiempo el ruido de los martillos anunciaba que en el patio estaban levantado el cadalso. "Todos los acusados han oído perfectamente este ruido –dijo el telégrafo–, pero nadie pareció afectarse".

Al aproximarse el día todos se durmieron profundamente. Cuando se levantaron se dedicaron a escribir y a responder a los numerosos telegramas que recibieron de muchas partes. Engel, visitado de nuevo por el pastor metodista sostuvo con él una discusión teológica. Fischer contó a su guardián que había soñado con su casa de Alemania y que había vuelto a la edad de la infancia, teniendo en su cerebro todos los recuerdos de la niñez.

Mientras tanto, se habían levantado en el patio cuatro horcas y los verdugos ensayaban la nueva trampa.

En la cárcel se presentó la esposa de Parsons con sus dos niños y la señorita Holmes.

Solicitó a todo el mundo una última entrevista con su marido y por todos le fue negada. Entonces, viendo a sus niños ateridos de frío y con lágrimas en los ojos, suplicó que los condujeran a la celda de su padre para que les diera el último beso. ¡También esto le fue negado! Resueltamente penetró en la cárcel gritando: "¡Matadme con él!" La respuesta fue encerrar a las dos mujeres y a los niños en una habitación desde donde les dijeron que lo verían pronto.

Los guardianes de la cárcel intentaron convencer a la señora Holmes de la necesidad de que llevase a su casa a la compañera de Parsons. Y porque protestó y se negó a hacerlo, se la trató brutalmente, encerrando a todos, incluso a los niños, en celdas de piedra, donde permanecieron hasta las tres de la tarde.

La prensa burguesa dijo que se las había detenido por desacato a la autoridad y por arengar al pueblo, asegurando que se las había tratado muy bien, cuando no se les ofreció ni un vaso de agua y se tuvo la crueldad de anunciarles a las doce próximamente que todo había concluido.

Entretanto había llegado el momento fatal para los condenados.

Fischer entonó "La Marsellesa" y sus compañeros le contestaron desde sus celdas cantando el himno revolucionario.

A las once y cincuenta minutos se los vino a buscar.

Los cuatro emprendieron el camino cantando "La Marsellesa", que resonó en las calles de Chicago, con fúnebre eco, como la última despedida que daban al mundo los que iban a sacrificar sus vidas en holocausto a la emancipación del proletariado.

La vista del tétrico patíbulo no conmovió en lo más mínimo el ánimo sereno de Spies, Parsons, Engel y Fischer, que si bien consagraron, a no dudarlo, un recuerdo a sus esposas e hijos, dedicaron su último pensamiento a la causa por ellos tan querida.

Las últimas palabras pronunciadas por nuestros amigos fueron:

SPIES.– ¡Salud, tiempo en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces que hoy sofocan con la muerte!

FISCHER.– ¡*Hoc die Anarchie*!

ENGEL.– ¡Hurra por la anarquía!

PARSONS, cuya agonía fue horrorosa, apenas pudo hablar, porque instantáneamente el verdugo apretó el lazo e hizo caer la trampa. Sus últimas palabras fueron estas:

¡Dejad que se oiga la voz del pueblo!

V

DESPUÉS DEL CRIMEN

La burguesía de Chicago descansó tranquila el 11 de noviembre de 1887. Cuatro hombres ahorcados, un suicida y tres ciudadanos en presidio habían satisfecho su odio brutal y su sed de venganza. La anarquía había sido aniquilada.

Estaba ciego el capitalismo y no vio que el ideal alentaba poderoso en aquella masa de trabajadores que tantas veces había aplaudido a los mártires, que supo hacer toda clase de sacrificios por arrancar al patíbulo su presa y que se hubiera lanzado resuelta a salvar a los prisioneros si no hubiera sido contenida por las reflexiones de aquellos mismos a quienes se ahorcó como criminales.

Pocos días después del sacrificio, el pueblo trabajador de Chicago hizo una imponente manifestación de duelo, prueba de que las ideas socialistas no habían muerto.

Continuaron publicándose en Chicago el *Arbeiter Zeitung* y *The Alarm*, editado este último por Dyer D. Lum, amigo íntimo de Parsons.

Los libros y folletos publicados por las familias y amigos de los mártires son numerosos. Entre ellos figura uno preparado por el mismo Parsons en la cárcel y editado por su esposa con el título La anarquía, su filosofía y sus bases científicas. Este libro tiene en la cubierta las siguientes significativas palabras: "Aun después de muerto habla".

Posteriormente ha editado también la viuda de Parsons un libro muy interesante sobre la vida de Albert R. Parsons y la historia del movimiento obrero en América. Contiene este libro magníficos grabados, entre ellos los retratos de Albert R. Parsons, Lucy E. Parsons y de sus dos niños, Lulú Eda y Albert.

Asimismo Nina Van Zandt ha editado la autobiografía de Spies.

Además se han publicado los siguientes folletos:

"Discurso de A. R. Parsons en Haymarket". "Hechos referentes a los ocho condenados"; "Historia concisa del proceso"; "Los acusados y los acusadores" y un gran número de fotografías de los mártires.

De casi todas estas publicaciones se han hecho tiradas en inglés y en alemán. No hablemos de los libros y folletos publicados en otras ciudades de los Estados Unidos y en los demás países del mundo, porque nos faltaría espacio para reseñarlos.

¿Pueden, en vista de estos datos, jactarse los capitalistas americanos

de haber aniquilado el socialismo y la anarquía, conteniendo el movimiento obrero de aquel país?

Seguramente no. Han dado, por el contrario, mayor vida a las ideas, más pujanza a la propaganda, matando alguno de los mejores amigos del pueblo. Entre las clases trabajadoras de aquel país se ha extendido la firme convicción de que la República, como las demás formas de gobierno, es tiránica y opresora; de que en todos los sistemas de gobierno, la justicia es una farsa indigna, la libertad y la igualdad, establecidas en las leyes, y estas mismas leyes son un sarcasmo para los que no tienen propiedad, ni hogar, ni patria, ni pan, ni abrigo.

La hora de expiación llegó bien pronto. La sangre de los asesinos –dice el mismo Grinnell– caerá sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

Un periódico español de Nueva York describía la solemne ceremonia del entierro de los mártires en los siguientes términos:

Sin que ocurrieran desórdenes, como se temía, se verificó el traslado de los restos de Spies y sus compañeros anarquistas, desde el nicho que ocupaba provisionalmente en el cementerio Waldheim, a la tumba que en el mismo se les ha erigido por suscripción entre sus correligionarios.

Una gran concurrencia asistió a la fúnebre ceremonla, notándose la presencia de la madre, hermana y viuda de Spies, la señorita Nina Van Zandt, a quien acompañaban su padre y las mujeres o amigas de los demás anarqulstas ajusticiados, y todas las cuales vestían de riguroso luto.

Los ataúdes fueron abiertos, apareciendo los cadáveres en estado de perfecta conservación, gracias al embalsamiento. Nina Van Zandt contempló con estoica inmovilidad las pálidas facciones de su amado, no dando señales de debilidad sino hasta después de terminada la ceremonia. La viuda de Parsons se desmayó.

Diferentes gremios obreros hicieron los honores a los cinco cadáveres; una sociedad coral socialista entonó fúnebre melodía; el Capitán Blank, defensor de los reos, habló en inglés, y otros oradores le siguieron en alemán; y finalmente, fueron cerrados de nuevo los ataúdes y conducidos a la nueva tumba, no sin que antes la viuda de Fischer depositara en la caja de su esposo un retrato de su hijita de dos años, a tiempo que un individuo ponía varios números del *Arbeiter Zeitung*, el periódico anarquista que dirigía Spies, en el ataúd de Engel.

Recientemente, después de tres años, el pueblo obrero de Nueva York ha respondido al eco de muerte de Chicago con una imponentísima reunión donde millares y millares de trabajadores, menospreciando los alardes de fuerza de la policía, se congregaron para rendir un tributo de admiración a nuestros mártires y oír y recoger las valientes oraciones de los propagandistas más decididos de la anarquía.

A partir del 11 de noviembre de 1887, los principios del socialismo revolucionario han tomado carta de naturaleza en los Estados Unidos. Antes estaban solamente al amparo de unos cuantos grupos que sin cesar propagaban y agitaban a la clase trabajadora. Hoy no hay obrero que no los conozca y que con ellos no simpatice, si no los sigue. Estos hombres condenados por la justicia federal, son glorificados por el pueblo amante de todas las libertades, por los descendientes de Lincoln y Franklin, cuyas palabras, citadas por Fischer, se han justificado esta vez elocuentemente.

Sí; prended y ahorcad a los agitadores, a los anarquistas, y veréis la maravilla de moverse por un solo deseo a todos los obreros del mundo, y veréis la maravilla de levantarse el gigante del trabajo dispuesto a aplastar al gigante de la explotación.

Prended y ahorcad, y veréis cuán pronto os arrancará el pueblo vuestros privilegios y vuestros monopolios.

La terrible tragedia de Chicago es el sangriento anuncio del triunfo definitivo del proletariado.

Epílogo

Hasta aquí la reseña escrita en 1889.

Nadie habrá olvidado cómo los trabajadores de todo el mundo civilizado respondieron al reto de Chicago. Como dijo un publicista inglés, si bien los tribunales americanos se mostraron sordos a todas las apelaciones en favor de los mártires de Chicago, en cambio no resultó infructuosa la apelación hecha a todos los trabajadores del mundo que se sintieron impulsados por un movimiento de simpatía a realizar la obra iniciada por los compañeros de América.

Los años siguientes al bárbaro sacrificio se luchó valientemente; la huelga general ganó las voluntades y cada 1º de Mayo se señaló por verdaderas rebeldías populares. Los aldabonazos de la violencia repercutieron terroríficos en diversas naciones. Y a través de este período heroico, las ideas de emancipación social han adquirido carta de naturaleza en todos los pueblos de la Tierra. No espantan ya a nadie las ideas socialistas o anarquistas. De ellas andan contagiadas las mismas clases directoras. En sus bibliotecas hay más libros sediciosos que en las casas de los agitadores y de los militantes del obrerismo revolucionario. Y acaso también en los cerebros de aquéllos, más gérmenes de revuelta y de violencia que esperanzas en los corazones proletarios. Ha pasado la época heroica. Se ha falseado el significado del º de Mayo. Se lo ha convertido en un día de ritual, de culto, de idolatría. La liturgia socialista no sabe pasarse sin iconos, sin estandartes, sin procesiones. No importa.

La superficie apacible oculta la tempestad.

A la exaltación de los primeros momentos ha sucedido la calma. Sordamente se está preparando el formidable estallido. En todas partes se ha puesto de nuevo sobre el tapete la huelga general; renace el revolucionarismo de antaño bajo el nombre moderno de acción directiva. Pueblos antes ganados por el formalismo y la rutina, se lanzan ahora a la revuelta. Los malos pastores quedan frecuentemente al descubierto, desobedecidos, engañados, en el más espantoso ridículo. El legalismo es mera apariencia; la disciplina, tan ponderada, una plataforma que no seduce a nadie; la rebelión está en todas partes. Ni siquiera los espantables agitadores, terror de nuestros meticulosos burgueses, tienen puesto en las nuevas luchas por la emancipación humana. Es el fermento de la independencia individual que se alza ahora poderoso; cada hombre su rey, su dios, su todo.

En el transcurso de unos pocos años, la rehabilitación de los mártires de Chicago se ha hecho absoluta.

No se ha parado mientes en que un nuevo gobernador de Illinois reconoció la inocencia de los condenados y puso en la calle a los presidiarios Neebe, Schwab y Fielden. La rehabilitación legal era innecesaria. Es un síntoma, es un argumento, es una justificación y un alegato; pero no era precisa.

Las muchedumbres procesan de prisa, juzgan velozmente, y si algunas veces yerran, en general aciertan. La rehabilitación legal llegó tarde. El pueblo, sumariamente, ya había sentenciado.

Inútil la sangre derramada entonces; inútil la derramada después; inútil la que aún se derramará. La evolución de las ideas al compás de la evolución de hecho se cumple fatalmente. Estamos mucho más allá de las pretensiones proletarias en 1887. Sin tópicos entusiásticos, sin alardes juveniles, sin ardorosas diatribas, la pujanza del socialismo revolucionario es hoy mayor que nunca.

Han cambiado las formas, las palabras, acaso los métodos; pero persiste la esencia y de día en día se la ve difundirse, extendiéndose por todos los ámbitos sociales.

El proceso industrial culmina ahora en los grandes monopolios. Son los políticos, lacayos de los banqueros. Gobiernan el mundo los millonarios. No hay arte, ni ciencia, ni filosofía, ni ética para el capitalismo triunfante. No hay más que mercados, y ante la amenaza proletaria, se da un enorme salto atrás y las naciones se lanzan al bandidaje colonial, al asesinato en masa, al pillaje descarado y a la crueldad inicua. Se juega la última carta.

También culmina ahora el proceso social en los grandes conglomerados proletarios. Los pastores obreros son arlequines de la burguesía. Gobiernan el mundo las multitudes indisciplinadas. No hay programas, no hay doctrinas, no hay credos para el proletariado vencedor. Hay sindicatos. Y ante la prepotencia capitalista, se quiere dar un salto mortal hacia adelante y las masas se lanzan al motín, a la violencia, a la revolución en la desesperanza del presente. También se juega la última carta.

Es el momento histórico en que va a quebrar una civilización. Cuando todo se trastrueca; cuando se vienen abajo con estrépito la moral de la riqueza y la moral del trabajo; cuando naufragan todos los principios y se corresponden todas las filosofías y no quedan en el campo de la vida social más que beligerantes dispuestos al exterminio, es que ha llegado la hora final de una evolución y llama a las puertas del mundo,

nueva y profunda transformación de la vida.

Vamos a empezar de nuevo. Podía haberse previsto. Las señales de los tiempos eran claras y precisas. Pero hay ojos que no ven y oídos que no oyen. Todavía ahora habrá quien no quiera ver ni oír. Todavía ahora habrá, hay, quien está dispuesto a nuevos crímenes. La tragedia de Chicago es un episodio repetido constantemente, que todavía se repetirá. Peor que peor.

Esta luminosa razón que tanto nos enorgullece, por lo visto, no vale nada.

No hay razón, hay fuerza. Así se quiere; que así sea.

Fernando López Trujillo

EL PRIMER 1º DE MAYO EN ARGENTINA (1890)

I

El 1° de Mayo en Argentina

Perdida entre las muchas fechas de los almanaques, dedicadas a santos, próceres y los distintos avatares de las guerras de independencia, el 1° de Mayo asoma sin embargo con caracteres originales y distintos. Es una fecha "convalidada" por los distintos estados latinoamericanos. Aunque se ha impuesto por propio derecho y es quizá la única fecha de celebración universal. Es quizá la única que contiene, o mejor aún, mantiene, tras más de un siglo de vigencia los atributos de altiva protesta cuyo trágico origen le proveyera. No resultará entonces caprichoso remontarse a los orígenes de la fecha internacional de los trabajadores para describir las alternativas de la primera celebración del 1° de Mayo en tierras argentinas. A poco que se sepa que aquella fecha coincide con la primera celebración de la misma en las principales capitales europeas y de los EE.UU.

Ciertamente, habrá sido el Congreso Obrero y Socialista desarrollado en París en julio de 1889, el que proclamara el 1° de Mayo como "Jornada Internacional de lucha por las 8 horas de trabajo" y convocase allí mismo a las delegaciones presentes –entre las que se encontraba casualmente el delegado argentino Alejo Peyret– para efectuar un primer ensayo de la medida en mayo del siguiente año de 1890. En el día establecido con la previsión de un año, las metrópolis europeas de Londres, París, Madrid, Barcelona, Viena, Bruselas, Milán, y otros centenares de ciudades menores por toda la Europa occidental y los EEUU, amanecieron paralizadas. Las clases obreras se precipitaron hacia los sitios establecidos previamente para manifestar su contundente repudio al capitalismo opresor. Y también en Buenos Aires amanecía aquel día con una extraña tensión, y lo mismo ocurría en la ciudad de Rosario, en Bahía Blanca y aun en Chivilcoy.

Será necesario detenerse un poco en la coyuntura que enfrentaba entonces el movimiento obrero internacional. La lucha por la reducción de la jornada laboral era vital para la clase obrera, justamente cuando el alargamiento de esta jornada constituía el principal medio de incremento de la plusvalía absoluta del que disponían entonces los capitalistas. Otras tecnologías se pondrán en práctica en el futuro como principal aliado del capital en la intensificación de la explotación obrera. La lucha por las ocho horas de trabajo (8 horas de trabajo, 8 de

esparcimiento y 8 de descanso, como especificaba el sentido común de los higienistas y la nueva biología) tenían un lugar central en las reivindicaciones obreras desde mediados del siglo XIX. Tras la fundación en 1864 de la Asociación Internacional de los Trabajadores, la agitación por esta reivindicación encontrará nuevos cauces. En su Congreso de Ginebra de 1865 acordarán agitar mundialmente por una jornada de trabajo de 8 horas.

Es así como, un día de abril de 1890 en la madrugada, un centenar de trabajadores, agotados pero muy despiertos, se reunía en el sótano de una cervecería en la calle Cerrito al 300 en Buenos Aires, muy cerca de donde se emplazaría casi medio siglo después el obelisco, hoy postal obligada de la ciudad. Allí funcionaba el Círculo Socialista Internacional, un núcleo de bakuninistas, que ha congregado aquí a militantes y observadores de grupos y "afinidades" de otras localidades cercanas. Los "alemanes" del Wörwarts les han planteado seriamente la organización conjunta del próximo 1° de Mayo, y eso amerita una discusión ardua.

El debate sacudió al incipiente movimiento libertario porteño, tan bisoño como el socialista y el movimiento obrero local en sí mismo. Si queremos fijar una fecha temprana para este proletariado organizado, se mencionarán seguramente las organizaciones de zapateros y tipógrafos nacidas en 1857 y 1858, pero los incipientes núcleos de asalariados diseminados en la ciudad y el puerto no serán conmovidos por ideales obreristas y socialistas sino hasta la década de 1870 cuando arriben al país los primeros emigrados de la derrotada Comuna de París. Ya desde la década anterior el movimiento inmigratorio ha cobrado vigor y florecen las asociaciones de franceses, alemanes, italianos y españoles. Cuando crezca la afluencia, proliferarán las patrias chicas de asturianos, napolitanos, gallegos o bologneses. Los grupos idiomáticos, también son grupos políticos: "Les Egaux", obviamente franceses, los ya mencionados alemanes del club "Wörwarts" (Adelante), primeros marxistas arribados a estas playas, los republicanos del Facio dei Lavoratori y otros centenares. De entonces se tiene conocimiento de la constitución de la primera sede local de la Internacional, era el año de 1873.

Los años 80 ven nacer muchos grupos libertarios, fortalecidos con la llegada de Enrico Malatesta, figura internacional que tendrá una influencia poderosa en la implantación del movimiento anarquista nacional. Los años 70 habían visto nacer muchos núcleos de "librepensadores" e individualistas, la década siguiente verá un más decisivo vuelco hacia la intervención social y las corrientes organizacionistas. Estos son los años de

fundación del sindicato panadero que contó con la colaboración del propio Malatesta en la elaboración de sus estatutos. De hecho, hubo un decidido impulso a la intervención en los noveles agrupamientos gremiales.

Socialistas y anarquistas compiten cordialmente por el liderazgo de estas nacientes "sociedades de resistencia". El 30 de marzo de 1890 un buen número de trabajadores socialistas y libertarios se reunieron en la sede del club Wörwarts en la calle Comercio (hoy Humberto 1°) 880, con el objeto de debatir acerca de la organización de la primera manifestación obrera del 1° de Mayo. El debate fue abierto por los anfitriones, socialdemócratas que proponían la elaboración de un pliego de peticiones al Congreso Nacional. El alemán José Winiger, junto a sus compañeros Mauli y Uhle defendían esta posición. Eran rebatidos por anarquistas individualistas como Rabassa, miembro del grupo "Los Desheredados" que publicaba entonces el periódico *El Perseguido*. Decía éste que las peticiones al Congreso eran inútiles, y que por otra parte no era bueno que el Estado se inmiscuyera en las relaciones entre obreros y patrones; que las 8 horas debían ser impuestas directamente a las patronales. Los delegados de las agrupaciones sindicales presentes, anarquistas organizacionistas y socialistas, se encontraban divididos en cuanto a la valoración táctica o estratégica de la celebración del 1° de Mayo, su carácter decisivo o puntual. Pero coincidían en la necesidad de provocar un hecho político contundente, y fundamentalmente unitario: sacudir a la sociedad de la época. Quizá esto último limitó que se extendiera penosamente el debate; se concluyó acordando en general con la convocatoria que fue firmada por los 300 concurrentes, dejando para más adelante la conclusión de algunos detalles sobre la propaganda y la organización.

No eran pocas las organizaciones que adherían a la convocatoria. El decenario Wörwarts (*Organ fur die interessen des arbeiten volkes*) publicaba el mismo 1° de Mayo la nómina completa de las instituciones convocantes al acto porteño: Club Wörwarts, Soc. Internacional de Carpinteros, Tipográfica alemana, Soc. Cosmopolita de Obreros Sombrereros, Asamblea General de Obreros alemanes de Buenos Aires, Societá Figli del Vesuvio, Soc. Escandinava Norden, Circolo Repubblicano "F. Campanella" Soc. de los Países Bajos, Unione Calabrese, Societá Italia Unita, Circolo Mandolinisti Italiani, Circolo Repubblicano "C. Mazzini"; también adhería a la convocatoria la Confederación Obrera Sudamericana de la ciudad de La Plata, la Societá Italiana Unione e Benevolenza de la ciudad de Esquina en la provincia de Corrientes,

la misma de la ciudad de 25 de Mayo, Unione e Fratellanza de Lobos, la Societá de M. S. Italiana de Chivilcoy (que organizaría el acto en esa ciudad), Forze Unite de Pergamino, la Societá Italiana de Capilla en la provincia de Córdoba y la Asamblea Internacional de Santa Fe y Rosario que organizaran el acto en esta última ciudad.

Habiéndose resuelto la celebración del 1° de Mayo mediante mitines obreros en Buenos Aires y en las ciudades donde hubiera condiciones para ello se designó una comisión organizadora, el "Comité Internacional Obrero" compuesta por tres delegados por cada organización adherida. Esta es la nómina de integrantes: J. Winiger, G. Nohke, B. Sánchez, G. Marroco, C. Starke, O. Seiffert, M. Jackel, A. Khun, R Caldara, G. Capodilupo, C. Goerling, P. Galleti, C. Mauli, O. Mergen, D. Gervatti; P. Hartung, J. Moser, Laroque, P. Matadelli, J. Paul, Nicastro, C. Panella, J. Piqueres, P. de Pruisnere, G. Sachse, A. Uhle, F. Tesoglio, G. Zander y C. Villareal. Como puede verse, abundan los originarios del norte de Europa entremezclados con algunos italianos y españoles.

Dan a conocer el manifiesto "A todos los trabajadores de la República Argentina". Abundan los signos de admiración, como es natural en esta clase de volantes: "¡1 ° de Mayo de 1890! ¡Trabajadores! Compañeras, compañeros ¡Salud! ¡Viva el 1° de Mayo, día de fiesta obrera universal!

»Reunidos en el congreso de París el año pasado los representantes de los obreros de distintos países resolvieron fijar el 1° de Mayo de 1890 como fiesta universal de los obreros, con el objeto de iniciar de nuevo y con mayor impulso y energía, en campo ampliado y armónica unión de todos los países, esto es, en fraternidad internacional, la propaganda en pro de la emancipación social..."

Se agregaba una serie de demandas legales, la primera de las cuales era –lógicamente– la limitación de la jornada de trabajo a un máximo de 8 horas para los adultos y prohibición del trabajo de los niños menores de 14 años, y reducción de la jornada a 6 horas para los jóvenes de ambos sexos entre 14 y 18 años.

El listado completo de demandas al congreso estipulaba estos otros puntos: Abolición del trabajo nocturno, con excepción de las industrias que no lo permitan; prohibición del trabajo para la mujer cuya naturaleza afecte su salud; abolición del trabajo nocturno para mujeres y menores de 18; descanso no interrumpido para todos los trabajadores de 36 horas semanales; prohibición de trabajos y sistemas de fabricación perjudiales para la salud; prohibición del trabajo a destajo o por subasta; inspección de los talleres y fábricas por delegados remunerados por el Estado; inspección sanitaria de las habitaciones, vigilancia sobre la fabricación y venta de bebidas y alimentos, castigando a los falsificadores; seguro obligatorio para los obreros contra los accidentes a cargo exclusivo de los empresarios y el Estado y Creación de tribunales integrados por obreros y patronos, "para la solución pronta y gratuita de los diferendos entre unos y otros".

Entretanto se tramitaba en las altas esferas de las clases dominantes la crisis económica, política e institucional que estallaría en julio de ese año en la llamada "Revolución del Parque" que determinaría la caída del gobierno de Juárez Celman. Allí tendrían carácter protagónico los fundadores de la Unión Cívica Radical y quienes casi inmediatamente se darían a la tarea de fundar el Partido Socialista Argentino; hombres como Juan B. Justo y Del Valle lberlucea.

Éste quizá haya sido el trasfondo que justificara la poca atención que la prensa de la época –vocera irrestricta de las clases dominantes– concedió a la convocatoria obrera. *La Prensa* se indignaba por las apelaciones del manifiesto a la miseria que vivían las masas obreras, y decía: duele por injusta y apasionada la afirmación gratuita de que los trabajadores se hallan aquí expuestos a una explotación vergonzosa y desenfrenada. Por su parte *La Nación* destacaba el accionar del movimiento obrero en Europa y los EEUU, pero le restaba importancia a lo que se programaba aquí, afirmando que aquí no hay cuestión obrera, ni subsisten las causas principales que le han dado importancia en otras latitudes.

Sin embargo, el mitin convocado para las dos de la tarde en el Prado Español, un parque cercano al barrio de La Recoleta, reunió a más de 7.000 trabajadores que firmaron en forma entusiasta el petitorio propuesto por los organizadores. No debe subestimarse el número, la ciudad de Buenos Aires no reunía entonces más de 500.000 habitantes, y el proletariado industrial convocado por los organizadores no excedería quizá de algunas decenas de miles. Por otra parte, los días previos habían estado plagados de amenazas de despidos y represalias. La propia policía de la Seccional 1°, responsable de la zona prevista para la concentración, había prohibido la fijación de carteles y el reparto de propaganda alusiva al acto.

A las tres de la tarde subió a la improvisada tarima José Winiger, el primer orador, quien dio por iniciado el acto con estas palabras: "Declaramos abierto el mitin con un saludo a los millones de hermanos y compañeros de todos los países reunidos en este momento con el entusiasmo de sus corazones y las aspiraciones de su alma con nosotros,

en solidaridad y fraternidad internacional". Tras él se sucedieron oradores por los distintos agrupamientos gremiales y núcleos de militantes socialistas y anarquistas, respetando el acuerdo previo de no extenderse por más de 15 minutos.

Un piquete policial del la Seccional 15, integrado por su comisario (García), dos oficiales y unos quince agentes, vigilaba alerta la concentración obrera; aunque ésta se desarrolló pacíficamente. Es de hacer notar que a pesar de ello, el periódico del Wörwarts destacaba aún meses después los tumultos protagonizados ese día por los anarquistas, una Manifestación –la del periódico– que sólo puede deberse a la intensa rivalidad que mantuvo desde entonces este grupo con todas las corrientes del movimiento libertario local. El petitorio fue entregado en la mesa de entradas del Congreso Nacional, aunque éste se negara a recibirlo. Fue ésta la última convocatoria conjunta de anarquistas y socialistas, en adelante se desarrollarían actos paralelos y enfrentados.

En la ciudad de Rosario donde el anarquismo era hegemónico entre los trabajadores, el acto –aunque unitario– no contó casi con la participación de los socialistas. Grupos anarco-comunistas muy activos en la ciudad como "El Errante", "Tierra y Libertad", "El Vencedor Cosmopolita" y "La Venganza", son los promotores de un desfile de banderas rojas y negras en la Plaza López de Rosario. Cinco son los oradores designados para hablar en el acto que convocaría a más de un millar de concurrentes, tres por las nacionalidades que darán su discurso en sus idiomas de origen, italiano, francés y español; obviamente, con éste último coincidían otros oradores obreros. La lista final incorporaba a los socialistas Dupont y Schulze, y a los anarquistas Pallas, Virginia Bolten, Juan lbaldi, Alfonso Julien y Rafael Torrent.

Las crónicas destacan el encendido discurso que pronunciara la obrera zapatera Virginia Bolten, feminista y libertaria que portaba una inmensa bandera roja con la inscripción en letras negras "1° de Mayo Fraternidad Universal". Virginia Bolten será una destacada militante y conferencista que efectuará giras de propaganda por todo el país. Había nacido en el Uruguay, desde donde emigró a Rosario, allí participó en la organización de su sindicato y ayudó a construir la organización gremial de los trabajadores de la refinería de azúcar, el primer establecimiento industrial de envergadura en la ciudad (trabajaban en él más de 3000 obreros). No tenemos en cambio dato alguno respecto al volumen de la convocatoria que se realizara en las ciudades de Chivilcoy y Bahía Blanca. Aunque siendo ésta última centro de expedición para la exportación agraria pampeana (de ella depende el puerto cerealero de Ingeniero White), es de imaginar que la concurrencia habrá sido importante. En el futuro destacaría en esta ciudad un movimiento obrero y libertario de gran desarrollo.

Pero el acto en sí mismo –su convocatoria, los trabajos ordenados a su consecución, etc.– tuvo un resultado aún más halagüeño que su exitosa realización. Dos meses después, el 29 de junio de 1890, se creaba una Federación de Trabajadores de la Argentina, la primera central obrera en el país, con representantes de Buenos Aires, Rosario, Santa Fe, Mendoza y Chascomús. Tendrá como órgano oficial el periódico *El Obrero*, dirigido por los mismos militantes del Wörwarts que alentaran el periódico en lengua alemana. Es cierto que restringida a este grupo de socialdemócratas y con la oposición unánime de los anarquistas de todas las corrientes, la central obrera no sobrevivirá sino dos años, con un crecimiento raquítico.

Tras sucesivos y fracasados intentos durante esa década del 90 del siglo XIX, la constitución definitiva de la Federación Obrera Argentina deberá esperar al año 1901, cuando anarquistas y socialistas coincidirán en su necesidad imperiosa, para un proletariado que había crecido ya considerablemente.

II

El 1° de Mayo, dos interpretaciones opuestas

Por *La Protesta Humana*

El siguiente artículo, extraído del periódico anarquista argentino *La Protesta Humana* (Buenos Aires, Año 2, N° 34, 1° de Mayo de 1898) es una temprana reflexión en torno al sentido que muchos obreros anarquistas daban en ese país a las jornadas de protesta de Mayo de fines del siglo XIX. Aun cuando muchas de las afirmaciones contenidas en el artículo, con el privilegio del tiempo transcurrido, puedan parecer exageradas, forzadas o hasta ingenuas, el artículo plantea la fuerte discusión que en la década de 1890 sostuvo el anarquismo en contra del creciente legalismo parlamentarista socialdemócrata que canalizaba todas las energías obreras hacia la contienda electorera. El artículo es, además, característico de las opiniones sostenidas por los anarquistas argentinos en ese momento histórico sobre las diferencias estratégicas con el socialismo autoritario, articulando de manera lírica la visión de la "asociación libre de los productores" que inspiró a miles de obreros atraídos por el anarquismo en su lucha en contra del Estado y del capitalismo.

El socialismo autoritario

El alcance del 1° de Mayo nadie lo desconoce. Si la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas no tuviera otra justificación, bastaría a justificarla lo moral y humanitario del propósito. El obrero se agota en un trabajo continuo y sin descanso, en un trabajo bestial que dura con frecuencia doce y aún catorce horas diarias. Para él no hay instrucción ni recreo, no hay descanso, no hay familia, no hay amistad, no hay amor; no hay más que el infierno del taller y del terruño y el embrutecimiento de la taberna y de la iglesia. Después de esto, resta la miseria permanente en un hogar desmantelado, sucio, lóbrego y estrecho. Así se convierte al hombre en un idiota.

¿No es moral a todas luces un propósito que implica posibilidad de descanso, de vida afectiva, de instrucción y de recreo para el que trabaja?

La reducción de la jornada de trabajo supone además el empleo inmediato de mayor número de brazos, ocupación, por tanto, para los miles de obreros que en el campo y en la ciudad se ven empujados por falta de trabajo a la desesperación, a la mendicidad y al crimen. Y es esto así mismo grandemente humanitario.

Tratemos ahora de examinar las dos tendencias predominantes en el movimiento a favor de las ocho horas.

El Partido Socialista Obrero pretende el establecimiento legal de la jornada de ocho horas y considera el 1° de Mayo como una fiesta del proletariado.

Los anarquistas quieren obtener el mismo objeto por la huelga general, por la agitación revolucionaria fuera de toda intervención legislativa. Esa misma es la idea originaria del movimiento de Mayo. Los anarquistas la han mantenido y la mantienen, porque más allá del éxito momentáneo, ven que de este modo el obrero se habitúa a exigir el respeto de su derecho, a defender su dignidad, a ponerse frente a frente del que le explota, a marchar unido contra el privilegio capitalista y el privilegio gubernamental.

Arrancar concesiones al burgués es anularlo, es vencerlo. La huelga general tiene que revestir forzosamente caracteres revolucionarios, y es en la agitación revolucionaria en la que ha de educarse el pueblo para emanciparse, no en la obediencia y en la sumisión, que todo otro procedimiento legal implica. Por la huelga revolucionaria, además, han obtenido señalados triunfos los trabajadores; no triunfos solamente de horas laborables, sino triunfos morales, mucho más importantes que aquellos. Por la huelga general han estado en pie de guerra los ejércitos, se han movido las escuadras, y el pueblo obrero se ha atrevido a luchar en las calles con los guardadores de los ricos. Por la huelga general un 1° de Mayo se ha unido a otro 1° de Mayo, el período de agitación no se ha interrumpido ni un solo instante; tal ha sido la obra de los anarquistas.

El Partido Socialista Obrero en todos los países ha hecho, en cambio, pasear a los trabajadores por las calles de las ciudades entre filas de polizontes y quiere además que los obreros hagan fiesta, fiesta solemne, sin duda, de sus martirios, de sus dolores, de sus lágrimas sin cuento. Quieren una ley –¡siempre una ley!– que obligue a todo el mundo a trabajar ocho horas, y ya puestos en ese camino, podrían pedir leyes que ordenasen la hora precisa para evacuar nuestras más urgentes necesidades. Como si no tuviéramos bastantes leyes que nos cohíban y esclavicen, quieren reglamentarlo todo a su sabor para reducirnos, sin duda, a una rueda del complicado engranaje del Estado.

Lo que el partido obrero intenta es insensato. Aquello a que se tiene derecho no se pide; se exige, se toma. En vez de pedir que rompan nuestras cadenas, debemos romperlas nosotros mismos ¿No es esto lo cuerdo, trabajadores?

Pues cuando quieran sacaros en ridícula y teatral procesión, cuando quieran obligaros a pedir lo que os pertenece, enviad a paseo a esos fantoches que quieren figurar a la cabeza de las masas para darse tonos de jefes, de futuros diputados, de venideros ministros, y decidles que la clase obrera no necesita nada de eso para imponerse y triunfar.

Si creéis de alguna utilidad práctica la agitación de Mayo, no olvidéis que sólo por la huelga general, tan permanente como sea posible, se pueden obtener resultados prácticos y que sólo por la Revolución que os reintegre todo lo que se os roba, podréis gozar de libertad y de justicia.

Uníos y luchad. De esa inmensa unanimidad con que procedéis, de la acción común que solidariamente habéis emprendido, puede surgir un día la anhelada Revolución.

La conducta aconsejada y seguida por socialistas y anarquistas no puede ser más opuesta. Mientras los primeros reclaman leyes para el trabajo y organizan a los obreros bajo una disciplina, una reglamentación y un autoritarismo despótico; mientras aconsejan la lucha electoral y aceptan el parlamentarismo; mientras ahogan toda manifestación revolucionaria y se acomodan buenamente a la legalidad, rodeándose de polizontes, los segundos, los anarquistas, rechazan toda ley económica, política o jurídica; propagan la organización libre, sin disciplina ni reglamentación ni autoridad alguna que cohíba la autonomía individual o colectiva; se apartan con repugnancia de la lucha electoral; reniegan de esa plaga social llamada parlamentarismo y se colocan frente a frente de toda legalidad gubernamental, alentando el espíritu revolucionario de las masas. Los primeros hablan de la Revolución y no la quieren; los segundos no trabajan más que por ella y para ella.

A una diferencia de conducta tan grande corresponde una diferencia de principios tal vez mayor.

El partido socialista pretende una transformación social que dejaría en pie la mayor parte de los vicios de la organización presente. Quiere que la tierra y los instrumentos del trabajo pasen a ser propiedad social. Pero bajo el nombre de administración, conservará un gobierno y un parlamento que administre y arregle los asuntos sociales. El Estado subsistirá y este será realmente el propietario de todos los bienes. Sus representantes, los futuros administradores, dictarán leyes para la retribución del trabajo y para su duración; intervendrán en las relaciones generales; reglamentarán el cambio, establecerán, en fin, un inmenso monopolio de la cosa pública. Nacerá naturalmente con este sistema una burocracia asoladora que, como los políticos de oficio, vivirá sobre el trabajo de los demás. Ellos mismos lo dicen: cada obrero será un funcionario público, lo cual vale tanto como asegurar que será un asalariado del Estado, del gobierno, de esa burocracia que acabará por comerse toda la producción del país. Vendrán entonces las desigualdades de siempre, los privilegios irritantes, amparados todos por una hipócrita dictadura o por un despotismo franco de los doctores del porvenir.

En el Estado obrero, profetizado por los socialistas autoritarios, cada trabajador sería más esclavo que hoy, porque ese Estado se levantaría sobre una legislación que abarcaría toda la vida real del hombre. Reglamentada la producción, el cambio y el consumo, como los socialistas quieren, apenas podríamos dar un paso sin tropezar con un artículo de reglamento al que deberíamos atenernos. Ni aún queda la defensa de argumentar que, a cambio de todo esto, se nos daría la igualdad. ¡La igualdad es imposible con una clase de privilegiados que con el nombre de administradores nos explotará y vivirá en la holganza!

Hoy nos paga el burgués. Mañana nos pagaría el Estado. ¿Qué más da? El salario sería la regla de siempre, y el salario es precisamente el signo de la moderna esclavitud. Se cambian las formas, pero el fondo subsiste. Quien dependa de un jornal, sea en la forma que fuere, no puede considerarse hombre libre.

Los anarquistas, reconociendo que si por una parte el salario es el medio de reducir al obrero a la servidumbre, por otra es la organización autoritaria de la sociedad, es el gobierno, quien hace posible la continuación de aquel medio de servidumbre, nos pronunciamos resueltamente contra ambos principios. Ni gobierno ni salario. Para suprimir el gobierno y el salario, para abolir la propiedad individual, que es la que mantiene en pie la forma actual económica y política de la sociedad, no hay más que un medio: realizar la Revolución Social. La Revolución Social debe comenzar por la toma de posesión de las tierras, de las casas, de las fábricas, de las minas, de las vías de comunicación, de los instrumentos del trabajo, de cuanto, en fin, hoy acapara la burguesía de todas las naciones. Y una vez hecho esto, en lugar de entregarlo a unos cuantos caballeros particulares para que lo administren, deben los trabajadores mismos organizarse por sí y ponerlo todo a disposición de todos para que cada individuo y cada colectividad no carezcan de los medios necesarios para producir. Y cuando los trabajadores del porvenir tengan a su disposición todas estas cosas y hayan vencido los obstáculos que naturalmente se les opondrán, entonces habrá llegado la hora de que procedan a la organización metódica del trabajo, de la distribución de los productos y de las relaciones que los unos con los otros han de mantener libremente. Al Estado administrativo de los autoritarios, oponemos nosotros la libre asociación de todos los productores; a sus leyes nuestros pactos; a sus reglamentos la espontaneidad individual y colectiva; a sus salarios la distribución de los productos libremente convenida. Se nos harán seguramente muchas objeciones. Pero a todas ellas no tenemos más que una cosa que decir: lo que no puedan hacer por sí los trabajadores emancipados, no podrán hacerlo tampoco unos pocos elegidos de entre ellos; lo que la solidaridad de todos no pueda establecer, no lo establecerá el mandato de unos cuantos.

O se acepta, por tanto, la cuestión en toda su crudeza y entonces no hay más solución que la anarquía, o se reconoce francamente que el orden actual es el único lógico en su fondo, aunque se trate de modificar su forma, que esto y no otra cosa es lo que quiere el socialismo autoritario.

Concluyamos. Somos enemigos de todo gobierno y de toda administración central que lo substituya. Somos enemigos de la propiedad individual y de su consecuencia, el salario, aunque se disfrace bajo la forma del socialismo o comunismo de Estado. Somos enemigos de todo procedimiento electoral, parlamentario y legislativo, ya sea para fines políticos o para fines económicos.

Queremos la libre federación de los productores mediante la posesión en común de todos los medios de producción y el libre acuerdo o pacto para que entre sí arreglen sus asuntos.

Y a este efecto somos partidarios de la agitación revolucionaria en todos los momentos y queremos la Revolución Social con todas sus

consecuencias, abolición de todos los poderes, expropiación de la riqueza detentada, de la propiedad monopolizada, anulación de todo privilegio, cualquiera que sea su naturaleza, porque sólo así tendrán un día todos los hombres pan, casa y abrigo, y teniendo esto, que es lo principal, vendrá lo demás por añadidura; ciencia, arte, recreos y goces, de que hoy está alejada la inmensa mayoría de la humanidad.

Agitemos, pues, sin cesar, y luchemos porque nuestros hermanos de infortunio no se extravíen en el laberinto de las mentiras burguesas ni se duerman con el opio del socialismo autoritario.

La Revolución Social, sólo la Revolución puede emanciparnos.

Posfacio

José Ingenieros

EL AMANECER DE UN PRIMERO DE MAYO (1896)

Hoy se cumplen tres años.

La mañana era fría y húmeda; los rayos de sol no se atrevían a cruzar la densa niebla que enturbiaba la atmósfera.

El aspecto amenazador de un invierno de miserias, turbaba la paz en aquella choza desconsolada, donde en un lecho de paja dormían hacinados una madre, a quien la muerte había robado el esposo, y cinco niños, más hambrientos que inocentes; abandonados al azar por una sociedad injusta, sin pan y sin esperanzas, en los embates de la lucha por la vida.

Su padre había muerto hacía poco tiempo en la cárcel; habían transcurrido apenas dos semanas. Su amo lo había llamado un día y lo había amonestado por su espíritu revolucionario.

–¡Eres un haragán –le dijo,– y pretendes convertir a los demás en haraganes como tú!

–¡Mentís!– le respondió el obrero. Si hay haraganes en el mundo, sois vosotros, los que vivís en una degradante molicie, sin haber manejado jamás una, herramienta. Y más aún que haraganes sois unos...

"Ladrones" iba a agregar, quizás, cuando una sonora bofetada lo interrumpió.

La fuerza se repele con la fuerza, y el amo, que en el ocio y el lujo había visto sus músculos debilitarse y aumentar progresivamente su vientre, fue humillado por el brazo hercúleo de su siervo, que en el pesado y largo trabajo había acrecentado su volumen y agilidad.

A su choza fueron los esbirros a detenerse entre el llanto de sus hijos y la desesperación de su esposa.

La cárcel fue dura para él: sin pan y sin aire, sin luz y sin agua. Duro castigo merecen, según las leyes humanas, los esclavos que tienen la osadía de reconocer su derecho a la vida.

Días después, un cadáver más iba a la fosa común.

Sin él, su hogar se había desmoronado. "Los hijos del que muere en la cárcel no tienen derecho a la compasión de los honrados", se habían dicho los vecinos y, consecuentes con su dicho, negaron a los caídos el pan y el fuego que los bárbaros conceden al viajero sin conocerlo.

Se comenzó por las sillas; bien podían sentarse en el duro suelo aquéllos que al nacer no habían encontrado asiento en el banquetes de la vida, condenándolos a recoger los mendrugos que le arrojaran los comensales.

Las sillas viejas y desencajadas las aceptó un mercader a cambio de pocos centavos.

Al día siguiente, la mesa, la cama después, más tarde los colchones

y finalmente la cuna en que la madre solía mecer al menor de sus hijitos, entre las notas de un santo cariñoso que reñía con la situación desesperada de aquel hogar.

–Julián –dijo la doliente madre:– el frío nos daña más que el hambre. Tus hermanos están casi helados; el pan que con los centavos de la cuna podamos comprar, no va a bastarnos. Ve a comprar carbón.

Era el último objeto que en la choza quedaba, y con su venta terminaba para esa familia la odisea de la existencia.

El niño mayor salió a cumplir la orden materna, y volvió trayendo, pensativo, el combustible.

Era el 1º de Mayo.

Julián, un pilluelo de siete años, que en la escuela no habían querido recibir, porque no usaba calzado ni vestía, al decir de la maestra, "ropa decente", sintió, mientras su madre encendía el carbón, que la voz del estómago se hacía oír con más fuerza que el día anterior.

Su provisión de lágrimas se había agotado; miró a su madre acongojada y a sus hermanos macilentos, sintiendo, por vez primera, vergüenza: vergüenza de ser niño e incapaz de ayudar a los suyos.

No sabía leer, ni escribir; vestía andrajosos harapos; era más hábil para tirar piedras y escapar de los vigilantes, que para ayudar de alguna manera con un bocado de pan.

¡Qué hacer!

Él lo ignoraba. Besó a su madre y sus hermanos, y salió a la calle.

El frío intenso, lo era más para un niño que había ayunado tres días y que descalzo pisaba las heladas piedras de la calle, recibiendo entre los rizos despeinados, una fina lluvia, que al posarse formaba una capa de helada blanca y cristalina que el niño sacudía de rato en rato.

Marchando sin rumbo, llegó a la plaza del pueblo; jamás en día de trabajó la había visto tan concurrida. En las paredes, grandes carteles rojos, expresaban algo que la sociedad no le había enseñado a comprender; otro pilluelo más feliz que él –sabía leer– le dijo que ese día era la fiesta del trabajo, y que en la plaza iba a celebrarse un "meeting" de los trabajadores, a cuya realización se oponía la autoridad.

–¡Qué locos!... –agregó el que leía. –¡Quieren mejorar su suerte, no yendo hoy a trabajar!

Una mirada de desprecio fue la única respuesta que recibieron sus palabras.

El harapiento analfabeto recordó, como al despertar de un sueño, que su padre era uno de los obreros que todos los años faltaban ese día al trabajo, para ir a las reuniones de la plaza.

Por eso mismo –le contaron– había sido encarcelado y había muerto. ¡En medio de su ignorancia, sabía bastante!...

La multitud aumentaba sin cesar, y entre el confuso rumor que se levantaba imponente en aquel mar humano, se oyo un canto que, entonado por uno de los grupos, hizo extremecer a Julián. Ese canto era el mismo que su padre cantaba diariamente, cuando volvía extenuado del taller, y a su compás se había dormido en los primeros años, mil veces en sus brazos.

Su padre le había enseñado que ése era el canto de los pobres, y que todos los que lo cantaban eran sus hermanos.

Olvidó su hambre y la de los suyos, y corrió entre sus hermanos a cantar con su voz chillona, el himno de los trabajadores.

Al canto, respondió un toque de clarín. Obediente al toque, la caballería cargó a la multitud, y los asalariados que endosaban un disfraz de soldado envolvieron a los asalariados que vestían blusa, distribuyendo a diestra y siniestra golpes de sable.

Algunos intentaron resistir. "¡Abajo la burguesía!", gritaban los más airados; "¡Respetad el derecho de reunión!", respondían otros, y en medio de la confusión sembrada por la caballería, sonó un tiro, que fue la señal de la matanza.

Una descarga, y otras muchas, cruzaron los aires, haciendo oír el plomo su silbido, entre los gemidos y las protestas de la multitud.

Tres hombres y un niño cayeron. Éste último era el amigo del pilluelo que había leído el cartel rojo. Julián.

Aquél lo reconoció, y se ofreció para acompañar hasta su casa a los que conducían el cadáver de la víctima, seguidos por una turba de obreros que juraban vengarlo.

Llegaron a la choza, cuya puerta estaba cerrada.

Golpearon repetidamente a la puerta, sin que nadie respondiera. Los vecinos no se explicaban el encierro de los desgraciados. Acudió la policía, derribó la puerta y los presentes retrocedieron para no quedar asfixiados en el torbellino de humo que partió de la habitación.

El carbón comprado con el producto de la venta de la cuna, había servido a la desconsolada madre para apagar su existencia y la de cuatro de sus hijos, condenados a morir de hambre por la sociedad burguesa.

El cadáver del quinto, de Julián, fusilado por los esbirros, venía a la puerta de la choza a buscar a los suyos para ir juntos a encontrarse con su padre en los dominios de la muerte.



Cartel de Walter Crane, 1890, rememorando a los Mártires (el nombre de Engel aparece como Carl y no George)





Luis Lingg



Albert Parsons



Samuel Fielden



Adolph Fischer



August Spies



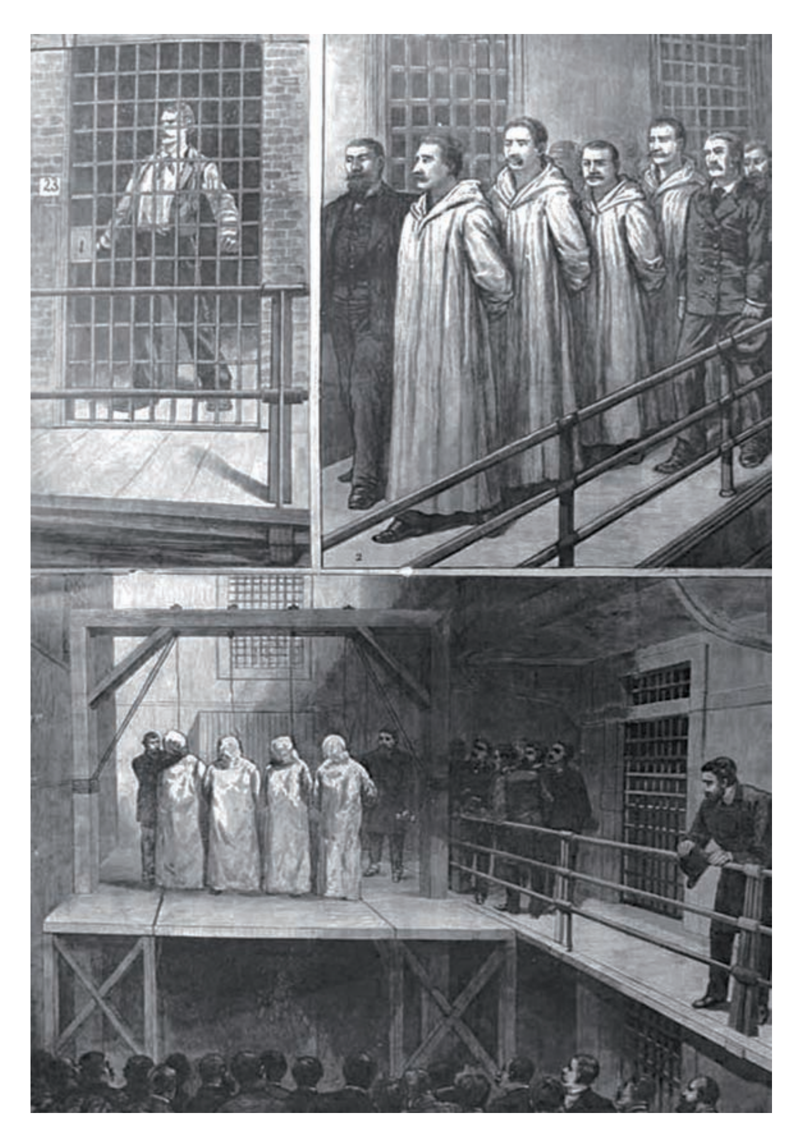
George Engel



Oscar Neebe



Michael Schwab



"The Law Vindicated - Four of The Chicago Anarchists - Cook County Jail" grabado publicado en *Frank Leslie's Periodico Ilustrado* de 19 de Noviembre de 1887, sobre la ejecucución de cuatro de los mártires.



LA PROTESTA HUMANA

PERIODICO ANARQUISTA

EL 1º DE MAYO

SU HISTORIA

Portada del periódico anarquista "La Protesta Humana", Buenos Aires, 1 de Mayo de 1898



EL PRODUCTOR

PERIODICO ANARQUISTA

Portada del periódico anarquista "El Productor", Cuba, 11 de Noviembre de 1891



El Obrero Metalurgico



AÑO I

Bandera Roja

PERIODICO DE COMBATE

MAYO 1926

Portada alusivas a la conmemoración del 1º de Mayo en los periódicos "El Obrero Metalúrgico", de Valparaíso, 1919; y "Bandera Roja", de Concepción, 1926, Chile.